



Dick Turpin

El Caso Del Castillo Embrujado

I

La guardia de Dick Turpin

El negro Batanero, mientras limpiaba las botas de su jefe, cantaba a voz en cuello una canción sin sentido. Palabra que se le ocurría, palabra era que agregaba a su canción con gran regocijo de su parte y desesperación de sus compañeros.

-¡Cállate, negro del demonio! -le gritó Peters, sin dejar de limpiar su pistola.

Pero el negro continuó cantando alegremente sin preocuparse por los oídos de sus compañeros, y sin hacer caso de sus elocuentes miradas.

Pero intervino Moscarda con su vozarrón impresionante:

-¡Si en algo aprecias tu cabeza, cierra el pico, rruiseñor negro!

Y Batanero, que sabía cómo se las gastaba Moscarda, interrumpió su canción.

-¿El jefe piensa salir, Moscarda? -preguntó Peters.

-Creo que sí. Hoy recibió un mensaje del Caballero de Malta -respondió aquél, y agregó-. De manera que hay que estar listos.

No bien terminó de hablar Moscarda cuando hizo su aparición Dick Turpin. Todos se pusieron de pie.

-Peters y Batanero, monten y síganme. Tú, Moscarda, te quedas hasta que vuelvan King y Pat, ¿entendido?

-Sí, jefe.

-Andando entonces.

Y los tres jinetes tomaron por un sendero del bosque y pronto se perdieron de vista.

Dick Turpin iba silencioso, como preocupado. Y tanto Peters como Batanero no intentaron hacerle preguntas. No sabían porqué asunto se habían puesto en camino ni adónde iban. Pero ya estaban habituados a la forma de ser de su jefe. Por otra parte, poco les interesaba.

Se habían puesto incondicionalmente a las órdenes de Dick Turpin y con él habían

vivido aventuras inenarrables. Al lado de un hombre del temple y la audacia de Dick, que exponía su vida constantemente en su lucha sin cuartel contra los poderosos, habían dado muestras de arrojo y de nobleza. Porque Dick exigía de sus hombres solamente valor e hidalguía, para defender a los desheredados, a los menesterosos, y a todos aquellos que fueran víctimas inocentes de la injusticia y del despotismo. El había sufrido en carne propia la maldad de los hombres sin escrúpulos y había jurado vengarse. Sus camaradas lo sabían y se habían unido a él para vencer o morir a su lado.

Los tres jinetes llegaron a un pueblo desconocido cuyas calles veíanse animadísimas y nuestros amigos detuviéronse frente a una tribuna levantada en una plaza y frente a la cual bailaban los mozos del lugar con apuestas y garridas muchachas, al compás de una alegre banda.

Dick se adelantó, dirigiéndose hacia un joven de distinguido aspecto que estaba sentado en la tribuna.

-¿Sois por ventura el señor de Bassingham? -preguntóle Dick.

-Horacio de Bassingham para serviros -replicó el joven.

-Yo soy... la respuesta del mensaje que disteis a...

-¿Vos?... Perdonad, pero esperaba verme frente a otro hombre...

en fin... vos comprenderéis...

-Os comprendo -dijo Dick sonriendo-. Pero soy yo... y os ruego que me llaméis... Enrique, si os place. Estos son mis criados.

-Bien. Tened la bondad de esperar un momento. La fiesta va a terminar pronto, puesto que esta danza es la última de la serie... y se baila en mi honor. Mi mayordomo se hará cargo de vuestros caballos.

Una vez terminada la danza, sirvióse una cena en cuatro largas mesas que fueron colocadas en la plazoleta, momento que aprovechó el joven Bassingham para tomar a Dick de un brazo y alejarse con él hacia el castillo.

Dick miró significativamente a sus hombres y éstos comprendieron que el jefe deseaba que se quedaran allí a la espera de órdenes.

II

El fantasma del castillo

Cuando llegaron a las puertas del castillo, el joven Bassingham se detuvo.

-Quiero explicaros el por qué de la fiesta. Es festejando el aniversario de mi nacimiento, y como mi pobre padre, que en gloria esté, solía celebrarlo con esplendor, he querido seguir esa costumbre, más que por mí, en homenaje a su memoria.

-Hacéis bien, puesto que vuestros terratenientes tienen oportunidad de ser felices -expresó Dick.

-Trato de ser con ellos todo lo bueno que puedo.

En ese preciso instante, Dick vió, a la luz clara de la luna, pasearse una sombra por la azotea del castillo.

-Tenéis acaso centinelas? -preguntó intrigado.

Bassingham sonrió tristemente.

-No; ése es uno de los horribles misterios que me rodean.

Apenas terminó de hablar el joven oyóse un grito estridente, terrorífico, mezcla de lamento y de aullido, como lanzado por una fiera salvaje.

-Entremos, amigo mío -repuso Bassingham-. Ansío comunicaros lo que me sucede y qué fué lo que me impulsó a pedir ayuda al señor de Courtney, o el Caballero de Malta como vos le llamáis.

Una vez en uno de los salones del castillo, cómodamente sentados, el joven Bassingham dió comienzo a su relato.

-Os narraré la leyenda que se relaciona con el castillo y que viene de la época en que Enrique VIII se divorciaba con frecuencia y asesinaba a sus esposas. En aquella época, precisamente, se cometió un crimen en esta casa y desde entonces...

-Desde entonces -interrumpió Dick- se dice que el castillo está embrujado, ¿verdad?

-Así es. Y el fantasma, o mejor dicho, mi fantasma, es ése que acabáis de ver en la azotea. Aparece noche a noche y lanza sus lastimosos quejidos de fiera enloquecida. Y tiene atemorizados a todos en el castillo.

-¿Por qué no lo abandonáis? -sugirió Dick.

-Ya lo hubiera hecho, pero mi padre, no sé por qué, hizo constar en su testamento que si no vivía en el castillo y no me casaba en él, dentro de los dos años que siguieran a su muerte, todos sus bienes pasarían a manos de un pariente lejano. Una excentricidad, si queréis, pero que debo cumplir.

-Empiezo a ver con más claridad -dijo Dick-. ¿Cómo se llama ese pariente?

-Miguel Jarrard; es comerciante y vive en Chippenham.

-¿Le conocéis personalmente?

-No; pero sé que es casado con una mujer que es una arpía y que tiene un hijo, un muchacho medio desequilibrado y cuyo paradero se ignora.

-No me digáis más; adivino el resto... aunque sospecho que estáis enamorado y pensáis casaros, ¿no es así?

-Así es -confesó Bassingham-. Y por eso deseo que cese de una vez este misterio. Y si me prestáis vuestro apoyo...

-¡Contad con él! -dijo con decisión Dick Turpin.

Momentos después salía del castillo Dick Turpin con sus pistolas preparadas y se dirigía a la plazoleta donde se celebraba la cena.

Para llegar a ella debía atravesar un sendero bordeado de tupidos árboles y a través de los cuales apenas se filtraban los rayos de la luna.

Dick, desde la oscuridad en que se hallaba parecióle divisar nuevamente esa sombra misteriosa que viera en la azotea del castillo. Y se detuvo. Esperó unos instantes. La sombra volvió a aparecer y desaparecer entre los árboles. Dick continuó caminando sigilosamente. De improviso, un bulto apareció entre los árboles. Era un hombre.

Dick echó maquinalmente mano a un pistola. El otro se quedó perplejo.

-¡Hola, señor Jarrard! -se aventuró a exclamar Dick.

-¿Qué? ¿Qué?... ¿Cómo dice? -exclamó el hombre sorprendido.

-Nada; le llamaba por su nombre. Eso es todo.

-Os habéis equivocado. Yo no me llamo Jarrard.

-¿Cómo os llamáis, entonces? -insistió Dick.

-¿Qué os interesa? ¡Id enhoramala!

-¡Ya nos encontraremos, señor Jarrard! ¡Id con Dios!

Y Dick prosiguió su camino tranquilamente mientras el otro murmuraba para sí:

-¡El diablo cargue con él! ¿Cómo es que me conoce? ¿Dónde le he visto? ¡Nunca!... ¡Vaya! ¿Y qué me importa que me conozca?

III

El susto de Peters

Cuando Dick llegó a la plazuela pudo comprobar que tanto Peters como Batanero habían escanciado más de la cuenta en la cena.

Los miró con seriedad diciéndoles imperativamente:

-¡Cuándo vais a aprender, tunantes! ¡Nada, nada... callad! Tú, Peters, vete por entre aquellos árboles. Ocúltate y espéranos. Tú, Batanero, haz lo propio pero por este otro lado. Entre los tres es posible que encontremos a quien buscamos.

-Y el que lo encuentre ¿qué ha de hacer, jefe? -preguntó Peters.

-La señal. ¡Ahora id!

Cada cual tomó el camino indicado. El único que iba murmurando era Peters, quien hacía recaer la culpa de haber bebido sobre el negro Batanero.

-Si no hubiera sido por él, Dick Turpin no se hubiera amoscado.

Pero está visto que el negro es...

Interrumpió su monólogo porque frente a él se erguía una figura monstruosa, un aborto del infierno. Aquello no era un hombre. Era una masa informe, horrorosa... y se acercaba a él con los brazos tendidos.

Peters tuvo tiempo de silbar desesperadamente, haciendo la señal convenida. Pocos segundos después, el monstruo le apretaba la garganta con fuerza hercúlea. Peters trataba de defenderse, pero no le era posible. Aquel ser horroroso le había derribado como si fuese una pluma y le estrangulaba... Peters perdió el sentido.

Pero en ese instante apareció Batanero. Apuntó su pistola contra aquel monstruo y disparó. Se oyó un grito horrible y el cuerpo del infernal individuo cayó pesadamente sobre el casi exánime de Peters.

Cuando éste abrió los ojos se vió en brazos de Batanero. Dick Turpin le vendaba cuidadosamente el cuello, y un grupo de aldeanos, en silencio, hacía corro a los tres amigos.

-¿Dónde está... el... el monstruo? -murmuró Peters, aterrorizado aún.

-Aquí -dijo Batanero mostrando el cuerpo exánime.

-¿Y tú lo mataste?

-Sí.

-Bueno... te debo la vida... Ahora comprendo que me quieres.

-Esas son ilusiones. Lo maté porque no me gustaba el tipo. Los aldeanos se echaron a reír de la ocurrencia del negro. Mientras tanto Dick, con el joven Bassingham, observaban el cadáver de aquel monstruoso individuo.

-Es el hijo de Jarrard -exclamó Bassingham.

-Sí -agregó Dick- un pobre desdichado a quien su padre ha sacrificado por su ambición. Su padre lo tuvo escondido algún tiempo hasta que concibió la idea de utilizarlo para hacer huir a todos los moradores del castillo. El pobre loco del hijo tenía la manía de estrangular, de asesinar a cuantos veía...

-Ahora comprendo -dijo tristemente Bassingham.

-Pero es menester encontrar al verdadero culpable. Al viejo infame de Jarrard. Y yo he de encontrarlo. ¡Eh, Batanero! Cuida de Peters...

el oído atento y la mano en la pistola!

-Entendido, jefe.

Y Dick salió precipitadamente en busca de su yegua. Montó y se lanzó a la ventura, obedeciendo solamente a su instinto. Pero el cielo se había nublado y a poco empezaron a caer gruesas gotas de lluvia.

La tempestad avanzaba y eso era lo que Dick temía.

-Mejor será que me interne en el bosque. Es casi seguro que Jarrard ha buscado aquí su refugio.

Dick dejó a la yegua a la entrada del bosque y se internó entre aquella maraña de árboles y troncos secos.

Los relámpagos se sucedían cada vez más rápidamente y la lluvia era cada vez más copiosa, impidiéndole a Dick avanzar con comodidad.

De pronto, al resplandor de un relámpago, vió Dick una sombra.

Amartilló la pistola y se puso en guardia. No podía ser otro que Jarrard. Un nuevo relámpago confirmó su sospecha. Allí estaba su enemigo, pero dispuesto a vender cara su vida, pues en su mano tenía aferrada una pistola.

-¡Deteneos, Miguel Jarrard! -gritó Dick Turpin.

-Si dais un paso más os atravieso el corazón -respondió el otro.

-Es inútil, Jarrard; tarde o temprano caeréis en poder de la justicia.

Vuestro hijo ha muerto... sí, vuestro instrumento para quedaros con el castillo y la fortuna de Lord Bassingham.

-¿Quién sois vos, que así destruís mis planes?, ¡canalla!

-¡Dick Turpin!

-¡Vos! ¡Ahora veréis! -y se oyó una detonación.

Dick, que había observado el movimiento, y escondídose tras un árbol, respondió con otro disparo. Ninguno de los dos habían dado en el blanco. La tempestad arreciaba y Dick, dispuesto a jugarse el todo por el todo, dejó su defensa, avanzó unos pasos con la pistola apuntándole al cuerpo de Jarrard y amartilló. Pero el tiro no salió.

-¡Sois mío! ¡Vuestra pólvora está mojada! -exclamó Jarrard con brutal alegría.

Dick sacó su espada mientras Jarrard esperó que la luz de un relámpago iluminara la escena para tomar puntería. Y entonces ocurrió lo imprevisto. Una detonación indescriptible ensordeció los oídos de Dick y le hizo caer al suelo, Siguió un silencio casi absoluto, apenas interrumpido por la lluvia, ahora más atenuada. Y allí, cerca de Dick, yacía el cuerpo carbonizado de Jarrard, horriblemente mutilado por un rayo.

-Justicia de Dios! -exclamó Dick-. El robar a los ricos para dárselo a los pobres y el luchar por los desheredados, no debe estar penado por los códigos celestes.

Dick se alejó de aquel lugar y volvió hacia el camino.

.....

El misterio del castillo embrujado quedaba aclarado definitivamente, los causantes de aquella pérfida maniobra iban a rendir sus cuentas a Dios, y el joven Lord Bassingham podría contraer enlace con la elegida de su corazón y habitar libremente con ella el castillo aquel que tantas preocupaciones le había ocasionado.

IV

Dick Turpin, Apresado

Dick retornaba al castillo en busca de sus compañeros, pues al salir del bosque y al no descubrir a su caballo, pensó que éste había sido víctima también de la tormenta, decidiéndose entonces hacer el camino a pie y utilizar luego el caballo de Peters o el de Batanero, y retornar a su refugio. Pero no bien dió los primeros pasos, vió acercarse a tres gendarmes a caballo. Dick hizo un gesto de desagrado, pues se hallaba indefenso ya que la pólvora que llevaba estaba inservible a causa de la lluvia.

Al mismo tiempo oyó una exclamación.

-¡Es Dick Turpin! -gritó uno de los gendarmes.

Dick volvió a internarse en el bosque, perseguido por los gendarmes, quienes disparaban sus pistolas contra él. Luego se aparearon sus perseguidores y entraron también en el bosque por distintos senderos y con sus armas listas. Al poco rato lo cercaron.

-¿Te entregas? -dijo uno de los gendarmes.

-Sí -respondió Dick, mientras ocultaba su puñal en la manga derecha.

-Arroja tu pistola.

-Ahí está -replicó Dick arrojando el arma que le era inservible.

Uno de los jinetes cogió la pistola. Los otros dos se dispusieron a amarrarle. Y cuando uno de los gendarmes iba a atarle las manos, Dick le dió una puñalada en el brazo y saltó sobre el caballo del herido, saliendo a escape.

-¡Atajadle! ¡Es Dick Turpin! ¡El salteador! -gritaban los gendarmes, persiguiéndole rabiosamente.

Uno de ellos disparó sobre el caballo que montaba Dick arrojándolo a éste al suelo. Pronto se vió rodeado de sus perseguidores que le apuntaban amenazantes con sus pistolas. Dick se vio perdido y sin posible salvación.

A los gritos de los gendarmes, aparecieron en el camino gentes armadas y a cuyo frente marchaba un apuesto joven que gritó imperativamente:

-¡Alto! Ese hombre es mi prisionero.

-¿Quién sois? -preguntó uno de los gendarmes.

-¿Qué? ¿No me conocéis? Soy Mostacilla, el jefe encargado de la captura de Dick Turpin. Entregadme este hombre.

Pero Dick Turpin sonrió. Aquel que se hacía pasar por Mostacilla era nada menos que el Caballero de Malta, su fiel amigo.

-¡Dadme las armas que lleváis, presto!-dijo éste a Dick.

-Aquí la tenéis. Es la única que me queda -y le entregó el puñal.

-¿Y quién nos asegura que sois Mostacilla? -preguntó uno de los gendarmes.

-Acompañándome a Londres para entregar a este pájaro. A vosotros corresponde la recompensa. Y basta de hablar. No perdamos tiempo.

El tono de mando que el desconocido imprimía a sus palabras terminó por convencer a los gendarmes, quienes siguieron al improvisado jefe en silencio, y escoltando al prisionero.

-Primeramente iremos al pueblo, pues necesitamos permiso del juez para sacar a este bandido de esta jurisdicción –dijo el Caballero de Malta, agregando-: Como esto pertenece al Wiltshire debemos conducirlo a Swindon, que es el punto más próximo.

Y para demostrar el odio que sentía por un bandido como Dick Turpin, le dijo a éste con desprecio:

-¡Caíste en poder de la justicia, salteador de caminos! ¡Eres un criminal! Pagarás en la horca todos tus crímenes.

Y Dick, para no ser menos y ponerse a tono replicó:

-Lo que más siento es que seais vos, Octavio Mostacilla, el más idiota de los policías, quien me haya apresado.

Una hora después, llegados que hubieron a Swindon, Dick Turpin entraba en la cárcel del pueblo, para salir a las pocas horas, obtenido el permiso necesario.

-¡Y ahora a Londres con él! -dijo el supuesto Mostacilla-. Para ello es menester buscar un coche... y más todavía, como este pájaro de cuenta es peligroso, sería conveniente que venga con nosotros el juez y un carcelero. Hay que ser previsor.

El juez aceptó la sugerencia, hizo venir un coche y Dick junto con sus guardianes entró en él convenientemente maniatado.

El carruaje se puso en marcha y al cabo de una hora habían salido del pueblo.

Llegó la noche. El juez y los gendarmes, rendidos por la fatiga del viaje, se iban durmiendo poco a poco.

-Descansad -les había dicho el supuesto Mostacilla-. Cuando empiece a rendirme el sueño, os despertaré para que me reemplacéis.

Y en esa seguridad al poco rato todos dormían en el carruaje, excepto Dick y el Caballero de Malta. El momento había llegado.

El Caballero de Malta quitó las esposas a Dick, le entregó unas pistolas, empuñó él otra, abrió con cautela la portezuela del carruaje y ambos se arrojaron al camino. El coche se alejó hasta perderse de vista.

-¡Libres otra vez! -exclamaron ambos, estrechándose en un fuerte abrazo.

Dick, sin embargo, pensaba en sus compañeros.

-Tengo que volver al castillo -díjole a su camarada.

-No, Dick; no es necesario. Peters y Batanero están en el refugio.

Ya cobraron la recompensa que les dió Bassingham y...

-¡Pero, deben estar buscándome!

-No... entre la gente que había salido en vuestra búsqueda estaban ellos... No los habéis visto... Pero al saber que yo me hacía pasar por Mostacilla, quedaron tranquilos. Os doy fe de ello...

-Ahora estoy más tranquilo. Pero nos hacen falta caballos...

-Ya encontraremos.

-Vos, ¿venis conmigo?

-Hasta que salgáis de esta jurisdicción sí. Luego, ya sabéis donde encontrarme.

V

La posada de maese Lucas

Dick Turpin y el Caballero de Malta, avanzada ya la noche, se acercaron a una hostería que ostentaba un letrero que decía: 'La honradez', y cuyo dueño, en este instante, se apresaba a cerrar las puertas.

-¡Eh, posadero! –grito Dick- Deseábamos pasar aquí la noche.

Pero antes queremos comer.

-No tengo inconveniente...siempre que paguéis –replico el posadero.

-Ahí va ese doblón. ¿Qué tal ? ¿es bueno?

-Pasad.

-¿Podemos estar tranquilos? ¿Nadie nos molestará? –pregunto el Caballero de Malta.

-De ello doy fe. Aquí vivo con mi mujer y un amigo, y a estas horas, ¿quién va a venir? Pero al menos me diréis vuestros nombres.

-Si prometéis no decirlo a nadie... –dijo Dick.

-Lo juro, caballero.

-Pues, me llamo Dick Turpin.

-¿Vos?... ¿Vos, Dick Turpin? -dijo el posadero abriendo tamaños ojos.

-¿Qué? ¿Os arrepentís ya?

-No, di mi palabra y la cumpliré... ahora que vosotros por amor de Dios, no digáis a nadie que habéis estado aquí.

-Tenedlo por seguro... Y venga esa comida, pronto.

Maese Lucas condujo a los visitantes a una habitación, contigua al dormitorio donde descansaba su mujer. Luego salió a preparar la comida.

Mientras el Caballero de Malta se descalzaba, Dick puso su oído alerta, pues le había parecido escuchar voces en la habitación vecina.

Y no se había equivocado. Pegado a la puerta, Dick pudo escuchar claramente dos

voces, que supuso serían las de la mujer de maese Lucas y la del amigo que éste había dicho vivía en la hostería.

-Oye, Mary -decía la voz del amigo *de* Lucas- esta noche es la indicada para dar el golpe.

-Si tú lo dices, será -le respondió la mujer.

-La policía se ha marchado del pueblo en busca de Dick Turpin, que parece se ha escapado...

Dick escuchaba cada vez con más atención. El destino lo había puesto frente a un drama íntimo que él trataba de averiguar.

-Oye, Mary; cuando tu marido suba, os acostáis, y cuando se haya dormido, abres la puerta...

-Sí, pero ¿y si se despierta?

-Le dices que te sentías indispuesta... cualquier cosa...

-Bien, bien...

-Coges el dinero, bajas y yo te estaré esperando en una silla de posta. Y luego, a Londres.

-¿Y si él se despierta cuando tengo el dinero?...

-Pues... entonces... ya sabes lo que tienes que hacer.

-Sí... le mataré, Felipe... Por ti, cualquier cosa. Le mataré...

Dick Turpin no necesitó escuchar más. Cogió al Caballero de Malta por un brazo y le hizo salir de la habitación.

-Es menester poner en antecedentes al posadero. Se trata de un buen hombre -dijo Dick a su amigo.

Y así lo hizo ni bien entró maese Lucas. Este no quería dar crédito a lo que oía, pero hubo de rendirse ante las palabras sinceras y convincentes de Dick Turpin.

-Sois un hombre honesto, y Dick Turpin ayuda a los de buen corazón y nobles procederes. Si os quisieran robarte la mujer y el dinero solamente... quizá no interviniera. Pero os quieren matar, y eso he de evitarlo.

-¡Miserables! -exclamó Lucas indignado.

-Subid a vuestro aposento, os acostáis y fingid quedaros dormido...

y cuando vuestra esposa se levante para abrir la puerta, seré yo y no vuestro falso amigo quien entre.

Así lo hizo maese Lucas. Mientras tanto, entre Dick y el Caballero de Malta sujetaron y amordazaron a Felipe que en acecho estaba bajo la ventana. Y lo llevaron a una habitación.

Al rato la mujer de maese Lucas abrió la puerta del dormitorio y se enfrentó con Dick, a quien supuso su amante en la oscuridad.

-¿Eres tú, Felipe?

-Sí, Mary -respondió Dick casi cuchicheando para disimular su voz.

-Aquí tengo el puñal para matar a Lucas.

-Espera... ve primero por el dinero.

Mary bajó las escaleras en busca del dinero, momento que aprovechó el Caballero de Malta para llevar al maniatado Felipe a la cama que ocupaba maese Lucas, quien le cedió gustoso el sitio y sin poder contener su indignación hacia el mal amigo. Luego todos desaparecieron sigilosamente, excepto Dick.

Mary volvió al dormitorio con un cofre entre sus manos.

-Aquí está el dinero, Felipe. Ahora, a ultimar a ese estúpido- Y uniendo la acción a la palabra, entró en el cuarto y descargó varias veces el puñal sobre el cuerpo de quien creía era su marido.

El Caballero de Malta y el posadero se precipitaron a la habitación y dieron luz a un candil, que iluminó la tétrica escena.

Mary, al ver que no era a su marido sino a su amante a quien había ultimado, se clavó el puñal en el corazón y cayó exánime a los pies de Dick.

-Más vale así -exclamó solemnemente Lucas- ¡Quién sabe si no hubiera sido tan cobarde que te perdonara!

-Y ahora huíd, maese Lucas. Utilizad la silla de posta en que iban a fugarse estos miserables. Idos a Londres y rehaced vuestra vida.

Bien lo merecéis. Os acompañaremos un trecho.

Maese Lucas recogió el cofre con el dinero, prendió fuego a la posada y se marchó con sus ocasionales amigos en la silla de posta.

EL QUE A HIERRO MATA

I

El viajero y el mendigo

El coche se detuvo en Cobham y de él bajó un pasajero. Entregó dos coronas al postillón, recogió su baúl y entró en la hostería que, a pocos pasos de la parada de la diligencia, había en el camino.

-Caballero... -díjole a manera de recibimiento el hotelero, llamado Gustavo, hombre rechoncho, de aspecto dulce aunque hipócrita como pocos.

-¿Cómo? ¿Tan cambiado estoy que no me conocéis? -dijo el recién llegado.

-¡Nicolás Claye! -exclamó el hotelero, dando un paso atrás.

-El mismo.

-¿A qué venís? ¿Por qué. me habéis buscado? -preguntó azorado Gustavo cerrando la puerta- Tengo mujer e hijos... y es preciso que ellos ignoren que os he conocido antes...

-¿Así que vuestra esposa e hijos deben ignorar que un día recibisteis dinero mío por llevar en vuestro buque a mi sobrino Gilberto North?

-Bien sabéis que lo hice porque me asegurasteis que vuestro sobrino era un pillo... ¡Ah! Si hubiese sabido qué iba a ser de él en las islas Barbadas donde le dejé!

-¡No levantéis la voz! ¡Recordad a vuestros hijos! ¡a vuestra mujer!

-¡Canalla!

-Bueno, si queréis que yo también alce la voz....

-No, no... ¡por favor! Me tenéis en vuestras manos. ¿Qué queréis de mí?

-Que me ayudéis. Mi sobrino no ha muerto. Está en Inglaterra...

Y ya hablaremos de esto más tarde. Ahora, dadme de comer y de beber.

Presto, Gustavo, que estoy sediento y hambriento.

Nicolás se sentó y esperó que el posadero le sirviera. Mas en ese instante hizo su aparición un grotesco personaje, el cual haciendo gestos y piruetas, dijo con voz doliente:

-Permitidme quedarme en la posada, honrado posadero.

-¡No! -exclamó Gustavo.

-Dejadle -terció Nicolás-. Este hombre nos entretendrá. ¿Verdad que sí?

-Si es vuestro gusto, caballero -dijo el mendigo haciendo un gesto extravagante que hizo reír a Nicolás.

-Traed cerveza, Gustavo -dijo Nicolás Claye en tono imperativo,-.

Para mí y para este amigo.

-Gracias, magnífico caballero -exclamó el mendigo-. Ya sé quién sois. Os conozco.

-¿Quién? -preguntó con inquietud Nicolás.

-Pues, ¿quién habríais de ser? Dick Turpin, el terror de los ricos y alivio de los menesterosos -dijo el mendigo.

Nicolás, sin responder, lanzó una carcajada, mientras Gustavo, grave y preocupado, servía la cerveza.

El mendigo se abalanzó sobre una de las garrafas y se puso a beber su contenido con mal disimuladas ansias.

-Es exquisita exclamó el vagabundo-. ¡Venga más cerveza! ¡Más cerveza, posadero!

-Sírvale cuanta desee -ordenó Nicolás.

Gustavo volvió con nuevas garrafas, que dejó cerca del vagabundo, quien continuó bebiendo a más y mejor, con gran regocijo de Nicolás Claye.

Momentos después, el vagabundo se apoyaba sobre la mesa y se quedaba profundamente dormido.

-Este es nuestro hombre -murmuró Nicolás al oído del hotelero-.

Haremos de él cuanto queramos... Y recuerda que necesitamos un hombre para librarnos de mi sobrino. ¿Me entendéis?

-Sí, pero...

-Mañana hablaremos. Enseñadme mi aposento y llevad a este borracho a un rincón.

Gustavo arrastró al mendigo hacia un rincón de la posada y luego subió con Nicolás conversando en voz baja con éste y rogándole el mayor secreto para evitar que su mujer y sus hijos se enteraran de lo que iba a hacer.

Pero ni bien desaparecieron ambos, el mendigo se transformó como por arte de encantamiento. El rostro hasta hace poco estúpido se animó y brillaron sus ojos vivaces e inteligentes. Se acercó a la ventana, dió un silbido y un hombre a caballo vino hacia él.

-Aquí estoy, Gilberto -dijo el recién aparecido.

-Gracias, Dick Turpin. Acercadme el paquete donde están mis ropas. Quiero cambiarme al instante. - espondió el que había representado el papel de mendigo y que no era otro que el sobrino de Nicolás Claye, a quién éste no había reconocido.

-¿Habéis averiguado algo, Gilberto? -dijo Dick entregándole la ropa.

-Sí, Dick. Aquí están mis dos enemigos, el posadero y mi tío.

¡Por fin ha llegado la hora que tanto ansiaba! ¡La hora de la expiación, de la justicia!

II

Frente a frente, tío y sobrino

Una vez trocadas las ropas de mendigo por las de caballero, Gilberto North ayudó a subir por la ventana a Dick Turpin.

-¿Persistís en la idea de castigar por vuestra propia mano la villanía de Nicolás Claye? -preguntó Dick.

-Sí, pues me ha hecho sufrir lo indecible. Por orden suya fui llevado a las islas Barbadas. Por él padecí el cautiverio más horrible, según os he contado en Londres cuando prometiste ayudarme.

-Y lo estoy cumpliendo, Gilberto. Dick Turpin ayuda a quienes, como vos, son víctimas de la felonía de los hombres.

-Gracias. Y ahora a buscar a Nicolás. Pero primero echemos llave a la puerta del dormitorio del hotelero. Me consta que está arrepentido de lo que hizo. Y está rehaciendo su vida aquí. A él quiero perdonarle; y encerrándole no caerá sobre él la culpa de la muerte de mi tío... porque mataré a Nicolás.

-¿Le retaréis a duelo?

-Sí, y aceptará porque cree que no soy diestro con la espada. Y se equivoca. Durante años he estado practicando por si algún día debía enfrentarme con él... Y ese día ha llegado. Vamos Dick.

Ambos subieron las escaleras. Dick, llegado que hubo a la habitación del posadero, puso en la puerta unas argollas y un candado.

Luego, junto con Gilberto, se encaminaron hacia la habitación de Nicolás Claye. Pero quien entró fué Dick. Púsose un antifaz y sacudió al durmiente.

-¿Qué es esto? ¿Quién sois? -preguntó asombrado Nicolás. -Un mensajero de vuestro sobrino.

-¿Qué? ¿Dónde... dónde está? -tartamudeó Nicolás.

-Ahí, a la puerta.

-No... no -puede ser -siguió diciendo Claye en el colmo del terror.

-¡Levantaos! -Dijo imperiosamente Dick.

-Y vos ¿quién sois?

-Dick Turpin.

-¡Imposible!

-De todo os convenceréis. Entrad, Gilberto.

Nicolás, que ya se había levantado, retrocedió asustado cuando vió aparecer a su

sobrino..

-¡Perdón! ¡Perdón! -exclamaba.

-¿Vos pedís perdón? ¿Vos, que por quedaros con mis bienes me hicisteis confinar y que al saber mi retorno volviste a buscar al mismo hombre - hotelero- para que me asesinara... y que cuando visteis a ese mendigo - ue era yo- y lo creísteis embriagado le dijisteis a Gustavo:

“ese es nuestro hombre”? ¿Para qué? Para que me matara, ¿verdad?

Pues ahora he venido a vengarme.

-Si creéis que hice mal... entregadme a la justicia-exclamó Nicolás.

-No; otra es la justicia que merecéis, ¡canalla!

-¿Vais a asesinarme?

-Así debiera ser. Pero no. Te batirás conmigo como si fueras un caballero. Ahí tienes la oportunidad.

-¿Batirme?... Entonces... ¡aun puedo matarte! -dijo Nicolás con salvaje acento-. Las espadas, presto. Verás quién es Nicolás Claye.

-Venid conmigo -dijo solemnemente Dick.

Ambos le siguieron en silencio. Salieron de la posada, y se dirigieron a un espacio abierto, cerca del camino.

-¡En guardia! -dijo Dick-. ¡Atacad!

Nicolás púsose desde el primer momento a dar estocadas sin orden ni concierto, pero con tal rapidez, que Gilberto se vió forzado a retroceder.

-Te mataré, estúpido exclamó Nicolás.

Gilberto, al retroceder, puso un pie sobre una piedra y cayó, momento que aprovechó Nicolás para tirarse a fondo. Gilberto se sintió herido en una pierna, aunque levemente.

-¡Herido! ¡Herido! exclamó gozoso Nicolás.

-El duelo es a muerte -replicó Gilberto- ¡En guardia o no respondo de mí!

-¡En guardia! -repitió Dick.

Volvieron a cruzarse las espadas... y unos segundos después, Gilberto atravesaba el pecho de Nicolás Claye, quien, lanzando un doloroso gemido, soltó el acero y cayó pesadamente al suelo.

—¡Al fin! -exclamó Gilberto-. La justicia está consumada.

-Sólo os resta tomar los documentos que están en el baúl de vuestro tío y escapar -dijo Dick Turpin-. Yo me vuelvo a Portsmouth.

-Gracias por vuestra ayuda, Dick Turpin. Prometí recompensaros y os repito la promesa. Cumpliré mi palabra en cuanto volvamos a vernos.

-Adiós, amigo mío -dijo Dick ya sobre el caballo-. Oigo la señal de mi gente... En cuanto al posadero, ya le escribiré aclarándole lo ocurrido... ¡Qué cara pondrá el hombre!...

-No dudo que se alegrará... ¡Adiós! Hasta nuestro próximo encuentro.

Dick Turpin partió velozmente, pues la señal convenida se había vuelto a oír y esta

vez con insistencia.

III

Batanero y Peters, apresados

Cuando Dick llegó al lugar de donde partía el silbido característico -que en eso consistía la señal- vió a Tomás King.

-¿Qué pasa King? -le preguntó Dick.

-Los gendarmes han apresado a Batanero y a Peters -respondió el interpelado.

-¿Cómo ha sido eso? Explicáte -ordenó Dick contrariado.

-Pues... fueron sorprendidos en una taberna por doce gendarmes, y maniatados antes de que pudieran defenderse. Eso es todo, jefe.

-Pues bien, a rescatarlos entonces.

Dick y King emprendieron rápida carrera hasta un bosquecillo cercano donde aguardaban los demás compañeros.

-¿Estáis enterados? -preguntó a manera de saludo Dick.

-Sí -respondieron todos.

Pero el Caballero de Malta se adelantó y expuso rápidamente el plan que había concebido para rescatar a sus compañeros. Dick lo aprobó de inmediato.

-Id, pues, disfrazado con ese traje que decís. Y si os agregáis unos bigotes postizos no estaría de más. Así no podrían reconocerlos -dijo Dick, agregando-: ¿Para cuándo ha sido, señalado el juicio?

-Para mañana.

-Bien; esta noche podemos descansar. Y a no preocuparse. Batanero y Peters serán libertados. Os lo aseguro.

Al día siguiente, las puertas de las cárceles se abrieron y aparecieron los presos escoltados por media docena de gendarmes. Una muchedumbre ruidosa los seguía, pugnando por ver a los malhechores.

Llegaron al juzgado, y presto la sala y los pasillos se vieron atestados de curiosos. Era imposible dar un paso y la respiración se hacía allí fatigosa.

Sonó la campanilla y todos callaron.

Peters y Batanero se miraron. Habían visto, cerca de la mesa presidencial y frente a ellos, a un caballero lujosamente vestido y en quien creyeron reconocer al Caballero de Malta. Pero al cabo de un rato ya no dudaron. El Caballero de Malta se había puesto, disimuladamente, a mover los dedos de las manos, que apoyaba en sus rodillas, transmitiéndoles un mensaje con los signos convencionales que solamente ellos conocían.

Volvió a sonar la campanilla y en seguida la voz del presidente se dejó escuchar:

-Acusado Batanero, ¿cómo os llamáis?

-¡Vaya la gracia! -replicó el negro-. Pues... como ha dicho usía.

-Eso es un apodo. Diga el acusado su verdadero nombre.

-Es que no tengo otro, usía... Si usía quiere ponerme uno más bonito.

-Está bien. Y vos, ¿cómo os llamáis? –dijo dirigiéndose a Peters.

-*Peters, alias* Patillas.

-Confesad todos vuestros crímenes.

-Es que nosotros, usía -terció el negro- no nos confesamos nunca...

¡ni en la iglesia!

El presidente llamó entonces al jefe de policía local, Dousem, para que se manifestara contra los acusados. Y éste, con enfática voz, relató con lujos de detalles los atracos, robos, asaltos y crímenes que se le imputaban a la cuadrilla de Dick Turpin y de la cual formaban parte los acusados. Y explicó que mientras Dick Turpin estuviera en libertad, Inglaterra no viviría tranquila y que por eso había que hacer un escarmiento en sus secuaces, ahora en poder de la justicia.

Cuando terminó su exposición, el presidente se dirigió a los acusados diciéndoles:

-¿Tenéis algo que alegar?

-Sí, señor presidente -respondió el negro-. Que nos de mejor comida.

Los cerdos están mejor tratados en Inglaterra que los presos.

-Se tomarán medidas -exclamó el presidente - Queda levantado el acto.

Peters y Batanero volvieron a la celda, y una vez en ella conversaron con respecto al mensaje que les había transmitido el Caballero de Malta.

-Ha dicho que intentáramos escaparnos por nuestros propios medios esta misma noche -dijo Batanero-. Y si no podíamos, que pusiéramos una señal en la reja de la celda, que Dick nos libertaría.

-Ya tengo un plan, Batanero -intentó explicar Peters.

-Tendrás un plan... pero yo tengo esto -dijo el negro, extrayendo de un bolsillo secreto una lima pequeña y un puñal pequeño también.

-¿Cómo has podido ocultarlo? -se extrañó Peters.

-En este bolsillo secreto. Te aconsejo que hagas uno igual.

-Entonces mi plan no puede fracasar. Escucha. Esta noche vendrán los carceleros por nuestra ropa, pues nos han dicho que nos pondrán las de reglamento. Y cuando vengan... duro con ellos.

-Sí, comprendo -dijo el negro-. Pero saldremos de la celda solamente.

¿Y la guardia? Además, hay uno de los gendarmes que tiene las llaves... ¿y si ése no viene?

-Vendrá, porque tiene que abrir la celda.

-Bueno... yo me lavo las manos como Herodes.

-Como Pilatos querrás decir -explicó Peters.

-Ah, pero... ¿es que crees que Herodes no se lavaba las manos?

-Vete al diablo y déjame dormir un rato. Hasta la medianoche tenemos tiempo.

Eran las diez de la noche cuando entraron los dos carceleros. Y, para suerte de los amigos, uno de ellos era el que tenía las llaves.

-Eh... a vosotros -dijo uno de ellos- ¿dónde están vuestras ropas?

-Aquí -dijo el negro abalanzándose sobre él, mientras Peters hacía lo propio con el otro.

-Si echas mano a la pistola te corto el cuello con este cuchillo -dijo Peters al que tenía aferrado entre sus brazos.

-No me matéis -dijo éste con voz ahogada-. ¿Qué queréis que haga?

-Dadme esa pistola... y esas llaves. Así. Eh, Batanero ¿ya tienes amordazado a ese tunante?

-Sí; le puse una toalla como mordaza. Este no hablará ni gritará -contestó el negro.

-Vamos, a no perder tiempo. Utilizando sus ropas vistámonos de gendarmes... por una vez al menos seremos de la policía.

Dos minutos después salían de la celda, completamente desconocidos.

Y caminando con precaución llegaron hasta la conserjería.

De allí a la libertad, había un paso. Mejor dicho una puerta, y era la que tenían que franquear. Por fortuna, en la conserjería no había ningún gendarme. Peters y Batanero entraron, abrieron la puerta y salieron a la calle con paso firme. Pero no por mucho tiempo. Cuando estuvieron seguros que estaban en la calle, echaron a correr como galgos.

Oyóse un silbido y luego una voz conocida que les decía:

-¡Pronto! ¡Los caballos están preparados! ¿Habéis derramado sangre?

-No, jefe.

-Más vale así. ¡Andando!

Y en ese momento un cañonazo fué disparado de la cárcel, dando la señal de alarma. Pero Batanero y Peters ya habían conquistado la libertad.

IV

El Chacal humano

Después de la aventura de la cárcel, Dick Turpin galopaba con sus compañeros bajo una noche cerrada, en busca de un hospedaje donde poder comer y dar de beber a los caballos.

-¡Allí hay una posada! -exclamó alegremente Tomás King.

-Vamos hacia ella -ordenó Dick.

Los jinetes apresuraron el paso de sus cabalgaduras y en contados segundos estuvieron frente a la posada. Al detenerse, oyeron fuertes voces, como de gente que disputaba con calor.

-Parece que no están de acuerdo los que están ahí dentro -dijo Dick-. Vayamos a poner un poco de paz. ¡Eh, Moscarda; golpea!

Moscarda se apeó y golpeó varias veces a la puerta de la posada.

Esta se abrió y apareció el dueño con alterado rostro.

-¿Qué desean vuestras mercedes?

-Entrar y reposar unas horas -contestó Dick.

-¿Por qué no os habéis quedado en Portsmouth? -Preguntó con insolencia el posadero.

-Si todos hicieran lo que vos decís, no tendría razón de existir este albergue...

-Bien... bien... pero ya es tarde.

-Os pagaremos como si fuese temprano.

-¡Entrad! -accedió por fin, aunque de mal talante, el dueño.

Se apearon los amigos y Batanero se hizo cargo de los caballos.

Pero en ese instante apareció un joven de simpático aspecto a quien el posadero más que dijo gritó:

-Vamos, botarate... acompaña a esos caballeros... No te quedes ahí como un estúpido. ¡Date prisa, zopenco!

-Paréceme, amigo -dijo Dick- que insultáis a este joven.

-¡Bah! es un tonto, un desagradecido... No hablemos de él. Pasen los caballeros. Y tú, Antonio, atiende a los señores como corresponde.

Yo voy a dormir. ¿Me has entendido, truhán?

-Sí, señor -contestó el joven Antonio.

El posadero, lentamente, subió las escaleras. Y una vez que se oyó el ruido de la puerta al cerrarse, Dick se acercó al joven y le dijo:

-Cuando llegamos, ¿estabais disputando con ese hombre?

-Sí, caballero.

-¿Qué os pasaba?

-Os lo diría pero... me ene amenaza o e muerte si hablo.

-Hablad sin temor, pues quizá pueda ayudaros... mis hombres y yo.

-He comprendido, caballero, que sois un alma noble. Me defendisteis sin conocerme cuando el Chacal me insultaba...

-¿Chacal? ¿Así se llama el dueño?

-Así le llaman... aunque él no quiere. Su verdadero nombre es Madson.

Bien... contadme lo que os pasa. Venid a esta habitación ¡Eh...

vosotros!, vigilad que ese Chacal no nos interrumpa.

Dick y Antonio entraron a una habitación vecina. Y una vez en ella, Dick animó al joven a que le confesara el motivo de la discusión.

-Y bien... os lo diré todo; desde el día que entré a servir en esta casa, hasta el altercado de esta noche.

-Os escucho.

-Chacal tiene una hija adoptiva llamada Inés, a quien conocí cuando entré como sirviente en la posada. Desde que nos vimos simpatizamos.

Y eso molestó a Chacal, quien me amenazó con la muerte si continuaba conversando con ella.

Pero Inés empezó a demostrarme un noble afecto, el cual se convirtió en amor puro, que yo correspondo.

-¿Así que os amáis? Os felicito -interrumpió Dick para animarlo.

-Pero un día, de labios de la propia Inés supe una amarga verdad.

Su padre adoptivo, ese inmundo Chacal, la asediaba con proposiciones indignas. Quería hacerla suya a toda costa. Ante esta revelación le propuse a Inés fugarnos. Y una noche en que estábamos escondidos entre unos arbustos del corral, planeando la fuga, oímos que se acercaba Chacal con otro hombre, y que ambas disputaban. Nos acurrucamos y pudimos oír el diálogo siguiente:

-¿Hasta cuándo va a durar esto? -decía Chacal-. ¿No te di tu parte el día del crimen?

-Sí -respondió el otro-. Pero tú asesinaste al padre de Inés y te quedaste con casi toda la fortuna. Quiero la mitad por lo menos; sino te denuncio. No te olvides que tú le mataste.

-Bueno; acabemos de una vez. Vuelve la próxima semana, pues tengo el dinero en un banco de Londres. Te daré lo que pides así me dejas tranquilo... Pero habrás de firmarme un papel.

Antonio hizo una pausa que aprovechó Dick para preguntarle:

-¿Hace mucho tiempo de esto?

-Aún no se ha cumplido la semana.

-¿Y es verdad que el dinero lo tiene en Londres?

-No, lo tiene en un arcón en su aposento.

-Bien, continuad -dijo Dick.

-Como supondréis, Inés sufrió horriblemente al saber que aquel hombre, su padre adoptivo, había sido el asesino de su progenitor.

Además -prosiguió Antonio-, el dinero que indebidamente tenía Chacal le correspondía a ella, pues habíanselo robado a su padre...

-Entendido -interrumpió Dick- no necesito saber nada más, excepto el porqué reñáis con Chacal cuando nosotros llegamos.

-Pues... porque le sorprendí tratando de abrazar a Inés. Corrí en defensa de mi amada, cuchillo en mano... Inés gritó... y en eso llegasteis vosotros. Eso es todo.

-Perfectamente. Si cumpléis al pie de la letra el plan que os indicaré, Inés será tuya, el dinero lo recuperaréis... y Chacal pagará caro su crimen. ¿Lo prometéis?

-Sí, caballero. Estoy a vuestras órdenes. Pero, por favor, vuestro nombre para guardarlo por vida en mi corazón.

-Quizá os arrepientas...

-¿Cómo así?... Sois un noble corazón, caballero.

-Bien... ¡Me llamo Dick Turpin -¡OH! ¡El generoso, el magnánimo... el amigo de los desheredados!

Gracias al cielo sois vos quien viene en mi ayuda.

-Bien... bien... Deja eso y vayamos a lo nuestro.

Y Dick le explicó a Antonio el plan que había concebido mientras le escuchaba. El

plan fué puesto inmediatamente en ejecución.

Antonio subió hasta el cuarto de Inés y dejó deslizar una esquila por debajo de la puerta, en la cual le decía que estuviese vestida y dispuesta a partir inmediatamente que él lo hiciera una señal. Luego bajó, sirvió de comer a Dick y sus compañeros, y al cabo de media hora nuestros amigos abandonaban la posada, lo cual también formaba parte del plan.

En efecto, ni bien Chacal oyó desde su habitación el ruido de los caballos al partir, bajó a preguntar:

-De manera que ya se fueron, ¿eh? señor. Aquí están los escudos.

Servíos.

-Idos a acostar, entonces - ordenó Chacal.

-Perdonad; pero me marchó de esta casa esta misma noche --dijo con firme voz Antonio.

.-¡Vaya alegría que me das!

-Lo sabía, señor Madson. Pero no puedo ser cómplice vuestro...

-¿Volveremos a discutir? --dijo amenazante Chacal.

-No; pero os ruego me prestéis vuestro caballo, que os devolveré mañana mismo con el ordinario.

-Os lo regalo.

-De vos ni la gloria. Y ahora permitidme hacer la maleta.

-Cuando partas avísame para cerrar la puerta. Y si quieres dinero...

-Me quemaría las manos -repuso con dignidad el joven.

Chacal se rió fuertemente y dejó solo a Antonio mientras él volvía a su habitación. Pero tan pronto desapareció Chacal, Antonio abrió la puerta con sumo cuidado y entraron Dick y Moscarda en silencio, quienes se escondieron convenientemente. Otra parte del plan de Dick que se cumplía.

Al cabo de un rato, Antonio cogió su maleta y llamó al que había sido su patrono, el siniestro Chacal. Este bajó al instante.

-¿Queréis registrarme la maleta? -preguntó el joven.

-¡Lo que quiero es que os vayas cuanto antes!

-Ya os dejo en libertad. Adiós -respondió Antonio, marchándose.

Pero lo que no imaginaba este siniestro personaje, era que Antonio, inmediatamente de oír que la puerta de la posada se cerraba tras él, haría la señal convenida con Inés, y ésta, ayudada por Batanero, saldría por la ventana de su dormitorio y se uniría a su amado.

Mientras tanto, Chacal subió hasta el piso superior y se detuvo ante una puerta.

-Apararé el candil -murmuró-. Entraré a oscuras y cuando quiera darse cuenta estará en mis brazos.

Así lo hizo. Entró con gran sigilo y se dirigió hacia el lecho, donde suponía dormía Inés. Se inclinó sobre él y, ebrio de gozo, estrechó entre sus brazos a aquel cuerpo que reposaba en el lecho.

-¡Inés. de mi alma! -exclamó-. ¡Dame tu amor y pídemela vida después!

-Después no... antes -dijo una voz a tiempo que se oía un grito de dolor.

Dick Turpin le había atravesado el corazón con su puñal.

-¡Traición! -tuvo tiempo de exclamar Chacal-. ¡Favor... Socorro!

-Eso mismo dijo el padre de Inés cuando le mataste. Paga tu culpa- le gritó Dick, saltando del lecho.

Poco después, Chacal era cadáver.

Dick llamó a Moscarda, y juntos recogieron el arcón en el cual Chacal guardaba el dinero robado al padre de Inés. Se, le unieron después los demás camaradas, con Inés y Antonio, y todos partieron hacia Chichister a todo lo que daban sus caballos.

El único comentario que hizo Dick Turpin a sus compañeros fue:

-El que a hierro mata... a hierro muere.

Los demás respondieron con silencio.

LA CASA DE LOS CRÍMENES

I

Los apuros de un matrimonio

Pese a lo intempestivo de la hora -es la una de la madrugada un hombre y una mujer están sentados junto a la lumbre en el interior de una modesta casa de campo.

-Si cien años vivo, Juana, no olvidaré esta noche -dijo el hombre.

La mujer alzó la cabeza y se encogió de hombros.

-Todo el pueblo estaba revolucionado -continuó el marido-. No se hablaba de otra cosa que de Dick Turpin y del asalto al correo. ¡Cientos de guineas robó el hombre... ! ¡Y pensar que nosotros, con media docena de soles de esos... !

-¡Cállate Tomás! -interrumpió Juana-. El dinero hay que ganarlo honradamente.

-¿Digo yo lo contrario? No, Juana; solamente pensaba que -con media docena de monedas de oro que tuviéramos, liquidaríamos nuestras deudas, y aún nos quedaría para comprar...

-¡Un poco de sentido común! -remató sentenciosamente Juana, una mujer regordeta, joven, sonrosada y fuerte, que había dado a su marido, Tomás Morris, dos hijos y que hacía malabarismos para cubrir los gastos de la casa con los once chelines semanales que ganaba su marido. -No pensaba en sentido común, sino en cerdos -continuó Tomás.

Iba a interrumpirle su mujer, cuando se oyeron unos golpes dados a la puerta.

-¿Quién puede ser a estas horas? -preguntó Morris extrañado, al par que se levantaba y acercaba a la puerta ¿Quién, llama? -gritó después.

-Abra usted y lo verá -contestaron desde afuera-. Soy amigo.

Tomás abrió y hubo de retroceder casi espantado. Dos enmascarados, llevando a un hombre al parecer muerto, entraron a la casa.

-Soy Dick Turpin -dijo uno de ellos-. Y necesito alojamiento durante unas horas,

para este caballero herido.

-pero es que... -insinuó Tomás.

-Aquí tenéis veinte guineas por el servicio que os pido.

-¡Veinte guineas! -exclamó la mujer, acercándose.

-¡Una fortuna! -balbuceó el marido abriendo tamaños ojos.

-Y bien, ¿qué decidís? -preguntó Dick con cierta impaciencia.

-Queme hago cargo del herido. Yo lo llevaré a una habitación -dijo Tomás, tomando entre sus brazos a aquel cuerpo casi inerte.

-¿Estáis seguros de que nadie os ha seguido? -preguntó Juana.

-Absolutamente -respondió King, que era quien acompañaba a Dick en aquella oportunidad, agregando-: permitidme que me quite el antifaz.

Dick ayudó a Tomás Morris a transportar al herido hasta una habitación interior. Y una vez que le hubieron acostado, preguntóle:

-Hugo Hardwood, ¿estáis en disposición de oírme?

El herido movió afirmativamente la cabeza.

-No habléis; me basta con que escuchéis -repuso Dick-. Estas buenas gentes cuidarán de vos. Y de aquí a mañana encontraremos algún medio para trasladaros a otro lugar. Ahora descansad. Adiós.

Cuando Dick salió se encontró con la mirada inquisidora de Juana.

-La acción meritoria que realizáis ahora, Dick Turpin -preguntóle la mujer-, ¿la hacéis por un desconocido?

-¿Por qué no? La justicia, justicia es en todas partes.

- ¿Y pagáis a tan buen precio un servicio tan pobre como el nuestro?

-Y más os daré si el herido sale con bien; os lo aseguro.

-No, Dick Turpin -dijo con firmeza la mujer-. Quede en vuestro bolso el dinero, que el favor nada os costará,- s ruego que lo aceptéis porque sé que ese dinero os será de provecho. Y no se hable más de esto. Eh, King -ijo alzando la voz-. Es hora de partir.

Y luego de hacer las últimas indicaciones sobre el tratamiento y cuidados que habrían de prodigar al herido, retiráronse Dick y King de aquella casa.

II

Un caballero que no es tal

Frente a la lujosa mansión del caballero de Montclevon, se detiene un jinete. Sale a recibirle Guillermo, el mayordomo, quien le abre la pesada puerta de la verja.

-¿Han preguntado por mí? -dice el jinete.

-Sí; su señoría lo ha hecho por dos veces.

-¿Nadie más?

-Nadie. Todos saben que habéis ido a Londres por asuntos de su señoría -explicó el mayordomo.

-Está bien...

-Veo en vuestra manga una mancha roja -dijo el mayordomo-.

¡Es sangre!

-Un accidente... me corté la mano -explicó el recién llegado con poca seguridad.

-¿Accidente? No... no... aquí hay un misterio... varios misterios, Craddock -dijo alzando la voz Guillermo-. Esas ¡das y venidas del, coche guiado por un hombre que oculta la cara... esas cortinillas caídas...

-¡Basta! Lleva mi caballo a la cuadra y ensilla otro... por lo que pueda ocurrir -se expresó de mal talante el nombrado Craddock.

-¿No veis?... otro caballo.

-¡Cierra el pico! ---ordenó-. ¿Dónde está su señoría?

-En el saloncito de juego con el Justicia Snedgewick.

Craddock se dirigió hacia el saloncito de juego. Golpeó suavemente y entró sin esperar contestación.

El ilustre caballero montcleven se puso de pie, y el justicia Snedgewick, aunque permaneció sentado, miró inquisidoramente al recién llegado.

-¿Buenas'. o malas noticias, Craddock? -preguntó Montcleven.

-Magníficas. El hombre ha muerto.

-¿Oye usted, Snedgewick? exclamó Montcleven-.Hugo Hardwood ha dejado de ser un impedimento. Y ahora Craddock nos contará con lujo de detalles cómo ha hecho. ¿Verdad, Craddock, mi fiel amigo?

-Sí, su señoría... Ateniéndome a las instrucciones recibidas, seguí a Hugo Hardwood hasta el bosque de Brent. Se detuvo en la hostería llamada de "La Campana". Entró y yo tras él. Llegaron en ese instante, noticias de que Dick Turpin había asaltado un coche. Toda la gente salió a la calle y, en la confusión, desapareció Hardwood. Como supuse que éste habría ido a ver el coche desvalijado, con la esperanza de saber algo de Dick Turpin, a quien buscaba, me fui allá. Pero se produjo un encuentro entre los bandidos y los gendarmes, donde se derrochó valor, pólvora y plomo. Y para que alguna bala destinada a otro no me tocara a mí, salí del camino y atravesé el bosque.

-¡Abreviad, por favor! -díjole Montcleven al narrador-. ¡El final...

el final!

-Como dijisteis que os diera lujos de detalles...

-Sí, pero no tantos. Continúad.

-Bien... Al llegar al bosque me encontré con Hugo Hardwood que, en un claro, parecía aguardar a alguien. Sin hablar palabra me le acerqué, y antes de que pudiera darse cuenta, le descerrajé un tiro.

Recibió la bala en medio del pecho, mas tuvo tiempo de desenvainar la espada y abalanzarse sobre mí, mirándome fieramente. Pero no bien su acero cruzóse con el mío, le desarmé y atravesé con mi espada. Y allí quedó moribundo, y por suerte que pude huir a tiempo, pues vi aparecer a Dick Turpin con uno de los suyos.

-Muy bien, Craddock... y ahora vienes a reclamar el precio estipulado ¿verdad? -díjole el caballero de Montcleven.

-Por supuesto; pero antes he de advertiros que Guillermo, el mayordomo, sospecha algo.

-Es un viejo cascarrabias; eso es todo -dijo Montcleven sin preocuparse.

-Os aseguro que sospecha... y bien. Ha hablado del carruaje con las cortinillas corridas y del cochero que oculta el rostro.

-¿Con quién ha hablado?

-Conmigo.

-¡Canalla! -exclamó fuera de sí Montcleven, agregando-: Te lo entrego, Craddock. No tiene mujer ni hijos que lo lloren. Es preciso que desaparezca.

-¡Desaparecerá! -contestó Craddock.

Fué entonces cuando intervino el justicia Snedgewick, espectador de aquella escena de felonía.

-¿No habría otro medio, señores? Me parece que todo lo veo rojo.

-¡Bah! ¡Otro a quien se le encoge el corazón! -interrumpió Montcleven-. El vino hace ahogar esos pensamientos ridículos. Tocad la campanilla, Craddock.

III

Anita, la prisionera

Una vez que bebieron los tres hombres festejando la muerte de Hugo Hardwood, retiróse Craddock a descansar, con gran contento del Justicia Snedgewick, que horrorizábase al pensar que se hallaba mezclado en un asesinato.

-Es hora de que visitemos a la linda palomita, ¿verdad amigo mío? -dijole Montcleven.

-Dejémosla tranquila hasta mañana, pues está en buenas manos.

-La señora Skewton merece toda mi confianza, pero deseo hacerle una visita a la niña que pronto será mi esposa, es decir, vuestra hermosa sobrina.

-Como gustéis -replicó el Justicia-. He recibido el precio de...

-¿Para qué continuar, amigo mío? Vayamos a verla.

Montcleven sacó un manojito de llaves del bolsillo y, seguido por el justicia, tomó por un corredor y detúvose frente a una puerta.

Abrióla Montcleven y ambos hombres penetraron en la habitación.

-¡Tío! --- exclamó una hermosa niña que estaba sentada en el lecho-

¡Qué felicidad encontrarle aquí!

Pero una mujer larguirucha y de aspecto siniestro, trató de impedirle que avanzara.

-Apartad de mi presencia esta mujer -dijo la niña-. Y explicadme cómo he venido a dar a esta habitación. ¿He estado enferma?

Fué entonces cuando intervino Montcleven.

-El amor os ha traído hasta aquí, Anita de mi alma -exclamó.

-¡Monstruo! -gritó Anita-. ¡Empiezo a comprender! El vino, que me sirvieron en la comida estaba emponzoñado,... y me habéis traído aquí...

-Anita de mi vida -explicó el Justicia-. El caballero de Montcleven quiere casarse contigo y...

-¡Jamás! Bien sabéis que amo a Hugo Hardwood. Le he entregado mi corazón. Y él habrá de venir a libertarme.

-¡No podrá! exclamó Montcleven.

-Sí) sí... vendrá, me lo dice el corazón -repitió Anita.

-Y no vendrá... porque ha muerto -agregó Montcleven.

-¡Mentís!

-Preguntadle a vuestro tío. El os dirá que Dick Turpin, el salteador de caminos, le ultimó cobardemente.

-¡No, no... es mentira! -gritaba Anita fuera de sí-. ¡Hugo vendrá!

¡Dejadme pasar, canallas!

Y antes de que pudieran contenerla, atravesó la estancia y, de un tirón separó las cortinillas de la ventana y la abrió.

-¡Oh! -exclamó retrocediendo-. ¡La cara!

Anita se tambaleó y cayó en brazos de la vieja arpía.

-Dejadnos solos -dijo la vieja.

-Habló de una cara... -murmuró Montcleven.

-Idos. ¿No veis que su cerebro está perturbado? Yo le administraré un filtro, preparado por Margarita Salmis y doy fe de sus resultados-explico la señora Skewton, guardiana de Anita.

El Justicia tomó por un brazo a Montcleven y le sacó de la habitación.

Una vez fuera le dijo angustiado: -¡Soy un canalla! Tomad vuestro dinero y desligadme de compromiso contraído.

-El trato es trato -contestó Montcleven-. Su sobrina, de grado o por fuerza será mi esposa. Y en cuanto a vos, guardaos los escrúpulos si no queréis ser acusado del asesinato de Hugo Hardwood.

-¿Qué decís?

-¡Lo que acabáis de oír! ¿No sois, acaso, el asesino de Hardwood?

¿No fué Oscar Craddock testigo presencial del crimen? ¿No me movió a lástima la suerte de vuestra sobrina y la traje a esta casa para evitarle que viviera bajo el mismo techo con un asesino? -dijo Montcleven.

-¡Canalla! Nada podéis hacerme. Vos mismo le habéis dicho a mi sobrina que el matador de Hugo había sido Dick Turpin.

-Sí; para hacer menos acerbo su dolor. Para no hacerla sufrir más -exclamó Montcleven, sin poder contener una sonrisa siniestra.

-¡Estoy en vuestras manos, miserable! -dijo horrorizado el justicia.

-Sí que lo estáis. Y os quedaréis prisionero en esta casa hasta tanto Anita sea mi esposa... Después podéis iros y ahorcaros si queréis.

El Justicia Snedgewick se desplomó en una silla.

IV

La bruja Margarita Salmis

La vieja arpía de la señora Skewton, guardiana de la prisionera Anita, había mencionado el nombre de la bruja Margarita Salmis. Y a ésta es a quien encontramos abandonándose a sus pensamientos mientras acaricia a un gato negro:

-¿Me habrá visto la niña? Creo que sí. Al abrir la ventana retrocedió...

¡Y el gran caballero quiere casarse con ella! Aunque no sospecha que Margarita vigila.

Iba a continuar con sus pensamientos, cuando oyó pasos cerca de la caverna que le servía de morada.

-¿Quién va? -preguntó con cascada voz.

-Dos interesados en consultaros, hermosa doncella exclamó Batanero con sorna.

Y sin decir, más entró acompañado de su inseparable compañero Peters, quien se asustó al ver la horrible figura de la vieja.

-¡No daréis un paso más sin manifestar el objeto de vuestra visita!

-gritó la bruja irguiéndose.

-He aquí una guinea -díjole Batanero-, Observad la mano de mi amigo.

-Venga esa mano -contestó la bruja.

Obedeció Peters y tendió la mano a la vieja.

¡Hum! El negro ha comenzado mintiendo. No venís para que os adivine el pasado y el porvenir... Pero algo sabréis, tunantes. Esta mano pertenece a un hombre que fué funcionario de la ley en otro tiempo, pero que abandonó la profesión para unirse a un caballero en desgracia, que hoy es su jefe y se llama Dick Turpin.

-¡Basta! -gritó Peters-. Es verdad. Pero dejad mi mano.

La vieja se rió y continuó hablando.

-¿Qué más deseáis? ¿Que os diga a qué viene, Dick Turpin? Podría decíroslo... pero prefiero esperarlo, porque no tardará en llegar.

En efecto, minutos después hacía su aparición Dick Turpin.

-Bienvenido, caballero -díjole la bruja.

-Gracias -contestó Dick-. Vosotros, ¡dos un momento y vigilad.

Cuando salieron Batanero y Peters, la bruja y Dick conversaron reservadamente. Y Margarita le explicó cómo se había enterado del secuestro de Anita, refiriéndole que había subido por una escalerilla secreta pegada al muro, hasta un tejado que daba frente a la habitación del palacio de Montcleven, y que había podido oír y ver la escena desarrollada entre éste, Anita, y, el tío de la niña.

-Me habéis prestado un gran servicio -dijo Dick Turpin-. Continúad acechando y tenedme al tanto de lo que ocurra. Aquí tenéis unas monedas de oro por vuestra, ayuda.

-En aquella mansión se respira el crimen, y a vos corresponde tomar venganza, Dick Turpin, pues eres el brazo vengador que envía el Destino.

-Volveré mañana por la noche. Hasta entonces -dijo Turpin marchándose.

Cuando se encontró con sus subordinados, llamó aparte a Peters diciéndole:

-Me he enterado de cosas interesantes, Peters; y debemos ir a la mansión de Montcleven para hablar con el mayordomo, el cual está en peligro de muerte. Acompañadme.

-Usted manda, capitán- contestó Peters, siguiéndole.

Al cabo de un rato llegaron a la casa y Dick cogió un puñado de piedrecitas y las lanzó contra la ventana. Inmediatamente se entreabrió ésta y apareció Guillermo.

-¿Quién llama? -preguntó de mal talante.

-Un amigo -contestó Dick.

-¡Maldita la falta que me hacen los amigos a esta hora! ¡Largaos!

Pero ya Dick había subido, y Guillermo, al verse frente a un enmascarado exclamó:

-¿Quién sois?

-Dick Turpin... y os advierto que mi gente espera abajo.

-Bien... pasad entonces.

Así lo hizo Dick, y cuando estuvieron en la habitación, el enmascarado se expresó de esta suerte:

-Tu vida peligra. El caballero Montcleven y Craddock, su secretario, tan villano el uno como el otro, creen que tú sabes demasiado. Y te quitarán la vida.

-¡Malditos!

-Craddock llegará de un momento a otro, de manera que, debéis huir. Pero, por favor, cambia el traje que tienes y préstame el que llevas en este momento. Además, aquí tienes dinero para huir.

-Así lo haré. ¡Os deberé la vida! exclamó Guillermo mientras se cambiaba de traje apresuradamente.

-Ahora huye. Allí abajo está mi gente con un caballo que se te ha destinado.. Adiós y buena suerte.

Cuando Guillermo salió, Dick hizo una señal para que dejaran pasar libremente al fugitivo. Luego se puso el traje que llevaba el mayordomo y se sentó, a la espera de los acontecimientos.

V

Dick Turpin en acción

Los acontecimientos no se hicieron esperar, pues al cabo de un rato Craddock golpeaba a la puerta del mayordomo. -¿Qué pasa?

-preguntó Dick, imitando la voz de Guillermo.

-Abrid su señoría desea verte -exclamó Craddock.

La puerta se abrió y apareció Dick, portando una pistola en cada mano. Pero la oscuridad era impenetrable y, por otra parte, Craddock, que estaba acompañado por otro lacayo, echó a andar por el corredor sin mirar al que creía era el mayordomo.

-Tenemos que ir hasta el jardín, pues allí os espera su señoría -dijole Craddock a Dick, al, cual seguía el lacayo dispuesto a lanzarse sobre él en el momento oportuno.

Bajaron las escaleras y llegaron al jardín. El momento de obrar había llegado.

Craddock sacó un pañuelo del bolsillo. Era la señal convenida.

Y el lacayo se preparó a abalanzarse sobre Dick. Pero en ese preciso instante, Peters, que venía pisándole los talones al compañero de Craddock se abalanzó sobre el lacayo, mientras Dick hacía lo propio con el terrible personaje. Y los cuatro hombres rodaron por el suelo en lucha indescriptible.

-¡Canalla! ¡Ha llegado la hora de que pagues tus crímenes!

-exclamó Dick Turpin atravesándole el corazón con su puñal.

Craddock se debatió desesperadamente, sin explicarse quién era el vengador. Al cabo de un instante exhalaba el postrer suspiro.

Peters ya había dado cuenta del otro, que yacía a sus pies exánime.

Y ambos cadáveres fueron arrojados al pozo del jardín.

A la mañana siguiente, la noticia de la fuga de Guillermo exasperó al caballero Montcleven, pero al saber que también había desaparecido Craddock y su lacayo de confianza, supuso que habían salido en persecución del mayordomo. Esta idea lo tranquilizó.

En el salón de juego encontróse con el justicia y entre ambos desarrollóse el siguiente diálogo.

-Es menester que nos preparemos, amigo Snedgewick, porque esta tarde llegan el caballero Argent y el capitán Tallón.

-Lo recuerdo. Y cumpliré con mi palabra de ayudar al capitán -Tallón a desplumar al caballero Argent... Pero deseo que se me guarden las consideraciones debidas, pues se me han quitado las pistolas y la espada.

-Es una medida de precaución -respondió Montcleven-. Por otra parte no las necesitará usted para jugar esta noche.

El Justicia se retiró a sus habitaciones mascullando una protesta y lamentándose de haber conocido a Montcleven, de quien se convirtió en cómplice llevado por su desmedida ambición.

Por la tarde llegó el caballero Argent y poco después el capitán Tallón, individuo pendenciero y de perversos instintos. Después de cenar, el caballero Montcleven se retiró a sus habitaciones pretextando estar indispuesto, mientras los demás pasaron al salón de juego, en medio del cual había una mesa con barajas y dados.

El caballero Argent observó detenidamente un arcón de roble macizo. y exclamó:

- ¡Hermoso mueble! ¿Guarda aquí sus tesoros el caballero Montcleven?

-Lo ignoro -respondió el justicia.

Pero Argent levantó la tapa del arcón. Estaba vacío.

-Pues, aquí cabe un hombre. Lindo escondite.

-Dejemos el arcón, caballeros -gritó más que dijo el capitán Tallón-.

Vayamos a la mesa, que las cartas nos esperan.

Aproximáronse los tres a la mesa y dieron comienzo a la partida.

Las apuestas se doblaron y triplicaron. Y al cabo de unas horas, el caballero Argent exclamó:

-Señores: he perdido cuanto dinero llevaba encima.

-Con firmar una letra pagadera a la vista o un cheque contra su banquero... -insinuó Snedgewick.

-¡Alto! -gritó de pronto el caballero Argent-. ¿Qué lleváis dentro de esa manga, Snedgewick? ¡Una carta! ¡Canalla!

En su furia se abalanzó sobre el justicia.

-¡Miserable ladrón! ¡Ahora me explico tu suerte! No saldrás...

No pudo continuar hablando. El capitán Tallón había descargado con furia su puñal contra Argent, y éste caído pesadamente al suelo.

-Me... has herido... por la espalda... -alcanzó a decir Argent.

-¡A ponerlo dentro del arcón! ¡Rápido! -exclamó Tallón al justicia.

Mientras se desarrollaba esta escena, penetraban en la estancia Dick Turpin y Batanero. Ambos dejaron que los asesinos colocasen el cadáver dentro del arcón y esperaron que aquellos diesen media vuelta.

Cuando el justicia se dió vuelta exclamó en el colmo del terror:

-¡Poder de Dios! ¡Es Dick Turpin!

El capitán Tallón desenvainó su espada y lo propio hizo Dick.

Los aceros se cruzaron briosamente.

Mientras la lucha se desarrollaba en el salón de juego, la vieja señora Skewton apareció por la escalera chillando como una endemoniada, seguida por Tomás King, uno de los compañeros de Dick, que llevaba en sus brazos a Anita.

King, al ver a Dick en duelo a muerte con el capitán, gritó:

-¿Precisáis ayuda?

-¡No... salvad a la novia de Hugo! ¡Yo daré cuenta de este miserable!

-¡Si podéis! -gritó el capitán Tallón, tirándose a fondo.

Dick paró el golpe. Tallón volvió al ataque con más furia. Pero Dick de un golpe certero le desarmó.

-¡Encomendaos a Dios, miserable! -le gritó Dick Turpin.

-¡Piedad! -exclamó Tallón.

-¿La tuviste para el caballero Argent? ¡No! ¡Morid entonces! -y le clavó la espada en la garganta.

-¡Capitán! -gritó Batanero-. Este otro ya está fuera de combate.

Dióse vuelta y vio a Batanero que tenía entre sus piernas al justicia.

-¡No me matéis! ¡Os lo imploro! Concededme media hora... tan sólo media hora de vida.

-Como se vive se muere, ¡cobarde! -tronó, implacable Dick.

-¡Media hora tan sólo! Os lo suplico; y después haced lo que os plazca.

-Bien. Os concedo media hora -dijo Dick.

El Justicia subió las escaleras y dirigióse al cuarto donde había estado su sobrina. Momentos después sonaba un pistoletazo.

-¡Se ha hecho justicia! exclamó Dick-. Ahora es menester encontrar a Montcleven.

-Ha huido -respondió King-. Por salvar a esta joven no pude impedirlo.

-Ya daremos con él. En marcha -ordenó Dick Turpin.

Los amigos abandonaron con gusto aquella casa maldita, donde tantos crímenes se habían cometido. Pero nuevas aventuras le esperaban todavía, pues el canalla de Montcleven vivía aún.

VI

La extraña misiva

En Ingledene Hall, un pequeño caserío emplazado en la cresta de una colina, hallábase alojado el caballero Montcleven, pues la propiedad pertenecía a Gastón Claye, que adeudaba a aquél fuertes sumas.

Desde que Montcleven había llegado a Ingledene Hall, se habían hecho presente gendarmes, el juez del distrito y los infaltables Mostacilla y julio Buntem, encargados de la captura de Dick Turpin. Estos personajes habían tenido largas conversaciones con Montcleven y asegurado a éste que el bandido pronto caería en poder de la justicia.

Una noche, terminada la comida, entró un lacayo con una carta dirigida al caballero Montcleven.

-¿De quién diablos puede ser? -preguntó éste intrigado.

-con abrirla, el misterio queda aclarado -respondióle Gastón Claye.

Abrió el huésped la carta y leyó en voz alta:

- "Turpin ha sido hecho prisionero. Está encerrado en la "Corona" en Broxbourne. Si su señoría desea verlo antes de que sea conducido a Londres, venga sin pérdida de tiempo. julio Buntem".

-¿Piensa vuestra señoría correr ese riesgo? -preguntó Claye.

-No hay riesgo alguno. julio Buntem dijome que se iba a Broxbourne, y, ya ve usted, ha apresado a Turpin... ¿Qué riesgo puedo correr? ¡Que me preparen un coche!

Así se hizo, y al cabo de una hora el caballero Montcleven iba cómodamente arrellanado en el interior del lujoso carruaje de Gastón Claye, camino a Broxbourne. El cochero no las llevaba todas consigo.

Aquel viaje inesperado lo había sacado de sus casillas e iba mascullando protestas contra ese viejo libertino a quien debía transportar a esas horas de la noche. Y para descargar su furia, enarboló la fusta para dejarla caer sobre los inofensivos caballos que tiraban del carruaje. Pero la fusta no cayó sobre las bestias. Algo la detuvo en su camino.

-Soy Moscarda, amigo -dijo una voz junto a la oreja del cochero-.

Hazme sitio y entrégame las riendas.

El cochero aceptó. ¿A qué argüir con una pistola, no con un hombre?

-Conque Moscarda ¿eh?

-Ya lo dije antes.

-¿Amigo de Dick Turpin?

-Me cabe ese honor.

-¿Honor? Yo diría... Iba a decir una cosa que tal vez n fuera de su gusto -dijo el cochero.

-Yo hablaría menos, si estuviera en tu pellejo -dijo Moscarda-

Conocí un hombre que tenía el defecto tuyo. Una mañana murió repentinamente.

Y lo bueno del caso es que los médicos le encontraron dos balas en el cuerpo. Eso le pasó por meterse en lo que no le importaba.

-Aprovecharé la lección -contestó el cochero.

Mientras tanto, en el interior del coche, Montcleven dormía tranquilamente, sin sospechar la escena que se estaba desarrollando.

Cuando llegaron a los linderos del bosque, Moscarda díjole al cochero:

-Allí hay un amigo. Arrójate que él te dirá lo que tienes que hacer.

Arrojóse el cochero y vióse frente al negro Batanero.

-Bienvenido -díjole éste-. Ahora te ataré y...

-¿Así se trata a un hombre? ¿Qué es esto de atarme? -protestó el cochero.

-Una costumbre mía. Pero mañana te desataré y podrás ir diciendo por ahí: "Mirad lo que han hecho conmigo estos ladrones del infierno.

Me han atado sin ningún respeto." Y sin decir más lo ató a un árbol y lo amordazó con cuidado, procurando que el hombre pudiera respirar.

Mientras tanto, el coche continuó su viaje hasta que llegó al lugar señalado por Dick Turpin, y que no era precisamente el que pensaba el confiado viajero.

Cuando Montcleven despertó, abriéronse de par en par las puertas del carruaje.

-¡El demonio! -murmuró Montcleven.

-No me liga con ese señor ningún parentesco -contestó un enmascarado-.

Me voy a presentar. Soy Dick Turpin. Y si no me equivoco ésta es la primera vez que nos vemos.

Montcleven no pudo responder. El terror lo había paralizado. No sólo la presencia de aquel enmascarado le impresionaba, sino que vió a escasa distancia un grupo de hombres armados, cuyos rostros le dejaron presa del miedo más intenso de su vida.

-Dadle un poco de brandy -dijo Turpin.

Los compañeros de Dick Turpin lo alzaron en vilo al impresionado personaje y lo introdujeron en la casa. Allí le sirvieron brandy en un tosco vaso y el Caballero de Malta le preguntó ceremoniosamente:

-¿Vuestra señoría está ya en condiciones de hilvanar algunas frases?

-¡Canalla! --exclamó Montcleven.

-Sí, ya podéis hablar. Para principio no está mal. Os lo entrego, Dick Turpin. Este

caballero me ha hecho el primer cumplido.

-¿Qué pretendéis de mí? -preguntó Montcleven a Dick Turpin.

-Ponerte en el trance de defender tu vida. Quien se enfrentará contigo, miserable asesino, es Hugo Hardwood...

-¡Hugo ha muerto!

-Vive, y le verás muy pronto, canalla. Y que conste que te trato y hablo como a un rústico, porque de hidalgo no tienes más que el nombre.

En cuanto a Craddock, ha muerto. Y Guillermo está a salvo.

-¡Mentís!

-Y a salvo también está Ana, la hermosa niña que se desposará con Hugo Hardwood, una vez que éste haya dado cuenta de ti -agregó Dick Turpin, quien alzando la voz dijo: -Entrad, Hugo.

Abrióse la puerta e hizo su aparición Hugo Hardwood, pálido pero erguido.

Montcleven quedó paralizado nuevamente de espanto. Enrojeció y parecía a punto de explotar, tan congestionado estaba.

-Tomás -dijo Dick-, entrega tu espada a Montcleven. Señor Hardwood, he aquí la mía. Dad cuenta de este miserable.

-¡No! ¡No! ¡Espada no! ¡No rengo habilidad para eso! -exclamó el cobarde.

-Que sea a pistola -repuso Hugo-. Tanto da.

-Bien, sea-exclamó Dick-. Aquí sobre la mesa dejo dos pistolas.

-¡No! ¡No! -volvió a rogar Montcleven-. Yo soy alto y grueso; presento mucho blanco.

-Ira de Dios! -gritó Dick Turpin- ¡Se batirán sin luz!

Salieron todos de la estancia, excepción hecha de Dick y los adversarios.

Fueron retiradas todas las luces y Dick se colocó en un rincón.

-Ahora me retiraré. Cuando cierre la puerta, cada uno de vosotros debe abalanzarse sobre las pistolas. Buena suerte, Hugo.

Dick salió y cerró la puerta tras sí.

En el cuarto la oscuridad era total. Los protagonistas apenas osaban respirar. Hugo extendió los brazos, pareciéndole que Montcleven se movía o se arrastraba sobre el piso. Pero Hugo no pudo hallar las pistolas. ¡Horrible incertidumbre! Le parecía que, de un momento a otro, iba a sonar un pistoletazo. Pero lo único que oyó fué algo como un estertor agónico.

-¡Abran! -gritó Hugo Hardwood-. Aquí sucede algo extraño.

Abrióse de par en par la puerta y apareció Dick con una lámpara en la mano.

-¡Dios Santo! -exclamó Hugo.

En un rincón, empuñando una pistola en cada mano, Pero caído, inmóvil, muerto, estaba Montcleven,-El terror le ha quitado la vida -dijo sentenciosamente Dick-. Las pistolas estaban descargadas, Hugo.

Lo hice porque no quería que la suerte favoreciese a este miserable... y para que su conciencia estuviera libre de un crimen... Pero Dios hizo justicia. Cásese usted y procure hacer feliz a la hermosa Ana. Quizás los azares de la vida nos vuelvan a unir.

LOS JINETES INVENCIBLES

I

Un hombre honrado y un canalla

Lord Grinston era el señor del condado de Stilton y dueño, por consiguiente, de casi todos los terrenos de aquel partido. Como individuo desalmado que era, necesitaba un hombre que atase con mano de hierro a todos los arrendatarios que se encontrasen en dificultades para el pago de los diezmos convenidos. Y el conde de Grinston encontró ese hombre en el abogado Tadeo Welper, famoso por la dureza de su corazón y su habilidad como jurisconsulto.

Al entrar a servir al conde, Welper demostró su gran capacidad de administrador al poner en la calle a todos los colonos que no cumplieran religiosamente con sus pagos, así lo hubieran hecho con puntualidad durante veinte años consecutivos.

Y a él hubo de recurrir Juan Ash, uno de los colonos más antiguos y padre de una hermosa jovencita por quien el inhumano Welper había experimentado una desmedida pasión. Pero Welper era casado, y aunque no lo hubiera sido, la hija de Ash sentía hacia él una repugnancia sin límites, de manera que Juan Ash jamás hubiera consentido el matrimonio.

Pero aquel día, armado de valor y resignación, encaminóse a la casa del abogado.

-Vengo a suplicaros, señor Welper -empezó diciendo -que me deis un plazo para cumplir con el pago. A fuerza de sacrificios he podido obtener solamente la mitad del dinero y...

-Vaya... vaya... Eso es muy serio -repuso Welper.

-Lo sé, señor Welper; pero durante veintidós años he cumplido con formalidad y...

-Sí, sí, por cierto... Este, y vuestra hija... ¿cómo deciros?... Bien, hablemos claro. Yo amo a vuestra hija y...

-Pero ¿no estáis casado?

-¿Qué importa eso? Si yo os perdonara la deuda y os diera, además, algún dinero...

El bueno de Ash enrojeció de ira y vergüenza al oír esto.

-¡Miserable! exclamó dando un paso hacia el abogado.

-¡Si intentáis agredirme llamaré a mis dependientes! Cuidado con lo que hacéis -dijo Welper retrocediendo.

-¡Sois un infame! -volvió a exclamar Ash.

-Pero vos no podéis pagar, ¿verdad? Pues bien, disponeos a abandonar la granja. Es mi última palabra.

Welper tiró del cordón de la campanilla y apareció al instante un dependiente.

-Haced salir de aquí a este hombre -dijo el abogado.

-Os juro que me las pagaréis todas juntas -le amenazó Ash al punto que se retiraba acompañado del empleado.

-Es inútil -dijo éste cuando llegaron a la puerta de calle-. Este hombre no tiene entrañas. Y lo siento por vos señor Ash.

Despidióse el labriego y echó a andar por las calles del pueblo más apesadumbrado que nunca. Pero al tomar por una esquina encontróse de frente con un caballero de larga perilla y retorcidos mostachos que le preguntó:

-¿Sois por ventura Juan Ash?

-Sí, caballero.

-Según parece necesitáis algún dinero, ¿verdad?

-sí, pero...

-¿Cuánto, señor Ash?

Aquellas preguntas, dichas con cariñoso acento, desconcertaban al labriego.

-Caballero, no sé dónde queréis ir -díjole Ash al desconocido-, pero cincuenta libras esterlinas harían de mí el hombre más...

-¿Cincuenta libras? Pues tengo orden de entregaros ciento... Y para no haceros sufrir más voy a dáoslas ahora mismo.

El caballero sacó un paquete de billetes de su bolsillo y se lo entregó al labriego.

-Son auténticos billetes de banco, señor Ash, y completan la suma que os he dicho.

-¡Dios mío! exclamó el labriego en el colmo de la alegría-. ¿Es una ilusión o una hermosa realidad? No puedo creerlo. No puedo...

Pero, ¿a quién debo este inmenso favor? ¿A quién?

-¿Os interesa mucho saberlo?

-Mucho... para bendecir su nombre de por vida.

-Bien... os lo envía Dick Turpin. Pero no pronunciéis su nombre en voz alta.

-¿El? ¿Un hombre que sería capaz de robarme si me viera solo en el camino?

-A vos no, porque sois pobre. Y es por hombres como vos que Dick Turpin hace... lo que hace. Y a sus oídos han llegado vuestras necesidades. Os sabe un hombre de trabajo, y sabe también las aviesas intenciones de Welper para con vuestra hija... He aquí explicado por qué os envía este dinero.

-Pero, ¿cómo lo sabe Dick Turpin? ¿Quién se lo ha dicho?

-preguntó asombrado Ash.

-Mucho pedís, buen hombre. Pero sabed que muchas son las personas que han recibido ayuda de nuestro jefe, y ellas, cuando saben de alguien que está en peligro o que precisa ser socorrido, lo hace saber...

¿Comprendéis? Vos mismo haréis lo propio cuando sepáis de un hombre o de una mujer que merezca ser ayudado por Dick... Y ya he hablado bastante. Adiós, Ash... y buena suerte.

El Caballero de Malta, pues era él, aprovechó el momento de asombro y emoción del labriego para marcharse.

Ash volvió a hacer el camino andado, entró en la casa del abogado y pidió hablar con éste. Le hizo pasar Welper inmediatamente, sospechando que Ash volvía para acceder a su

infame proposición.

-Parece que habéis recapacitado, ¿eh? -le dijo a manera de saludo.

-¡No! Os traigo las cincuenta libras., ¡Tomadlas! -dijole con gravedad el labriego.

Welper no salía de su asombro.

-¿Qué esperáis para darme el recibo? -preguntó Ash.

-Este... sí, sí; en seguida.

Una vez extendido el recibo y ya con él en la mano, Ash exclamó con brío:

-¡De aquí a seis meses, como estipula el contrato, haré abandono de vuestra maldita tierra! Idlo sabiendo. Y en cuanto a vos, señor Welper, temblad, porque la justicia está próxima.

Y sin decir más abandonó la estancia.

II

Los invencibles en acción

Aquel mismo día llegaba a Stilton el conde Grinston escoltado por doce hombres montados y armados de carabinas y pistolas. Su Excelencia llegaba para recibir de manos de Welper el dinero recolectado, el cual se depositaba en el lujoso carruaje del conde y era luego transportado hacia Londres.

-Empaquetad todo este oro -dijo el conde mientras voy a comer a la hostería del Ángel. Y cuidado con lo que hacéis.

Al cabo de un rato el conde Grinston estaba sentado en la hostería comiendo opíparamente y haciéndose servir el mejor vino de la casa.

Durante la comida oyó referir algunas de las hazañas del famoso bandolero Dick Turpin, y alguien, comedido, díjole:

-Vaya Su Excelencia con cuidado. Ese diantre de hombre siempre se sale con la suya.

-¡Bah! -replicó con desprecio Lord Grinston-. Llevo conmigo una docena de hombres armados y resueltos. No hay temor.

Un individuo que estaba sentado en una mesa cercana, se levantó, pagó el gasto que había hecho y salió de la hostería. Nadie se había fijado mayormente en él, pero él había escuchado toda la conversación y corrido a dar cuenta a Dick Turpin dela cantidad de hombres con que contaba la escolta de Lord Grinston.

Horas después salía de Stilton el carruaje con la preciosa carga de oro y la antipática del desalmado conde, y la del no menos villano Welper, a quien aquél había pedido que le acompañara.

El cochero fustigaba sin cesar a los caballos, temeroso que la noche lo sorprendiera por aquellos caminos intransitables y peligrosos.

Dentro del coche dormitaban el conde y Welper, y tras del carruaje doce jinetes galopaban con las armas listas para cualquier emergencia.

De improviso se oyó una descarga formidable y las voces de los individuos de la escolta que gritaban:

-¡Nos atacan! ¡A ellos!

-¿Quién será? -exclamó aterrizado el conde.

Pero su voz se perdió entre los estampidos de las armas de fuego.

El coche se detuvo. Welper estaba pálido y le temblaban las manos. El conde, sin darse cuenta de lo que hacía, sacó sus dos pistolas y las descargó por una de las ventanillas sin fijarse dónde apuntaba. Y lo hizo con tal suerte que hirió a uno de sus propios hombres.

-¡Voto a bríos! -gritaba el conde-. ¡Pelead! ¡Matad a todos! Los disparos se sucedían sin interrupción, pues el camino era un verdadero campo de batalla entre los hombres de la banda de Dick Turpin y los de la escolta del conde.

-¡Welper! -gritó el conde-. ¡Salid a combatir vos también!

Pero era inútil. Welper estaba desmayado en el fondo del coche.

Luego cesaron los estampidos. Se hizo un corto silencio. Un silencio dramático. Y poco después una escena cómica vino a matizar el cansancio de los compañeros de Dick Turpin.

En efecto; los de la escolta del conde, al no poder vencer a los bandidos, y después de dejar a varios hombres heridos y a merced de los atacantes, huyeron velozmente. Y el cochero, presa del miedo, desapareció también.

Los caballos, al sentirse libres, empezaron a agitarse y en su espanto, corrieron desenfrenados hacia el borde del camino, haciendo volcar el coche con gran estrépito y entre los lamentos del conde y Welper, quienes cayeron uno sobre el otro.

Al propio tiempo se oyó una risotada. Era la de Dick Turpin, quien, acercándose al carruaje, exclamó:

-Milord, vengo a suplicaros una cosa: ¡la bolsa o la vida!

-¿Todo? -preguntó el conde en el colmo del terror-. ¡Ah, miserable!...

-Pronunciad una palabra más y. -dijo Dick Turpin amenazador, agregando: -¡Vengan las llaves de esas cajas!

-¡Tomadlas, villano! -exclamó el conde-. ¡Plegue al cielo que pronto os pueda ver en la horca!

-Cuando llegue ese día, mi conciencia estará más limpia que la vuestra y que la de vuestro ayudante Welper. Yo no he robado a ningún pobre ni arrojado al arroyo a ningún desvalido. Y demuestro ser generoso perdonándoos la vida.

Dick arrojó a Pat las llaves que el conde le había entregado de tan malas maneras, y los demás se apresuraron a cargar con las cajas.

Una vez terminada esa labor, díjole Dick al conde-Podéis marcharos cuando gustéis, milord. Y cuando lleguéis a vuestra casa, os aconsejo bebáis una copa a la salud de los Siete Invencibles... que siete fueron los que hicieron huir a vuestros doce armados caballeros que el susto tenga a bien acompañarlos por mucho tiempo. ¡Adiós!

III

Batanero nuevamente en desgracia

Cuando salieron del camino, Dick notó la ausencia de Batanero.

-¿Dónde está el negro? -preguntó con inquietud.

Todos se miraron sorprendidos y Dick dió orden de que se le buscara

inmediatamente, que volvieran grupas y examinaran a los que habían quedado heridos, por si entre ellos estaba el negro.

Pero Batanero no aparecía por ninguna parte. Ya desesperaba Dick de encontrar a su fiel camarada, cuando dejóse oír una voz lastimera que decía:

-¡No me dejéis morir! ¡Yo os diré lo que ha sido de vuestro compañero!

-A ver, ¡King! -ordenó Dick-. Trae vendas y el frasco de bálsamo.

Cura a este hombre.

Mientras King oficiaba de enfermero, Dick interrogaba al herido.

Este explicóle.

-Su arrojo le ha perdido, señor. El negro, que estaba furioso como un león, cuando huimos, nos siguió a todo lo que daba su caballo.

A mí me hirió y caí a tierra. Pero mis compañeros se detuvieron y no le dieron tiempo de cargar nuevamente la pistola. Se echaron sobre él y le llevaron prisionero a la cárcel de Stilton.

-Ya está vendado -exclamó Tomás King.

-Bien... Aquí os dejo veinte libras -dijo Dick al herido-. Repartidlas entre vuestros compañeros en desgracia. Nosotros vamos a rescatar a Batanero. ¡A caballo!

Antes de media hora estaban de nuevo a las puertas de la ciudad.

-¡Alto! -ordenó Dick-, Ahora a desarrollar el plan. Tú, Caballero de Malta, acércate a esa granja y compra un caballo negro, cueste lo que cueste.

El aludido hizo lo que Dick le había ordenado, y cuál no sería su sorpresa al ver que salía a recibirle -luego que llamó a la casa indicada por Dick- el labriego Juan Ash, a quien había entregado aquel dinero por orden de su capitán.

-¿Vos, caballero? -preguntó asombrado Ash-. ¿En qué puedo servirlos?

-¿Tenéis un caballo negro?

-Sí... es una yegua veloz como un rayo.

-¿Cuánto queréis por ella?

-¡Nada! Soy yo quien está en deuda con vos y vuestro jefe. Tomadla.

-Gracias, buen amigo -dijo el Caballero de Malta.

-Disponed de mí como y cuando queráis.

Partió el Caballero de Malta hacia el sitio donde habían quedado sus compañeros.

-Aquí estoy, Dick... y acompañado de esta yegua.

-Toma mi capa roja. Con ella y esta yegua negra si no te toman por Dick Turpin es porque esa gente no tiene sentido común. Y ahora escuchadme bien. Vosotros cuatro os ponéis el antifaz y marcháis con el Caballero de Malta, a quien confundirán conmigo, hacia la prisión, la cual fingiréis asaltar para recuperar al preso. Como los gendarmes saldrán para perseguiros, vosotros simuláis atemorizaros y salís a todo galope. Ellos os seguirán. Entonces yo entraré y libertaré a Batanero.

¿Habéis comprendido?

-Perfectamente -respondieron, poniéndose en marcha inmediatamente.

La cárcel estaba cerca de allí. Dick se caló el tricornio hasta los ojos y esperó los acontecimientos en un lugar estratégico. Y al rato oyéronse los gritos de sus compañeros y las exclamaciones y voces de alarma de los gendarmes. Y cuando vió Dick que éstos salían en persecución de sus camaradas, entró en acción.

Entró en la conserjería con decisión, pero en ese instante fué espectador de una escena singular.

Un gendarme armado de una pistola y acompañado de algunos paisanos, buscaba algo por todas partes.

-¡Aquí! ¡Aquí! -gritó uno-. ¡En la chimenea!

Oyóse una detonación y momentos después por la campana de la chimenea caía el cuerpo de Batanero.

-El que toque a ese hombre dése por muerto -exclamó Dick que no había sido visto entrar.

Todos retrocedieron más asombrados que temerosos.

-Tirad esa arma -dijo Dick al gendarme, quien obedeció inmediatamente.

Los demás, paisanos y labriegos en su mayoría, trataron de huir.

-Al que se mueva lo mato -dijo Dick con voz firme-. Tú, Batanero, toma esta pistola y cuida que nadie escape, pues voy a encerrar a estos señores, que serán libertados por sus compañeros cuando retornen.

Poco después quedaban todos encerrados en una de las celdas.

-Ya podemos partir tranquilos.

Cuando salían, Dick le preguntó al negro con picardía:

-¿No te hiciste daño al caer por la chimenea?... ¿no te ennegreció el humo y el hollín?

-No, capitán -repuso el negro-. Negro con negro se entienden.

-¿Y por qué te metiste allí?

-Es que en cuanto oí la trifulca que se armó en la cárcel y oí la voz del Caballero de Malta pidiendo que le entregaran al preso, sospeché que algo se había tramado... Aproveché la confusión, me colé en la chimenea... y eso es todo.

Rió Dick de buena gana y juntos se dirigieron a buscar a los dc-más compañeros, quienes no debían estar muy lejos, pues los gendarmes volvían a la cárcel maldiciendo y jurando en voz alta.

IV

Una niña en Peligro

Julia Williams, la hermosísima viuda del acaudalado don Adolfo Williams, era una joven de sentimientos nobles a pesar de que, a la muerte de su esposo, cediera a los ruegos de un novio que tuviera años atrás y cayera rendida en sus brazos.

-¿Qué ejemplo vas a dar a tu inocente hija? -díjole a Julia su padre- ¿No comprendes que cometes una mala acción?

-Lo sé -respondió Julia-, pero soy joven y...

-¿Por qué no legalizas tu situación? Si amas a ese hombre, cástate con él.

-Es imposible... ¿No recordáis que mi difunto esposo ha dejado una cláusula en el testamento, disponiendo que en caso de contraer yo segundas nupcias, no podré disponer de la fortuna?

-Cierto -replicó el anciano-. Pero si no tendrías dinero, tendrías por lo menos vergüenza.

En efecto, el difunto don Adolfo habla dispuesto que, de casarse nuevamente su esposa, quedaría como única heredera su hijita María, niña de seis años entonces. Y es precisamente esta niña la que corre peligro de muerte.

Pedro, el amante de Julia, era en realidad un sujeto sin escrúpulos, ansioso de dinero y capaz de cualquier villanía para conseguirlo.

Y una de ellas se le había ocurrido al saber que la hija de su amante tenía privilegios en la herencia.

-¿Y si Julia llegase a morir? -se decía-. Entonces la herencia queda para la hija... y yo mirando la luna. No, no... es preciso que ese dinero sea mío, totalmente mío, cueste lo que cueste obtenerlo.

Y sin pensarlo más se puso de lleno a la obra macabra y criminal que había imaginado.

Hombre como él, acostumbrado a frecuentar garitos y lupanares, le fué fácil hallar el instrumento, el cómplice, Para el buen éxito de su plan. Y lo halló en la persona de el Cicatriz, individuo de pésimos antecedentes policiales.

-Primero -le había dicho Pedro- debes robar todos los objetos de oro y plata que encuentres a tu paso. Y luego te diriges al aposento de la niña, a la cual amordazarás cuidadosamente, cargas con ella y te la llevas a sitio seguro.

-Y una vez allí, ¿qué hago con la muchacha? -preguntó el Cicatriz.

-Pues la matas y la tiras a un pozo -fué la orden del malvado amante de Julia que no dudaba en hacer asesinar a la hija de ésta para procurarse dinero.

-¡Caracoles! -exclamó *el* Cicatriz-. Si esto es un trabajo sencillo...

-Sencilísimo, pues yo mismo te facilitaré la entrada a la casa; distraeré a los moradores ¿qué más quieres?

-Bien ¿qué voy ganando en este negocio?

-¿Cuánto quieres?

-¡Qué sé yo!... ¿Te parece bien cien libras?

-Que sean.

-Adelantadas, Por supuesto.

-Bueno; aquí las tienes. ¿Pero no me habrás de traicionar, verdad?

-¡No sé cómo!

-Y si como espero, sale bien la operación, te regalaré otras cien libras.

-Ni una palabra más; esta misma noche secuestro a la niña.

Y el rapto y robo se verificó sin contratiempos aparentes.

El Cicatriz encontró la puerta de calle sin llave –operación que había corrido a cargo del amante de Julia en cuyos brazos estaba en esos momentos-: entró y se apoderó de cuantos candelabros de oro macizo había en la estancia, y luego amordazó a la inocente María que dormía sin sospechar los malvados proyectos del amigo de su madre.

Pero el Cicatriz -dicho sea en honor suyo- no había nunca pensado en matar a la niña y sí esconderla por si acaso pudiera sacar provecho de aquel enredo en que lo había mezclado un horrible que con tanta facilidad entregaba cien libras y prometía otras cien.

-Mira, queridita -le había dicho *el* Cicatriz a la asustada niña cuando estuvieron fuera de la población- si eres juiciosa y no das gritos, te acompañaré a un sitio en el cual estarás muy bien.

La pobre niña se echó a llorar y, en cuanto el hombre le quitó la mordaza, poniéndose de rodillas le dijo:

-Lléveme otra vez a mi casa, al lado de mi mamita.

-Otro día, pequeña; hoy no es posible.

-Yo quiero ir...

-Recuerda lo que te he dicho, monina... No sufrirás ningún daño siempre que obedezcas y...

-¿Volveré a ver a mi mamita muy pronto?

-Muy pronto... Y ahora, sígueme.

V

El Destino envía un mensajero

El Cicatriz llevaba a la niña raptada a la casa de una hermana suya, viuda, de buenos sentimientos y a la cual no veía desde hacía tiempo. Pero, como el hombre propone y Dios dispone, quiso éste que antes de que el raptor llegase a la casa, apareciesen en el camino dos hombres a caballo por el lado opuesto al que él seguía.

En cuanto el Cicatriz advirtió la presencia de los jinetes, trató de apartarse del camino; pero ya era tarde. Aquellos no sólo le vieron, sino que uno de ellos le gritó:

-No os ocultéis, pues ya os hemos visto.

Al oír el Cicatriz la orden, dada con enérgico acento, como por quien está acostumbrado a mandar, se detuvo temeroso, e, instintivamente, echó mano al cuchillo.

-Nada de ademanes -dijo el mismo caballero-. ¿Adónde vais?

-A casa de una hermana mía que vive en aquellas casas -explicó el facineroso.

-¿Es hija vuestra esa niña?

-No, señor... es... -empezó a decir el hombre.

-¡Este señor no es mi padre! -replicó la niña con decisión.

-¡Calla! -intentó interrumpirla el Cicatriz.

-Esto es interesante, ¿no te parece Peters? -díjole el caballero, que no era otro que Dick Turpin, a su acompañante.

-Y la niña parece que ha llorado -agregó Peters.

-Aquí hay que intervenir -dijo Dick apeándose-. Dime, monina, ¿te han hecho algo? Cuéntame y...

-¿Quiénes son vuestras mercedes para permitirse? quiso interrumpir el Cicatriz.

-Vas por mal camino -díjole Dick-. Reparad que aun no os he preguntado cómo os llamáis. Pero ya que lo queréis saber os diré el mío: me llamo Dick Turpin, para serviros.

El Cicatriz retrocedió unos pasos, aterrorizado y exclamando:

-¿Dick... Dick Turpin... vos?...

-Sí, hombre, sí; pero ahora quiero saber si lleváis armas.

-Sí; un cuchillo.

-Arrojadlo a mis pies.

-Helo aquí.

-Y ahora explicaos sin mentir. Y vos, queridita, cuando este hombre no diga la verdad, me lo haces saber, ¿quieres? -díjole Dick.

-Sí, señor.

El Cicatriz refirió todo lo ocurrido, desde la primera palabra conversada con Pedro hasta el momento en que tropezó con Dick y Peters en el camino.

-Os felicito -le dijo Dick cuando aquél hubo terminado por haber, tenido compasión de esta criatura, aunque haya sido para sacar partido del asunto. Pero desde ahora os ponéis a mi servicio hasta que esta situación se aclare.

-Con mucho gusto.

-Y os advierto que el que engañó a Dick Turpin una vez... no ha vuelto a engañar a nadie más en su vida, ¿estamos?

-No es preciso la advertencia...

-Y ahora iremos a la casa de vuestra hermana; y le rogaréis que dé asilo a una niña que va acompañada de su tío...

-Sospecho que el tío seré yo, ¿verdad? -interrumpió Peters.

-Así es -respondió Dick.

-¿Qué es tío? -preguntó inocentemente la niña.

-Pues... un señor que te quiere mucho y que cuidará de ti para que nada te suceda y para que puedas estar con tu mamita muy, pero muy pronto -explicó Dick. -Entonces yo también querré mucho a mi tío.

-Y ahora, en marcha. En cuanto a vos -díjole Dick a el Cicatrizos espero mañana sin falta para que empecemos a actuar. ¿Entendido?

-Sí, caballero. Contad conmigo.

VI

Cogido en la trampa

Es de suponer la desesperación de Julia al saber que su hija había sido raptada. Creyó enloquecer de aflicción, y Pedro, que había pasado allí toda la noche para alejar toda sospecha, trató de calmarla, diciéndole:

-No te aflijas. Se la han llevado para exigirte algún rescate...

Estoy seguro de que no le harán daño.

-¡Si solamente fuera pagar un rescate! -gritaba desconsolada la madre. Que me pidan todo lo que tengo, ¡pero que me devuelvan a mi hijita!

-Déjame que haga yo las averiguaciones. No des parte a la justicia por ahora... y verás que muy pronto tendrás a María a tu lado.

Pedro partió inmediatamente en busca de el Cicatriz.

-Tus deseos han sido cumplidos -díjole éste-. Vengan las otras cien libras.

-¿Y la niña?

-Muerta.

-¿No me engañas?

-Si quieres convencerte, ven esta noche conmigo y verás donde la he enterrado...

-No, no... toma el dinero.

-Venga. Así se habla.

-Y ahora otro favor.

-Puedes pedirlo.

-Como comprenderás, no te he dado ese dinero para tener el estúpido placer de matar una niña. Además, tú has embolsado ya doscientas libras, ¿verdad? Entonces es justo que yo también cobre mi parte. De manera que escribirás, de tu puño y letra, una carta a doña Julia Williams, diciéndole que la niña está en tu poder, que exiges para entregarla la suma... de... bueno, eso lo pondré yo. ¡Ah! pon también que si ves que va más de una persona a llevar el rescate, darás muerte a la niña inmediatamente.

-Entendido... pero no he de firmarla, ¿eh?

-No; y puedes disimular la letra también.

Una vez que el Cicatriz hubo terminado la carta, Pedro puso la cantidad del rescate y la echó al correo, sin sospechar que el sujeto del cual se había valido para su villanía, estaba en contacto nada menos que con Dick Turpin, y obedecía sus órdenes.

Cuando Pedro llegó a casa de su amante, ya había ésta recibido la carta, la cual le enseñó inmediatamente:

-No te lo había dicho -exclamó Pedro-. Piden dinero... Y ahora, ¿qué piensas hacer?

-¿Me lo preguntas? Qué he de hacer sino pagar el rescate y pedirte que seas tú quien lleve el dinero...

-¿No sería mejor dar cuenta a la policía? -dijo fingiendo indignación y temor.

-No, no, por Dios -exclamó Julia-. En la carta dice que si tal acontece, la vida de María corre peligro... Aquí tienes el dinero; entrégalo y ven con mi hija porque si no me volveré loca.

Y le entregó a su amante la suma estipulada: veinte mil libras.

Salió Pedro con aquellos cuarenta billetes de quinientas libras en sus bolsillos, y haciendo planes para fugar con ellos antes del anochecer.

Pero dos hombres seguían los pasos de Pedro. Dos hombres que le vieron cuando hablaba con un cochero a quien Pedro entregaba una moneda de oro como anticipo de un viaje.

No bien Pedro hubo terminado de hablar con el cochero, uno de los hombres, que no era otro que Moscarda, se detuvo para hablar con éste, mientras que el otro, el Caballero de Malta esta vez, seguía los pasos del sujeto de tan inhumanos instintos.

-Decidme, buen hombre -dijo Moscarda al cochero-. ¿Estáis alquilado para todo el día?

-Hasta el anochecer estoy libre. Después tengo un compromiso.

-¿Cuánto os dan?

-Cinco libras.

-¿Y si yo os diera cincuenta para disponer de la silla hasta mañana?

-¡Cincuenta! ¡Aceptado!

-Pues bien. Aquí está el dinero, y ahora escuchad. - Y seguidamente le dijo al cochero algunas palabras en voz baja.

-De acuerdo -respondió el auriga.

Moscarda subió al coche, el cual desapareció de allí al momento.

Media hora antes de la fijada para efectuar el rescate de la niña, presentóse en casa de la hermosa y acaudalada Julia, el Caballero de Malta, perfectamente disfrazado, haciéndose anunciar como portador de buenas nuevas con respecto al secuestro. Inmediatamente Julia le hizo pasar. Ya en presencia de ella, díjole el Caballero de Malta:

-Anoche os fué robada vuestra hija y hoy habéis recibido una carta proponiéndose su rescate por veinte mil libras...

-Sí -respondió frenética Julia-. Sois vos, acaso...

-No. Vos habéis entregado el dinero a vuestro amigo íntimo...

Pero ese vuestro amigo es un traidor que os ha robado miserablemente...

-¡Imposible!

-El fué quien hizo robar a vuestra hija... y el que dió orden de que la mataran...

-¿Y... ? -preguntó con angustia la pobre mujer.

-Pero por fortuna ha intervenido Dick Turpin y ha salvado a vuestra hija y os espera...

-¿Esperar, decís?

-Sí, Dick Turpin os espera para entregaros a vuestra hija y el dinero que Pedro os ha intentado robar. Acompañadme.

Pocos momentos después, montaban el Caballero de Malta y Julia en un magnífico faetón, y se dirigían a la casa de la hermana de el Cicatriz.

Al propio tiempo, el mayordomo de la viuda salía también de la casa para ir al puesto de policía más cercano, pues había oído pronunciar el nombre de Dick Turpin y salió corriendo a avisar a los gendarmes.

Dick Turpin salió a recibir a Julia una vez que el carruaje llegó a su destino.

-Pasad, señora -díjole-. Ya veréis a vuestra hija.

-Pero, ¿dónde está? -preguntó Julia con ansiedad.

-Sentaos y esperad un momento. Y, sobre todo, prestad oído a lo que se habla en la pieza vecina. Quizá reconozcáis una voz...

En efecto, en la pieza vecina, dos voces se escuchaban claramente.

-¡Eres un traidor! -decía una de ellas, que era la de Pedro---. ¡Me has vendido cochinamente!

-Te equivocas -replicaba otra, la de el Cicatriz-. Me diste dinero para que robara y matara a la niña. Robar la robé... pero cuando iba a matarla, según tus deseos, aparecieron estos caballeros y...

-¡Traidor! Te estrangularé.

-¡Un momento! -dejóse oír la voz de Dick-. ¿Dónde están esas veinte mil libras que lleváis?

-¿Yo? -Preguntó Pedro.

-Sí, vos. Y no me hagáis perder la paciencia. Vengan esas veinte mil libras; de lo contrario, mira que te estoy apuntando...

-No... no me matéis. Aquí está el dinero -exclamó Pedro.

-Bien -dijo King-. Ea, Batanero; lleva el dinero al capitán.

Tras breves instantes apareció Batanero con las veinte mil libras.

-¿Habéis escuchado, señora? -dijo Dick a Julia.

-¡Miserable! ¡Y yo que había confiado en él!

-Y ahora, vuestra hija.

A una orden de Dick, apareció la hermana de el Cicatriz llevando de la mano a la pequeña María, la cual se arrojó en brazos de la madre, llorando de alegría. Ambas, madre e hija, mezclaban sus lágrimas y besos.

-Gracias, caballero -dijo Julia a Dick Turpin- por haber salvado a mi hija... En cuanto al dinero, tenedlo y distribuídlo entre vuestros hombres...

-Señora; es demasiada cantidad...

-Para mí no es mucha... La alegría que me dais, bien vale...

-Señora: os acepto cinco mil libras para entregárselas a mis hombres... y a el Cicatriz, que aunque malvado, pudo matar a vuestra hija y no lo hizo... En cuanto a Pedro...

Pero en ese instante, antes de que Dick terminara de hablar, apareció Moscarda gritando:

-¡Capitán! ¡Viene un grupo de gendarmes hacia aquí!

-¡A caballo todo el mundo! -gritó Dick-. Adiós, señora... y escondeos en el dormitorio por lo que pueda ocurrir.

Poco después se oyó el galopar de los caballos y el estampido de las pistolas.

En eso salió Pedro gritando:

-¡A ellos, gendarmes! ¡Es Dick Turpin! El miserable que me ha robado veinte mil...

¡ah!

No pudo terminar la frase. Una bala le habla atravesado el corazón.

Así terminó su vida un hombre que no había sabido vivirla.

EL REY EN PELIGRO

I

Una carta misteriosa

Filipón, el jefe de policía, tenía un enemigo irreconciliable que se llamaba Oscar Lefa, quien era, a su vez, uno de los sabuesos más inteligentes de la organización policial.

Oscar Lefa, en cierta oportunidad, había caído herido por las huestes de Dick Turpin, pero éste le había hecho curar y puesto en libertad, deuda que pagó el policía a su tiempo, permitiendo que Dick saliera con bien de una celada que Filipón le había tendido. Pero tanto Dick como Oscar Lefa -saldada la cuenta- eran enemigos y ambos habían prometido quitarse del medio en la primera oportunidad.

Y Filipón, por su parte, celoso de su compañero, trataba de retacearle a Lefa los éxitos que obtenía como pesquisante. Y por eso, precisamente, no le había puesto en antecedentes de una carta que había llegado a su despacho de Bow Street. La carta cita da decía lo siguiente:

“Venid a verme mañana a las doce de la noche. Os esperaré en el extremo norte del Puente de Londres. He descubierto un complot contra nuestro rey. Os suplico que traigáis veinte libras. Y seguiréis al hombre que os diga: Qué mal tiempo hace hoy.” Filipón acudió a la cita. Cruzó el puente haciendo frente al impetuoso viento. El cielo estaba negro, amenazador y tormentoso.

Durante un buen rato esperó en el sitio indicado, y ya estaba a punto de sospechar que había sido engañado cuando apercibió un hombre. Filipón amartilló una pistola.

-¿Qué mal tiempo hace hoy, verdad, señor? -díjole el hombre.

-¡Ah! exclamó el policía-. ¿Sois vos el hombre que me ha escrito?

-Sí... seguidme.

El hombre se dirigió hacia una casa próxima, y tras él Filipón.

Abrió aquél una puerta y dijo:

-Entrad. Aquí estaremos seguros.

Se internaron por un pasillo donde ondulaba mortecina una luz tenue. Subieron luego una escalera y entraron en una habitación pequeña situada frente al río.

-Sentaos -dijo el desconocido haciendo lo propio-. ¿Me conocéis?

-No -dijo el policía.

-Me llamo Segundo Whiley y vuestro predecesor, Jonatán Ridgeway, me destinó a vigilar a los Jacobitas.

-¿Así que habéis servido a la policía?

-En efecto. Pero vayamos por partes: ¿habéis traído el dinero?

-Aquí está, pero no soltaré ni un penique hasta habléis.

-Entendido. ¿Habéis oído hablar de sir Hugo Malville?

-Sí; el conspirador, ¿verdad?

-El mismo; y quizás no sepáis que sir Malville es el suegro de Dick Turpin.

-Lo sabía. Y sé también que el bandido se refugió cierta vez en casa de sir Malville logrando escapar a la acción de la justicia.

-Pues bien... sir Malville conspira contra Jorge, nuestro rey... Lo he seguido hasta Francia. Allí supe de la conspiración. Entré a su servicio, por orden de Jonatán Ridgeway, vuestro predecesor que en paz esté... Y sé que el 5 de noviembre, día en que se abre nuevamente el Parlamento con asistencia del rey, tratarán de asesinar al monarca.

¿Valen mis informaciones las veinte libras?

-Aquí las tenéis. Y continuad.

-Escuchad: sir Hugo Malville y los demás conspiradores se encuentran en Londres...

-¡En Londres! -exclamó Filipón-. ¿Y dónde se ocultan?

1 Se llamaba así a los partidarios de Jacobo II.

-Aún no lo sé; pero os puedo averiguaros.

-Contad con otras veinte libras si me lo hacéis saber.

-Dadlo por sabido.

Así terminó aquella conversación. Whiley abrió la puerta de la calle y Filipón se dirigió hacia el puente, el cual cruzó de nuevo.

II

Dick Turpin se entera del complot

Dick Turpin, que había llegado a Londres, se alojó como de costumbre en la "Fonda de la Zorra", situada a orillas del río y cuyo propietario era de confianza.

Una noche, el hostelero se le acercó misteriosamente a Dick y le dijo:

-Abajo os espera un caballero.

-¿Le conocéis?

-No... pero viene con Moggs, el guardián de vuestra casa.

-Bajo al instante.

Así lo hizo Dick y grande fué su sorpresa al hallarse frente a sir Hugo Malville, el padre de su esposa.

-Dick -dijo sir Hugo- no sabéis cuánta es la alegría de veros. Y mi querida Leonor, ¿la veis a menudo?

-Muy de tarde en tarde, sir Hugo. Vive bastante cómodamente con un nombre supuesto, y voy a verla siempre que puedo... pero me veo obligado a vivir entre sombras... Mi cabeza está en peligro...

-Lo sé, Dick; lo sé. Pero todavía os aguardan días venturosos, y de ello quiero hablaros. ¿Queréis concederme una hora? Desde aquí podemos ir a mi casa en una lancha.

-El tiempo es horroroso, sir Hugo. Sopla un viento huracanado.

-No importa; tenemos la corriente a favor nuestro. ¿Venís?

-Voy.

Dick y sir Hugo salieron. Fuera los esperaban dos hombres y una lancha. Subieron y los acompañantes pusiéronse a remar. Poco después, la lancha atracaba en el pequeño fondeadero de Surrey. Saltaron todos a tierra y entraron en una casa de antigua construcción. Sir Hugo abrió la puerta y condujo a Dick a través de un estrecho y oscuro pasadizo. Subieron luego por una escalera y llegaron a una habitación que estaba, sin duda, preparada para recibirles.

-Sentaos junto al fuego y permitidme que os sirva un vaso de vino -dijo sir Hugo.

-Gracias; pero no bebo más esta noche -contestó resueltamente Dick.

-Entonces vamos a nuestro asunto. Estoy en Londres con mis compañeros desde ayer. En Francia he conseguido adeptos para nuestra causa.

-¿Nuestra causa? -preguntó Dick no queriéndose dar por enterado.

-Sí, Dick; derrocar al usurpador y poner en el trono al príncipe Carlos.

-Ilusión sin esperanza, sir Hugo -replicó Dick-. El pueblo quiere a su rey y está cansado de verter sangre inútilmente.

-¿Es posible que habléis así... vos, a quien han perseguido... ?

-Veo al pueblo contento, eso es todo.

-¿Y si el rey muriese?

-La ley impide que el príncipe Carlos ocupe el trono.

-¡La ley! Sin duda os referís al acuerdo que tomó el Parlamento por sólo un voto de mayoría... ¿Mas no estaba ya en vigor esa ley cuando erais vos tan valiente y ardiente defensor de nuestra causa?

-Los tiempos han cambiado. Además, si el rey muriese le sucedería el mayor de sus hijos.

-Pudieran morir también... y pronto.

-No comprendo -dijo Dick.

-Pues, sabed que pretendemos matar al usurpador y a sus hijos, los cuales le acompañarán al Parlamento el cinco de noviembre.

-No creo que seáis capaz de semejante acto. El rey ha concedido importantes libertades al pueblo... y éste le quiere. Perdonadme, pero estáis loco.

-Mi locura me hace proceder con bastante tino -contestó fríamente sir Hugo-. Y vos jurasteis defender nuestra causa...

-Pero no convertirme en asesino. Yo mato cara a cara a todo aquel que pretenda atravesarme el pecho con una espada y al que me traiciona... La vida me echó a los caminos para defender mi cabeza, puesta a precio por una injusticia... pero de allí a convertirme en asesino de mi rey...

-¿De manera que os negáis a colaborar conmigo?

-¡Rotundamente!-Entonces sufriréis las consecuencias de vuestra negativa. Sois mi prisionero.

Sir Hugo se aproximó a la pared aparentando descolgar una lámpara, y al propio tiempo tocó un resorte secreto, tras de lo cual se abrieron tres puertas que había disimuladas en la pared. De pronto el salón se vió invadido por un grupo numeroso de

personas que rodearon a Dick, sujetándolo.

-No hagáis resistencia o sois hombre muerto -dijo uno de ellos que tenía el rostro cubierto por un antifaz.

-Estoy a merced vuestra -replicó Dick-. Pero esa voz la conozco.

-Mal podéis conocerla por cuanto nunca me habéis visto -dijo el enmascarado.

-¿Y por qué ocultáis el rostro?

-Porque así me conviene.

Encadenado, fué llevado Dick a una estancia vecina, y al instante vió que se abría una trampa que habla a sus pies, y que le bajaban colgado al fondo de una oscura mazmorra.

Dick creyó que era llegada su última hora y que aquel hueco iría a parar al río. Pero no era así. Sus pies tocaron tierra.

-Veo que tratan de retenerme aquí hasta que cometan su locura.

Y han de temer que obstaculice sus planes.

El silencio era profundo y Dick, que estaba acostumbrado a los trances difíciles, sabía por experiencia que el mejor consejero en estos casos es el reposo. De allí que se pusiera cómodamente a dormir.

III

Dick Turpin encuentra un amigo

Cuando despertó vió a un hombre frente a él. Era el enmascarado.

-Os he quitado las ligaduras para que comáis con tranquilidad.

He aquí un cesto bien provisto.

-Y bien -replicó Dick-, le haremos los honores a los alimentos.

Y sin decir más se puso a comer tranquilamente, mientras el enmascarado, haciendo una señal, hacía que le arrojasen una escalera de cuerda desde el techo. Trepó por ella y desapareció.

Dick volvió a encontrarse solo. La comida era abundante y buena, y al buscar en el cesto, observó que había en el fondo un papel cuidadosamente plegado. Cogiólo con curiosidad, lo abrió y leyó lo siguiente:

"Santiago Stanton, cerrajero en Waxford, conocido por Santiago el Sincero. Romped esto en pequeños pedazos.

-Dick comprendió inmediatamente de qué se trataba, pues Santiago era un viejo amigo que había abrazado la causa del principio Carlos y había huido a Francia con sir Hugo y sus partidarios. Y ahora estaba allí... y quizás dispuesto a socorrerlo, como aquel día en Waxford cuando Dick se echó sobre Un gendarme para salvar a Santiago.

Nobleza obliga.

De improviso notó que se abría la trampa del techo y que bajaba aquella escala de cuerda por la que antes subiera el enmascarado.

-¡Pronto, Dick! -dijo una voz desde arriba-. ¡Subid aprisa!

Dick no perdió un instante y momentos después se encontraba en brazos de su vicio

amigo.

-Silencio, pues aunque todos duermen pueden descubrirnos -dijo en voz baja Santiago-. He tratado de disuadir a sir Hugo de ese plan monstruoso, pero no ha querido escucharme. No lo traicionaré delatándolo, pero estoy dispuesto a abandonarle. Seguidme.

Los dos amigos atravesaron algunas habitaciones, hasta que llegaron a una puerta que Santiago abrió.

-¡Estáis libre! -dijo éste. ¡Huíd a escape!

-¿Y vos?

-No temáis. Ya lo haré después. Quizás nos veamos otro día.

Buena suerte.

Diéronse un abrazo y Dick huyó de aquella casa.

Mientras tanto, Filipón se había enterado del nombre de la persona que mataría al rey y decidió disfrazarse para visitarlo. Vistióse de negro, con peluca blanca rizada, un bastón con puño de oro y un paquete de papeles debajo del brazo.

Tomó un coche que le llevó hasta Charing Cross. Descendió, despidió al cochero y se internó por una callejuela de miserable aspecto.

Filipón se encontró de pronto con Oscar Lefa, el pesquisante, que venía en sentido contrario, pero seguro de su disfraz, pasó de largo.

-Adiós, señor Filipón -oyó que le saludaba Lefa irónicamente.

-¿Cómo diablos me habéis conocido? --exclamó el jefe mortificado.

-Para un pesquisante hay detalles demasiado elocuentes... vuestra forma de caminar... vuestra, perdonad... vuestra barriga..

-,Callad! Me habéis seguido. ¿Para qué?

-Pues... no os he seguido. Visito estos lugares por imposición de mi oficio. ¿Os molesta acaso que cumpla con mi deber?

-No, no... De manera que buenas noches.

--os acompañaré, pues supongo que estaréis por resolver algún asunto muy serio, ya que vais disfrazado.

-Pues... ¡ahora no! Me vuelvo.

-Id con Dios, señor Filipón.

Y el jefe hubo de volverse sin poder llevar a cabo su pesquisa.

En la callejuela quedaba Oscar Lefa sonriendo con picardía.

IV

Llega el día del complot

De acuerdo con la costumbre previsor y prudente, la víspera de la apertura del Parlamento registró todas las dependencias del edificio, una compañía de guardias del rey mandada por un capitán.

Era aquello una fórmula, si se quiere; pero desde que a Guido Faux se le ocurriera atentar contra la vida del monarca, hubo necesidad de tomar toda clase de precauciones. Y

aquel día ningún rincón quedó sin registrar.

El capitán salió último, y al hacerlo, fijóse en una caja de grandes dimensiones que, llena de papeles, había en una de las habitaciones.

La revisó y viendo que no había nada de interés, dió una orden:

-Cerrad bien todas las puertas -dijo al portero mayor.

Pero una hora antes del amanecer llegó hasta los muros del edificio una lancha, la cual se detuvo. De ella descendió un hombre que llevaba a sus espaldas un pesado saco.

-¿Tendréis suficiente? -preguntó uno de los de la lancha.

-Más que suficiente -respondió el que cargaba el pesado saco, saltando con cuidado de la lancha y dirigiéndose hacia una puerta del edificio. Luego sacó una llave, abrió aquella y el hombre desapareció tras ella.

Al poco rato volvió a salir.

-Ya podéis encerrarme -dijo-. Todo está preparado. Adiós.

Y volvió a introducirse en el Parlamento, quedando encerrado en aquella habitación donde el capitán viera aquella caja de papeles que, durante un momento, llamara su atención.

El hombre, que no era otro que un viejo anticuario llamado Mauricio Cleye, jacobita declarado y fanático en grado sumo, sacó los papeles de la caja, la llenó de cartuchos de pólvora y se sentó junto a ella a esperar el momento ansiado por él desde tanto tiempo atrás. Iba a hacer volar parte del Parlamento y al rey con él... aunque él también moriría en la empresa. De sólo pensarlo empalideció, pero se encogió de hombros, como resignado.

Los clarines anunciaron, horas después, la llegada del lord Canciller y otros grandes dignatarios. El rey les seguía, saludando con leves inclinaciones de cabeza.

-¡Ya llegan! -exclamó Mauricio Cleye, hondamente impresionado.

Su emoción era tanta, que no vió abrirse la puerta del aposento, ni advirtió la entrada de dos hombres, uno de los cuales -Dick Turpinllevaba la espada desnuda.

-Cinco minutos más y todo habrá concluido -exclamó el anciano, conspirador.

Pero en ese instante Dick y Moscarda se le echaron encima. Mas el hombre dió un salto enorme y, sacando un acero y un pedernal encendió una mecha con velocidad pasmosa.

-¡Moriréis conmigo! -dijo.

-¡Moriréis solo! -exclamó Dick dando una estocada al infeliz alucinado antes de que tuviera tiempo de encender la mecha.

Mauricio Cleye lanzó un gemido y cayó de espaldas.

-¡Hemos salvado al rey! -exclamó Dick.

Pero antes de que pudieran escapar, como tenían pensado, entró en la habitación un piquete de guardias mandados por un capitán, junto al cual iba, sonriente y ufano, el ínclito Filipón.

-¡Un hombre muerto! -exclamó el capitán.

-Sí -respondió Dick-. ¡Un asesino! Vedle aún con la mecha encendida en la mano. Iba a prender este cajón que está lleno de pólvora, para hacer volar el edificio y, por lo

tanto, destruir a la familia real.

Yo lo he evitado atravesándole el pecho de una estocada.

-Prended a ese hombre -exclamó Filipón-. ¡Es Dick Turpin, el salteador de caminos! Al otro también, que es su compañero Moscarda.

¡Prendedle!

Los soldados maniataron a Dick y a su compañero.

-Merecáis haber volado con la cabeza metida en este cajón!

-exclamó Dick.

-¡A ver si os doy una bofetada! -dijo el jefe de policía levantando la mano.

-¡Un momento! -dijo interviniendo el capitán-. Mientras estos hombres estén bajo mi custodia, los libraréis muy mucho de ultrajarlos villanamente!

-¿Cómo bajo vuestra custodia? -bramó Filipón-. Tengo orden de prender a Dick Turpin donde, le encuentre.

-En cualquier parte menos aquí -replicó con energía el capitán-.

Esta fuerza la mando yo, por orden del rey. Si queréis prender a Dick Turpin vos solo, hacedlo... yo me retiraré con mis soldados y vos os enfrentáis con él... y le prendéis.

-No... no -dijo el policía suavizándose en el hablar-. Yo pretendía...

-Agredir a dos hombres indefensos. Eso ya lo he visto -le dijo con energía el capitán.

Apenas montó nuevamente el rey en su carruaje, le fué comunicada la noticia de su milagrosa salvación. El monarca palideció intensamente y volvió a descender de su coche y a entrar de nuevo en el Parlamento.

-Haced venir al jefe de policía, al capitán de la guardia y a los hombres que se han hallado en el edificio... ¡Ah! y que venga también sir Roberto Walpole -ordenó el monarca.

Momentos después entraban en la estancia la personas que el rey deseaba ver.

-Señor capitán -ordenó el monarca-, contadme- lo que sepáis de lo ocurrido.

-Señor -respondió el caballero oficial dando un paso hacia un lado-, requerido por este caballero, jefe de la policía de Bow Street, le acompañé para arrestar, según él, a unos conspiradores, y buscando por las habitaciones que están situadas debajo del solio real, dimos con estos hombres que acababan de dar muerte a otro que aun tenía una mecha encendida en la mano...

-Luego estos hombres -interrumpió el rey- conocían la existencia del complot...

-Sí, Majestad -afirmó Dick Turpin-. Fuí invitado a participar en él y me negué. Tomado prisionero logré escapar con- la ayuda de un amigo y, como conocía el plan, vine a frustrarlo, lo cual he logrado, matando al que iba a hacer saltar el Parlamento...

-Entonces, no tendréis inconveniente en darme los nombres de los complotados -dijo el monarca.

-Imposible, Majestad. Por mi boca no sabrá nada Vuestra Majestad.

--os haremos hablar por la fuerza -interrumpió sir Roberto Walpole.

-¡Callaos! -dijo el rey. No interrumpáis. ¿De modo -prosiguió fijando sus ojos en los de Dick- que no queréis decirme esos nombres?

-No, Majestad -respondió con firmeza Dick Turpin.

-¿Ni aunque me olvide del favor que os debo y os mande ahorcar al instante?

-Aunque me arrancaran cien vidas que tuviera -respondió Dick con la misma imperturbable sangre fría-. Delatar a quienes fueron mis amigos sería una acción infame. Y si yo fuera un infame, a estas horas estaría Vuestra Majestad en el otro mundo.

-Tenéis razón, y me place oírlos hablar así. Y vos, ¿qué decís?

-prosiguió el monarca encarándose con Moscarda.

-Digo lo mismo que mi compañero.

-Perdonad, señor -dijo tímidamente sir Roberto Walpole ¿Sabe Vuestra Majestad quiénes son estos hombres?

-Sí -respondió el rey-. Son los que me han salvado la vida a mí, y a Inglaterra de otra época de sangre y de miseria. Lo demás no interesa.

-Pero, señor, si son...

-No me importa quienes sean, he dicho -tronó Su Majestad-. Ni quiero saber sus nombres. ¿Son malhechores, acaso? Tampoco me importa. Me han salvado la vida y yo cumplo un sagrado deber dándoles la libertad. Vos, señor Filipón, quitadles esas esposas al punto.

Y vos, sir Roberto, acompañad a estos señores hasta que salgan de este edificio, y cuidad de que nadie les moleste.

Hicieron una reverencia Dick y Moscarda y salieron acompañados por sir Roberto, quien, al despedirlos díjole a Dick:

-Escapad; pero no olvidéis que vuestro peor enemigo no es hoy Filipón, sino yo. Antes de una hora tendréis a vuestros talones toda la policía de Londres. Adiós...

V

Fin de los conspiradores

Sonaron las doce, hora convenida para la voladura del Parlamento, pero la prometida explosión no se hizo sentir.

Sir Hugo Malville y cuatro o cinco conspiradores más, vagaban intranquilos, como fieras enjauladas.

-Que venga Stanton -ordenó sir Hugo.

Empero Stanton, custodia de Dick Turpin, no aparecía por ningún lado, y su prisionero tampoco.

-Los dos han desaparecido -exclamó indignado sir Hugo.

Casi al mismo tiempo entró uno de los secuaces con el semblante despavorido y gritando:

-¡El complot ha fracasado! ¡He visto salir al rey del Parlamento!

Sir Hugo y los demás conspiradores se estremecieron.

-¡Traición! El usurpador vive -exclamó sir Hugo-. ¡Nuestras cabezas peligran! ¡El buque está pronto! ¡A bordo!

En menos de diez minutos quedó vacía la casa, pues los conspiradores,

separadamente, se dirigieron hacia el puente de Londres.

El último que abandonó la secreta guarida fué sir Hugo, quien ciego de cólera, no podía explicarse el porqué del fracaso del complot.

Salió caminando despacio, para no llamar la atención de los transeúntes. Pero su mente estaba poblada de tristes pensamientos. Se veía solo, abandonado por sus amigos y quizás, en esos momentos, perseguido por orden del rey.

Hubo un momento en que llevó la mano a la pistola con ánimo de volarse el cráneo.

-No -murmuró luego-. Eso sería una cobardía. Quiero morir como un caballero, desafiando el peligro.

En ese instante se le acercó un hombre.

-¿Os acordáis de mí, sir Hugo? -preguntó el desconocido.

-¿Vos?... ¡Segundo Whiley! --exclamó asombrado sir Hugo.

-El mismo, sí, que ha descubierto en Francia vuestro complot y ha impedido que se realizase.

Sir Hugo echó mano a la espada, en el colmo de la indignación.

-Moderad vuestro enojo -dijo Whiley con ironía-. Una palabra mía causaría vuestra perdición.

-¡Espía indigno!

-Somos tal para cual, señor -replicó Whiley-. Si no hubiese conspiradores no habría espías... Pero caminemos, señor... la gente nos está observando.

Así lo hicieron, aunque sir Hugo trataba de contenerse para no darle una estocada a aquel miserable.

-Bien... ¿qué pretendéis de mí? -preguntó por último sir Hugo.

-Que me deis cincuenta libras y os consigo vuestra salvación.

-Aquí tenéis el dinero -respondió sir Hugo.

Apenas cogió Whiley la bolsa que sir Hugo le entregaba, arrojóse éste sobre el espía, y agarrándole con fuerza por el cuello le empujó contra una puerta. Esta cedió y ambos cayeron rodando al suelo.

-¡Toma, villano! -rugía sir Hugo-. ¡Toma, canalla! Este es el premio de tu felonía.

Whiley empezó a sentir los estertores de la agonía y con la fuerza que la desesperación le daba, logró hacer saltar la espada de la mano de su adversario. Empero de nada le valió. Sir Hugo recogió el acero y lo clavó en la garganta del espía.

En aquel instante aparecieron algunos hombres y sir Hugo se vió precisado a salir corriendo. Mas, apenas había corrido unos metros, dióse cuenta que estaba acorralado, pues por la derecha venían algunos gendarmes, y por la izquierda, gente dispuesta a detenerle.

-¡Tirad esa espada! -gritó un gendarme.

-¡Venid vos por ella! -replicó con calma sir Hugo.

-¡Daos preso!

-¡Antes, la muerte!

-¡Tirad la espada o hago fuego! -gritó el gendarme apuntándole con una pistola.

Sir Hugo se abalanzó sobre él y le tiró una furiosa estocada. El gendarme se evadió ligeramente y al propio tiempo disparó el arma.

Sir Hugo cayó exclamando:

-¡Viva el rey... Car... los Estuar... do!

Fueron aquellas las últimas palabras del obcecado caballero.

-¡Hola! -dijo el gendarme guardando nuevamente la pistola-. Según parece los Jacobitas vuelven a las andadas. 'En ese preciso instante se oyó un cañonazo. Era la fortaleza, la Torre, que disparaba contra el buque en el cual huían los demás conspiradores. Y un barco de guerra que estaba en el río, levantó el ancla, y pronto se oyó el clarín tocando a zafarrancho de combate.

Los conspiradores se vieron perdidos, pues los proyectiles del navío de guerra acribillaron uno de los costados del buque fugitivo. Y el final no se hizo esperar. El navío empezó a inclinarse y breves instantes después se hundía con todos los tripulantes a su bordo, quienes murieron gritando:

-¡Viva el rey Carlos Estuardo!

La gran conspiración había terminado por completo.

MARINOS A LA FUERZA

I

Un comodoro de mal genio

Cuando la conspiración encabezada por sir Hugo Malville fué sofocada, Dick Turpin y sus compañeros estuvieron inactivos por un tiempo. Pero estaba escrito que nuevas aventuras debían sucederles, y esta vez fuera de Londres.

En efecto, una noche, mientras Dick, Batanero y Peters se dirigían a la posada del Neptuno, les fué cerrado el paso por un oficial de la Armada que era seguido por varios marineros.

Dichas fuerzas estaban allí emboscadas, en una casa antigua, con el solo propósito de echar el guante -según la frase de la época- a todo aquel que se descuidara, para obligarle a servir en los buques de guerra.

Y cuando vieron a los tres amigos, salieron de la casa y se echaron tan de repente sobre ellos que, cuando quisieron darse cuenta, estaban amarrados y a merced de los marinos.

-¡A bordo con ellos! -gritó el oficial.

-¡Que el diablo os confunda! exclamó Batanero.

-¡Cuidado con lo que decís! -repuso el oficial-. Y que no os oiga el comodoro Trunion porque os mandará dar de azotes.

-¡Trunion! -se lamentó Peters-. ¡En buenas manos hemos caído!

Dick nada dijo. Conocía perfectamente al comodoro Trunion, a quien le jugara una mala pasada tiempo atrás, y no dudaba que al verles, el marino les reconocería de inmediato.

De manera que Dick empezaba a hacer planes por si eso llegaba a suceder.

Momentos después llegaban al muelle y, seguidamente, partieron en un bote hacia uno de los buques que estaban anclados mar adentro y al cual subieron instantes después.

Una impresionante fila de marineros les estaba esperando. Dick reconoció, entre los oficiales, al teniente Strong, el cual hizo al recién llegado un significativo signo con los ojos.

-¡Aquí viene el comodoro! exclamó un oficial.

En efecto; un hombre gordo, balanceándose cachazudamente, se acercaba a los tres amigos.

-¡Cómo! -exclamó asombrado al ver a Dick-. ¡Es posible! ¿No sois vos...?

-Sí, soy yo -interrumpió Dick-. No os asustéis.

-¿Asustarme yo, granuja? ¡Tú sí que te vas a asustar!... ¡Hola!

¡También tenemos aquí al príncipe negro! -añadió riendo el comodoro-.

Y ese otro pillo de las patillas coloradas ¿quién es?

-Un hombre mejor que vos -respondió Dick.

-Teniente Colson -ordenó el comodoro- asegurad bien a estos pillastres, y llevad este otro a mi camarote. Tengo que hablar con él.

La tripulación se quedó sorprendida de la actitud del comodoro, preguntándose quién sería aquel hombre y por qué le llevaban amarrado al camarote siendo que estaban en alta mar y no podía escaparse.

En tanto, el teniente Strong mordíase los labios dando muestras de intranquilidad.

Dick entró en el camarote con la cabeza erguida y altivo gesto.

-Milord -dijo el teniente Colson- ¿no es irregular tener amarrado a un prisionero sin haberse éste insubordinado?

-¿Osáis contradecirme? -tronó el comodoro.

-Perdonad, señor; pero el reglamento...

-Mis palabras son leyes aquí, a bordo -exclamó con altivez el comodoro Trunion, agregando-: Atadle a una silla y marchaos.

Así lo hizo el teniente, saliendo instantes después.

-¡Ahora estáis en mis manos, Dick Turpin! -dijo regocijado que el comandante del buque-. Y me pagareis el mal rato que me habéis hecho pasar en Surrey, cuando me asaltasteis;¿lo recordáis?

-De lo cual no me arrepiento -replicó Dick- El dinero que llevabais no era del Estado, sino vuestro... y lo habíais obtenido por medios nada lícitos.

-¡Callaos, brigante! -gritó el comandante-. ¡Os mandaré colgar de lo alto del palo mayor!

-Podéis hacerlo, ya que sois el amo aquí.

-Parece que lo tornáis a broma.

-¿Qué queréis que haga? ¿Que os suplique? ¡Bah! ¡No me conocéis bien!

-Oíd. Deseo que cambiéis de nombre ahora mismo. Llamaos Brown, Jones... menos

Dick Turpin.

-¿Teméis que al saber mi nombre, la tripulación se ponga de mi parte? -preguntó Dick irónicamente.

-No, a fe mía. Mas si se sabe vuestro nombre tendría que entregaros a la policía... y quiero ser yo quien se mofe de vos viéndoos hacer los más bajos menesteres.

-Cualquiera sean ellos, no serán tan bajos como vuestra vil venganza.

-¡Granuja! Debiera... pero no; ya llegará el momento. Por ahora os llamaréis Juan Winch; eso es, Juan Winch. En cuanto a vuestros compinches, ya les buscaré otros nombres. ¡Ah! ¡Cómo me voy a reír de vos... qué digo, de ti, villano... no veo por qué he de darte tratamiento de caballero!

El comandante tocó una campanilla y al momento entró el teniente Colson.

-Decid al teniente Strong -ordenó el comodoro- que venga a hacerse cargo de este hombre.

II

El negro hace de las suyas

Peters y Batanero estaban encerrados en la bodega, pensando qué habría hecho el comandante con Dick Turpin.

-Mejor será que me duerma- dijo Peters- para olvidarme de este mundo miserable.

-El mundo hay que tomarlo tal cual es -le respondió Batanero-.

Paciencia, amigo Patillas.

-A ver si os calláis -gritó alguien por una claraboya.

-Veo que esta gente está muy mal educada -respondió el negro.

-Déjame dormir -dijo Peters-. Buenas noches, Batanero.

-Que sueñes con los ángeles... y no con el diablo del comandante.

Peters durmió unas horas, y cuando despertó tuvo que sacudir fuertemente al negro para que hiciera lo mismo.

-No sé cómo duermes tan tranquilo -le dijo una vez que el negro se hubo despertado-. Yo he tenido horribles pesadillas.

-Esto me recuerda-empezó a decir el negro- los tiempos en que fui marino. ¿Quieres que te los cuente, Peters?

-¡No, por amor de Dios! Ya me sé de memoria lo del tiburón que se tragó a un hombre al cual después hallásteis vivo...

-¡Salid, bergantes! -gritó un hombre asomándose por la escotilla-.

Venid conmigo a cambiaros de ropa. Desde hoy sois tripulantes del "Trueno".

Peters y Batanero se levantaron y siguieron al marinero. Al llegar a la cubierta oyeron una voz áspera que gritaba:

-¡Esperad, par de granujas!-¡Hola! exclamó el negro-. Es el patrón de la casa. ¿Cómo va eso, señor comedero?

El comandante se quedó asombrado mirando al negro.

-¿Cómo has dicho?- preguntó.

-¿No sois vos el comedero del buque?-dijo inocentemente el negro.

_¡Comodoro, animal! -gritó el comandante.

-Y bueno... si sois animal, yo no tengo la culpa.

-¡Miserable! ¡Yo te enseñaré a burlarte de mí! -tronó iracundo el comodoro-. A ver, que suba este negro hasta la mitad del palo mesana, para que sepa el sitio donde mando colgar a los truhanes.

Batanero se sonrió y sin decir palabra empezó a subir por la escala de cuerdas que le habían indicado. Pero fuera por la falta de costumbre o porque así se lo había propuesto, lo cierto es que apenas adelantaba.

El comandante hizo un gesto a un marinero que tenía un vergajo en la mano. Acercóse éste con cautela y, empujándose un poco, dió un tremendo golpe en las espaldas de Batanero. Este, tomado de sorpresa, dió un salto y fué a dar con su humanidad sobre la barriga del comandante que estaba debajo, contemplando sonriente la trabajosa ascensión del negro.

El comodoro cayó rodando y los oficiales y marineros tuvieron que dar media vuelta para no tener que reírse en la cara del jefe. Mas no fué posible evitarlo.

-¡Que lo cuelguen! -rugió el comodoro levantándose apresuradamente.

¡Que lo ahorquen al instante! ¿Dónde está el capitán Pinder?

-Aquí estoy, señor -dijo un gallardo marino, acercándose.

-Preparad todo lo necesario para ahorcar a ese negro ruin.

-Perdonad, mi comodoro -dijo con respeto el capitán- pero ya sabéis que en un buque de Su Majestad no puede condenarse a muerte a nadie sin previo consejo de guerra.

-Es que... bueno... pero... -balbuceó el comandante Pues, que le den ahora mismo setenta azotes.

Mientras tanto, Batanero miraba a su alrededor y decía:

-¡Si agarro al que me pegó a traición, lo hago papilla! Suerte que caí en blando, si no...

Esta ocurrencia volvió a provocar la risa de los marinos y a aumentar la cólera del comandante.

-¡Mil rayos! ¡Mandaré fusilar a todo el que se desmande! ¡Pronto!

¡Azotad a este negro sin piedad!

En ese instante hizo su aparición Dick Turpin, vistiendo un sencillo traje de marinero, y cuando supo que el negro iba a ser azotado, no pudo contener su indignación.

-¡Alto! -exclamó Dick-. Ponedme a mí en el lugar de ese hombre.

El no tiene la culpa. Si no fuera por mí no se encontraría en este maldito buque.

-¡Azotad! -ordenó el comodoro.

-Ruego a Vuestra Excelencia, milord -dijo el capitán Pinder al comodoro- que no os dejéis llevar por la cólera. Este hombre no ha cometido ninguna falta de disciplina.

-¿Qué decís?

-Si opináis lo contrario, el reglamento lo faculta para defenderse.

-¡Un negro no tiene derecho a nada! -replicó furioso el comandante-.

¡Y no intervengáis en este asunto! ¡Adelante con los azotes!

Pero fué entonces cuando intervino Peters, o Patillas como le llamaba Batanero.

Peters, lanzando un salvaje rugido, avanzó decidido hacia el comodoro y dándole un tremendo puñetazo en las narices le tiró rodando por la cubierta.

La confusión que se produjo fué indescriptible. Unos corrían a socorrer al comodoro y otros a sujetar a Peters.

-Capitán Pinder -gritó el teniente Strong-. Ved de poner coto a todo esto si no queréis que se insubordine la tripulación.

-Sí, sí -asintieron una docena de voces amenazantes.

Los tripulantes empezaron a mirar sobriamente al capitán, y el marinero que había, de dar los azotes a Batanero, arrojó, el vergajo al mar.

El capitán tornóse lívido.

-Tripulantes del "Trueno" -dijo con imperiosa voz mientras algunos oficiales se llevaban al comodoro que iba chorreando sangre- arrestad a ese hombre (por Peters), y lo que haya de hacerse se hará con arreglo a nuestras leyes y ordenanzas.

-Sí, mi capitán -dijo un cabo resueltamente- pero cuando toquemos tierra daremos cuenta al Almirantazgo. Esto no es un buque de guerra, sino un infierno flotante.

III

Tempestad y naufragio

Una hora después de haber sido transportado el comandante a su camarote, el marinero de guardia oyó ruidos extraños en el mismo e inmediatamente dió parte al capitán Pinder. Este entró en la cabina del comodoro y halló a su comandante tendido en el suelo junto a una botella de cognac hecha pedazos.

-¡Cochino borracho! -exclamó el digno oficial-. ¡He aquí la causa de todo!

Un momento después entraba el médico de a bordo.

-Hay que sangrarle -dijo el doctor-. Este hombre está a punto de explotar.

-Haced lo que corresponde -respondió el capitán Pinder-. ¡Hermoso ejemplo para la Armada de Su Majestad!

Y se retiró del camarote, dejando al médico al cuidado del comandante, el cual, merced a las solícitas atenciones de aquél, pudo abandonar el lecho al día siguiente.

Cuando subió a cubierta, el capitán Pinder le comunicó una ingrata nueva:

-Milord; acaba de brillar en el firmamento un relámpago de mal agüero. Creo que nos veremos frente a una tormenta.

En efecto; poco después el cielo se ennegrecía y empezó a soplar un viento amenazador. Las olas azotaban al buque con tal fuerza, que los marineros se miraban unos a otros, con terror. Toneladas de agua cruzaban con ímpetu, barriendo furiosamente la cubierta.

-¡Esto es horroroso! -exclamó el comodoro-. ¡El mar está embravecido!

-Es un huracán -respondió el capitán Pinder-. ¡Ea! ¡Arriad el velamen!

De pronto se oyó un grito angustioso.

-¡El timón no funciona!

-¡Estamos perdidos! -exclamó el capitán Pinder-. ¡Ved nos vamos hacia la costa!

-¡Vos sois un hombre experto! -exclamó el comodoro- ¡Salvadnos de esta situación!

El capitán empezó a impartir órdenes y mientras algunos tripulantes corrían como locos de acá para allá, otros trabajaban desesperadamente siguiendo las instrucciones que el capitán Pinder les había dado. Pero el "Trueno" iba hundiéndose sin remedio.

En medio de la confusión reinante, el comodoro vió luces que se movían en la costa.

-¡Tal vez vendrán de allí a salvarnos! -exclamó esperanzado.

-No lo creo -repuso el capitán-. Reparad que estamos en la costa de Cornwall, poblada sólo de hombres que viven del pillaje, y que cada naufragio es para ellos motivo de regocijo.

El buque se hundía por instantes, y algunos oficiales y tripulantes esperaban tranquilos la hora próxima y segura de la muerte.

El comodoro sintió que le agarraban por la espalda con fuerza hercúlea, y un momento después vióse zambullido en aquel furioso mar. Luego se sintió aferrado por alguien que lo llevaba hacia la costa.

Y después de mil trabajos, embates y chapuzones, notó que sus pies tocaban tierra.

Lanzó un profundo suspiro, y se volvió para ver quién era aquel ser generoso que lo había librado de la muerte. Y se quedó boquiabierto.

Su salvador era el negro Batanero.

Tal como lo había dicho el capitán Pinder, el "Trueno" se hallaba en las costas de Cornwall, donde moraban piratas y contrabandistas, quienes inmediatamente rodearon a los náufragos.

Entre los primeros que llegaron sanos y salvos se encontraban el capitán Pinder y el teniente Strong.

Una mujer de enérgico aspecto les salió al encuentro.

-Seguidme; yo os daré ropas para mudaros.

Los dos oficiales, extenuados por la fatiga, fueron en pos de la extraña mujer.

-Entrad -les dijo ésta una vez que hubieron llegado a una humilde casucha-. Allí hay un armario; abridlo y encontraréis ropas.

Los oficiales siguieron el consejo de la mujer y cambiaron de trajes.

-¿Son de algún pariente vuestro estas ropas?-pregunto el capitán Pinder por decir algo.

-Eran de mi esposo.

-¿Murió?

-Sí, ahorcado... por contrabandistas. Un día lo apresaron y, no contentos los malditos con dejarme viuda, se llevaron también a mi hijo... Creo que se lo llevaron para servir en la Armada Real.

En aquel momento entró en la casa un mozo de rudo aspecto.

-Ea, vosotros; seguidme. El jefe os espera.

Los dos oficiales siguieron a aquel hombre con cierto recelo. Y cuando llegaron a una especie de posada, el teniente Strong se vió frente a Dick Turpin, quien lo estrechó entre sus brazos.

-Gracias, amigo mío- díjole Dick-. A bordo del "Trueno" leí en vuestros ojos cuanto sufríais por mí.

E inmediatamente le explicó cómo había sido salvado por los contrabandistas, a quienes Batanero informó que Dick Turpin, el famoso salteador de caminos y amante de la justicia, se hallaba entre los náufragos.

Allí también estaba el comodoro Trunion, lloriqueando como una débil mujer, al ver que los contrabandistas le miraban con desprecio y amenazadoramente.

En eso salió un hombre del interior y dirigiéndose a Dick Turpin, le dijo algunas palabras al oído.

-Está bien -respondió Dick-. Vamos al instante.

Y volviéndose al comodoro díjole:

-Preparaos a ser juzgado.

-¿Y... vais a juzgarme vos? -preguntó el viejo temblando.

-No. Yo seré simplemente vuestro acusador.

-¡Dios Santo!

-Batanero -ordenó Dick-. Coge a ese hombre y ayúdale a andar.

-Me lo echaré a cuestras para acabar más pronto. Vamos, comedero, el tribunal espera.

IV

El juicio y la sentencia

Daniel Mills, jefe de los contrabandistas, hallábase rodeado de su plana mayor cuando entró Batanero llevando sobre sus hombros el cuerpo tembloroso del comodoro Trunion. Dick le seguía inmediatamente con semblante grave.

-¿Quién sois? -preguntó Daniel Mills a Dick.

-Dick Turpin.

-¡Hola! ¡Nada menos que Dick Turpin! ¿Y qué hacia el sentenciado a muerte Dick Turpin en uno de los buques de la Armada Real?

-Estaba contra mi voluntad. Cogido en Portsmouth, junto con dos compañeros, fui llevado a la fuerza al navío que acaba de naufragar.

-¿Quiénes son vuestros compañeros? -preguntó el jefe de les contrabandistas.

-Helos aquí -dijo Turpin, señalando a Peters que acababa de entrar, y al negro Batanero.

-Bien. Vuestra presencia es vista con simpatía, pues sois un perseguido, como nosotros. Veamos esos otros... Ese gordo que no se atreve a mirar de frente, ¿quién es?

-Es un tirano de la peor especie, -respondió Dick-. Tan infame que sus mismos

compañeros lo detestan.

-¡Que lo fusilen! -exclamaron a coro los demás contrabandistas.

-¡Un momento! -repuso el jefe. Sepamos quién es antes de decidir sobre su suerte.

-Es el comedero Gruñón -afirmó Batanero.

-Quiere decir el comodoro Trunion -rectificó Dick Turpin.

Daniel Mills que ya estaba en antecedentes, fingió una gran sorpresa al oír aquel nombre.

-¡El comodoro Trunion! -exclamó-. ¿El hombre que ha sembrado el dolor y la muerte y la miseria por donde ha pasado? ¿Ese monstruo cruel que ha hecho derramar tantas lágrimas?

-Compadeceos de un pobre viejo -murmuró el comedero.

-¡Pedís compasión! -tronó Mills-. Oigamos lo que dicen vuestras víctimas. Que venga la señora Gale.

En ese instante apareció la mujer que había dado ropas al capitán Pinder y a Strong.

-¡Ah! -gritó la mujer-. ¡Este es el hombre que mandó robarme mi hijo! Tirano infame, ¿qué has hecho de él? Sí, ya lo sé, le hiciste azotar hasta que murió... ¡canalla!

-Lo... lo siento... en el alma -murmuró el comodoro.

-Retiraos, señora Gale -dijo Mills- y confiad en nuestra justicia.

Que entre el otro agraviado.

Hizo su aparición un hombre de recia musculatura y el comodoro al verle dió un grito.

-¡Felipe!-exclamó.

-Si -afirmo el recién llegado-, Felipe photell. Me creíais muerto, ¿verdad? Pero no... no perecí en aquel islote en que me dejaste abandonado.

Un buque me Salvó y ahora estoy frente a ti, para pedir venganza.

-Señores... por Dios -rogó el comodoro-. Me arrepiento...

-Hablad vos, Dick Turpin -ordenó Mills.

-Siempre he perdonado las ofensas de quienes me han combatido de frente -dijo Dick- pero este hombre me ha tratado corno al más vil de los esclavos. Nada puedo decir en su favor.

-¿Y vos Peters? -preguntó Mills.

-Por mí, que lo cuelguen.

-¿Y el negro?

-Que lo mejor sería quitarle del medio cuanto antes.

-¿Oís? -dijo Mills al comodoro-. Nadie sale en vuestra defensa.

Debéis prepararos para morir.

-¡Piedad! ¡Por mi inocente hija, os pido piedad! ¿Qué será de mi hija, señores jueces? Por ella os ruego perdón.

-¿Pensasteis vos en las hijas de vuestros semejantes? -replicó Mills frunciendo el ceño-. ¿Pensasteis en el dolor de las madres, hijas y viudas que sumáis en la desesperación?

-¡Perdón! ¡Me arrepiento! Mi hija... Tened compasión -lloraba el viejo ahogado por las lágrimas.

Daniel Mills y Dick Turpin conferenciaron brevemente en voz baja y ambos sonrieron.

-Prisionero -dijo Mills gravemente-. Un hombre generoso ha intercedido por vos. Es Dick Turpin. Pero vuestro pasado vergonzoso merece un castigo. Seréis degradado. Descenderéis del alto pedestal en que estabais para convertirlos, en un sirviente...

-¿De quién? -preguntó el comodoro.

-Del negro Batanero.

-¡Dios mío!

-Escoged: ¿Preferís ser ahorcado o servir a Batanero? -preguntó Mills.

-Más le valdría lo primero -dijo para sí Peters, que bien conocía al negro.

Pero el comodoro prefirió lo último... ¡Es tan dulce la vida!

-¡Eh! Patillas -gritó el negro al compañero Peters-. ¡Cuando necesites ayuda para peinarte las patillas, te presto a mi criado!

Una carcajada general festejó la ocurrencia del negro.

Poco a poco fueron saliendo todos, hasta quedar solos Mills y Turpin.

-Espero, Dick que permanezcáis algún tiempo entre nosotros.

-Con mucho gusto, si consentís en mandar a Londres un mensajero.

-Inmediatamente. Ya podéis disponer de él.

V

Muerte de Daniel Mills

El mensajero que a pedido de Dick Turpin fuera enviado a Londres, cumplió su misión al pie de la letra. Presentóse en la "Fonda de la Zorra" sin llamar la atención, y cuando fué atendido por el posadero, hombre de confianza de Dick, hízole un signo especial cruzando los dedos pulgar e índice de la mano derecha.

-Sí, sí -dijo el posadero en voz alta-. Venís a saber algo de aquellas cebollas que hablamos el otro día, ¿verdad? Esperad un momento.

Despacho a estos señores y estaré al punto con vos.

El posadero atendió a unos parroquianos y luego volvió a acercarse al desconocido.

-Pasad... creo que llegaremos a un acuerdo -díjole al mensajero al tiempo que habría una puerta e invitaba a éste a pasar al interior de una habitación.

-Y bien -continuó una vez dentro-. ¿Venís de parte de Dick Turpin?

-Sí. Soy portador de una carta para Tomás King -respondió el hombre.

-Aguardad un momento.

Salió el posadero y al minuto volvió acompañado por el camarada de Dick.

-¿Quién sois? -preguntó King.

-Felipe Photell. Vengo de Polperro con este mensaje de vuestro jefe. Leed -y le tendió la carta.

King leyó: "Peters y Batanero os saludan. Venid a Polperro sin tardar. Que os acompañen Moscarda y Pat. Traed mi yegua negra y un traje como el que usaba yo ordinariamente. Os estrecha la mano vuestro Dick".

Tomás King, una vez leída la carta, sacó un bolsillo con dinero.

-No, gracias -dijo el mensajero-. Me han dado lo suficiente para el viaje. Y me vuelvo al instante. Adiós.

-¡Un momento! -exclamó King-. Una copa la beberemos juntos.

-Eso sí; con gusto.

Mientras esta escena se desarrollaba en Londres, en la posada a orillas del Támesis, a cinco millas de Polperro anclaba una goleta guardacostas con las luces apagadas, para no llamar la atención de los sagaces contrabandistas.

Al despuntar el alba subió el comandante de la nave a cubierta.

-Dadme el anteojo -ordenó al grumete que estaba junto a él.

El muchacho obedeció.

-¡Hum! exclamó el comandante. Sale una goleta... y es la "Lottery", que capitanea Daniel Mills, que Dios confunda. ¡Ea! ¡Alférez James!

-A la orden, señor -respondió el segundo de a bordo.

-¡La "Lottery", se hace a la mar! ¡Levad el ancla! ¡Izad velas!

Mas no era la primera vez que la "Lottery" se había visto acechada.

Muchas veces había sido atacada la famosa nave de los contrabandistas, y tantas otras había sabido burlar a sus perseguidores.

Daniel Mills, el jefe de los contrabandistas, sabía que su goleta era la.

más ligera que surcaba aquellas aguas, y esa seguridad le hacía desafiar el peligro más de lo prudente. De allí que al darse cuenta de la presencia del guardacostas, y pasado el primer momento de sorpresa, ordenó;-Nos han sorprendido esos sanguijuelas. ¡A defenderse! ¡A morir antes que rendirse!

Pero los del guardacostas habían lanzado los botes al agua y se preparaban al ataque. Instantes después se oyó una descarga cerrada y uno de los remeros del bote militar dió un grito y cayó en el fondo de la lancha.

-¡Asesinos! -gritó el comandante del guardacostas.

-¿Qué esperabais? -replicó Mills hablando a través de su trompeta-.

¿Pensabais recibir confites? ¡Venid aquí! ¡Os esperamos!

Los contrabandistas estaban provistos, no sólo de armas pequeñas sino también de dos cañones, pero con todo, su inferioridad con respecto al guardacostas era visible.

El comandante de la nave militar se aprestó al abordaje con admirable arrojo y pericia.

Seis marineros cayeron al mar gravemente heridos, pero el comandante no se arredró

y poco después saltaba con sus hombres sobre la cubierta del "Lottery", iniciándose una lucha espantosa. Disparos, estocadas, palos, culatazos: cada cual atacaba y se defendía como podía.

Destruíanse como fieras hambrientas que necesitan despedazarse para vivir.

Daniel Mills, el jefe de los contrabandistas, cayó herido pero ordenó en un supremo esfuerzo:

-¡Luchad hasta morir! ¡Libertad o muerte! ¡Más vale caer aquí que en manos del verdugo!

Estas palabras encendieron aún más a los contrabandistas que continuaron luchando con un arrojo digno de mejor causa.

El comandante, que por un momento creyó poder vencer a los contrabandistas, dióse cuenta que ahora era imposible. Mills, herido, desangrándose, había sabido inocular el valor de mil leones a sus huestes. Y el valiente marino de la Real Armada hubo de retirarse, dejando la cubierta del "Lottery" plagada de cuerpos exánimes, agonizantes, o mutilados.

Daniel Mills, el jefe y caudillo, se encontraba moribundo en brazos de dos de sus camaradas.

-Esto ha terminado para siempre -les dijo-. Escoged otro hombre que os dirija y que sea... valeroso... y leal. Ya veis -agregó después de una larga pausa- que la "Lottery" no pudo ser tomada. Que no la apresen jamás. Antes... hacedla volar... Y ahora, mis amigos... la muerte está esperando que termine de hablaros... la veo ya... Enterradme hondo, muy hondo... para que esas hienas... no me encuentren... De manera que...

Daniel inclinó la cabeza sobre el pecho y expiró.

VI

El nuevo jefe

Aquella lucha entre los marinos reales y los contrabandistas causó sensación en Polperro, a la vez que enlutó muchos corazones. No sólo había muerto el jefe, sino muchos bravos y leales camaradas. Y los que quedaron con vida, heridos o no, durmieron desde entonces con el arma al brazo. Temían que nuevas fuerzas del gobierno se hicieran presentes y aniquilasen toda la población.

Los centinelas que constantemente vigilaban los alrededores, habían visto ya sombras sospechosas de hombres que iban y venían a caballo, y, al dar la voz de alarma, los viejos, las mujeres y los niños fueron llevados a las cuevas para protegerlos.

Y una noche, la novedad corrióse por Polperro con la velocidad del rayo.

-¡Los dragones han llegado! ¡Aprestarse a la defensa!

En efecto, una mujer había sido interrogada por el jefe de un piquete de dragones, respecto al camino más corto para llegar a la población, y ella, una vez que hubieron desaparecido los jinetes, dió la voz de alarma.

Hombres y mujeres corrieron a empuñar las armas. Mas, ¿quién se pondría a la cabeza de todos ellos para llevarles a la victoria? Daniel Mills había muerto, y necesitaban un hombre de probado valor que se pusiera al frente de ellos. Y no había que perder un instante.

De repente apareció Dick Turpin y se colocó delante de los contrabandistas.

-¡yo os guiaré! -gritó-. ¡Esta noche seré vuestro jefe! ¡Mañana elegiréis otro más digno de vosotros!

Los contrabandistas acogieron a Dick con muestras de entusiasmo.

-¡Esta noche y siempre! -tronó uno.

-¡Sí! ¡Sí! -clamaron todos.

-¡Adelante, entonces! -ordenó Dick-. ¡Peters, Batanero, a mi lado!

Los dragones se acercaban lanzando el grito de guerra de su regimiento.

Y empezó la refriega. Una descarga cerrada de los contrabandistas puso fuera de combate a dos dragones. El tumulto era ensordecedor. Hombres y caballos rodaban en confuso montón sobre la nieve. Los gritos de triunfo se confundían con los ayes de dolor de los heridos. Imprecaciones y blasfemias, súplicas y plegarias se oían por doquier.

Dick Turpin, al frente de sus valientes, iba sembrando la muerte.

Todo lo arrollaba a su paso.

De pronto se hizo un silencio inesperado.

Los bravos dragones combatieron con ardor, pero al ver que habían caído más de la mitad de los suyos, optaron por retirarse.

-¡Se dirigen hacia el precipicio! -exclamó uno de los contrabandistas.

-¡Alto! ¡Cuidado! exclamaron varios, con ánimo de advertir a sus enemigos del peligro que corrían.

Pero los dragones seguían galopando hacia la muerte.

Entonces se oyó una espantosa grito. Y luego un silencio angustioso.

Los dragones habían caído con sus caballos, desde lo alto del acantilado al mar.

Poco después volvían a reunirse los contrabandistas, Poniendo a Dick Turpin en el centro del grupo que habían formado, adelantóse uno de ellos, quien, colocando en un dedo de Dick la sortija que llevaba Daniel Mills, le proclamó, en nombre de todos, jefe de los contrabandistas de Polperro.

Hacía apenas una hora que se había terminado la ceremonia, cuando tres jinetes hicieron su aparición en Polperro, causando el consiguiente revuelo.

Mas, entre los que habían salido para ver a los forasteros, estaba el negro Batanero.

-¡Si son King, Moscarda y Pat! -gritó loco de contento el negro llevando la tranquilidad a todos.

-¡Bienvenidos, camaradas! -les Dijo Batanero-. Dick os espera.

-¿Y los caballos? -preguntó King con desconfianza.

-Dejadlos ahí, mi sirviente se ocupará de ellos -repuso el negro-.

¡Eh! comedero; ¡cuida de esos caballos! -le gritó al viejo marino.

King, Moscarda y Pat se miraron asombrados. Les parecía extraño que el negro Batanero tuviera sirviente. Pero la actitud sumisa del comodoro, terminó por convencerlos.

-¿Quién es ese hombre? -preguntó Moscarda, el del vozarrón impresionante.

-Mi criado -respondió el negro con énfasis.

-¿Tu criado?

En eso salió Dick acompañado del fiel Peters, el de las rojas patillas.

-Sí; Batanero tiene un sirviente -afirmó Dick al mismo tiempo que apretaba fuertemente la diestra de cada uno de sus esperados camaradas.

Los abrazos, las exclamaciones y hasta las burlas, duraron un largo rato. Y cuando hubo pasado la primera explosión de entusiasmo, contó Dick a sus amigos, las peripecias que habían pasado y cómo había sido nombrado jefe de los contrabandistas. Poco después, los recién llegados eran presentados a los hombres de Polperro.

ADIOS A POLPERRO

I

Una escena en Bow Street

En el despacho policial de Bow Street hallábanse reunidos Filipón, Espouts y Mostacilla, los tres policías y eternos perseguidores del famoso bandido Dick Turpin.

Algo interesante debían estar comentando, porque los tres ojeaban atentamente un largo pliego.

-Señores -dijo Filipón-. Esto está bien claro. El informe dice que en el buque que naufragó iban Dick Turpin, Batanero y Peters. ¿Qué esperar, entonces?

-Lo que no debemos tolerar es que Oscar Lefa se nos adelante.

No sé cómo, siempre se entera de las cosas antes que nosotros -protestó Mostacilla.

-¡Bah! Esta vez se quedará con un cuarto de narices. Nosotros iremos a Polperro y capturaremos a Dick Turpin y su banda -aseguró con altanería el panzón de Filipón.

Mas no bien terminó de hablar se hizo presente una señora en el despacho, con el rostro cubierto por un velo.

-¿Qué deseáis? -preguntó Filipón.

-Quisiera saber si emplean vuestras mercedes señoras detectives.

-No, señora. Los hombres nos bastamos para ese trabajo. Las mujeres son muy habladoras.

-¡Oh! -exclamó la mujer-. A mí me habían dicho que el motivo de no hacerse aquí nada era debido a que los jefes siempre están charlando como cotorras y peleando entre sí.

-Señora -dijo Filipón-. Dad gracias al sexo a que pertenecéis, si no...

-Será preciso entonces que me transforme en hombre. Vaya... ya está.

El velo, la manteleta y el vestido de señora cayeron al suelo, quedando frente a los asombrados ojos de los policías, la severa figura de Oscar Lefa, el pesquisante.

-¡Qué bromista sois, señor Lefa! -díjole Filipón intentando sonreír.

Los otros permanecieron mudos y contrariados.

-Señores -empezó diciendo Lefa-. Seguramente estaréis enterados de dónde se encuentra Dick Turpin. Pues bien... si no lo sabéis, os lo diré: en Polperro, y es actualmente el jefe de los contrabandistas.

Los tres policías quedaron mudos de asombro y de rabia. Lefa sabía más que ellos.

-De manera que aquí tenéis la orden de la jefatura para trasladaros a Polperro. Allí nos encontraremos dentro de ocho días. Hasta entonces.

Y sin decir más, volvióse a poner el vestido de mujer, y salió del despacho.

-¿Qué decís a todo esto? -preguntó Filipón.

-Pienso -replicó Mostacilla-, que este hombre tiene algo de extraordinario.

Y que debemos ponernos en marcha antes de que se nos adelante.

Y con buen criterio, al día siguiente pusieron en camino los tres policías, con la esperanza de capturar al famoso bandido, convertido ahora en jefe de contrabandistas.

Durante el viaje de los policías hacia Polperro ocurrieron los sucesos ya descritos, inclusive la muerte de los dragones reales que se precipitaron por el acantilado.

Cuando los policías estuvieron a dos millas de la población de los contrabandistas, solicitaron albergue en casa de un labriego. Este les hizo pasar.

-Vuestras mercedes perdonarán, pero tendrán que dormir en este cuarto y en el suelo -díjoles el labriego-. No tengo camas y...

-No os preocupéis, buen hombre -replicó Filipón-. Somos policías y estamos acostumbrados a estos inconvenientes.

-Me siento muy honrado en teneros en mi casa, caballeros -contestó el labriego-. Pocas veces tengo el placer de albergar gente de pro. Y para demostraros que digo la verdad, os daré a probar un vino que lleva años en el sótano.

En efecto, al poco rato puso el labriego sobre la mesa varias botellas de buen vino y del cual pronto dieron cuenta los policías, y en tal forma, que, buscando la cama, se tiraron a dormir, roncando a más y mejor.

Tal lo que deseaba el labriego, pues ni bien los policías se acostaron, partió hacia Polperro a dar la voz de alarma a los contrabandistas.

II

Recibimiento inesperado

El sol brillaba en todo su esplendor cuando Filipón, Espouts y Mostacilla llegaron a una meseta desde la cual se dominaba *por* completo el poblado de Polperro.

Sin mayor prisa se dirigieron los tres policías hacia el pueblo, en busca de una posada. Y la encontraron sin necesidad de molestar a la gente con preguntas, pues casi a la entrada de Polperro existía un albergue que tenía un letrero que rezaba: "Posada del Chivo".

Quien salió a recibirles fué Felipe Photell, el mensajero que envió Dick Turpin a Londres y ahora convertido en posadero por orden del famoso bandido.

-Sed bienvenidos, caballeros -díjoles a manera de saludo.

-Traed cerveza, posadero; pero antes, que lleven los caballos a la cuadra -ordenó Filipón.

-Como mandéis, dignísimos señores.

Felipe salió un instante para volver luego con sendas garrafas de cerveza.

-Parece ser -dijo tendido refriegas últimamente, ¿verdad?

-Ya lo creo -respondió ingenuamente Felipe-. Mas no serán vuestras mercedes enviados del gobierno...

-No temáis. Venimos a protegeros.

-¿De veras?

-Sí; pues entre vosotros, aquí, en Polperro, hay tres pícaros redomados que de seguro os asesinarán.

-¡Gran Dios! exclamó Felipe haciéndose el temeroso.

-¿Sabéis quién es uno de ellos? ¡Pues, nada menos que Dick Turpin!

-¿El bandido? ¡Dios nos guarde!

-El otro se llama Batanero... un negro que...

-¡Que el Señor nos asista!

-Y por último un tal Peters, que tiene unas patillas rojas.

-¡Qué horrible! exclamó Felipe tapándose la cara con las manos y haciendo lo posible para no reírse en la propia cara de los policías.

-¿Por qué os asustáis tanto, buen hombre? -preguntó Mostacilla.

-Pues, porque los que acabáis de nombrar se hospedan aquí...

Los tres policías dieron un salto y se pusieron de pie.

-Sí -continuó Felipe-. Anoche estuvieron de juerga y nada... que se acostaron beodos. ¡Bueno... con deciros que tuve que quitarles las pistolas para que no hicieran una barrabasada!

Los policías se miraron. Aquello sí que era feliz coincidencia.

¡Dick y sus compañeros allí, en la posada y desarmados!

En aquel momento entraron cuatro pescadores.

-Os doy cinco libras -dijo Filipón-, si conseguís que nos ayuden estos muchachos.

-Lo harán por menos -respondió Felipe. Oíd, amigos -añadió dirigiéndose a los pescadores-. Estos señores aseguran que Dick Turpin y dos de sus hombres están en Polperro. ¿Queréis ayudarles a capturarlos?

Os darán cinco libras.

-Venga el dinero -dijo uno de ellos, Juan Minns, que se había distinguido en la lucha contra los dragones, al lado de Dick Turpin.

Filipón sacó el dinero y lo puso sobre la mesa.

Felipe entregó una escopeta a Minns y un hacha a otro de los pescadores; en cuanto al tercero, Filipón le entregó una pistola. Y el grupo, así armado, se dirigió escaleras arriba con cautela.

-Esa es la puerta -dijo Felipe.

Filipón levantó el picaporte. No bien lo hubo hecho, se arrojaron los contrabandistas sobre los tres desprevenidos e incautos policías, y después de haberles derribado, los desarmaron, amenazándolos de muerte si oponían resistencia.

Los pesquisantes no sabían qué pensar de aquel cambio tan brusco.

Pero pronto se dieron cuenta de que habían sido tan crédulos como tontos cuando vieron aparecer a Dick Turpin, con Peters y Batanero.

-¡Hola, maese panzudo! -dijo el negro.

-Mis plácemes, señores policías -saludó Dick Turpin con ironía-

Perdonad el recibimiento, pero os esperábamos ansiosos.

-Estamos a vuestra merced -dijo con mal contenida ira el jefe de policía.

-Así es, caballero de la panza -dijo el negro Batanero.

-Dad gracias a que estamos por festejar la Navidad -explicó Dick Turpin-. Y quiero que vosotros, no obstante vuestra condición de prisioneros, os divirtáis también. Comeréis y beberéis cuanto os venga en gana. Después... ya veremos.

Los tres policías guardaron silencio, y Dick Turpin, con sus compañeros, salió de la estancia.

III

Un anciano quejumbroso

El día de Navidad amaneció frío y nevoso. Y tan pronto como las campanas de la pequeña iglesia de San Ambrosio se dejaron oír, saltaron de la cama todos los feligreses, encendieron sus fogones y empezaron los preparativos de la fiesta.

Entre ellos habíase mezclado un viejo achacoso que no hacía más que lamentarse, y que decía venir de muy lejos en busca de su hijo, cuyo nombre daba y al cual nadie conocía.

-Decidme, caritativa señora -díjole el anciano a una mujer-, ¿no sabéis si en este pueblo vive Tomás Leslie? Es mi hijo... y en su busca he venido.

-No, buen hombre -respondió la mujer-. No conozco ningún Leslie en Polperro.

-¿No sabríais a quién podría dirigirme?

-Pues, id a la posada del Chivo y preguntad por Felipe. El quizá os pueda decir algo.

-Gracias, noble señora -respondió el anciano-. Por favor, dadme vuestro nombre para guardarlo en mi memoria...

-Vaya... pues me llamo Inés Black -respondió la mujer extrañada.

-Os recordaré siempre... Y... decidme... ¿os conoce el señor Felipe...

ése que decís que sabrá informarme?

-sí, sí, me conoce... E id con Dios, buen hombre..., Buena suerte.

-Que el Señor os bendiga.

El anciano achacoso dirigióse con lento paso hacia la posada. Y una vez frente a ella, preguntó a un muchachón que estaba a la puerta:

-El señor Felipe, ¿dónde está?

-Allí... es ese que viene hacia aquí -respondió el interpelado.

-Gracias, hijo mío.

Cuando el anciano estuvo cerca de Felipe díjole con tono quejumbroso que inspiraba

lástima:

-¿Sois el señor Felipe?

-El mismo. ¿Qué deseáis?

-Inés Black me ha hablado mucho de vos... y os quiero rogaros me deis alojamiento en vuestro hospedaje por hoy solamente... Inés, generosa como siempre, me ha dicho que vos sois muy noble y que...

-Vaya, ¿con que conocéis a Inés Black?

-Sí... y como no tengo dinero y ando buscando a mi hijo Tomás Leslie...

-¿Tomás Leslie? No le conozco.

-Nadie le conoce por aquí... En fin, tendré que seguir, buscándolo...

pero, ¿me daréis alojamiento?... Seréis tan generoso que...

-SI, Sí... con Mucho gusto. Podéis quedaros hasta que os plazca.

Venid; os indicaré vuestra habitación.

El anciano siguió a Felipe, pero sus ojos observaban detenidamente todos los rincones como buscando algo. En esa pesquisa sus ojos adquirían una vivacidad que no cuadraba a un hombre de tanta edad. Pero Felipe no advertía nada. El nombre de Inés Black, que había mencionado el anciano, lo alejaba de toda sospecha.

Llegaron a una habitación cuya puerta abrió Felipe diciendo:

-Aquí podéis estar todo el tiempo que queráis. Y ahora os dejo porque voy a festejar la Navidad con mis amigos. Que lo paséis bien.

-Que el Señor os guarde, generoso caballero -exclamó el anciano.

Pero una vez que Felipe se hubo marchado, el anciano se irguió y pegó sus oídos a la pared. Así estuvo un largo rato hasta que le pareció oír un murmullo. Entonces contuvo la respiración.

-¡Sí; esa es la voz de Filipón! -exclamó el anciano, que no era otro que el pesquisante Oscar Lefa.

Continuó escuchando un largo rato hasta poder identificar -las demás voces, y cuando estuvo seguro que ellas correspondían a Mostacilla y a Espouts, golpeó varias veces la pared con intervalos más o menos regulares. Al rato, desde la habitación vecina, otros golpes semejantes le respondieron. Oscar Lefa se había puesto en comunicación con sus compañeros por medio de signos en clave.

Sepamos, mientras, qué sucedía en la otra habitación.

-¡Es Lefa! exclamó jubiloso Filipón.

-Sí -respondió Espouts-. Y nos dice que tengamos confianza, que nos libertará.

-¡Es un hombre maravilloso! -terció Mostacilla.

Al cabo de un rato, Oscar Lefa, munido de una ganzúa, abrió la puerta de la habitación donde se hallaban los prisioneros. Y - sin decir palabra, los libró de las ligaduras.

-¡Seguidme! -les dijo por último en voz baja.

Los tres policías le siguieron en silencio; bajaron las escaleras de la parte posterior de

la casa y empezaron a caminar cautelosamente, evitando mostrarse de frente. Por fortuna para ellos, eran pocos los hombres y mujeres que a esa hora andaban por las calles, pues la mayoría estaba festejando la Navidad en la iglesia o en las casas.

Al poco rato se encontraron los policías en las afueras del pueblo.

Allí había cuatro caballos, que a buen precio había obtenido Oscar Lefa. Montaron en ellos y salieron a escape.

No habían hecho diez minutos de camino, cuando se dieron cuenta que los perseguían.

En efecto, la noticia de la fuga se había extendido rápidamente, y varios contrabandistas habían salido en persecución de los prófugos. Y ahora les estaban pisando los talones.

-¡Aprisa! -gritó Oscar Lefa-. ¡Les llevamos buena ventaja! Será difícil que nos alcancen.

Pero el caballo de Filipón, que debía soportar el peso del jinete, era el más lerdo de todos. Y pronto el jefe de policía vió con espanto que sus compañeros se alejaban de él cada vez mas.

A poco se oyó una descarga, después otra. Eran los contrabandistas que hacían fuego sobre Filipón, quien azuzaba como podía a su caballo, mas sin resultado.

Uno de los contrabandistas, el que encabezaba la partida, estaba ya pisándole los talones a Filipón. Este dióse vuelta y disparó contra su perseguidor sin dar en el blanco. Pero el contrabandista apuntó sobre el cuerpo de Filipón y disparó. Se oyó un grito y el cuerpo del policía cayó del caballo al suelo. Cuando los contrabandistas se acercaron, Filipón había expirado.

Así terminó su existencia un implacable perseguidor de Dick Turpin.

IV

Dick Turpin se despide

Cuando Dick Turpin se enteró de la muerte de Filipón y de la fuga de los otros policías, díjoles a sus amigos:

-No dudo que quien ha libertado a Mostacilla y a Espouts es Oscar Lefa. Y el hombre no cejará en su empeño hasta capturarme. Es el único que tiene audacia e inteligencia. De manera que tenemos que dejar este lugar.

-Tenemos que ir donde no nos conozcan -dijo el negro.

-Si tú sabes ese lugar, dilo -replicó Peters-. ¿Acaso no sabes que toda Inglaterra nos conoce?

-Es cierto lo que dice Peters -dijo Dick-. Pero ya que nuestra guarida actual ha sido descubierta, tenemos que buscar otra... aunque me duele tener que separarme de estos compañeros de Polperro.

-A mí también... y lástima que no pueda llevarme a mi criado, el *comedero* -se lamén Batanero.

Esa misma noche Dick Turpin reunió a los contrabandistas y les expuso el caso.

La noticia, como es de suponer, causó el natural sentimiento; pero reconociendo todos la razón que tenía Dick para abandonar Polperro, hubieron de conformarse, bien que

a su pesar, por cierto.

Al amanecer del día siguiente salió Dick Turpin de Polperro, entre los vivas y exclamaciones de los contrabandistas, quienes le acompañaron durante un buen trecho de camino.

Una vez que los valientes amigos quedáronse solos, empezaron a hacer planes y cambiar ideas sobre el lugar hacia donde se dirigirían.

-Ya lo tengo pensado -dijo Dick Turpin-. Peters, con Batanero y Pat deben dirigirse hacia el condado de Dorset. En cuanto a King, Moscarda y yo, nos encaminaremos hacia Dorchester. Después de al unos días, si no han sucedido novedades, nos encontraremos allí todos.

¿Entendido?

-SI, jefe -respondió Batanero-. Pero yo quisiera que Patillas fuera con vos... Bien sabéis que conmigo no hace más que reñir.

-Debéis ir juntos hasta tanto hagáis buenas migas -respondió Dick.

-Jefe -terció Peters, el de las patillas-. Yo soy colorado y Batanero negro... ¿podéis decirme qué clase de pan haremos con migas de dos colores?

Dick y sus compañeros echáronse a reír de la ocurrencia de Peters.

-El pan negro es menos indigesto, Patillas -exclamó Batanero.

Peters iba a responder, cuando Dick ordenó:

-Basta ya, muchachos. Si queréis reñir podéis hacerlo, pero no pretendáis que os sirvamos de espectadores. Poneos en marcha y no olvidéis las instrucciones.

Y sin decir más tomó el camino de Dorchester.

LA OSADIA DE DICK TURPIN

I

Nuevo jefe de policía

En el Mensajero Oficial había aparecido el siguiente suelto:

"Como saben nuestros lectores, el señor Filipón ha muerto. Pero podemos anticipar que la Delegación principal de policía, situada en Bow Street, va a ser reorganizada, y el encargado de llevar a ese cuerpo las mejoras que la moderna táctica enseña, es el señor Vulcano Wiggem, enérgico jefe que ha prestado importantes servicios en Yorkshire. Según nuestros informes, el señor Wiggem saldrá de York el miércoles próximo para hacerse cargo de su puesto el día sábado." Esta noticia la leían Espouts, Mostacilla y Oscar Lefa en el despacho de Bow Street.

-¡Esto es una injusticia! -decía Espouts-. Este puesto debiera pertenecernos a alguno de nosotros.

-Es verdad -asintió Mostacilla-. Creo que hemos demostrado tener condiciones para ello. Sin embargo nos envían un jefe al que si siquiera conocemos.

-No se desesperen, amigos míos exclamó Lefa-. El señor Wiggem es un policía de grandes influencias y también de mucho talento.

-¿Le conocéis, acaso? -preguntó Espouts.

-No. Pero su renombre ha llegado hasta mí. Sé que se trata de un hombre de gran

carácter... casi diría de muy mal carácter, pero muy valiente. Está de más decir que es el hombre que nos hace falta.

Mostacilla y Espouts miraron con recelo a Lefa y se sumieron en un silencio obstinado.

Pero la noticia del Mensajero Oficial, también había sido leída por Dick Turpin, quien de inmediato concibió un plan temerario que puso en ejecución sin pérdida de tiempo.

Como primera medida, Peters y Batanero hubieron de trasladarse a Grantham, y alojarse en la "Posada de las Armas" con nombres supuestos.

Y allí estaban cuando hicieron su aparición Dick Turpin y Tomás King, quienes entraron sin saludar a sus amigos. Estos, al cabo de un rato, montaron en sus caballos y salieron del pueblo.

Una hora después, llegó una silla de posta a la puerta de la "Posada de las Armas" y un hombre le gallarda apostura se apeó del carruaje y entró en la hostería.

Su frente era despejada, su nariz aguileña, áspera la voz, mas sus ojos miraban con cierta crueldad.

-Necesito caballos frescos dentro de una hora -dijo secamente-.

Pero caballos, ¿eh? no jumentos. Y otro postillón, que el que traigo es más bestia que los caballos.

El hostelero condujo al recién llegado a la misma habitación que había ocupado poco antes Peters y Batanero, y le hizo servir la cena.

Vulcano Wiggem, pues él era el recién llegado, encontró detestable todo cuanto le sirvieron. El vino, según él, era vinagre, y la carne, de perro.

Por fin llegó la hora de marchar. Pagó de mal modo a hostelero, lanzó varios ternos y se encaminó bruscamente hacia la puerta.

-¡Id con prisa! -le gritó al postillón al tiempo que subía al carruaje.

El postillón sonrió y callo.

La silla de posta se puso en e hora no se cuidó el postillón de fustigar los caballos. Esa era la orden que había recibido de Dick Turpin, junto con varias monedas de oro.

-¡Más aprisa! ¡Más aprisa! -gritaba Wiggem. ¿No oyes lo que te digo, granuja?

El postillón no se dió por ludido-¿Eres sordo? -tronó Wiggem-.

¡Si no me contestas, te atravieso de una puñalada!

Y al decir esto hizo ademán de sacar un arma. Mas fué entonces que ocurrió algo extraordinario.

Dos hombres se acercaron al carruaje con la velocidad de un rayo, los cuales se echaron sobre el nuevo jefe de policía, sujetándole fuertemente.

-¿Quién osa atacar así a Vulcano Wiggem? -rugió el policía.

-Dick Turpin -le replicaron-. ¡Si os movéis, sois hombre muerto!

Y antes de que pudiera responder se encontró desarmado y a merced del hombre a quien se le había comisionado capturar. Poco después era trasladado a una casa cercana aparentemente deshabitada.

Wiggem se vió conducido por varios hombres a una habitación donde se hallaban tres desconocidos.

-Dadle un vaso de vino -dijo Dick.

Wiggem lo bebió sin oponerse, aunque paseando su mirada atónita de un hombre a otro.

-Si es cierto que sois Dick Turpin...

-Pronto os convenceréis de ello -replicó Dick.

-No ha estado mal combinado el plan -añadió Wiggem, aparentando serenidad-. ¿Qué pretendéis? ¿Mi dinero, mis sortijas, mi reloj?...

-Efectivamente. Eso y algo más -respondió Dick-. Quiero ocupar vuestro puesto en Bow Street.

-¿Qué?

-Lo que habéis oído.

-Eso es un disparate. Sería llevar la broma demasiado lejos.

-Os aseguro que me propongo hacer lo que os he dicho -agregó Dick-. Y como no hay tiempo que perder, os ruego que me deis vuestras credenciales sin más dilación.

-Aquí las tenéis... pues sois capaz de asesinarme a sangre fría.

-Podéis pensar lo que os plazca -respondió Dick, agregando-: Y ahora, venga vuestra casaca... ¡ah!, y también la peluca.

-Lo que pretendéis es una locura. Os reconocerán.

-Lo dudo. Y ahora, caballero, quedáis a merced de mis amigos.

No intentéis escaparos porque tienen orden de mataros sin piedad.

Vulcano Wiggem se consumía de ira. Y más aún cuando vió que Dick se ponía su propia casaca y su peluca.

-¡Ya no te falta más que jurar! -exclamó Moscarda riendo.

-No temas -repuso Dick-. Voy a echar cada terno que va a temblar hasta el edificio de Bow Street.

Los bandidos soltaron la carcajada a coro. Y momentos después partía Dick Turpin hacia Londres, llevando consigo la maleta de Wiggem con todos los documentos de éste.

II

Danza de gruñidos y juramentos

Cuando la silla de posta se detuvo en Bow Street, el gendarme que estaba de centinela dió la voz de atención:

-¡El señor Wiggem!

Espouts y Mostacilla aparecieron en la puerta, tricornio en mano.

-Permitidme que os ayude a bajar -dijo Espouts acercándose al carruaje.

-¡No necesito ayuda! -replicó Dick con aspereza-. Conducidme a mi despacho.

Los dos subalternos marcharon hacia el interior oficiando de guías del nuevo jefe.

-Este es, señor -dijo Mostacilla.

-¡Aja! ¿Vos sois Octavio Mostacilla, no? ¡Valiente nombre! -se mofó Dick-. Espero que os afeitaréis esa perilla antiestética. Me molesta veros con ella.

-Pero...

-¡Nada... nada... debéis afeitaros y hasta! ¿Y vos, si no me equivoco, sois Moisés Espouts, verdad? He oído hablar de vos, y sé que cuando se trata de perseguir a un criminal os vais siempre por el lado opuesto.

Espouts palideció terriblemente.

-¡Salid de aquí en seguida! -rugió Dick-. Cuando os necesite tocaré la campanilla. Pero, ¿dónde diablos está la campanilla?

-Allí, señor... arriba de la chimenea...

-La quiero aquí, junto a la mesa... ¿Y las llaves? ¿Quién tiene las llaves?, voto a...

-Yo, señor -replicó Mostacilla.

-¿Y qué demonios pensáis, que no me las habéis entregado?

-gritó encolerizado Dick.

-Como no las habíais pedido...

-¡Aja! ¿De manera que estáis acostumbrados a que se os pregunten las cosas? Eso no va conmigo... ¡Y no me miréis con esos ojos de idiota! ¡Marchaos de una vez, zopencos!

Ambos subalternos salieron de la habitación más muertos que vivos.

Cuando Dick se quedó solo, tapó con un papel el agujero de la cerradura y se sentó riendo a carcajadas. Poco después examinó los cajones de la mesa y tiró del cordón de la campanilla. Inmediatamente se presentó Griggs, el gendarme.

-Decid a Espouts y a Mostacilla que vengán -ordenó Dick.

Volvieron a entrar los subalternos.

-Enseñadme los libros -dijo Dick.

Espouts obedeció.

-¿Qué significa esto? -dijo Dick haciéndose el asombrado-. ¿Qué significa este viaje a Portsmouth que habéis anotado, cuando a mí me consta que estabais aquí en Londres? ¡Embusteros! ¡Falsarios!

Espouts se irguió con arrogancia y contestó:

-Caballero, permitidme que os diga que no somos simples gendarmes, sino oficiales que tenemos cierto rango...

-¿Ciertamente? -interrumpió bruscamente Dick.

-Rango, he dicho -prosiguió Espouts-. Y deseamos ser tratados con la debida consideración que...

-Eso es -agregó Mostacilla.

-¿Quién os ha dado permiso para hablar? -gritó Dick a éste.

-Yo...

-¡Callaos, estúpido!

-¿Estúpido?

-O bestia, si os gusta más. ¡Vive Dios que os daré el gusto de trataros con finura!
¡Por lo pronto, salid de aquí inmediatamente, zopencos!

¿Qué hacéis? ¿No habéis oído, tunantes? ¡Marchaos!

Salieron nuevamente del despacho más alicaídos que antes. Y habían comenzado a lamentarse mutuamente cuando un hombre se acercó a ellos con paso precipitado.

-Necesito ver a vuestro jefe al instante -dijo el desconocido.

-¿Quién sois?

-Decidle que vengo de York. Es la frase convenida.

Griggs fué el encargado de transmitir al jefe la noticia.

-Que pase ese caballero -ordenó Dick.

Pero en cuanto salió el gendarme, sacó Dick una pistola y la puso dentro de uno de los cajones.

-¿El señor Wiggem? -preguntó el visitante.

-Servidor.

-Quería hablaros en secreto.

-Ya veis que estamos solos. Hablad.

-Es que... temo que puedan oír desde fuera... -dijo el desconocido, cuya voz le pareció a Dick conocerla.

-¿Y quisierais arrimaros para hablarme al oído, verdad?

-Por lo menos bien cerca para no tener que levantar la voz.

Dick sacó rápidamente la pistola que había puesto en el cajón y, echándose bruscamente sobre el recién llegado, le tomó con fuerza por el cuello, poniéndole la pistola en la frente.

-Vuestro disfraz es inútil -dijo Dick-. Vos sois Oscar Lefa. Una palabra y os mato.

-Y vos no sois Wiggem, sino Dick Turpin -balbuceó Lefa procurando desasirse.

-¡Ahora vais a ver quién soy yo, mentecato! exclamó Dick agregando-

¡Aquí! ¡Socorro!

La puerta se abrió con estrépito y entraron Espouts, Mostacilla y Griggs.

-Sujetad a ese hombre -dijo Dick---. Ha querido asesinarme. ¡Mirad!

Lleva peluca falsa... ¿Le conocéis?

-¡Gran Dios! ¡Es Oscar Lefa! exclamó Espouts.

-¿Sabéis lo que dice este imbécil? Pues, que yo no soy Wiggem, sino Dick Turpin.

-¡Qué disparate! -dijo Espouts.

-Escuchadme -gritó Oscar Lefa-. ¡No hagáis que me vuelva loco!

Dick Turpin ha asaltado a Vulcano Wiggem en el camino y...

-Enviad por un médico -dijo Dick-. Este hombre está rematadamente loco. Habrá que

encerrarlo.

-¡Oídmeme! -gritaba Lefa-. Escuchadme con atención..

-¿Será posible que Lefa se haya vuelto loco? -preguntó Mostacilla.

-Ya lo veis -dijo Espouts-. De tanto perseguir a Dick Turpin, ha perdido la razón.

Griggs fué por el médico y éste apareció al cabo de un momento, acompañado por un colega.

-Desatadle la boca -ordenó Dick-. Oigamos lo que dice este hombre.

Y vosotros, señores médicos, prestad atención.

-¿Qué os pasa? -preguntó uno de los médicos.

-Que este hombre es Dick Turpin y puedo asegurarlo porque...

-¿Qué pruebas tenéis?

-Pues... el verdadero Wiggem fué asaltado en el camino y Dick Turpin se ha vestido con su traje...

-¿Qué os parece, colega? -dijo uno de los médicos al otro.

-Que hay que transportar a este hombre al hospital de dementes cuanto antes.

-¡Por el amor de Dios! -vociferó y gritó Lefa-. ¡Mandad un recado a la Jefatura Superior! ¡Decidles que vengan!... ¡Pedid por sir Roberto Walpole! ¡Por el rey mismo!...

-¿Oís? -dijo uno de los médicos-. Nada menos que sir Walpole o el rey pide este hombre... Hay que firmar el certificado ahora mismo.

-Es lo mejor -contestó Dick poniendo el recado de escribir al alcance del médico.

-¿Y habéis de permitir esta atrocidad? -rugía Oscar Lefa-. ¡Loco me volveré si no me escucháis!

Sin replicarle le ataron las manos, le sacaron del despacho y lo introdujeron en un carruaje que partió rápidamente hacia el manicomio de Moorfields.

III

Dick empieza a ver el peligro

Al día siguiente tomó Dick un coche y se hizo conducir al manicomio.

-Decid al director que Vulcano Wiggem desea verlo -díjole al portero.

Al instante hacía su aparición el doctor Stork, director del establecimiento.

-¿Sois el señor Vulcano Wiggem? -preguntó éste a Dick.

-Servidor.

-¡Tanto gusto, caballero! Pasad, pasad a mi *despacho*.

-¿Cómo está el señor Lefa? -dijo Dick.

-Bastante mejor, señor Wiggem... Se han seguido vuestras instrucciones y se le ha tratado con toda clase de cuidados... ¿Un poquito de vino?

-Gracias, no bebo apenas.

-¿Y qué tal por York? También soy yo de allí.

-¿Sí, eh?

-Y desearía preguntaros por algunos caballeros conocidos míos que...

-Otro día vendré y hablaremos de nuestra tierra largo y tendido, pues ahora tengo prisa por ver al señor Lefa.

-Pero es que...

-Os ruego me acompañéis a ver a ese desdichado -insistió Dick.

-Bien... bien... si es vuestro gusto -accedió el director, el cual llamó inmediatamente a un enfermero diciéndole-: Sansón, conduce a este caballero a la celda del señor Lefa.

-Venid conmigo -dijo Sansón---. ¿Vais a estar mucho tiempo?

-Un cuarto de hora aproximadamente.

-Está bien... Aquí tenéis la celda.

Dick entró en la estancia y se encontró con Oscar Lefa sentado, leyendo junto a la chimenea.

-Mi querido señor Wiggem -dijo Oscar levantándose---. ¡Tanto bueno por aquí!

Dick se quedó perplejo un instante. Le habían hecho sospechar la actitud del director tanto como la amabilidad de Lefa.

-Espero que me perdonéis -agregó Oscar-. Declaro que debí estar demente cuando os confundí con Dick Turpin. Pero como éste era mi obsesión, me parecía verle por todas partes...

-¿De modo -dijo Dick- que yo soy Vulcano Wiggem y no Dick Turpin, no es eso?

-Exactamente.

-¿Y si yo os dijera que soy en realidad Dick Turpin?

-Me reiría en vuestra propia presencia.

-Sois un hombre de talento -dijo Dick-. Y como veo que razonáis cuerdamente, gestionaré vuestra libertad.

-Gracias, señor Wiggem.

-Ahora, con vuestro permiso, me retiro.

La puerta se abrió y apareció la figura corpulenta de Sansón, el guardián y enfermero.

-¿Ya os retiráis? -preguntó éste.

-Sí -contestó lacónicamente Dick, quien había sorprendido en el enfermero una mirada singular.

Ambos se alejaron por el pasillo.

-Este Dick Turpin creo que es muy osado, ¿verdad? -dijo de pronto el guardián.

-Mucho. ¿Por qué lo decís?

-¡Es que el señor Lefa ha contado tantas aventuras del bandido!

En eso apareció el director.

-¿Cómo? ¿Ya os vais?

-Así es -respondió Dick.

-Decidme, señor Wiggem, ese Dick Turpin debe de ser muy osado, ¿verdad?

Aquella pregunta era la misma que le había hecho el guardián.

-Parece que estuvieran de acuerdo -pensó Dick, y alzando la voz, respondió--: Creo que sí, ¿por qué lo preguntáis?

-Este... por nada -. Estaría bueno que viniera aquí un día... ¡Ah!, entonces sí que no saldría con bien...

-No se escaparía ni por milagro -asintió Sansón.

Dick creyó adivinar cierta ironía maligna en las palabras de sus acompañantes. Se detuvo un momento y simuló arreglarse el cinturón.

-¿Qué os pasa? -preguntó el director.

-Nada... pero esto de tener que andar siempre con armas de todas clases, tiene sus inconvenientes. Estas pistolas son tan grandes, que no sé dónde diantres meterlas para que no me molesten... En fin, las llevaré en la mano hasta que llegue a mi despacho, luego mandaré que me hagan un cinturón especial.

Y así diciendo tomó una pistola en cada mano y se puso junto al director.

Este miró significativamente a Sansón, quien abrió de inmediato la puerta de calle.

-¡Hasta la vista! -dijo el director.

-¡Hasta pronto! -saludó Dick.

Cuando estuvo en la calle pensó:

-Esa gente me tenía preparada una celada. Sospechan, lo cual quiere decir que tendré que andar con más cuidado.

IV

Una noticia inesperada

Cuando Dick Turpin llegó a su despacho, encontró con varias cartas y una de ellas le llamó especialmente la atención, pues llevaba la mención "Privado" escrita con gruesos caracteres.

-¡Hola! Es de York -dijo Dick-. Debe de ser algo interesante.

Rasgó el sobre y leyó lo siguiente:

“¿Porqué no me escribís? No habéis cumplido la promesa de hacerme llegar el dinero que me correspondía por la parte que tomé en el asunto que vos bien sabéis. Os advierto que no consentiré que os burléis de mí. Aunque estáis en Londres no os consideréis a salvo. Mandadme cien libras a la dirección siguiente: Quinton, Lista de Correos, York. Os doy un plazo de quince días”.

-¡Conque esas teníamos, señor Wiggem! -murmuró Dick-. Mas, ¿quién demonios anda en la puerta? -añadió en voz alta.

-Soy yo, señor -respondió Espouts-. Hay un caballero que quiere hablarnos. Le pregunte quien era y me ha mandado al diablo...

-Que entre -ordenó Dick Momentos después entraba un viejo conocido de Dick, con el asombro calado hasta las orejas.

-¡Peters! –exclamo Dick -. ¿Qué te trae por aquí?

-Vulcano Wiggem...

-¿Qué?

-¡Se ha escapado!

-¿Cómo ha podido ser eso?

-pues, por chimenea, mientras dormíamos... para mi que nos ha echado algún polvo para dormir... - Maldición! ¿Y los demás compañeros?

-Tomás os espera en Whetstone, en la Posada del Ciervo. Creemos que Wiggem se dirige hacia Londres.

-Saldremos al instante -dijo Dick, abandonando el despacho.

Al encontrarse con Espouts y Mostacilla, díjoles:

-Estaré ausente dos días, pues he recibido noticias muy importantes de Dick Turpin. Ya os avisaré qué debéis hacer.

Inmediatamente se puso en camino de Whetstone, donde llegó ya entrada la noche. Y próximo ya a la Posada del Ciervo se le acercó Batanero montado en un brioso caballo.

-¿Dónde están los compañeros? -le preguntó Dick.

-Peters está al otro lado del camino, como le ordenasteis. Acaba de llegar hace una hora.

-Sí; estuvo conmigo en la Comandancia y aunque salimos juntos, le dije que se encaminara solo hasta aquí para no despertar sospechas.

¿Y Moscarda?

-Vendrá de un momento a otro, pues anda buscando al fugitivo.

Dick prosiguió su camino hacia la posada, y antes de llegar, saliole al encuentro Moscarda.

-Desmonta, Dick, y ven conmigo. Ya lo encontramos a Wiggem.

-¿Cómo?

-Ya verás. Asómate a aquella ventana, la tercera, y verás a Vulcano Wiggem hablando con el posadero y un gendarme.

En efecto, en una de las habitaciones de la Posada del Chivo se encontraba Wiggem. tratando de convencer al posadero y a un gendarme de que él era el jefe de policía de Bow Street.

-Sí, si, no, lo dudo -decía el posadero-, pero pagad el gasto que habéis hecho.

-¡Pero, hombre, sed razonable! -protestaba Wiggem-. Estoy sin un penique. Todo me lo han quitado esos bribones. Ya os pagaré cuando...

En ese instante entró Dick Turpin, arrojándose sobre Vulcano Wiggem, a quien logró sujetar tras breve lucha.

-¡Miserable! -grito Wiggem-. ¡A mí, gendarme! ¡Socorredme!

-¿Quién sois? -preguntó el gendarme a Dick Turpin.

-El jefe de policía de Bow Street -respondió Dick-. Y este hombre no es otro que el

bandido Dick Turpin. Ahí fuera están en acecho dos de mis hombres, disfrazados. Hacedlos pasar.

-¡Mentira! -gritaba Wiggem-. ¡El es Dick Turpin y no yo!

-No está mal la combinación -dijo riendo el posadero-.

¡Dick Turpin apresado en mi casa! ¡Qué popularidad voy a adquirir!

Tomás King y Moscarda se acercaron al grupo.

-¿Quién es este hombre? -les preguntó Dick señalándoles a Vulcano.

-¿Quién ha de ser sino Dick Turpin? -replicó Tomás-. Todos le conocemos perfectamente.

-¡Mentira! -Volvió a exclamar Wiggem-. ¡Están confabulados!

¡Mentira!

-Patrón -dijo Dick al posadero-. ¿No podéis mandar un mensajero a Londres a decir a los señores Mostacilla y Espouts que vengan tan pronto puedan?

-Sí, cómo no... pero, ¿y vuestros hombres? -preguntó el posadero.

-Los necesito para ordenarles que persigan a los compañeros de este bandido, que no dudo andarán muy cerca.

-Bien... bien... Enviaré un mensajero al momento.

La noticia, como es de suponer, se extendió rápidamente por todo el pueblo y la posada se vió rodeada de curiosos. El gendarme guardaba la puerta por orden de Dick.

Por todas partes se oía el mismo grito: "Dick Turpin ha sido apresado".

El mensajero que Dick envió a Londres entró en la Comandancia dando voces.

-¡Dick Turpin ha sido apresado! ¡Está en la Posada del Ciervo, en Whetstone! ¡Lo ha detenido el señor Wiggem!

Repuestos de la sorpresa, Espouts y Mostacilla se pusieron en camino no sin lamentarse de la mala suerte que tenían y de la fortuna que acompañaba a Wiggem, a quien odiaban y temían.

Cuando llegaron a la Posada del Chivo, Dick les dijo con airado gesto:

-¿Cómo habéis tardado tanto? ¿A que estabais en alguna taberna?

-Señor... hemos venido inmediatamente... y a menos que volásemos...

-respondió Mostacilla.

-¡Silencio! Ved al prisionero.

-Está un poco más ajado que cuando le vi por última vez -dijo Espouts.

-No podía esperarse otra cosa con la vida que lleva -replicó Mostacilla.

- ¡También vosotros! -se lamentó el verdadero Wiggem.

-Avisad inmediatamente al juez de este distrito - ordenó Dick.

El juez no tardó en llegar. Era un hombre obeso que llegó transpirando y gruñendo, en compañía del secretario del juzgado, un tal Clinks, cuya extremada delgadez formaba un extraordinario contraste con su superior jerárquico.

-¡Malhaya Dick Turpin! -dijo el magistrado-. ¡Mandaré que le ahorquen!

-Ciertamente-respondió Clinks-,ese hombre merece la horca; pero antes debe juzgársele de acuerdo con las leyes.

-Ya lo sé; no necesito lecciones de derecho.

Entonces terció Dick diciendo secamente:

-Cuando Usía guste, me dará la orden para trasladar al preso fuera de esta jurisdicción.

-Os prohíbo que me habléis en ese tono imperativo -dijo el magistrado con aire de importancia.

-¿Cómo diablos queréis que os hable? -replicó Dick con energía-.

Si vos sois magistrado de un villorrio indecente, yo soy Vulcano Wiggem. Conque, cumplid vuestro deber, y no me tengáis perdiendo tiempo.

-Cómo os atrevéis... -empezó a decir el juez con dignidad.

-Todavía oiréis algo más gordo que vos, si no hacéis al punto lo que os he pedido, ¡voto al diablo! Ahora mismo suelto a Dick Turpin para que se vaya a donde se le antoje.

-¡Gran Dios! -exclamó el magistrado-. ¿Qué clase de hombre es éste?

-Señor -dijo el secretario al oído del juez-, este hombre tiene gran predicamento en la Corte... Es íntimo de Roberto Walpole... y del rey...

El juez cambió de tono inmediatamente.

-Haré lo que me pedís... Clinks, extended al punto la autorización y la firmaré... aprisa, que este caballero no tiene por qué perder tiempo.

V

Las cosas se complican

La sala en que debía celebrarse el juicio estaba repleta de gente.

La noticia de que Dick Turpin iba a ser juzgado había despertado un desusado interés, y cuando el magistrado ordenó que compareciera el bandido, la expectación que se produjo entre el público fué extraordinaria.

Wiggem entró pálido aunque resuelto.

-Antes que se me acuse -empezó a decir-, permitidme declarar solemnemente que soy víctima, de...

-Perdonad -interrumpió el juez Antonio Jawler-. Durante el juicio tendréis oportunidad de decir cuanto deseéis. ¿Estáis legalmente representado?

Al decir esto el presidente, se levantó un hombre pequeño, de enérgico aspecto, y exclamó:

-Ruego que se me permita el honor de defender al acusado.

-No necesito defensa alguna -gritó Wiggem.

-Servíos aceptar la defensa del señor...

-Wolff -respondió el espontáneo defensor.

-Está bien -dijo el presidente Señor jefe de policía, decid lo que sepáis acerca del

asunto.

Se levantó Dick Turpin.

-Ruego a Usía que me excuse de acumular hoy cargos contra el preso. Son tantos que necesitareé numerosos testigos. Suplico por lo tanto a Usía se sirva aplazar el juicio hasta la semana próxima.

-¡Un momento! exclamó el verdadero Wiggem-. ¿Podría decir el señor jefe de policía dónde se alojaba en la ciudad de York?

-Ruego al señor presidente -replicó Dick con naturalidad-, que penetre en el sentido de la pregunta. El acusado quiere que yo dé las señas de mi domicilio en York, con objeto de que sus compañeros, que aun no han caído en poder de la justicia, asesinen a mi familia, o quemem mi casa... o cometan desmanes en mi hacienda.

-Entendido -interrumpió el presidente. No contestéis a esa pregunta.

-Entonces-añadió Wiggem, pálido de coraje-, decid cual fué el último asunto que tuvisteis entre manos antes de venir a Londres.

-Excusadme, Excelencia -dijo Dick al magistrado-. Los dignos oficiales señores Mostacilla y Espouts, han estado mil veces en contacto con este malhechor. Que se presenten y digan si es o no es él.

-Que entre Moisés Espouts -dijo el presidente.

El aludido le presentó en el banco destinado a, los testigos. Y a una pregunta del presidente, respondió:

-Aunque siempre le he visto con antifaz, le conozco como si le hubiera dado a luz... este... bueno... esa barbilla y esos pómulos no se me despintarán nunca.

-¿Pretendéis -rugió el abogado defensor- identificar una persona por la barbilla?

-Sí, señor -respondió Espouts-. Acaso no reconocería vuestra nariz aunque pasaran cien años.

La muchedumbre, y aún el mismo juez, hicieron esfuerzos para no reírse.

-Además -añadió Espouts-, conozco la voz de Dick Turpin.

-Eso -dijo el presidente-, me parece de gran importancia.

-Entonces -repuso el defensor- como persisto en abogar por este hombre, ruego a la Sala que acuerde se me conceda autorización para visitar al acusado cuantas veces sean necesarias, hasta que se celebre el juicio definitivo.

-No hay inconveniente. Queda, pues, aplazado el juicio hasta dentro de ocho días.

Una vez salido del tribunal, Dick dirigióse a su despacho, pero apenas llegado se le anunció la presencia de un señor que deseaba hablarle.

-¿Su nombre? -preguntó Dick al gendarme.

-Dice llamarse Ruddy y ser de la ciudad de York.

-Bien, que pase.

El gendarme volvió acompañado de un señor alto y de rústico aspecto.

-Sentaos, señor Ruddy -dijo Dick-. Mucho me alegro de veros.

¿Qué tal los chicos?

-¿Qué chicos?

-¡Qué tonto soy! Ya me había olvidado que persistís en quedaros soltero toda la vida...

-Perdonad, señor Wiggem... pero esa familiaridad... ¿Olvidáis el respeto que se debe al alcalde de York?

"¡El diablo te lleve!" -pensó Dick; y luego, alzando la voz: -Es que estas costumbres campechanas de Londres...

-Y bien... ¿por qué no me habéis escrito acerca de los prisioneros que debieron haber sido ya juzgados hace tiempo?

"¿Qué demonios le contesto yo ahora?" -pensó Dick.

-vos tenéis todos los papeles -prosiguió el alcalde-. Y el magistrado Suan no puede hacer nada si antes no recibe instrucciones precisas de vos.

-Vaya... pero el caso debe verse en la próxima sesión y... comprended, el asunto Dick Turpin me tiene atado... Claro que como ha sido aplazado para dentro de una semana, podré ponerme a trabajar de inmediato. Sí, sí, ya enviaré al señor Suan todos los antecedentes.

-No es necesario que los enviéis, pues el señor Suan ha venido conmigo a Londres, y mañana tendremos el gusto de venir a veros.

-Mañana, imposible. Tengo que ir a Chertsey.

-Pasado mañana, entonces.

-Este... tampoco... Solamente dentro de tres días.

-Bien; el viernes a las diez de la mañana estaremos aquí los dos.

-Perfectamente.

Dick acompañó al alcalde hasta la puerta de calle sin dejar de pensar en que el enredo se había complicado.

Por la noche reunióse Dick con sus compañeros en la casa que habían alquilado en Londres, y cuando estaban sentados a la mesa llegó Moscarda sumamente preocupado.

-Oye, Dick -le dijo-. ¿Estás seguro de que Oscar Lefa está en el manicomio?

-Segurísimo.

-Pues yo te advierto que no es así!. Acabo de verlo rondando por la jefatura.

-¿Disfrazado?

-Sí; pero tengo tan presentes sus facciones que jamás las olvidaré.

De manera que...

-Esto quiere decir que el director del manicomio está convencido de que Oscar Lefa está tan sano como él... y ha tramado algún plan para tomarme por sorpresa.

-Yo que tú, los mandaré a todos al diablo. Ya te has burlado bastante de ellos.

-Tienes razón, Moscarda; y eso es lo que voy a hacer ahora mismo.

-¿Cómo?

-Escribiendo una carta. De manera que avisa a los compañeros para que tomen

precauciones. El punto *de* reunión ha de ser Chertsey, fonda de la Corona.

Poco después un mensajero entregaba una carta al señor Espouts.

-¿Espera contestación? -preguntó el policía.

-No me han dicho nada acerca de eso.

Cuando el mensajero se marchó, Espouts abrió la carta y, a medida que la iba leyendo, sus facciones se alteraban.

-¡No!... ¡No!... ¡Mostacilla! -gritó-. ¡Agarradme!... ¡Sostenedme!- ¿Qué os pasa?

-¡Leed, leed esta carta! ¡Dios mío! ¡A nosotros tenía que pasarnos!

-Pero... ¿estáis ebrio?

-¡La carta... la carta!

Mostacilla se decidió a leerla. Y a él también empezaron a descomponérsele las facciones. ¡La voz le temblaba!

-¡Vive Dios! Y... ¿y a mí quién *me* sostiene?

-¡Es asombroso!

Y de exclamaciones en exclamaciones se iban consolando mutuamente, porque la carta decía textualmente:

"Después de un examen detenido de la situación, he sacado en consecuencia de que existe una grave equivocación. Estoy convencido de que, en verdad, no soy Vulcano Wiggem, ni por pienso. Debo haber estado soñando, pues hoy he tenido la evidencia de que yo era nada menos que Dick Turpin y que, por lo tanto, estaba ocupando en Bow Street un puesto que no me pertenecía. Me llevo algunos sellos, unos cuantos papeles y otras menudencias. De manera que... hasta la vista." Mostacilla y Espouts se sentaron, se miraron fijamente, y se tomaron con las manos, cada uno sus respectivas cabezas... como queriendo cerciorarse de que aun las tenían consigo.

VI

Un duelo en la noche

Dick, que no quería entrar en Chertsey hasta que anocheciera, se detuvo en la posada que atendía el viejo Pato, nombre familiar que le daban a un simpático viejo, ex marino, cuyo mayor placer era contar historias a los parroquianos.

Cuando el posadero vio a Dick montado en la hermosa yegua negra díjole:

-Nadie puede cabalgar sobre una yegua negra sin que le tomen por Dick Turpin. Yo que vos me desharía de ese animal. -¡Bah! Ese malandrín de Dick Turpin ya ha sido apresado -respondió Dick, sonriendo.

-Eso se creía, pero ahora resulta que ha estado burlándose de la policía en sus propias barbas... En fin, es una historia por demás graciosa.

Dick cenó tranquilamente y, para hacer tiempo, salió a dar unas vueltas para conocer una esclusa cercana a la posada.

La noche era espléndida y la luna brillaba en lo alto iluminando el lugar.

De pronto vió Dick aparecer un hombre por entre los arbustos.

Su asombro fué grande cuando reconoció al recién llegado: era Oscar Lefa.

-Debéis de estar cansado de vivir para pretender seguirme -díjole Dick.

-No os seguía -replicó Oscar-. Estaba procurando hallar vuestro paradero... y la suerte os ha puesto en mi camino.

-No habéis escarmentado, por lo visto.

-Todo lo contrario -repuso Lefa-. Dos veces me habéis dejado tendido en el suelo, dándome por muerto. También habéis tenido la amabilidad de encerrarme en una casa de locos.

-Me admira que teniendo el talento que tenéis persistáis en la idea de perseguirme. Creedme, es preferible echar un borrón sobre vuestras cuentas. Me duele que insistáis en ser mi enemigo.

-¿Desearíais acaso que me uniera a vuestra cuadrilla de bandidos?

-No... pero no quiero manchar mi espada con vuestra sangre.

-La ley pide vuestra cabeza y en nombre de esa ley vengo a cortárosla -dijo con decisión Oscar Lefa, sacando su acero.

Dick Turpin sacó también su espada.

-Vos lo queréis así, pues que así sea -replicó Dick.

Ambos enemigos se atacaron con furia. Oscar tiró a Dick varias estocadas que éste paró con singular presteza. El policía insistió tirándose a fondo, mas sin resultado. Dick se defendía con arte y elegancia.

Pero no atacaba en espera del momento propicio. Oscar arremetía cada vez con más furia. Perdía la serenidad ante la destreza de Dick Turpin. Y en un momento en que Oscar volvió a tirar una estocada a fondo, Dick se hizo a un lado y atacó, atravesando con su acero el pecho de su adversario.

-¡Maldición! -gritó Lefa-. ¡Me habéis herido!

Oscar dió unos pasos atrás hasta llegar al mismo borde de la esclusa y soltó la espada, y viendo que Dick pretendía cogerle entre sus brazos, le apartó con crispadas manos y se desplomó en el agua.

La vertiginosa corriente le arrastró en seguida desapareciendo al instante.

Media hora después, Dick entraba en la posada del viejo Pato, pálido y preocupado. Se hizo servir un jarro de cerveza, y quedó sumido en hondas cavilaciones.

Casi al mismo tiempo, el alcalde de la cárcel, que pasaba junto a la esclusa, camino a su casa, vió en la orilla la pálida faz de un hombre.

Acercóse presuroso y, alargando el brazo, atrajo hacia sí el cuerpo que él suponía ahogado.

-¡Dios mío! ¡Este hombre ha sido herido! -exclamó.

Puso luego la mano sobre el corazón del hombre que acababa de recoger y exclamó con júbilo:

-¡Late! ¡Vive aún! Si consigo salvarle habré hecho mi fortuna, pues parece persona de importancia.

EL MISTERIO DE LA ESPADA

I

Una posada en desgracia

La posada El Oso Blanco, situado a la entrada del pueblo de Caterham, cerca de Londres, había caído en desgracia por un hecho ingrato y misterioso. En efecto: Una noche habían llegado a la posada El Oso Blanco dos jóvenes de elegante aspecto quienes pidieron una habitación para comer sin ser molestados por miradas indiscretas.

Pero al cabo de un rato oyóse en el aposento un ruido de aceros que se cruzaban y, poco después, un grito agudo. Cuando el posadero y los sirvientes acudieron a ver qué sucedía, hallaron en el suelo a uno de los jóvenes y atravesado el pecho por una estocada. En cuanto al otro joven debía haber huido por la ventana que estaba abierta.

junto al cadáver había una espada que el posadero había guardado desde aquel día fatal en que la reputación de la posada se había hundido para siempre.

Desde, aquel día los viajeros evitaban permanecer en *El Oso Blanco* y su propietario, Samuel Randall, hubo de conformarse con albergar a gente de baja estofa ya que los señores de blanca peluca y trajes galoneados pasaban de largo por la hostería.

Y a esta hostería precisamente llegó una tarde un hombre que llevaba de la brida un corcel negro como el azabache y que pidió hablar con Samuel Randall.

-Necesito que me ayudéis -explicó el desconocido sin preámbulos.

-Con mucho gusto. Parece que habéis tenido un mal viaje. ¿Os han atacado en el camino?

-Empezaré por deciros la verdad. Estoy herido, y mi yegua también.

Además, mi nombre es Dick Turpin.

-El...

-El bandido, sí. Pero nada temáis. Necesito alojamiento, o mejor dicho, que me ocultéis por dos o tres días hasta tanto me reponga.

Además, que curéis a mi yegua. Por vuestro favor, aparte de mi eterno agradecimiento, van estas cincuenta libras.

-¡Entrad! No necesito saber una palabra más -dijo el posadero cogiendo a la yegua por la brida.

-Supongo que sabréis que quien consiga entregarme vivo o muerto recibirá una fortuna, ¿verdad?

-Sí -respondió Randall-. Pero también se que vuestros amigos se encargarán de quitarle el resuello a quien tal haga. Además, eso sería traición... y yo no estoy fabricado de esa clase de madera.

Así diciendo, maese Randall se alejó con la yegua y Dick Turpin quedó alojado en *El Oso Blanco*, mas no como huésped, sino como sirviente de la casa, convenientemente vestido con las ropas que el dueño le proporcionó, una vez que las heridas estuvieron vendadas.

Al poco rato llegaba Lucas, el verdadero sirviente, y se quedó asombrado al ver que otro hombre hacía la limpieza de una habitación.

-A otro perro con ese hueso -le dijo a Dick, después que éste le hubiera saludado-. Me parece que vos tenéis tanto aspecto de criado como yo de obispo.

-Y si no lo fuera...

-Si no lo fuerais, quiere decir que hay misterio -repuso Lucas-. Y si hay misterio, ¿para qué engañarme? Sé guardar un secreto tanto, como me repugnan las mentiras. Es mejor que habléis para que yo, sepa a qué atenerme.

-Bien -dijo Dick conquistado por la sinceridad de Lucas-. Soy Dick Turpin, y necesito esconderme.

-¡Dick Turpin! -exclamó Lucas-. Bienvenido el hombre que ayuda a los débiles y que es amigo de hacer justicia. Aquí podéis estar seguro. ¿Lo sabe Randall?

-Sí.

-Mejor, entonces, pues el amo es un buen hombre.

-Y vos también, según puedo apreciar -repuso Dick. -Soy hombre del pueblo, eso es todo -contestó con orgullo Lucas.

II

Un duende y una espada

Desde hacia varios días los habitantes de Caterham estaban asustados, y no era solamente porque se habían enterado de que Dick Turpin había huido de Londres y tomado aquella dirección, sino que porque varios pastores aseguraban haber visto un duende vagando por los alrededores. Y decíase que era una figura negra, muy negra, con un rostro tan blanco como la nieve.

Mientras se referían estas historias, Dick Turpin seguía oculto en la hostería con cuyo dueño había hecho gran amistad.

Una noche ambos estaban conversando en una de las habitaciones del fondo de la casa, y en medio de ellos, sobre la mesa, había una espada, precisamente aquella que había dejado uno de los duelistas cerca del cadáver.

-La he conservado con esmero -dijo Randall-. Y esta es la primera vez que la saco a relucir desde aquella noche maldita.

-Veo que la empuñadura no está sujeta como de ordinario. El tornillo gira de derecha a izquierda para entrar. ¡Hola! ¿Qué es esto?

-preguntó Dick asombrado.

Había destornillado la empuñadura y caído sobre la mesa una plancha de metal del tamaño de una libra esterlina.

-Hay algo grabado... sí... escucha lo que dice: "Esta es la espada del Destino. Matará a dos hombres. Luego caerá en manos de un tercero que con ella castigará a un miserable". ¿Sabíais algo de esto?

-No, en absoluto -respondió el posadero, agregando: -Si es la espada del Destino, os diré que el mío ha sido bien negro, y quien me lo trajo fué casualmente esta espada.

-Vaya, no os preocupéis. Aun estáis a tiempo de rehaceros.

-No lo creo, señor Turpin -dijo Randall-. Aquí ocurren cosas extrañas.

Sin ir más lejos, ¿habéis sabido algo de ese duende?

-Sé tanto como vos; pero no dudo que se trata de un duende de carne y hueso... Y puede también que sea alguien que trate de darme caza.

Había terminado de hablar Dick Turpin cuando apareció Lucas anunciando:

-Abajo hay dos individuos sospechosos.

-¿Cómo son ellos, Lucas? -preguntó Dick poniéndose de pie.

-Uno es alto, rubio, elegante y de finos modales. El otro es corpulento y con un vozarrón que impresiona... y tiene unas manos que parecen garras.

-Si no me equivoco son Pat y Moscarda. Aguardad, que iré a ver.

En efecto, Dick se asomó por la barandilla de la escalera y reconoció a sus compañeros. Bajó rápidamente y se confundió en apretado abrazo con ellos.

-Capitán -dijo Moscarda- ya te dábamos por muerto.

-Así es -dijo Pat, el de las maneras elegantes-. Nuestra zozobra era inmensa. Y te hemos buscado por todas partes... Por fin hemos dado contigo, Dick.

-¿Y los demás?

-Están al caer Peters, King y Batanero han recorrido toda la zona en tu busca. Y nos hemos citado aquí.

Al poco rato entraban los otros tres compañeros de Dick Turpin, excepto el Caballero de Malta, que en esos instantes se encontraba en Francia por asuntos relacionados con sus haciendas, pues de ellos, era el único que tenía posesiones, y un título de nobleza.

La alegría de los amigos fué indescriptible al encontrarse nuevamente juntos después de una correría que dió por resultado un desbande en distintas direcciones.

Pero el placer fué interrumpido por Lucas, quien llegó agitado y gritando:

-¡Se acerca un gendarme! ¡Ocultaos!

-Imposible -replicó el posadero-. Si viene el gendarme hacia aquí es porque tiene orden de revisar la casa.

-Entonces -dijo Lucas- dejadlo por mi cuenta. Entregadme una pistola.

-¿Qué vais a hacer? -preguntó Dick.

-¡Salvaros! Pero confiad en mí. Entregadme una pistola.

Dick le entregó una de las suyas, y el fiel Lucas salió a la puerta de la hostería y, en medio de la noche, hizo un disparo al aire. El gendarme se acercó precipitadamente.

-¿Quién hizo el disparo, Lucas? -preguntó el policía.

-Yo, Billy... Lo he visto... Lo he visto...

-¿A quién?

-¡Al fantasma! ¡Al duende!... Iba por allí -gritó Lucas poniendo cara de espanto.

No fué menor el susto que se reflejó en el rostro de Billy.

-¿El... fan... tasma, dijisteis? Este... bueno... vamos a casa... y contadme lo ocurrido...

Lucas y el gendarme se alejaron de la hostería.

-¿Qué aspecto tiene? -preguntó el gendarme.

-No sabría decíroslo fijamente -mintió Lucas-. No es ni elefante, ni lobo, ni hombre... pero de los tres tiene algo...

-Este... vamos hasta mi casa, Lucas. Un buen trago nos vendrá bien.

-No; me vuelvo a la posada y no me levanto en tres días. Pero...

¿qué es eso que se mueve entre los árboles? ¡Oh! ¡Es el fantasma!

-gritó Lucas.

Billy, el gendarme, no quiso ni intentó averiguar quién era ni qué forma tenía el fantasma, y salió corriendo a todo lo que le daban las piernas.

Cuando Lucas se quedó solo, se retorció de la risa.

-Esta noche se queda el pueblo sin policía -dijose el fiel muchacho, agregando: -He salvado a Dick Turpin y sus compañeros.

Lucas volvió a la posada y contó lo ocurrido, que fué ruidosamente festejado por todos.

Pero en ese instante asomó por encima de uno de los muros del patio la cabeza de un hombre cuyo rostro tenía una palidez mortal.

-Ya estoy satisfecho -murmuró el hombre. Ya están aquí todos reunidos. ¡Ahora, a Londres! Y verá Dick Turpin lo que puede Oscar Lefa, el que dió por muerto.

III

Un misterio que se va aclarando

En una lujosa habitación del Casino conversaban un anciano nervioso y un joven tranquilo. El anciano paseábase excitado por la estancia, mientras el joven, sentado, miraba al viejecillo de hito en hito.

-¿Por qué me reprendes? -decía el mozo-. ¿Qué querías que hiciese?

Maté a mi rival sin dificultad alguna, sí; pero no puedo casarme con Leonor porque ella me rechaza. Su negativa es rotunda.

-Parece mentira que un Flint, un hijo mío, sea tan estúpido -gritó colérico el anciano, agregando: -¿No sabes que la ruina -se acerca a pasos agigantados? Sí por lo menos Leonor...

-Leonor no quiere saber nada de mí. Sigue amando a Batemán aunque esté muerto. Y de que está muerto estoy seguro porque lo dejé exánime en la hostería.

-Pero dejaste la espada, que era un arma legendaria... y que, además contiene unos signos que podrían comprometernos -objetó el anciano-. Es preciso que te arrojes a los pies de Leonor insistiendo en que no puedes vivir sin su amor Yo te allanaré el camino. Le llevaré unas joyas valiosas y...

-¿De dónde piensas robarlas? -preguntó el hijo-. Porque dinero no tienes.

-Conozco un judío a quien arrendarle las joyas. Y ya verás cómo Leonor, mujer al fin, accederá deslumbrada por las joyas.

En ese instante abrióse la puerta y asomó la cabeza de un hombre.

-Perdonad, caballeros -dijo el intruso-. ¿No conocen vuestas mercedes a un caballero llamado Gold? Le ando buscando y...

-No -dijo secamente el vicio.

-¿No habrá estado escuchando lo que decíamos? -dijo el anciano con inquietud.

-¡Bah! -respondió el hijo-. Sospechas hasta del aire que respiras.

El viejo salió del Casino y el hijo fue directamente a su casa situada en Saint-James Street.

-¿Ha llegado alguna carta? -preguntó Pepe Flint, que así se llamaba el mozo, a la doncella.

-No, señor; pero ha venido un caballero preguntando por vos.

-¿Su nombre?

-Cecilio Batemán.

Pepe Flint dió un salto en el asiento.

-No es posible. Ese hombre ha muerto.

-Así dijo llamarse el caballero, y también me encargó que os dijera si podríais devolverle la espada que dejasteis un día a su lado.

Pepe sintió que perdía las fuerzas y que se le erizaban los cabellos.

-¡Sal de aquí! -gritó- ¡Déjame solo!

Los pensamientos confundían a Flint hijo. ¿Cómo era posible, se decía, que Cecilio Batemán, a quien él había muerto en la hostería el Oso Blanco, viniese a reclamar la espada?

Pero faltaba algo más todavía para sumir en la incertidumbre al joven Flint. Y de ello fué portadora la doncella, quien entró en la habitación diciendo:

-Una carta de vuestro padre.

Pepe Flint rompió el sobre con nerviosidad y leyó:

"¿Qué misterio es éste? Ha venido a casa un hombre diciendo llamarse Cecilio Batemán reclamando la espada que tú dejaste un día junto a él. Ven en seguida".

Así lo hizo el joven Flint, mas cuando llegó a la casa del padre vió a este en compañía del jefe de policía, el señor Vulcano Wiggem.

-Este es mi hijo, señor Wiggem -dijo el viejo.

-Mayor gusto, joven Flint -respondió el famoso policía a quien Dick, Turpin había jugado tan mala pasada tiempo atrás-. Vuestro señor padre me ha puesto en antecedentes de lo que pasa. Y no lo du- déis un momento. Para mí, es Dick Turpin el causante de todo esto. El os ha soliviantado el ánimo.

-¡Dick Turpin, nada menos! -exclamó el anciano.

-Sí -respondió Wiggem-. Y no os extrañe, pues he sabido por uno de mis subalternos, que Dick Turpin y su cuadrilla está alojada en la hostería El Oso Blanco, y no sería extraño que el dueño le contara a Dick Turpin, el duelo y el misterio de la espada que tanto os preocupa.

Y el bandido quiere sacar partido del secreto. Eso es todo.

-Pero -preguntó ingenuamente el joven Flint- ¿por qué no habéis arrestado a Dick Turpin sabiendo donde está?

-Porque sólo hoy lo he sabido por boca de Oscar Lefa, el mejor de mis hombres. Además, no dudo que Dick Turpin sepa que vuestro señor padre va a hacer un viaje a Canterbury con algunas joyas que entregará, según él me ha dicho, a una hermosa joven que vos amáis...

Y le saldrá al encuentro para robárselas... Pero mis hombres lo impedirán, y más aún, apresarán a Dick Turpin y su cuadrilla. ¿Qué os parece?

-Excelente idea -respondieron padre e hijo, admirados del conocimiento y la astucia de Vulcano Wiggem, el famoso jefe de policía.

IV

¡Alto el carruaje!

El viejo Flint, custodiado por dos secuaces de Wiggem, estaba por emprender el anunciado viaje hacia Canterbury. Y decimos dos secuaces de Wiggem, porque desde que éste se hizo cargo de la jefatura obligó a Mostacilla y Espouts a que presentaran su renuncia por haberlo confundido con Dick Turpin.

Los dos policías caídos en desgracia, instalaron una agencia de detectives, y con ella se ganaban entonces malamente la vida. En cambio Wiggem, para poder actuar con entera, comodidad, había nombrado en reemplazo de Mostacilla y Espouts, a dos facinerosos de la peor catadura, que obedecían a los nombres de Nemo y Rouse. Y éstos eran quienes custodiaban al viejo Flint.

Poco después los tres viajeros se ponían en camino, cuando el día tocaba ya a su término.

El viejo Flint iba sumido en profundas cavilaciones. Su misión, si bien curiosa, era delicada, ya que, si fracasaba, su fin sería la ruina más completa. En la caja que llevaba en sus manos había una fortuna que no le pertenecía, ya que eran joyas facilitadas por un judío prestamista y con las cuales pensaba ganar la voluntad de una muchacha educada y retenida poco menos que en absoluta reclusión, pues, desde la muerte de Batemán, a quien la muchacha amaba, ésta se había retirado a un convento.

Nemo y Rouse iban también silenciosos y con las pistolas preparadas, dispuestos a jugarse la vida por unas cuantas monedas de oro.

Cuando el carruaje llegó a la falda de la montaña conocida por Shooter's Hill amartilló Nemo las pistolas diciendo:

-Es conveniente prepararse, pues este es el sitio más peligroso.

-Supongo que Wiggem habrá mandado los gendarmes que prometió para escoltar el coche -dijo el viejo Flint con voz medrosa.

-No deben de andar muy lejos de aquí -respondió Nemo.

Pero ni bien terminó de decir estas palabras, sintióse una terrible sacudida dentro del coche. Una de las ruedas del vehículo se había metido dentro de un profundo bache, y los tres viajeros cayeron amontonados a un lado del carruaje.

-¿Quieres rompernos el cráneo, postillón estúpido? -gritó Nemo.

-No es mía la culpa sino del camino. Desciendan vuestras mercedes para así poder mover el coche -respondió el cochero.

Mas apenas pusieron los pies en el suelo, fueron sorprendidos por un jinete que se acercó al galope gritando:

-¡Alto! ¡Soy Dick Turpin! ¡Entregadme cuanto lleváis!

La contestación de Nemo fue un disparo que echó por tierra a la yegua de Dick. Este se puso en pie inmediatamente, a tiempo que Nemo y Rouse se abalanzaban hacia él. El

cochero desapareció al instante y el viejo Flint quedó en el vehículo, temblando.

Dick disparó sobre Nemo, el cual cayó vociferando mientras Rouse recibía un tremendo golpe en el rostro que le hizo besar la tierra.

Dick ganaba la partida a fuerza de coraje, mas en aquel momento aparecieron tres gendarmes que galopaban hacia el sitio de la refriega.

Entonces Dick Turpin disparó la otra pistola y un policía cayó lanzando un alarido salvaje. Los otros dos contuvieron los caballos.

-¡A él, cobardes! -vociferaba el viejo Flint.

Dick aprovechó la indecisión de los gendarmes para poner fuera de combate a Nemo y Rouse, descargándole fuertes golpes con la culata de su pistola. Luego cogió la pistola de Rouse y poniéndose en pie gritó:

-¡Venid aquí, villanos! ¡Venid, que Dick Turpin está solo!

Los gendarmes se miraron y metieron espuelas a sus caballos con el propósito de arrollar a Dick, pero éste hizo un disparo y vió rodar a otro de sus perseguidores. El tercero volvió grupas y desapareció.

Entonces Dick Turpin acercóse al viejo Flint diciéndole:

-Viejo e indigno ladrón;- dadme al punto esa caja de joyas, vuestro dinero y todo cuanto lleváis. Y dad gracias que no os quito la vida.

-¡Por el amor de Dios! -gimió el anciano- Tened piedad... ¡estas joyas no son más!

-Lo sé, puesto que soy yo ahora el propietario -respondió Dick acercándose al vehículo y tomando la caja que contenía las joyas-. Y ahora dadme vuestra bolsa... ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

El viejo Flint no respondió. Hallábase arrodillado y con el rostro oculto entre las manos.

-¿Estáis sordo, por ventura? -dijo Dick tocando al viejo con el pie.

El cuerpo del anciano se desplomó en tierra. La cara de Flint estaba sembrada de amoratadas señales y los ojos casi fuera de las órbitas.

-¡Está muerto! exclamó Dick-. El terror le ha quitado la vida.

Volvió entonces hacia donde estaba la yegua, a la que creía herida y vió con satisfacción que no había recibido ni un rasguño.

-Yo creía que esos pícaros te habían hecho daño. Pero ya que no tienes nada, vámonos de aquí y aprisa.

Dick saltó sobre la yegua y se alejó murmurando.

-Y ahora a enfrentarnos con el hijo malvado de este viejo bandido.

V

La espada cumple su misión

En Londres se había corrido inmediatamente la noticia de la nueva hazaña de Dick Turpin ocurrida en Shooter's Hill y cuando Wiggem se enteró quedó perplejo.

-¿Es posible que este bandido haya tenido tanta fortuna? -se dijo-.

Vencer a Nemo y a Rouse no es cosa fácil. Para mí que este hombre tiene un Dios

aparte. Pero algún día me las habrá de pagar el miserable.

En otro barrio de Londres, en una casa de Saint-James Street, el joven Flint, al saber el triste fin de su padre, hizo este cínico comentario:

-Bueno, el viejo había vivido bastante. Lástima grande que casi no ha dejado herencia... y mucho más lamento que ese Dick Turpin se haya apoderado de las joyas. En fin, veré qué es lo que puedo hacer.

Así monologaba cuando oyó que llamaban a la puerta.

-¡Adelante! -gritó.

Abrióse la puerta y entró un hombre elegantemente vestido con una roja casaca.

-¿Cómo habéis llegado hasta aquí sin que os vea mi criada?

-preguntó el joven Flint, sorprendido.

-No tiene importancia -respondió el recién llegado-. Lo que importa es si sois el señor Felipe Flint.

-SI, señor.

-Traigo para vos un mensaje. Y necesito contestación.

-Bien; veamos el mensaje.

-No es escrito.

-¿Verbal entonces?

-Tampoco.

-Vamos, estáis bromeando.

-No; el mensaje es una... espada.

-¿Qué?

-Lo que acabáis de oír. Soy Dick Turpin, y os traigo la espada que dejasteis junto al desventurado Cecilio Batemán, cuya amistad traicionaste arrebatándole la vida.

-Pero, es que yo...

-Al matarle, disteis muerte a su anciana madre, que murió de pena, y encerrasteis en un convento a la prometida de Batemán...

-Yo no la obligué...

-Por supuesto; pero Leonor le amaba, y al saberlo muerto no quiso saber nada más del mundo. Como veis, las desdichas que habéis ocasionado son muchas. Por eso os traigo dos espadas: una es la mía, para que os defendáis; la otra es la que usasteis para matar a Batemán...

y con la cual pienso mataros.

Pepe Flint hizo esfuerzos para hablar y a duras penas consiguió explicarse de esta suerte:

-Venís... a matarme... cuando debierais pedir perdón por la muerte que disteis a mi padre...

-¡Un momento! -gritó Dick-. Vuestro padre murió de miedo, y porque su conciencia era tan negra como un abismo. Como es la vuestra, joven Flint, que lleváis varios crímenes

sobre vos. De manera que tomad mi espada y aprestaos a la defensa.

-Y si yo os ofreciera...

-¿Dinero? Tengo de sobra. Más que vos. Y defendeos de una vez si no queréis que os atravesase el pecho de una estocada.

-Tratemos de arreglar este asunto, señor Dick Turpin -dijo Pepe que se sentía desfallecer.

-Otra palabra semejante y será la última que pronunciéis. En guardia.

El joven Flint no tuvo más remedio que empuñar el arma y ponerse en guardia. Pero era tal su miedo que la espada le temblaba en las manos. De allí que ni bien se hubieron cruzado los aceros, cayera el joven Flint con el pecho destrozado.

-La espada del Destino ha cumplido su misión -exclamó solemnemente Dick Turpin rompiendo el acero en dos pedazos y arrojándolos al suelo.

Salió luego del aposento y se retiró de la casa de Saint-James Street con firme paso.

EL DRAMA DE UNA HERENCIA

I

Un jefe de policía sorprendido

El jefe de policía de Manchester, Javier Esnau, hallábase en el saloncito de descanso de la hostería La antigua campana, conversando con algunos parroquianos. Aunque es conveniente advertir que los asiduos concurrentes a la hostería, poníanse graves y malhumorados cuando aparecía el señor Esnau, cuyos desplantes eran proverbiales.

Aquella noche el jefe de policía de Manchester hacía el siguiente comentario en alta voz:

-El país se halla desmoralizado por la cantidad inconcebible de pillos y bandidos que andan sueltos. Por eso el dignísimo juez Wooden ha dicho últimamente: "Si queremos orden social y que impere el derecho, es menester aplicar las leyes con el máximo de rigor. Es necesario decapitar la anarquía y ser inflexibles con los culpables, condenando a muerte a todo aquel que cometa un delito, por leve que sea. Hay que ahorcar, decapitar, colgar a quien se separe un ápice de nuestro sagrado Código".

Esnau hizo una pausa para observar los rostros de los contertulios.

-Yo también soy de esa opinión -continuó-. Porque es más cómodo y económico ahorcar a un hombre que mandarle a presidio, ya que en éste hay que atenderle y mantenerle.

-Eso me parece sencillamente una monstruosidad -replicó un joven llamado Harris.

-¡Válgame el cielo! -gritó Esnau-. ¿Queréis decir con eso que las leyes son injustas? ¿Os rebeláis contra ellas?

-No, pero,...

-Dad gracias que decís eso estando yo, pero no lo repetáis en presencia del nuevo juez, pues sir Hone, que vendrá de un momento a otro, es mucho más severo que yo y que todos los jueces juntos.

-Pero ahorcar porque sí, me parece una barbaridad, señor Esnau -continuó diciendo Harris.

-¡Eso quiere decir que simpatizáis con los criminales!

-No es así...

-¡Pues, repito que los jueces deben ser inflexibles! -remató la conversación el jefe de policía bebiendo de un trago el contenido del vaso que acababan de servirle.

-Peor para ellos -dijo una voz desde el otro extremo del salón.

Era un hombre que acababa de entrar y se mantenía cerca de la puerta en arrogante actitud.

Esnau se volvió al oír aquellas palabras.

-Peor para... ¿No habré entendido mal? -exclamó-. ¿Habéis dicho peor para ellos, caballero?

-Sí -respondió el recién llegado-. Es hora que terminen esas exhibiciones de hombres colgados...

-Este... Tal vez, no os habéis dado cuenta de la persona que tenéis delante. ¡Soy el jefe de policía de Manchester! -gritó más que dijo Esnau.

-Pues lo siento por vos -respondió el desconocido.

-¿Que lo sentís por mí? -dijo el policía casi sin aliento.

-Perdonad -repuso el otro- pero no he venido a discutir sino a decir al hostelero que necesito habitaciones espaciosas para mí y dos amigos más, así como el debido acomodamiento para mis criados y caballos.

-Estoy a vuestras órdenes, -repuso Lomax, el hostelero.

Esnau vaciló, pues el recién llegado hablaba de habitaciones espaciosas, de criados y caballos, amén que lucía un diamante en la corbata.

Y suponiendo se tratase de un aristócrata, optó Esnau por aparecer comedido y humilde.

-Sin embargo -dijo con tono suaves necesario combatir a los criminales...

La ley, caballero -La ley bien aplicada sí -interrumpió el caballero-. Pero la ley hace hoy que los ricos exploten a los pobres. Y perdonad, me retiro a ver mis habitaciones. Buenas noches.

Esnau quedó boquiabierto y los parroquianos se miraban unos a otros maliciosamente. Mientras que María, la sirvienta, miraba con admiración al arrogante forastero que subía las escaleras.

Cuando éste hubo desaparecido, gritó Esnau:

-¿Es así como me defendéis? Y, después de todo, ¿quién es ese caballero? Nadie sabe ni de donde viene. A ver si con todo resulta ser un aventurero...

-Id a preguntarle quien es -observó Harris.

-Lo que debéis hacer vos -dijo Esnau con rabia- es andar con tiento. Me consta que habéis dicho que dudabais del derecho que asiste al rey Jorge para sentarse en el trono.

-¡Mentís! -repuso Harris-. Y tened cuidado...

-¿Me amenazáis?

-No; quería deciros que tuvierais cuidado con vuestro uniforme que se está

quemando.

Esnau dió un salto, pues efectivamente la casaca del policía estaba ardiendo por uno de los lados.

-Debe de haberos caído fuego de la pipa -gritó uno.

El policía se desabrochó rápidamente la casaca.

-¡Tíradla a la chimenea! -gritó Harris.

-No; que hay dinero en ella.

¿En la chimenea?

-¡En la casaca, bruto! Hay trescientas libras en billetes de Banco.

Entre todos salvaron los billetes, con gran satisfacción de Esnau, pero en ese instante volvió a aparecer el caballero, que no era otro que Dick Turpin.

-Me parece -empezó diciendo Dick Turpin- que tendré que referir al nuevo juez sir Hone la escena que acabo de presenciar.

-¿Qué? ¿Le conocéis? -balbució Esnau.

Dick Turpin asintió con un movimiento de cabeza y volvió a retirarse.

Esnau cayó desfallecido sobre un sillón.

-¡Santo Dios! -exclamó-. ¡Y yo he llamado aventurero a este caballero!

-Señores -continuó mirando suplicante a los parroquianos- os ruego olvidéis todo lo dicho... Lomax, sacad tabaco del mejor y cuanta cerveza haya para servirles a los señores... yo pago.

II

Más sorpresas para el policía

Poco después de desarrolladas estas escenas, Dick Turpin se asomó a la ventana y, viendo que Esnau se disponía a partir, salió apresuradamente de la estancia, bajó por la escalera y salió a la calle por una puerta lateral.

-¿Mi yegua? -preguntó a uno de los sirvientes.

-Está ensillada.

-Sacadla.

Una vez que el sirviente le hubo traído la yegua, Dick lo pidió un tarro de pintura blanca la que fué traída al momento.

-Podéis iros, gracias. -dijo Dick despidiendo al sirviente.

Cuando éste se hubo ido, Dick pintó la frente y los extremos de las patas del animal. Luego quitóse la casaca, la dió vuelta y volviósela a colocar. El rojo escarlata quedó en esa forma sirviendo de forro, y éste, con sus aplicaciones de oro, hacía ahora las veces de paño principal. Montó luego Dick y salió de la población.

Aquel día había hecho Esnau uno de sus acostumbrados negocios, y aquellas trescientas libras que llevaba eran el anticipo por unos servicios prestados en un asunto tenebroso como todos los que él tenía.

Iba por el camino tarareando una canción y ajeno por completo a lo que le iba a

sucedier. En efecto, a poco andar observó que, cerca de él, cabalgaba un hombre vestido de negro.

-¡Qué noche tan oscura! -dijo el policía aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de tener.

-Muy oscura -repuso el jinete.

Esnau apartó un poco el caballo hacia un lado del camino.

-Dejad tranquilas esas pistoleras -dijo Dick Turpin, pues no era otro el que cabalgaba junto al policía.

-¿Quién sois? -preguntó Esnau.

-Antes de responderos quiero saber si sois vos el jefe de policía de Manchester -repuso Dick Turpin.

-En efecto. ¿Qué puedo hacer por vos?

-Pues... me haríais un gran servicio si me dierais las trescientas libras que lleváis en el bolsillo.

Esnau se quedó sorprendido pero repuso:

-Trescientas libras es una cantidad apreciable para llevarla encima.

-Pues, vos la lleváis.

-¿Cómo lo sabéis?

-Basta ya. Dadme muerto.

Esnau perdió la serenidad.

-venga esa cartera u, os espada -repitió Dick Turpin amenazador.

-¡Tomadla! ¡Sois un émulo de Dick Turpin ¡Seríais capaz de asesinar-me!

Esnau arrojó la cartera en medio del camino.

-Esperaba de vos otros modales más correctos,-repuso Dick Turpin-.

Mas no importa. Esperaré a que os alejéis para desmontar yo.

Esnau partió a todo galope y entró en Manchester, dirigiéndose inmediatamente a la hostería La antigua campana.

-¿Qué ha sucedido? -le preguntó Lomax, el hostelero.

-¡He sido asaltado! -gimió Esnau- ¡Un bandido me ha robado la cartera! Avisad a la Comandancia, inmediatamente. ¡Hay que ahorcarle!

La hostería empezó a llenarse de gente curiosa. Unos iban y venían, otros comentaban en voz alta el suceso.

En aquel momento entró Dick Turpin, con su casaca roja.

-¿Qué ha sucedido? -preguntó Dick Turpin.

-Un salteador ha robado al señor Esnau -díjole uno.

-¡Qué audacia! -exclamó Dick Turpin-. Robar al jefe de policía.

Y, ¿cómo iba vestido el bandido?

-¡Con una casaca negra! -replicó Esnau.

-¿Casaca negra?

-Sí; y montaba un magnífico caballo con manchas blancas en la frente y en las patas. ¡Maldito bandido! ¡Si lo llegó a apresar lo cuelgo!

-¡Qué desconsideración! -dijo Dick Turpin.

-¿Desconsideración? ¡Yo creo que ese pillastre merece que lo cuelguen! -replicó Esnau.

-No; decía que desconsideración la del bandido. Robaros nada menos que a vos, el jefe de policía de Manchester. ¿Y os ha robado mucho dinero?

-¡Trescientas libras!

-Vaya; trescientas libras es una respetable cantidad. Eso quiere decir que hay jefes de policía ricos...

Esnau miró fijamente a Dick Turpin y no se atrevió a contestar.

¿Cómo explicar la procedencia del dinero? ¿Y por qué aquel desconocido había dicho semejantes palabras? ¿Sabía algo, acaso? En la duda, el señor Esnau optó por callarse y beber el vaso de cognac que María, la criada, le había servido para que se repusiese.

III

De dónde procedía el dinero

El señor Eben Boulter era el dueño de una fábrica de tejidos y poseedor, además, de una avaricia desenfrenada y de una desconfianza ilimitada. De allí que nadie le quisiese en Manchester y menos aún los obreros de su fábrica.

Pero el viejo Boulter no se preocupaba por ello. Su única preocupación era el importe de la herencia que debía entregar, en no lejano día, a su sobrino Santiago Bening, un joven simpático e inteligente y de quien era tutor. La herencia ascendía a veinte mil libras, y ese capital lo había dispuesto el viejo Boulter especulando en sus negocios.

Pero Santiago se iba haciendo hombre, estaba por terminar su carrera de médico e iba a necesitar sino todo, parte del dinero que el tío utilizaba a su arbitrio prestándolo con crecidísimos intereses.

De allí que se hubiera combinado con el jefe de policía de Manchester, Esnau, para quitar del medio al sobrino y poder quedarse así con toda la herencia. Y aquellas trescientas libras que Dick Turpin le había robado a Esnau, eran el anticipo que el viejo Boulter le había entregado a su cómplice.

Al día siguiente del asalto, presentóse Esnau en el despacho del señor Boulter.

-¿Sabéis ya que me han robado, verdad?

-No me extraña -replicó el viejo-. Eso ocurre por pasar las noches bebiendo, como lo hacéis vos. Y un día, a lo mejor, se os suelta la lengua más de lo debido y...

-No temáis. Soy persona reservada.

-Y ahora, ¿qué queréis?

-Pues... Que necesito dinero y...

-Os he dicho que las doscientas libras que faltan serán entregadas cuando mi sobrino haya desaparecido. Y aún...

-Sí, ése ha sido el trato. Y por eso he venido.

-¿Por eso?

-Sí; esta noche es la más a propósito para ello -replicó Esnau-.

Anda un bandido por estos alrededores. ¿Qué mejor que hacer recaer sobre él la sospecha del asesinato?

-No está mal. Casualmente mi sobrino ha venido hoy a pedirme dinero y le he dicho que volviera mañana. Con escribirle o mandarle un mensajero diciéndole que venga esta misma noche a hablar del asunto...

-Buena idea. Escribidle inmediatamente.

En ese instante se abrió la puerta.

-¿Se puede? -preguntó un hombre desconocido.

-¿Quién os ha dado permiso para entrar? -dijo furioso el viejo Bouler.

-Perdonad, señor -dijo el desconocido-. ¿No es ésta la oficina de la funeraria?

-¡No; es cuatro puertas más arriba!

-¡Gracias! -dijo el sujeto en cuestión cerrando nuevamente la puerta.

Pero ese hombre era nada menos que Peters, quien se dirigió inmediatamente en busca de Dick diciéndole:

-Los he visto a los dos. Estaban en la oficina.

-Eso es cuanto deseaba saber -respondió Dick-. Ved cómo de una palabra cogida aquí y otra allá, hemos venido a parar a esto que me huele a tragedia. No hay que perderles pisadas a esos dos sujetos. Tenedme al tanto de toda persona que entre o salga de allí.

Al poco rato salió de la oficina del viejo Bouler un empleado portando una carta para Santiago Bening, a quien persiguió Peters sigilosamente hasta que le vió entrar en la casa del joven sobrino del avaro.

-Traigo una carta para vos -dijo el empleado a Santiago.

-¿De mi tío, acaso?

-Sí.

-Bien, veamos qué dice -dijo el joven-. ¡Oh! ¡Parece mentira! Escuchad lo que dice: "Mi querido sobrino: Esta noche me quedaré un buen rato trabajando. Si puedes pasar a eso de las nueve, tendré mucho gusto en conversar contigo respecto al pedido que me hiciste hoy.

Tu tío que te quiere. Eben Bouler." -Si yo estuviese en vuestro lugar, no iría -dijo el empleado que era un viejo obrero de la fábrica que conocía al señor Bouler y le detestaba tanto como quería al sobrino.

-¿Por qué? -preguntó extrañado el joven.

-Que... vuestro tío os desea la muerte de alma.

-No puede ser. Es avaro y egoísta, pero no creo que llegue a albergar tal sentimiento.

-En fin, vos sabéis lo que hacéis. Pero id prevenido, por las dudas.

Buenas noches.

Cuando Santiago se quedó solo no pudo evitar pensar en las palabras de aquel buen hombre.

-No creo que tío pueda jugarne una mala pasada. Aunque, después de todo, no soy tan memo que me deje engañar tan fácilmente.

Por otra parte...

Pero no pudo continuar su soliloquio porque entró la dueña de la casa y le dijo:

-Un caballero desea veros.

-Decidle que pase en seguida.

Al entrar el personaje aludido, quedóse Santiago mirándole con curiosidad, pues el recién llegado era hombre de arrogante presencia y de claros y brillantes ojos.

-Voy a deciros en pocas palabras el objeto de mi visita -dijo el que acababa de entrar-. Mas ante todo, ¿puedo confiar en vos?

-¡Confiar en mí! exclamó Santiago con asombro-. Dignaos, si os place, explicaros más claramente.

-Si os digo quien soy, ¿no me traicionaréis?

-Caballero; la traición no encontró jamás sitio en mi corazón -replicó con dignidad Santiago.

-Perfectamente... Soy Dick Turpin, el bandido...

--Es posible? exclamó tras breve pausa el joven.

-Sabía que ibais a asombraros.

-Y bien... si es por dinero que venís, lo lamento pero...

-Perdonad -interrumpió Dick Turpin-. Sé los apuros que pasáis.

Solamente he venido a salvaros, pues se trama un complot contra vos.

-¿Un complot?

-Sí, señor Bening. Vuestro tío quiere asesinaros y os ha hecho llegar una carta para que vayáis a su despacho, mas en el camino os hará asesinar. Id prevenido. Y ahora disculpadme, pero debo retirarme.

-¡Escuchad! -rogó Santiago-. ¿No podéis aclararme este asunto?

-Nada más puedo deciros por ahora... Buenas noches.

Poco después salía Dick Turpin de la habitación, dejando al joven visiblemente agitado.

-Sin embargo debo ir. Tengo que afrontar el peligro y acudir a la cita armado -se dijo Santiago con resolución al tiempo que preparaba su pistola.

Luego salió de la casa y alquiló una silla de posta, y estando al punto de penetrar en el carruaje, sintió que le ponían una mano en la espalda.

-¡Enrique! exclamó con alegría Santiago-. ¿Tú por aquí?

-Sí, Santiago -respondió el llamado Enrique. Aquí me tienes pasando las de Caín. ¡Mirame! Voy hecho una lástima. Aunque posiblemente dentro de poco cambie mi situación, pues me han ofrecido un empleo y...

-Acompáñame, Enrique. Voy hasta la casa de mi tío -dijole Santiago.

-¿Cabremos en este cajoncito?

-Hagamos la prueba.

Así lo hicieron los jóvenes y charlaron extensamente durante el trayecto.

-Ya hemos llegado -dijo Santiago.

-No te molestes; yo bajaré primero.

Mas, apenas había puesto Enrique un pie en el suelo, se abalanzó sobre él un hombre enmascarado y le dió una tremenda puñalada en el costado izquierdo.

-¡Me han matado! -exclamó el infortunado joven-. ¡Soco... rro!

Santiago se quedó aterrado y el cochero desapareció de aquel lugar corriendo despavorido. La calle estaba desierta, y el joven iba a empezar a gritar pidiendo auxilio, cuando apareció el viejo Bouler.

-¿Qué grito es ése que han dado? -preguntó.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando atravesó la calle un caballo a galope, y el jinete que lo montaba disparó un pistoletazo contra el viejo avaro. Mas la bala no alcanzó a herir al señor Bouler.

-¡Dick Turpin! -exclamó Santiago-. ¡El hombre que me advirtió tan generosamente!

-SI, ¿eh? -aulló Bouler-. Conque Dick Turpin, ¿verdad? ¡Y estás en trato con ese bandido! ¡Asesino! ¡Favor! ¡Socorro!

-¿Qué dices?

-¡Has matado a ese infeliz por instigación de Dick Turpin!

-¡Miserable!-rugió Santiago cogiendo a su tío por el cuello-. ¿Me acusáis de un crimen que no he cometido? ¿De un crimen preparado por vos?

Se entabló una breve lucha, apareciendo en ese instante el jefe de policía, Esnau, acompañado de algunos gendarmes quienes se arrojaron sobre Santiago desarmándole.

-¡Mirad! -dijo el viejo-. Este desgraciado sobrino mío acaba de cometer un asesinato, y aún no conforme, quería también asesinarme.

-¡Mentira! -rugió Santiago.

-Además -agregó Bouler- mi sobrino acaba de confesarme que está en íntima relación con el bandido Dick Turpin.

Santiago oía todo aquello, estupefacto.

-Atadle bien y conducidle a la cárcel -ordenó Esnau a los gendarmes-.

Yo iré después.

Cuando hubieron desaparecido los policías con el sorprendido e indefenso joven, Esnau díjole al viejo avaro:

-La diosa Fortuna está de nuestra parte, amigo Bouler.

-Así es, señor Esnau. Sin morir mi sobrino me deshago de él. Por lo tanto os habéis ganado lo que os prometí. Aquí tenéis las doscientas libras.

Esnau se guardó los billetes de Banco y se despidió del viejo.

IV

Esnau nuevamente asaltado

El jefe de policía se dirigió con paso ligero hacia la Comandancia, mas de pronto oyó que alguien se reía cerca de él. Dióse vuelta sobresaltado y casi se dió de narices con un hombre corpulento, de tez negra como aquella noche y de ojos brillantes como ascuas.

Esnau echó mano a sus pistolas, pero antes de que pudiera usarlas recibió una tremenda puñada en la frente que le hizo rodar por tierra.

-¿Lo habré matado? -murmuró Batanero, que era el autor de aquel asalto-. No; respira... Entonces le sacaré el dinero.

El negro desabrochó la casaca del policía, le sacó el dinero y escapó.

En ese mismo instante llegaban varios gendarmes, los cuales, al ver a su jefe en tal estado, le llevaron a la Comandancia.

Al notar Esnau la falta del dinero volvió a lamentarse.

-¡Robado... robado por segunda vez!

-¿Qué os han quitado? -preguntó un oficial.

-Nada... nada... no puedo decíroslo... ¡Ah! ¡Si llega a caer en mis manos! ¡Eh! gendarme; que venga un coche. Me voy descansar... ¡pero han de escoltarme seis gendarmes!

Así se hizo y cuando Esnau estuvo en su casa, se acercó a la chimenea y empezó a calcular el modo de sacarle más dinero al viejo Bouler, pues todo el que le había entregado había ido a parar a manos extrañas.

-No tendrá más remedio que darme lo que le pida. El se queda con veinte mil libras esterlinas... ¿Qué es eso? ¿Ruido de caballos?

Una voz se oyó.

-Señor Esnau ¡abrid!

El policía observó por entre las tablillas de la persiana. Un hombre a caballo, levantado sobre los estribos, estaba moviendo la mano.

-Abrid, señor Esnau.

-¿Quién es?

-El señor juez sir Hone -le respondieron.

-¿Sir Hone? -respondió Esnau-. No esperaba que Su Señoría viniera a mi casa.

-Tengo que hablaros muy urgentemente.

Esnau cogió un candelabro y bajó a abrir la puerta. Mas no bien lo hubo hecho sintió que una mano le ceñía el cuello y otra le mostraba una pistola.

-Una palabra y sois hombre muerto -dijo una voz-. Soy Tomás King, enviado por Dick Turpin en compañía de un amigo vuestro.

Y antes de que Esnau se repusiera de la sorpresa, vió entrar a dos hombres que llevaban consigo al viejo Bouler. Por último tuvo la satisfacción de conocer a Dick Turpin, que entró último.

El viejo Bouler fué colocado en un asiento, pues le era imposible mantenerse de pie;

tal era el temblor que agitaba sus piernas.

-Señor Esnau empezó diciendo Dick Turpin sin preámbulos-, escribiréis inmediatamente una orden para que sea puesto en libertad el joven Santiago Bening, manifestando que ha habido un error lamentable.

-¿Y si no lo hiciera? -dijo Esnau.

-Ya veréis lo que os pasará -respondió Dick-. Peters, saca la cuerda.

Peters, el famoso Patillas, se desabrochó la librea y empezó a desenrollar una cuerda que llevaba colocada alrededor de la cintura.

-Con esta cuerda os colgaremos, señor Esnau -dijo Dick Turpin-.

Además, es inútil que os resistáis, pues el señor Bouler ha confesado los negocios que tenéis entrambos. ¿No es verdad, señor Bouler?

-¿Qué podía hacer yo ante vuestras amenazas? -balbució el viejo.

Esnau se puso lívido.

-¿Lo habéis dicho todo? -preguntó.

-¡Todo! -respondió el anciano.

-¡Estamos perdidos! Venga ese papel. Firmaré lo que pedís -dijo por último Esnau.

El jefe de policía escribió y firmó la orden que Dick le había pedido.

-Está bien -dijo Dick-. Y ahora vos, señor Bouler, extended otro documento en el cual haréis constar que desde hoy pondréis voluntariamente la fortuna de vuestro sobrino en manos de unos abogados, para que éstos se la entreguen apenas cumpla éste la edad señalada por la ley.

El viejo firmó igualmente el documento exigido por Dick.

-Todavía falta algo más -agregó Dick Turpin-. Tanto vos, señor Esnau, como vos señor Bouler, firmaréis un tercer' escrito en el que haréis constar que ambos conspirabais contra la vida de Santiago Bening.

-¿Para qué, si no podéis hacer uso de él? -dijo Esnau.

-Es cierto; pero puedo enviarlo al Secretario de la Jefatura Superior si el joven Bening sufriera algún accidente...

-¡Nos tenéis en vuestras manos! exclamó el jefe de policía.

-Por mi parte -repuso secamente Bouler- no tengo inconveniente en firmar ese documento. Reconozco que he obrado mal y que merezco ser castigado.

Una vez en poder de Dick Turpin el tercer documento, ordenó a Peters:

-Dejad en libertad a estos dos hombres.

V

Un suicida y un fugitivo

Los dependientes y obreros de la fábrica del viejo Bouler acudieron como de costumbre, a la mañana siguiente, a su trabajo, pero quedáronse extrañados de que su patrón no estuviese ya en su despacho como tenía por costumbre invariable. Y como pasaron quince minutos más de la hora en que se abría la fábrica, dieron algunos golpes a la puerta. Dos fueron al principio, luego cuatro, después seis, hasta que por último forzaron

la puerta.

-¡Gran Dios! -exclamó espantado uno de los empleados al entrar-.

¡El señor Bouler se ha suicidado!

En efecto, el infortunado vicio estaba tendido en el suelo, en un charco de sangre y con el corazón atravesado por un puñal. En la manga izquierda de la casaca del difunto había, prendido con un alfiler, un papel escrito. En él confesaba el anciano todo cuanto había ocurrido, sin omitir detalle alguno.

La voz se corrió inmediatamente por Manchester, y el nombre de Esnau, como es lógico suponer, estaba en todos los labios, pues en su confesión, el viejo Bouler le acusaba abiertamente.

Pero Esnau no aparecía por ninguna parte. En cuanto llegó a sus oídos el suicidio del viejo avaro, salió de su casa y parecía que la tierra se lo hubiese tragado. Y por más pesquisas que se hicieron no fué posible dar con él. Pero Dick Turpin también lo buscaba, y la sagacidad del temido bandido no podía fallar.

-Esnau no ha salido de Manchester -decía Dick a sus compañeros-.

Se debe haber escondido.

-Sí; pero ¿dónde? -preguntó Pat.

-Hay que suponer que no ha de estar en casa de alguna persona amiga. Por dos razones: la primera, que es muy difícil que un hombre como él tenga amigos; y la segunda que de tener alguno, éste sería más que necio en darle alojamiento sabiendo que se expone a morir en la horca. Por lo tanto hay que suponer que debe estar escondido en algún lugar deshabitado de Manchester. ¿Qué lugar puede ser ése?

-Un bosque, un cementerio, una cueva... -sugirió King.

-El bosque queda lejos -agregó Pat.-, el cementerio, a dos millas...

y a la entrada del pueblo hay una cueva muy conocida.

Yo opto por la última -dijo Dick-, pues la cueva es un lugar formidable no sólo para esconderse, sino también para la defensa. Vamos hacia allá entonces.

Iba a salir Dick Turpin con sus compañeros, cuando apareció el joven Santiago Bening.

-Vengo a dar un abrazo a Dick Turpin -dijo emocionado el joven-.

No sé cómo agradecerlos... -Dejad los agradecimientos, señor Bening -replicó Dick Turpin-. En este momento estamos muy ocupados, pues salimos en busca de Esnau.

-Pues, iré con vosotros -dijo resueltamente el joven-. Quiero arrancarle la vida con mis propias manos.

-En marcha, entonces -dijo Dick.

Dick Turpin no se había equivocado, pues Esnau había tomado consigo todo el dinero que tenía en su casa y corrido a esconderse en la cueva. En ella había pasado todo el día con la esperanza de que al llegar la noche podría alejarse del lugar sin ser visto, e ir a establecerse, con un nombre supuesto, en cualquier, otra parte donde nadie le conociera. Y ya le parecía que iba a cumplirse su deseo, cuando observó que alguien se acercaba.

-Me buscan -se dijo Esnau poniéndose lívido.

Dick Turpin conversaba en ese momento con Santiago, a quien le decía:

-Ha de estar aquí con toda seguridad.

-Pues, iré a buscarle yo mismo -dijo Santiago resueltamente.

-Id a saldar vuestra cuenta con él, pero andad con tiento, pues de sobra sabéis lo infame que es ese sujeto. Santiago avanzó, mas, apenas había andado unos pasos cuando oyóse una detonación y una bala pasó cerca de la cabeza del joven.

-¡Miserable! -gritó Santiago-. ¡Salid, canalla!

Dick y sus amigos, al oír el disparo, se acercaron al joven.

-No es nada -díjoles éste-. El infame Esnau está parapetado detrás de algún obstáculo y desde allí puede hacer fuego impunemente.

La palabra fuego dió una idea a Dick, la cual inmediatamente la comunicó a sus amigos.

-Escuchad; vamos a pegarle fuego a la cueva y antes de cinco minutos saldrá este miserable de su guarida.

-¡Buena idea! exclamó Batanero.

-¡Extraordinaria! -agregó Pat.

-¡Piramidal! -se creyó en el deber de decir Pat.

Entre todos prendieron fuego a una cantidad considerable de ramas secas que encontraron en el bosque y que colocaron justamente a la entrada de la cueva.

-¡Dios me valga! -exclamó aterrado Esnau cuando vió el reflejo de una llama y -.

¡Voy a morir abrasado o asfixiado!

Amartilló sus pistolas y se decidió a salir, con la íntima esperanza de aprovechar el humo para ocultarse. Pero, aterrado, se vió frente a Santiago que le apuntaba con su pistola.

-¿Vos aquí? -preguntó Esnau.

-Sí -replicó el joven-. Vengo a mataros. Defendeos.

-No puedo -mintió Esnau-. Mis armas están descargadas.

-¡Mentira! Veo que amartilláis una pistola. ¡Tomad vuestro merecido!

Sonó un disparo y Esnau lanzando un grito cayó pesadamente al suelo.

-Ya estás vengado, pobre amigo Enrique -dijo gravemente Santiago-.

Este miserable te hizo matar... Ahora mi mano te ha vengado.

-Señor Bening-díjole Dick Turpin-, aquí termina nuestra misión en Manchester. ¡Venga esa diestra!

-Tomadla; pocas veces he tenido oportunidad de estrechar la mano de un hombre tan digno como vos, Dick Turpin -dijo el joven.

-¡Sin embargo soy un bandido! Adiós! -exclamó Dick al punto que montaba en su yegua, haciendo lo propio sus compañeros en sus respectivos caballos-. El fuego ha alarmado a los habitantes de Manchester.

Y se alejaron al galope de sus caballos.

UNA CASA MISTERIOSA

I

El pretendiente al trono

Estaba escrito que Dick había de quedarse en Manchester, pese a haberse despedido de Santiago Bening.

En efecto, los caminos estaban custodiados por gendarmes y gentes del pueblo que, en mutua colaboración por vez primera, trataban de apresar al ex jefe de policía. De manera que Dick y sus compañeros hubieron de refugiarse en la Posada de Malta, cuyo propietario estaba en inteligencia con los bandidos.

Cuando Dick y sus compañeros llegaron a la posada, el dueño llamó aparte al capitán y le dijo:

-Tenemos una visita importante, Dick.

-¿Quién es?

-El príncipe Carlos -díjole en voz baja Roque, que así se llamaba el posadero.

Grande fué la sorpresa de Dick al oír pronunciar el nombre del pretendiente al trono de Inglaterra, ocupado entonces por el rey Jorge, de la dinastía alemana de los Hannover.

-Carlos aquí? -exclamó Dick, agregando-: Supongo que nadie sospechará que...

-Nadie absolutamente -respondió el posadero-. Y esta noche el príncipe Carlos quiere hablaros.

Dick acudió a la cita en compañía de Tomás King y de Moscarda, desarrollándose el encuentro en una de las habitaciones de la posada.

Acompañaba al príncipe un caballero desconocido, totalmente vestido de negro, que seguía en silencio las conversaciones.

-El riesgo que corréis aquí, en Inglaterra, es enorme -dijo Dick, al príncipe Carlos, el cual se limitó a sonreír.

-El hombre que no se expone, poco, puede alcanzar -respondió éste-. Todo ha sido calculado y he venido a hacer preparativos para una larga permanencia en Inglaterra.

Dick no respondió.

-Tengo miles de amigos -agregó el pretendiente; Derby Sheffield y Leeds, como Manchester, son poblaciones adictas a mi causa. Y os aseguro que el trono en que hoy se sienta Jorge es un volcán próximo a estallar.

-Supongo -interrumpióle Moscarda con su voz potente y firme que vuestro plan actual no será como aquél que hizo fracasar nuestro capitán; y que si no hubiera fracasado vuestro nombre hubiera sido pronunciado con horror, por tanta sangre inútil que se hubiera vertido.

Carlos Estuardo miró fijamente a Moscarda y se mordió los labios.

-Debo confesar en mi descargo -dijo el príncipe- que no tuve arte ni parte en el complot. Esto fué ideado por mis amigos más exaltados...

Pero mañana os expondré mis planes; es muy tarde hoy.

Todos se pusieron de pie al hacerlo el príncipe, quien se retiró seguido silenciosamente por el hombre vestido de negro.

Aquella noche pasó sin que nada extraordinario ocurriera, excepto la llegada de dos viajeros bastante conocidos por nuestros lectores y que decidieron alojarse en la Posada de Malta.

-Perdonad, señores -díjoles el posadero-, pero no tenemos habitaciones disponibles.

-Dadnos cualquier rincón, pues venimos desde Londres y estamos cansados.

-¿Podría saber quiénes son vuestras mercedes?

-Somos Moisés Espouts y Octavio Mostacilla, y hemos pertenecido a Bow Street -dijeron los recién llegadoS.

-¡Vaya!... ¿eso quiere decir que sois de la policía?

-Ni más ni menos. Y venimos a Manchester en misión... bueno...

eso no os interesa. ¿Nos daréis habitaciones?

-Pues, la única que tengo es ésta -y el posadero les mostró una destartalada pieza donde las arañas, las cucarachas y los ratones se paseaban con entera comodidad.

-No hay más remedio que aceptar. Traednos algo de comer.

El posadero fué en busca de algunas viandas, mientras Espouts y Mostacilla depositaron en el suelo un enorme baúl que traían con ellos.

-No perdáis de vista el baúl, Mostacilla -dijo Espouts.

-Descansad tranquilo. Allí está nuestro tesoro y nadie será capaz..

Dejó sin terminar la frase porque al punto apareció Roque con la comida. Mas, cuando éste se hubo retirado, dijo Espouts:

-Estos documentos que Jonatán Ridgeway dejó y que yo he guardado nos harán ricos.

-¡Callad! No sea que nos estén escuchando.

Dejaron de hablar los pesquisantes y pusieron a comer vorazmente.

Poco después ambos dormían como troncos.

Pero lo que Espouts y Mostacilla no sospechaban, era de que, mientras dormían, una de las tablas de la pared se corrió hacia un lado y un hombre entró sigilosamente en la pieza.

II

Los pesquisantes en desgracia

Al día siguiente el posadero dijo a los famosos sabuesos:

-Debéis desalojar el aposento, pues lo necesito para poner algunos artículos que he recibido.

-¿No podéis recomendarnos a ninguna otra persona en Manchester para que nos aloje?

-Sí; tengo un amigo aquí cerca. Invocad mi nombre y os dará alojamiento, aunque no se trata de una posada.

-¿De qué se ocupa vuestro amigo? -preguntó Espouts.

-Es ebanista; pero podéis confiar plenamente, pues es hombre de confianza.

Espouts y Mostacilla pagaron al posadero y cargando el baúl dirigieronse a la casa que Roque les había indicado, y cuyo dueño llamábase Ellín.

-Pasad -les dijo Ellín-. Si venís de parte de Roque haced de cuenta que ésta es vuestra casa. Tengo tres o cuatro habitaciones desocupadas.

-¿Precio? -preguntó Mostacilla.

-Diez chelines semanales.

-Trato hecho.

-Sara, la vieja sirvienta, vendrá en seguida a poner en orden vuestra habitación -díjoles Ellín desapareciendo.

Poco después entró Sara en la habitación acompañada por Ellín.

-Os recomiendo que le habléis en voz alta -dijo el ebanista- pues Sara es bastante sorda. Que descanséis, caballeros.

Espouts y Mostacilla miraron a la criada tratando de contener la carcajada, pues aparte de ser fea y vieja, con el rostro surcado de cicatrices, llevaba una bata tan larga que nó permitía distinguir al, primer golpe de vista si era aquello una mujer o un hombre disfrazado de tal.

-Apuntadme en ese papel lo que deseáis comer -dijo Sara con voz chillona- y os lo traeré al punto.

Espouts hizo lo que Sara le decía y al poco rato se sentaban a la mesa.

-Nos serviremos nosotros mismos -dijo Mostacilla a, Sara.

-¿Qué decís?

-Que nos serviremos nosotros mismos -gritó Mostacilla.

-¿Que no estáis para mimos?

-Que... ¡Que os vayáis al diablo!-¿Que por qué hablo?

Espouts, no pudiendo soportar la risa, tomó a Sara por un brazo y le indicó la puerta.

-¿Que me vaya? -preguntó la mujer.

Espouts hizo un gesto afirmativo y Sara salió del aposento.

-No sé qué tiene esta casa, que me da mala espina -dijo Mostacilla.

-A mí también, pues he visto unos escalones que me pareció que ascendían, y casi me caigo rodando a una cueva. Despues creí ver otros que descendían y he dado en ellos un tropezón que casi me rompo las narices.

-Lo mejor que podemos hacer es recoger el paquete de las cartas y visitar a sir Engleton cuanto antes.

-Sí, una vez que terminemos de comer.

En efecto, una hora después, Mostacilla y Espouts dirigíanse a Standish House, donde se alojaba sir Engleton.

-¿Desean los señores ver a sir Engleton? -preguntó un criado.

-Si es posible...

-Pasen los señores.

Al poco rato estaban frente al personaje que buscaban.

-Sentaos, señores. ¿A quiénes tengo el honor de hablar?

-Me llamo Moises Espouts, y mi amigo Octavio Mostacilla.

-Mayor gusto. ¿Y en qué puedo servirlos?

-Os lo diré en pocas palabras -añadió Espouts-. No hace mucho tiempo era jefe de policía de Bow Street el señor Ridgeway, que en paz descansa.

-Le conocí -interrumpió sir Engleton-. Era yo entonces magistrado y en tal calidad recibí en mi casa a ese señor Ridgeway. Por cierto que aquel caballero me disgustó sobremanera, pues era hombre ordinario, soez y...

-Pero parece ser -interrumpióle Espouts- que el señor Ridgeway tenía en su poder algunas cartas que fueron dirigidas a vos por cierto caballero que se hallaba a la sazón en Francia...

-Proseguid; proseguid -dijo interesado sir Engleton.

-¿Será menester decir que el tal caballero tiene el título de príncipe?

¿Y será necesario insistir en que las tales cartas son comprometedoras para vos... y que, en fin, ellas obran en nuestro poder?

-Comprendo vuestra intención. ¿Dónde están las cartas -preguntó el noble.

-Aquí en mi bolsillo, tengo algunas -replicó Espouts-. ¿Aceptáis nuestras condiciones?

-Primero veamos si son auténticas esas cartas.

-Eso es bien fácil -dijo Espouts sacando de su bolsillo el famoso paquete.

-Tened la bondad de romper ese cordón y de leerme alguna de esas cartas -dijo con serenidad sir Engleton, mirando fijamente a Espouts y a Mostacilla.

-Con mucho gusto -respondió el primero.

Mas, al abrir el paquete y coger una carta, se puso de pie dando un alarido.

-¡Maldición!

-¿Qué os pasa? -Preguntó alarmado Mostacilla.

-¡Nos han robado las cartas! ¡Aquí no hay más que papeles en blanco!

Sir Engleton se levantó y apuntó con sus pistolas a los sorprendidos visitantes.

-¡Par de granujas! ¡Salid de aquí, mentecatos!

Espouts y Mostacilla salieron corriendo azorados.

-¡Soltad los perros! -gritó sir Engleton a los criados.

Los dos ex policías huían a todo lo que daban sus piernas, cuando fueron sorprendidos por dos hombres que, con los látigos en alto, se les abalanzaron descargando sobre las espaldas de los fugitivos fuertes golpes.

Espouts y Mostacilla quedaron tendidos en tierra, poseídos de indescriptible terror.

Los perseguidores aprovecharon esta circunstancia para castigar tan severamente a los intrusos, que éstos perdieron el conocimiento.

Veamos, mientras tanto, qué le sucedía en esos instantes a sir Hone, el nuevo juez de

Manchester.

Era éste un hombre de agrio carácter y duro corazón, para quien la vida de un hombre carecía de valor y que aplicaba la justicia con mano de hierro. De allí que se hubiera hecho acreedor del odio de todos cuantos le conocían, aun de sus mismos criados.

Aquel día salió del Palacio de justicia y montó en su carruaje.

-A casa de lord Munraven -ordenó al cochero con tono áspero.

El coche del juez partió veloz, llegando poco después a una lujosa mansión.

-Creíamos que ya no veníais -le dijo lord Munraven al verle entrar.

Como en todas las grandes fiestas con que los magnates de ese entonces obsequiaban a sus invitados, antes de la comida era de rigor jugar un rato.

Sir Hone tenía un mal día y su dinero fué pasando, libra por libra, al bolsillo de los demás jugadores. Después se que sin una moneda de oro y con un malhumor imposible de disimular.

-Mil libras en contra de esa perla negra que lleváis en el dedo -dijo uno de los afortunados jugadores, que respondía al nombre de Banister.

-Ni por diez mil -exclamó el juez-. Es un regalo de mi soberano.

-Sir Hone -dijo el dueño de casa-. Se trata de una broma de nuestro amigo.

-No; no es broma -interrumpió Banister-. Se lo he propuesto bien en serio, porque sé que sir Hone acostumbra olvidarse de las deudas que en el juego contrae.

Aquellas palabras ocasionaron un verdadero alboroto. Cayeron sillas y mesas y salieron a relucir las espadas. Y Banister se vió sacado a empujones de la casa, sin peluca y sin espada.

Sir Hone salió también poco después, subió al carruaje y, ya camino de Manchester, iba pensando:

"Me las pagará ese insolente. Le haré arrestar por traidor a la Corona... aunque no lo sea. Ya encontraré motivos para encarcelarlo.

La noche era oscurísima y el carruaje se deslizaba por un camino peligroso en horas no menos expuestas a un asalto. Y, como es fácil suponer, el asalto se produjo.

-¡Alto! Soltad las riendas o sois hombre muerto -gritó un hombre al cochero.

-¿Quién sois para darme esa orden? -preguntó el cochero.

-¡Dick Turpin! -dijo uno.

-Y dos humildes servidores vuestros: Moscarda y Kin-agregaron dos voces.

-¿Quiénes son esos perros? -gritó sir Hone sacando la cabeza por la ventanilla.

-Perros que muerden sin ladrar -replicó Dick-. Señor juez, tengo verdadero placer de dirigir mi torpe palabra a una lumbrera jurídica cual vos, excelsa persona.

-¿Sabéis que estáis hablando con un magistrado de Su Majestad?

-dijo sir Hone con énfasis.

-Parece ser que su Graciosa Majestad -replico Dick- no se para mucho en la elección de sus jueces... Tened, milord, la bondad de pasarme ese anillo.

-Jamás!

--os estoy apuntando.

-¡Tomadlo! -tronó sir Hone E iba a tirar al suelo la sortija cuando Dick le grito:

-No seáis grosero, amigo mío. Haced las cosas comente. Así, eso es. Ahora, tened la amabilidad de apearos.

-¿Qué? ¿Todavía no habéis cometido bastantes indignidades conmigo?

-Pero es que se da el caso que antes que vos, pasó un caballero y le hemos asaltado. Además, le hemos atado a un árbol. Y no es justo qué con, vos no hagamos lo mismo.

El caballero a que hacía referencia Dick Turpin, no era otro que el joven Banister, quien, pese a la situación en que se hallaba, amarrado a un árbol, no dejaba de reír viendo la cara del juez.

-¡Os mandaré ahorcar! -rugió sir Hone.

-No lo dudo; pero antes que podáis hacerlo, permitidnos que os atemos junto a este caballero.

-Jamás! ¡Nunca lo haréis! -volvió a rugir el encolerizado sir Hone, poniéndose rojo como la grana.

-A este hombre le va a dar un ataque -murmuró Moscarda.

No bien lo hubo dicho, el cuerpo de sir Hone rodó por el suelo, como fulminado.

-Este ya no juzga a nadie más -sentenció Dick.

III

La habitación que se mueve

Cuando Espouts y Mostacilla recobraron el conocimiento, se dirigieron más que apresuradamente a la casa del ebanista Ellín, al cual no dijeron una sola palabra de la triste aventura que habían vivido.

-Esta noche -les dijo Ellín ni bien los vió entrar- dormirán vuestras mercedes en otra habitación, pues ha llegado un amigo que no esperaba y he tenido que colocarlo en la estancia que teníais.

-No importa -dijo Mostacilla-; ya nos arreglaremos.

-Bien; seguidme -añadió Ellín-. Vamos a subir por una escalera un poco deteriorada, así que andad con cuidado.

Espouts y Mostacilla siguieron al ebanista con cautela hasta que llegaron a una habitación menos lujosa que la anterior.

_¡Que descanséis! -díjoles con cierta ironía Ellín.

-Igualmente -le respondieron los famosos sabuesos.

Poco después se acostaban, tratando de conciliar el sueño, aunque no podían apartar de su mente los recuerdos tristes que se les presentaban.

Los incautos no sospechaban que Dick Turpin les había hurtado las cartas y que, enterado de su contenido, las había entregado personalmente a sir Engleton, poniendo papeles en blanco a cambio de aquéllas.

De pronto Espouts oyó un ruido extraño.

-Deben de ser ratas -se dijo para tranquilizarse.

Pero vió que dos puntos luminosos salían de la pared y que de improviso se transformaban en dos ojos penetrantes, enclavados en un rostro cuadrado y repulsivo. Espouts creyó reconocer a Sara, la criada, pero no ataviada como de ordinario, sino en forma de hombre, y de un hombre corpulento que tenía una pistola en una mano y una espada en la otra.

-¡Socorro! -gritó Espouts-. ¡Asesinos!

La visión desapareció rápidamente,, al tiempo que Mostacilla preguntaba:

-¿Qué demonios ocurre?

-¡Sara!... ¡Sara se ha transformado en hombre!

Mostacilla iba a contestar cuando sucedió algo sorprendente. El piso del cuarto empezó a moverse.

-¡Se hunde la casa! -gritó Espouts.

-¡Favor! -aulló Mostacilla.

Abrióse la puerta y el movimiento amenazador cesó como por encantamiento.

-¿Qué escándalo es éste? -preguntó Ellín, que era quien habla entrado.

-La... la casa se derrumba -balbuceó Espouts-. Aquí hay algo misterioso.

-¡Fuera de aquí en seguida! -díjoles Ellín-. ¡Vestios y a la calle!

No quiero locos en mi casa. ¡Sois un par de dementes!

-Es que nos han robado -explicó Espouts-. ¡Los criados de sir Engleton aparte de castigarnos nos han robado!

-¡A otro perro con ese hueso! ¡Embusteros!

-Sí, sí; no os hemos dicho nada antes, pero es verdad. ¡Quedamos desvanecidos... y cuando despertamos no teníamos las carteras!

-Sois un par de embusteros -dijo Ellín, y luego alzando la voz:

-¡Tito... venid!

Un instante después entró en la habitación un hombre fornido, con cara de pocos amigos.

Echad a estos hombres, pero antes cobradles -díjole Ellín a Tito.

-¡Pero si no tenemos ni un penique!

-Eso no me importa -repuso Ellín-. Id a contarle vuestros apuros al nuevo jefe de policía. El señor Wade os ayudará.

-Pero...

-Caballeros-dijo Tito con amenazadora voz-, os doy cinco minutos de plazo.

No hubo remedio. Espouts y Mostacilla tuvieron que salir a la calle sin lavarse y a medio vestir. E inmediatamente fueronse al despacho del nuevo jefe de policía de Manchester, el señor Wade.

Este funcionario acababa de recibir la noticia de la muerte de sir Hone y de la presencia aún de Dick Turpin en la zona. De más está decir que tenía un humor de mil

diablos. Y en el instante en que llegaban Espouts y Mostacilla, el señor Wade conversaba con el joven Banister, testigo presencial del hecho.

-¿Os dijo algo sir Hone cuando le ataron al árbol? -preguntaba Wade.

-Ni una palabra. Presumo que murió de miedo o de rabia. -Sin embargo, el responsable de su muerte es Dick Turpin.

Un gendarme apareció diciendo:

-Señor, ahí fuera están dos señores que dicen ser de Bow Street.

-Hacedles pasar.

Espouts y Mostacilla entraron en el despacho del jefe. Y tras breve presentación iban a dar comienzo a su relato, cuando un gendarme abrió la puerta para dar paso a sir Engleton.

-Señor Wade -empezó diciendo el caballero-, quiero informaros de que dos pícaros... Mas, ¿qué veo? ¡Si son éstos!

-¿Qué os han hecho?

Sir Engleton refirió lo que ya conocemos.

-¿Qué tenéis que decir vosotros? -preguntó Wade a Espouts y Mostacilla.

Ambos compañeros de infortunio se miraron, suspiraron y trataron de hablar a un tiempo. Pero estaba visto que las sorpresas debían sumarse aquella noche, pues antes de que Espouts y Mostacilla empezaran a hablar, hizo irrupción en el despacho de Wade un nuevo personaje, viejo conocido de nuestros lectores: el señor Vulcano Wiggem.

Este, al ver a Espouts y Mostacilla, puso cara de inmensa alegría.

-¡Hombre! exclamó-. Por fin os encuentro... Señor Wade, soy Vulcano Wiggem, jefe de policía de Bow Street. Estos dos señores estuvieron bajo mis órdenes y...

-¡Vaya! No habían mentido, por lo visto -se dijo Wade.

-Se marcharon de Bow Street sin avisar, siendo, por tanto, desertores.

Permitidme que os diga algunas palabras reservadamente.

Poco después, y a raíz de la conversación entre Wade y Wiggem, Espouts y Mostacilla retiráronse con su antiguo jefe a una habitación de la comandancia donde Wiggem les reprendió severamente.

-¡Basta de hacer el ridículo! ¿No comprendéis que en todo esto anda Dick Turpin?

-Lo suponíamos.-Y ahora decidme, ¿qué clase de hombre es ese Roque, el dueño de la posada?

-Un hombre alegre cuyo negocio parece próspero.

-Bien; entre el señor Wade y yo hemos ideado un plan... En él formáis parte, de manera que cuidado con lo que hacéis.

Brevemente les explicó el plan y los tres se marcharon por distintos caminos.

Poco después, Vulcano Wiggem, disfrazado de labriego, entraba en la Posada de Malta y se hacía servir una jarra de cerveza. Roque, el posadero, miró con extrañeza al Visitante, aunque sin darle mayor importancia, pero sí la prestó cuando vió que entraban varios gendarmes.

Fué entonces cuando el presunto labriego se abalanzó sobre Roque ordenando a los gendarmes:

-¡Revisad la casa!

-¡Un momento! -gritó Roque. ¿Traéis orden judicial?

-¡Con orden o sin ella, revisad! -ordenó nuevamente Wiggem-.

¡Y a este canalla, amarradle!

Los gendarmes, una vez que sujetaron a Roque, corrieron escaleras arriba; pero no bien se encontraron en medio del tramo cuando, sin que pudieran explicárselo, cayeron todos rodando unos sobre los otros. Y los gritos y exclamaciones atronaron la casa.

Cuando se repusieron, buscaron al señor Wiggem y no le encontraron por ninguna parte.

-¡Señor Wiggem! ¡Señor Wiggem! -gritaban los gendarmes.

Pero el jefe de Bow Street no aparecía, por lo cual los gendarmes optaron por retirarse y dar cuenta al señor Wade. de la misteriosa desaparición.

IV

De nuevo frente a frente

Cuando Vulcano Wiggem recobró el conocimiento, dióse cuenta de que estaba en poder de Dick Turpin.

En efecto; el refugio momentáneo de la cuadrilla era la casa del ebanista Ellín, vecina a la posada.

-De manera que estoy en vuestro poder, ¿no es eso? -preguntó Wiggem.

-Sois una luz para pensar. Efectivamente, estáis en poder mío -repuso Dick con sorna.

-Hermosa acción -replicó Wiggem-. Os habéis apoderado de un hombre inconsciente.

-Eso poco interesa; lo que importa es saber si habéis hecho testamento.

-¿Qué?

-Sí, porque si vos me hubiérais hecho prisionero, de seguro me mataríais... pues eso es lo pienso hacer con vos... mataros -repuso Dick.

-Yo he obrado de acuerdo con la ley.

-La ley no hace malos a los hombres, sino sus representantes... Y vos sois uno de ellos. De manera, Vulcano Wiggem, que esta noche dejaréis de existir.

-¡Escuchadme! -suplicó Wiggem-. Yo quisiera que...

-Teméis la muerte, ¿verdad?

-Pedid cuanto queráis por mi *rescate* y os aseguro que...

-Nada. Yo quiero vuestra vida, pues, como dice el refrán, "vale más ser cocinero cruel que inocente pollo"... Si el cocinero fueseis vos, me retorceríais el pescuezo.

Dick dió una palmada e inmediatamente aparecieron tres encapuchados.

-No, no... -gritaba Wiggem-. Dejadme la vida... Os lo suplico de rodillas.

-¡Pronto! Acabad de una vez con este hombre -ordenó Dick Turpin.

Mas, en el preciso instante en que los encapuchados avanzaban, oyéronse gritos de:

-¡Fuego! ¡Fuego!

Dick Turpin tocó un resorte secreto y abrióse un hueco en uno de los muros, e inmediatamente penetró por dicha abertura una columna de humo negro. No había, pues, momento que perder. Y viendo Dick que no le quedaba otro remedio que partir de allí si no quería sucumbir, sacó su pistola y se acercó a Wiggem. Este tembló creyendo llegada su última hora. Pero Dick volvió a guardar el arma.

-Aplazaré mi venganza para otra ocasión -y luego dirigiéndose a sus compañeros elíjoles-: Aquí hay un parapeto que conduce hasta el tejado de la Posada de Malta. Pasad vosotros primero, y Vulcano Wiggem el último.

-No; tú, primero -dijo Moscarda.

-¡Haced lo que os mando! -dijo Dick imperiosamente.

Los bandidos emprendieron la huída sin perder la serenidad, cuando las llamas empezaron a invadir la habitación. Vulcano Wiggem también trató de ganar la estrecha muralla, pero al verse sobre ella y observar la altura en que se encontraba, empezó a dar lastimeros gritos.

-¡No os mováis! -gritáronle desde la calle-. Están atando varias escaleras.

Cuando la escalera se apoyó en la pared, Wiggem empezó a descender presa de un terror indescriptible. Dos minutos después lo, casa del ebanista Ellín se hundía con enorme estrépito.

Wade y algunos gendarmes rodearon a Wiggem y le llevaron a la Comandancia. Mientras tanto, Dick Turpin, con Tomás King, Moscarda y Pat, preguntábanse el motivo de aquel incendio.

-¿Cómo diablos ha podido ocurrir esto? -preguntó Dick-. Ni que hubiese sido de fósforo la casa.

-Aquí hay algo misterioso -agregó Moscarda.

En ese instante apareció la cabeza de Peters.

-¿Y Batanero? -preguntó Dick.

-En la cama, o mejor dicho, debajo de ella -respondió Peters-.

Hemos sorteado para ver quién tenía que venir a contaros lo sucedido, y, como de costumbre, me ha tocado a mí perder...

-¡Habla! -ordenó Dick-. ¿Qué ha pasado?

-Capitán -empezó diciendo Peters-. Batanero y yo reñimos... Y cuando iba a darle un mamporro al negro, derribé la linterna que había en nuestro cuarto, la cual incendió el alcohol que había en las botellas donde Ellín guardaba sus barnices...

-¡Gran Dios! ¡Buena la habéis hecho! Habéis dejado a Ellín completamente arruinado. ¡Desapareced de mi vista!

Peters salió de la habitación con aire compungido y momentos después se presentaba Batanero.

-¡Hola! El otro culpable -dijo Dick.

-Sí, capitán -dijo el negro.

-Ven, villano -llamóle Dick-. Hay que pagar el daño que habéis hecho. ¿Cuánto dinero tienes?

_Seis peniques menos que Peters.

-Y Peters, ¿cuánto tiene?

-Nueve chelines.

Dick no pudo evitar de reír. Con aquel dinero no bastaba para una cena vulgar.

-¿Qué castigo queréis que os aplique? -preguntó Dick.

-Un puntapié en las posaderas -dijo el negro.

-Pues bien; aquí lo tienes -respondió Dick uniendo la acción a la palabra-. Y ahora a ti, Peters.

Cuando Dick le dió el puntapié a Peters, el negro Batanero exclamó:

-Ahora estoy tranquilo.

Sin embargo, Dick Turpin quedó preocupado por el daño que se le había hecho al ebanista Ellín, que tantos favores le había prestado en Manchester. Pero alguien vino en socorro del preocupado capitán, y ese alguien era Santiago Bening, el joven a quien Dick había hecho recuperar su fortuna.

Santiago, sabedor del incendio, presentóse a Dick para saber si había sufrido alguna herida.

-No, por suerte, amigo mío -díjole Dick-. Pero me duele que este buen hombre haya quedado en la miseria por mi culpa.

-¿Cómo? ¿Era-amigo vuestro el dueño de la casa?

-Sí; y me prestó su apoyo incondicional.

-Entonces, permitidme que retribuya en algo lo que habéis hecho por mí, generoso amigo. Yo haré construir otra casa de mi peculio personal y se la entregaré en vuestro nombre.

Dick Turpin abrazó emocionado al joven Bening, que así pagaba los favores recibidos.

EL INFAME DELATOR

I

Una cabaña solitaria

A raíz del incendio de la casa del ebanista, en Manchester, y la necesidad de escapar a las iras de Vulcano Wiggem y del nuevo jefe de policía Wade, Dick Turpin y sus amigos tuvieron que abandonar la región. Por ello es que el bandido no pudo ponerse nuevamente en contacto con el príncipe Carlos ni conocer los planes de éste para ocupar el trono de Inglaterra, ocupado entonces por el rey Jorge.

Pero el príncipe Carlos había abandonado Manchester la noche misma de la conversación con Dick Turpin, y lo había hecho a sugestión de su acompañante, el cual habíase enterado del peligro que el pretendiente al trono corría en aquella región, la cual habíanse dado cita tantos policías en persecución de un famoso bandido cual Dick Turpin.

El día, o mejor dicho, la noche que volvemos a encontrar a Dick lo sorprendemos en momentos que llega a la orilla de un río, se arroja al agua con su yegua sin vacilar, y llega

al borde opuesto sin el menor contratiempo. Es decir, que siguiendo la costumbre, para llegar a un sitio determinado sin ser sorprendidos, los amigos se han separado y elegido distintos caminos.

Dick llevaba ya algún tiempo cabalgando, cuando distinguió una luz en una cabaña solitaria situada en la cima de una pequeña montaña.

Dick tomó el sendero que conducía a la casa Y. al llegar a ella, llamó a la puerta con su latiguillo. La puerta se abrió instantáneamente y apareció en ella un hombre de tosco aspecto.

-¿Qué queréis?... ¡Ah! -se interrumpió bruscamente-. Os conozco.

Vos sois Dick Turpin.

-¡Vaya! ¿Por qué negarlo? -dijo Dick algo sorprendido-. Necesito albergue por esta noche.

-Os proporcionaré lo que deseáis.

-¿Dónde nos hemos visto? -preguntó Dick siguiendo al hombre hacia la parte trasera de la cabaña.

-No penséis, pues aunque yo os conozco, Vos no me conocéis.

-No obstante, me gustaría saber con qué clase de hombre he de habérmelas.

-Bien, me llamo Miguel Buck, y una noche os vi asaltar un coche mientras yo estaba oculto en un bosque, pues acostumbro visitar los bosques cuando los guardias están ausentes...

-¡Ah, vamos! Sois cazador furtivo, por lo visto.

-Habéis acertado... Bueno, vuestra yegua ya está al reparo. Ahora acompañadme a la cabaña.,Ambos se introdujeron en la casucha y Buck díjole a Dick:

-Aquí podéis dormir, en cuanto a comer, ahora mismo yo...

-No; dejad. No tengo hambre ni sed -interrumpióle Dick-. ¡Hola!

¿Escuchasteis? Ruidos extraños.

-Sí -respondió Buck-. A lo mejor son gendarmes... y quizá tengáis que ayudarme.

-Contad conmigo -dijo Dick-, por dos razones. La primera porque sería ingratitud dejar solo a quien me ha prestado ayuda, y segundo porque si son gendarmes es a mí y no a vos a quien buscan.

-Esperad un momento -dijo Buck-. Voy a demostrarle que no estoy dormido.

Y sacando dos pistolas se dirigió a la puerta.

-¿Quién va? -preguntó-. Si no respondéis al punto, hago fuego.

-¡Un momento! -dijo una voz-. Guardad las pistolas porque venimos en tren de paz. Somos dos hombres que buscamos un lugar donde pasar la noche.

-Acercaos de manera que pueda veros -dijo Buck.

-No hace falta -replicó Dick-. Esa voz la conozco. ¡Eh Batanero!

¿Qué hacéis aquí?

-¡Capitán! -respondió el negro acercándose. Aquí estoy con Patillas, es decir, con el

respetable maese Peters y...

-Son dos de mis compañeros -explicó Dick a Buck-. ¿Permitís que pasen?

-Adelante; aunque la cabaña es chica, caben todos los amigos de Dick Turpin. ¡Ea, adelante, amigos!

Entraron Peters y el negro Batanero, comenzando a contar a su jefe el camino que habían tomado y cómo les había ido desde la salida de Manchester.

En eso estaban cuando sonó un violento golpe en la puerta y se oyeron las voces de "¡Ah, de la casa! ¡Ah, de la casa!" -¿Gendarmes? -susurró Batanero.

-No -dijo Miguel-. Los gendarmes no andan con tantos miramientos.

Pero, lo mejor será abrir inmediatamente. Mas vosotros, salid por la puerta trasera.

Una vez que Dick, Peters y Batanero hubieron salido, Miguel Buck abrió la puerta.

-¡Entrad, señores -dijo- y sed bien venidos!

Quien entró primero fué un oficial del ejército, e inmediatamente le siguieron algunos soldados.

-Traigo conmigo un prisionero -dijo el oficial-. El hombre está herido y como nos hemos perdido, queremos descansar un poco y preguntaros por el camino.

-Estoy a vuestras órdenes, caballero -respondió Buck-. Descansad y luego yo os conduciré.

-¡Entrad a ese loco! -gritó el oficial.

Al oír estas palabras entraron dos soldados más llevando consigo un hombre joven con la cabeza vendada y el rostro cubierto de sangre.

-¡Es Huberto Hasingham! -se dijo Buck.

En aquel momento abrió los ojos el herido y suplicó que le dieran un poco de agua.

-¡Tornad! -díjole Buck acercándole un vaso.

-Sino hubierais cometido la torpeza de venir otra vez a Inglaterra -empezó a recriminarle el oficial-, no os ocurriría esto. En Francia estabais libre como lo están todos los rebeldes que conspiran contra el rey Jorge. No haber venido y...

-No os culpo a vos... -dijo el joven Huberto algo reanimado ya-

Maldigo a ese infame de Javier Bulteel que me ha traicionado.

-Ha cumplido con su deber -arguyó el oficial.

-La única falta que he cometido es haber venido a Inglaterra a recibir el postrer suspiro de mi padre... Javier Bulteel lo supo y me delató... Mas, no vine como conspirador sino como hijo de un hombre que...

-Pero vos conspirabais contra el rey Jorge desde Francia.

-No lo niego, pues guardo fe al verdadero heredero del trono de Inglaterra...

-¡Callaos! -interrumpióle el oficial-. Es hora de que nos pongamos nuevamente en marcha.

-Estoy dispuesto a seguiros... de todo modos quien sabe si llego con vida a la prisión...

-Donde pasaréis el resto de vuestros días -exclamó el oficial-.

¡Ea! En marcha. Y vos, ¿nos indicaréis el camino?

-Sí -respondió Miguel-. Cuando gustéis.

Salieron todos de la cabaña. Poco después volvían a ellas los bandidos.

-¡Pobre desdichado! -exclamó Peters.

-¿Habéis oído bien el nombre del traidor? -preguntó Dick.

-Sí, Javier Buldeel -replicó Peters.

-No lo olvidéis -recomendó Dick, agregando-: ahora conviene esperar a que venga Miguel, quien no ha de tardar en llegar.

En efecto, poco después hacía irrupción en la cabaña el cazador furtivo con visibles intenciones de hablar sobre lo que había ocurrido.

-Se lo han llevado a Reading -dijo el recién llegado- pero la policía de ese lugar lo mandará a Aylesbury, que es donde ha de ser juzgado.

-¿Le conocéis al joven? -preguntó Dick.

-De vista y de nombre, pues aquí se le quiere. Se mezcló en el asunto del príncipe Carlos y tuvo que huir a Francia. Poco después, su padre, sir Gastón, cayó enfermo de gravedad; el hijo lo supo y volvió a Inglaterra para abrazar al moribundo. Al llegar a Dover fué reconocido por Javier Buldeel y éste lo denunció a la policía. Y cuando Huberto salía de besar a su padre por última vez, fué atacado por los soldados que le dejaron mal herido, según habéis visto... Eso es todo lo que he podido enterarme.

-Ese joven será vengado -dijo gravemente Dick Turpin-. Vosotros, Peters y Batanero, id hacia Aylesbury. Yo tomaré el camino de High Wycombe, pues tengo que dar con ese Javier Buldeel cueste lo que cueste.

II

Un caballero que se ofusca

Cuando Dick Turpin llegó a High Wycombe encontró el coche- correo detenido frente a la fonda conocida por "El cuerno de la abundancia".

Dick pasó por detrás del coche y entró resueltamente hacia las cuadras, donde un joven solícito vino a hacerse cargo de la yegua.

-¡Qué yegua tan negra! -exclamó el mozo-. Cualquiera os tomaría por Dick Turpin al ver a este jaco.

-Tomad un par de libras para que no volváis a pensar así -replicó Dick tranquilamente.

-Mil gracias, señor.

-Y aquí van otras tres para que no se hable más del asunto mientras esté esta yegua aquí.

-Podéis estar seguro de que ese nombre no será pronunciado en ningún momento -dijo con vivacidad el mozo.

-Dick se acercó a la ventanilla donde se encontraba la encargada de anotar los nombres de los viajeros y preguntóle:

-¿Ha estado por aquí un caballero llamado Ring?

-Comió aquí anoche, con otro señor; pero se marchó diciendo que volvería pronto
-replicó la mujer.

-Gracias; iré al comedor.

Cuando Dick entró al comedor, vióse en la necesidad de sentarse en un extremo de la única mesa que había, la cual estaba ocupada por tres señoritas, una señora de agradable presencia, un oficial del ejército, un clérigo, y un hombre grueso, de fatua apariencia, que daba atroces resoplidos cada, vez que respiraba.

Hablaban animadamente sobre un tema que, al parecer, apasionaba tanto a los hombres como a las mujeres, pues una de éstas decía:

-Ha sido una lástima que lo apresaran.

-¿Lo colgarán o le cortarán la cabeza? -preguntó el clérigo.

-La Corona -dijo el hombre grueso- puede, en uso de su regia prerrogativa, conmutar la pena de garrote -vil por la de ser decapitado; pero si no me equivoco, creo que el joven Huberto será ahorcado.

-¡Qué vergüenza! -dijo la señora-. ¿Si el prisionero fuese vuestro hermano, hablaríais en ese mismo tono?

"Esto empieza a ponerse interesante" -pensó Dick Turpin.

-Tal vez el caballero no ha tenido nunca hermanos, y si, los ha tenido, poco debe haberle importado... -mpezó a decir una de las señoritas.

-Tampoco parece preocuparle mucho su padre... -terció otra.

-Señoras -dijo el obeso caballero, rojo de cólera-, si estuviera aquí mi amigo Javier Bulteel podría contestaros, pues él es diría que es deber de todo hombre afecto a la Corona, espiar a los que favorecen la causa de los Estuardos... Huberto conspiró y bien merece ser castigado.

-El caballero -dijo una de las señoritas dirigiéndose a Dick- no nos ha dado aún su opinión.

-Declaro honradamente -replicó Dick- que el joven de quien habláis ha cumplido como hijo y como caballero, y si yo fuese rey...

-A ver, ¿qué haríais? -dijo el hombre, gordo.

-Ahorcaría a los hombres como vuestro amigo... ese... Javier no sé cuanto, que ha demostrado no tener corazón y ser un infame delator.

-¡Muy bien! -gritó la señora con entusiasmo-. Me parece, señor Daniel Corker, que habéis hallado la horma de vuestro zapato.

"Daniel Corker" -pensó Dick-, "ya sé algo más." -Señores -terció el clérigo-. Los que conspiran contra rey Jorge saben a lo que se exponen, conque. -. haya paz.

-Esto sí que es curioso -repuso Dick Turpin-. Vos aconsejáis la paz... pero para vos la paz consiste en que todos piensen como vos lo hacéis, y al que se atreva a opinar lo contrario lo perseguís y lo aco-rraláis como a bestia dañina. Sin embargo, me atrevo a jurar que si el príncipe Carlos triunfara, os faltaría tiempo para humillar la cerviz y ponerlos a su lado... tal como estáis ahora al lado del rey Jorge.

-¡Basta! ¡Callad! -clamó Corker en el colmo de la indignación-.

¡Este hombre está loco... o es un traidor! ¡Callad, o lo pasaréis muy mal!

-Según veo -continuó diciendo Dick- sois digno émulo de vuestro amigo Javier Bulteel, el delator. Siento haberme rebajado a cruzar mi palabra con la vuestra.

-No os alteréis -dijo Corker tornándose lívido-. No acostumbro reñir con desconocidos.

-¡No acostumbráis a reñir porque sois un cobarde! -dijo fríamente Dick.

-¡Señores! ¡Calma! -decía el clérigo.

-¡Aparatos!- replicó Dick sin perder la calma-. Dejadme pasar, o juro que os derribaré de un puntapié, único tratamiento que merece un villano como vos.

Corker no pudo resistir más. La sangre afluyó a su cerebro impetuosa, y cayó el obeso caballero en brazos de un mozo de la fonda.

Le llevaron a un aposento y el médico se presentó al poco rato.

Este, después de atender cuidadosamente al enfermo, díjole al dueño de la fonda:

-El señor Corker no puede proseguir viaje. Y os ruega enviéis un mensajero especial a decirle al señor Javier Bulteel que venga inmediatamente.

Dick Turpin, que estaba presente, sonrió. La escena había salido de acuerdo con el plan que se había trazado.

Poco después llegaba Javier Bulteel, el delator del joven Huberto Hassingham.

Bulteel era un magistrado del condado de Bucks, quien esperaba cobrar la suma de quinientas libras, precio en que estaba tasada la cabeza del joven Huberto. Empero, Dick sabía que dicha suma no podía haber sido recibida todavía por el delator, y se proponía impedirlo a toda costa. De allí que partiera inmediatamente con destino desconocido.

Daniel Corker se entrevistó privadamente con Bulteel, y poco después salían ambos en una silla de posta. Y en ese preciso Instante entraba en la fonda el señor Ring acompañado de otro caballero.

-Señor Ring -díjole la joven que anotaba los nombres de los viajeros-, un caballero ha dejado esta misiva para vos.

-Gracias; y tomad por la molestia -dijo el caballero dándole a la joven una moneda de oro.

El señor Ring no era otro que Tomás King, el lugarteniente de Dick, y su acompañante, Moscarda.

-Dice el capitán que nos espera en Aylesbury -dijo King después de leer la carta.

III

El pago de una traición

En la fonda Del bienestar hallábanse reunidos Dick, King y Moscarda, cuando les fué anunciada la visita de dos caballeros. Entraron éstos, que no eran otros que el negro Batanero y Peters.

-¿Qué tal os ha ido? -preguntóles Dick-. ¿Habéis tenido alguna aventura?

-Este negro, que Dios confunda -dijo Peters-, es la más aventura que he conocido.

-¿Qué te ha hecho?

-¡Pues, que se ha gastado veinte libras en un buen caballo para él, y a mí me ha comprado uno cojo y tuerto que tropezaba con todo cuanto encontraba en el camino!

-Pues, en el próximo viaje -dijo Dick-, será Batanero quien monte el caballo tuyo... así quedaréis en paz. Pero ahora lo importante es vigilar el camino para ver dónde se alojan Bulteel y Corker, quienes han venido aquí a cobrar el precio de su traición. Ya estáis enterados del asunto.

Todos asintieron.

-Los encargados de informarme sobre el particular serán Batanero y Peters. De manera que ya podéis ponerlos en camino.

Los aludidos se pusieron de pie y se retiraron.

-En cuanto a nosotros, es menester que estemos alertas y con los caballos listos.

Una hora después llegaba la silla de posta a una posada situada a la entrada del pueblo. En la puerta de la misma esperaba un hombre alto, ricamente vestido.

-¿El señor Javier Bulteel? -preguntó a los recién llegados.

-Servidor -respondió el aludido.

-Deseo hablaros privadamente.

Bulteel hizo un gesto a Corker, y éste marchóse a dar unas vueltas por el pueblo, para dar tiempo a su amigo a que conversara con el desconocido.

-Aquí os traigo el dinero. ¡Quiera Dios que no, venga con él la maldición del Cielo!

-¿Qué significan vuestras palabras? -preguntó Bulteel.

-No estoy acostumbrado a dar explicaciones -replicó el caballero-.

Mi misión es daros las quinientas libras. Aquí las tenéis. Y que os hagan provecho.

-Os arrepentiréis de vuestras palabras.

-No tanto como vos de haber traicionado a un amigo...

¡Adiós!

Bulteel, nervioso y malhumorado, encerróse en su aposento se puso a contar el oro con ojos codiciosos. Miró luego su reloj y vió que ya era hora de que Daniel Corker estuviese de vuelta.

Pero a Daniel Corker le había pasado algo inexplicable. Había sido sorprendido por un caballero con antifaz, quien le había dicho:

-Señor Corker, ¿no me conocéis?

-No... y menos así cubierto con ese antifaz -Pues me lo saco -dijo el desconocido la acción a la palabra-. Y ahora, ¿sabéis quién soy?

-Pero... si sois el...

-El caballero con quien discutisteis hoy en la fonda. Pues bien; me presentaré. Dick Turpin para... robaros todo cuanto lleváis.

-¡Dick Turpin!

-El mismo. Venga el dinero. ¡Rápido!

—¡Tornadlo, bandido! ¡Ah, si lo hubiese sabido hoy!

-Lo pasado no vuelve jamás. Gracias por vuestro difiero, el que por otra parte no necesito, pero sé de una familia muy pobre que anda necesitada de algunas libras... A ella se las entregaré. ¡Ah! Otra palabra.

Esta noche no veréis a vuestro amigo Javier. Está citado conmigo.

-¿Cómo? ¿Qué? ¿Sabíais? -preguntó azorado e obeso Corker.

-Sí; todo lo sé. ¡Eh, amigos! -dijo elevando la voz.

Al punto aparecieron Batanero y Peters, quienes sujetaron y ataron a Daniel Corker.

-Vigiladle estrechamente -díjoles Dick-. Y si se resiste haced de él lo que queráis. Buenas noches, señor Corker.

Cuando Dick se hubo alejado, dijo Batanero:

-El capitán siempre nos da trabajos gordos. Mira qué bien alimentado está este cochino.

-¡Negro del demonio! -dijo con ira Corker.

-No insultéis, caballero. Yo os hago justicia, llamándoos cochino, ¿por qué no hacéis lo propio conmigo?

Peters no podía contener la risa al oír las ocurrencias de su compañero.

Entretanto, Javier Bulteel celebraba, con grandes tragos de vino, la feliz terminación de su aventura.

-Daniel no viene... mejor para mí, pues no tendré que darle las veinte libras prometidas... Ojalá desaparezca sin dejar rastros.

El vil delator, después de haber escanciado hasta el hartazgo, se acostó. Y a la mañana siguiente le había dado al posadero, éste le despertó.

-El desayuno está pronto, señor -dijo el posadero.

-Bien... ¿Ha venido mi amigo?

-No, señor.

-Entonces preparadme la cuenta. y ordenad que venga un coche, pues partiré inmediatamente.

Al cabo de un rato, Javier Bulteel dormitaba acunado por el traqueteo del vehículo y a consecuencia de los vapores del alcohol, cuyos efectos aún no se habían disipado.

El postillón, al ver que el viajero iba de un lado al otro, inerte, gritóle:

-¡Cuidado con caeros del coche!

Pero Bulteel no respondió.

Poco después acercóse a la silla de posta un jinete con el rostro cubierto por un antifaz y montado en una yegua negra como el azabache.

El postillón sospechó de quién se trataba y quedó paralizado por el espanto.

-No temáis -dijo el jinete-, pero deteneos. Soy Dick Turpin.

-Lo sospechaba.. pero bajad esa pistola, por favor.

-Os he dicho que no temáis. Lo único que debéis hacer es vigilar y avisarme si alguien se acerca. ¿Habéis entendido?

-Sí, sí... -respondió el postillón.

Dick Turpin sacudió con fuerza a Javier Bulteel y éste, al abrir los ojos y verse frente a un enmascarado, lleváse inmediatamente las manos a los bolsillos en busca de sus pistolas.

-¡Quieto! -ordenóle Dick-. Perdonad que os venga a pedir os esa bagatela que habéis recibido por traicionar a Huberto Hassingham.

-Pero...

-¡Nada de peros, y entregadme esa maleta al instante!

-¡Tened piedad de mí ¡Soy pobre! -se lamentó el miserable.

-¡El dinero o hago fuego!

-¡Tomadlo! -gritó con ira el traidor, arrojando al rostro de Dick la maleta. Dick trastabilló y dejó caer la pistola.

Bulteel aprovechó la ocasión para sacar la suya y apuntar al pecho de Dick, pero éste, con asombrosa rapidez, había desnudado su espada, y antes que Bulteel hiciera fuego, el acero del bandido atravesó la garganta del delator.

- ¡Muere, villano! -exclamó Dick-. Tú te has buscado la muerte.

Javier Bulteel quedó tendido en el camino, mientras Dick, cogiendo el dinero, volvía a montar y se alejaba a galope tendido.

IV

Una treta que da resultado

Huberto Hassingham iba a ser juzgado y la muchedumbre empezó a congregarse alrededor de la prisión para verle en el instante que le trasladaran a la sala donde habría de verificarse el juicio.

El alcaide llegóse a la celda del joven Hassingham acompañado de varios gendarmes.

-¡Seguidnos! -díjole secamente.

Hassingham, custodiado por los gendarmes, llegó hasta la puerta de la prisión donde le esperaba una silla de posta. Subió a ella y los caballos partieron al galope.

El guardián que estaba más cerca del joven díjole en voz baja:

-La cosa se ha puesto más grave de lo que estaba, pues han matado a Javier Bulteel.

-¿Es posible? -expresó con asombro el detenido-. Eso quiere decir que tengo amigos a quienes no conozco. Pues, me alegro infinitamente.

La sala donde debía verificarse el juicio contra Huberto Hassingham estaba materialmente atestada y los ciudadanos se estrujaban unos a otros, riñendo entre sí y maldiciendo. Y cuando el alcalde del pueblo ocupó su sitio en el tribunal, ordenó:

-¡Silencio en la sala!

Entre los presentes estaban Moscarda, Peters, King y Pat, observando con atención las reacciones de la muchedumbre.

-Huberto Hassingham -dijo el relator-, se os acusa de haber conspirado contra nuestro augusto soberano el rey Jorge II. Otrosí.

También resultan cargos gravísimos contra vos por haber abrazado la causa de un

traidor llamado Carlos Estuardo. ¿Qué respondéis? ¿Sois o no sois culpable?

-Os niego el derecho de juzgarme -respondió con clara voz el acusado.

La muchedumbre pareció agitarse y algunos de los presentes dejaron oír voces de protesta apoyando al detenido.

-¡Silencio o hago despejar la sala! -gritó el alcalde.

-¿A qué precio está la leche? -preguntó uno del público haciendo alusión al mismo alcalde que era uno de los principales traficantes de leche de la región.

El público empezó a reír a carcajadas, y los compañeros de Dick Turpin se miraron significativamente.

-¡Silencio! -volvió a gritar, con ira esta vez, el alcalde.

-Dejad que hable el señor Mantequilla -dijo Moscarda con su vozarrón potente.

El público volvió a reír y el alcalde a gritar:

-¡Silencio! ¡Silencio! ¡Haré despejar la galería!

Cuando las risas y los murmullos cesaron, dijo el fiscal:

-Antes de continuar con los términos de la acusación, es menester identificar al acusado. ¿Puede hacerlo alguno de los presentes?

Nadie respondió.

-¿Dónde están los soldados? -continuó preguntando el fiscal-

¿Dónde está el oficial que lo trajo aquí prisionero?

-No creí necesario que permaneciesen aquí -respondió el relator-

Por lo tanto, será conveniente que se le pregunte al propio acusado si es o no Huberto Hasingham.

Por la sala corrió un murmullo de desaprobación, que aprovecharon los amigos de Dick Turpin para sembrar más aún el desconcierto.

-¡Esto es una burla!

-Pretenden que el reo se acuse a sí mismo -dijo Pat.

El público estaba nervioso y demostraba su simpatía por el acusado.

-Señores -dijo por último el alcalde con insegura voz-, en vista de la insuficiencia de pruebas para identificar al acusado, se suspende el juicio hasta pasado mañana y para entonces sabremos si hay alguna mixtificación o...

-Lo único mixtificado es la leche que vendéis -dijo uno del público.

Aquella burla, por el eco que tuvo en todos los presentes, puso término a la sesión.

La gente salía de la sala en tropel, gesticulando y protestando contra el alcalde.

-Prenden a un hombre sin tener seguridad de que es efectivamente el que ellos se figuran -gritó Moscarda.

-Es una injusticia -agregó King en voz alta.

-Habría que ayudarle a escapar a ese hombre -dijo Pat.

-¡Eso! ¡Eso! ¡Claro que sí! -gritaron varias voces.

El ambiente se había caldeado, lo que fué aprovechado por Moscarda para gritar a pleno pulmón.

-¡Salvemos a ese inocente! ¡Libertad!

Un gentío inmenso se abalanzó sobre los gendarmes que custodiaban al detenido. Moscarda pegó a uno tal empujón que lo hizo rodar por tierra. Los demás gendarmes entablaban reñida lucha contra las demás gentes que los acosaban sin descanso. Y en ese instante se oyó una grito infernal, pues un jinete, montado en una yegua negra, había pasado a todo galope.

-¡Es Dick Turpin! -gritaron varios.

-¡A él! ¡Detenedle! -tronó el alcalde.

Varios gendarmes, con tal de librarse de la furia de la muchedumbre, echaron a correr tras el jinete, dejando en libertad al joven Hassingham, momento que aprovechó King para hacerle montar en su caballo, partiendo a escape con él.

Poco después aparecían los gendarmes con el jinete y la yegua negra.

-¡Ya lo traen a Dick Turpin! ¡Loan apresado! -dijo un hombre.

En efecto, el jinete lucía la casaca roja de Dick Turpin, y su característico antifaz.

-¡Ahí viene el alcalde! W-gritó una mujer.

El jinete estaba maniatado y amordazado. Ni se habían preocupado los gendarmes en quitarle el antifaz. Y al aparecer el alcalde se hizo un profundo silencio.

-¡Quitadle el antifaz y la mordaza! -ordenó a los gendarmes.

Hecho esto se oyó una exclamación general de sorpresa.

-¡Daniel Corker! -exclamó el alcalde.

-¡¡¡Daniel Corker!!! -exclamaron a coro varios hombres.

En efecto, aquel que había sido confundido con Dick Turpin era nada menos que el amigo de Javier Bulteel.

¿Cómo se encontraba allí y vestido como Dick Turpin? Eso es precisamente algo que el propio Dick Turpin podía contestar, pues la treta había sido obra suya.

Como recordarán nuestros lectores, Daniel Corker fué apresado por los compañeros de Dick Turpin y tenido a buen recaudo hasta que Javier Bulteel devolviera el dinero que había obtenido por su infame delación. Y una vez muerto Javier Bulteel, Batanero, que cuidaba a Corker, recibió la visita de su capitán y la orden de vestir al obeso personaje con la casaca roja que Dick usaba habitualmente. Luego, el mismo Batanero fue el encargado de llevarlo montado en una yegua negra parecida a la del bandido, hasta el lugar donde estaba reunida la muchedumbre. Y cuando llegó el momento oportuno, el negro Batanero azuzó a la yegua y ésta salió a escape provocando el alboroto antes descripto.

Merced a esta estratagema, los compañeros de Dick Turpin pudieron libertar al joven Huberto Hassingham, quien se embarcó nuevamente para Francia, escapando así a la acción de la ley, severa para todos los que conspirasen contra el rey Jorge.

UN ADVERSARIO TENAZ

I

El contrabandista delator

Entre las poblaciones de Aylesbury y Fulton, cerca de la playa, tenía su vivienda un contrabandista llamado Mateo, el cual tuvo un encuentro inesperado con el negro Batanero y Peters.

En efecto, ambos compañeros de Dick Turpin estaban escondidos cerca de la playa, esperando la noche y poder así escapar de la persecución de la policía que les estaba buscando por toda la población.

Empezaban a desconfiar de su suerte cuando observaron que alguien se acercaba. Ambos amigos prepararon sus pistolas, pero el sujeto en cuestión caminaba sigilosamente y mirando de vez en cuando hacia atrás, como si temiera ser sorprendido.

-Este debe de ser un truhán que no quiere que nadie le vea -dijo Batanero.

El misterioso personaje se internó en una espesura y volvió a salir arrastrando una barca, la cual acercó a la playa internándose con ella en el río.

Poco después Batanero y Peters vieron que otra barca se acercaba y trasladaba a la primera un fardo.

-¡Es un contrabandista! exclamó Peters.

-Que nos será de mucha utilidad -dijo con seguridad el negro.

Al cabo de un rato el contrabandista retornaba a la playa y descargaba el fardo que le había sido entregado.

-¡Alto, compañero! -díjole el negro poniéndole el caño de la pistola cerca del pecho-. No os alarméis, pues vamos a entendernos sin discutir.

-¿Quiénes sois? -preguntó con asombro el contrabandista.

-Voy a ser claro... a pesar de lo oscuro que soy -empezó diciendo Batanero-. Soy el negro Batanero, y este amigo, el famoso Peters, que lo mismo se come a un hombre que se asusta de un ratón. ¿Habéis comprendido?

-¿Los compañeros de Dick Turpin?

-Ni más ni menos.

-¿Y qué queréis de mí?

-Que nos deis alojamiento. Ni a vos ni a nosotros nos conviene enfrentarnos con la policía. De manera que...

-Seguidme -dijo por toda respuesta el contrabandista.

Y desde aquel momento se alojaron en la vivienda de Mateo, que así se llamaba el hombre, no sólo Batanero y Peters, sino Dick Turpin y los demás compañeros, quienes llegaron dos días después por el camino de Aylesbury y fueron avisados por Batanero.

El jefe de policía de Yarmouth, el impagable Midger, andaba a la búsqueda de los bandidos por toda su jurisdicción, y eso lo sabía el pescador Blas, amigo de Mateo y a quien éste había tenido la peregrina ocurrencia de poner al tanto de la presencia de Dick Turpin en su casa.

-Eres un tonto -díjole Blas-. Tienes una brillante oportunidad de ganarte mil libras.

-¡Mil libras! ¿Cómo?

-Diciéndole al señor Midger dónde se aloja Dick Turpin.

-Y en seguida me vuelan los sesos -replicó Mateo.

-¿Quiénes?

-Ellos; los bandidos.

-¿Cómo se van a enterar? -díjole Blas-. Una vez apresado cobras tu recompensa... y a disfrutarla.

Mateo volvió a su casa preocupado y pensando en las m libras. Y luego de largas horas de meditación fué al pueblo y pidió hablar con el jefe de policía. Una hora después salí del despacho de éste y se dirigía apresuradamente a su vivienda.

Cuando Mateo entró en su casa iba temblando y su frente estaba bañada en sudor, detalles que el fiel Batanero observó inmediatamente y que le pusieron sobreaviso.

-A este hombre le pasa algo... y tengo que averiguarlo se dijo el negro.

Mateo empezó a preparar el almuerzo, pero estaba tan preocupado que no se dió cuenta de que las lonjas de jamón que había puesto en la sartén, empezaban a quemarse.

Batanero hizo corno que no se fijaba, pero no dejó de estudiar el semblante del contrabandista.

Poco después se, sentaban a la mesa Mateo, Batanero, Pat y Peters.

-¿Y Dick Turpin? -preguntó Mateo-. ¿Tardará mucho?

-No lo sé -respondió Pat-. Nunca nos dice el tiempo que ha de emplear en sus asuntos.

-¿Pero volverá aquí, verdad? -continuó preguntando el contrabandista.

-Sí.

Una ve-Estaré fuera unos pocos minutos -dijo a Peters-. Atrancad bien la puerta y no abráis hasta que oigáis tres golpes.

Y sin esperar respuesta salió de la casa.

-Preparad las pistolas y estad alertas -dijo inmediatamente Batanero-.

Este hombre está a punto de vendernos... si no lo ha hecho ya.

-¿En qué te fundas? -preguntóle Pat.

-En lo que he visto. Pero he de seguirle para estar más seguro.

Y salió tras de Mateo a quien vió, una vez llegado al pueblo, que se internaba en el puesto de policía.

-No necesito saber más. Este canalla ha ido a vendernos.

Volvió Batanero rápidamente a la casa y puso en antecedentes a sus compañero de lo que acababa de ver.

-¡Hay que matarle en cuanto lo tengamos a tiro! -exclamó Peters.

-Lo cual ha de ser muy pronto, pues no tardarán en venir los gendarmes y él en su compañía -agregó Pat.

Los bandidos salieron de la casa y pusieron una cuña debajo de la puerta para hacer creer que estaba cerrada por dentro, y se acurrucaron detrás de un bote que estaba cerca de la casa.

De pronto apareció Mateo andando con precaución y tras de él lo hicieron Midger y

una docena de gendarmes.

Mateo se acercó lentamente hacia la puerta y dió tres golpes.

Mas, como no recibiera contestación, repitió la señal.

-Me parece que han visto el peligro y se han ido -dijo Mateo.

-Probad otra vez -le ordenó Midger.

Mateo se acercó otra vez a la puerta, y al ir a levantar la mano para golpear, recibió un balazo en la boca que le hizo lanzar un rugido y caer muerto al instante. El jefe de policía se quedó rígido como estatua.

-¡Fuego contra aquel bote! -gritó un gendarme-. De allí ha partido el tiro.

El pelotón hizo uña descarga cerrada, al tiempo que Midger, reaccionando gritaba fuera de sí:

-¡Adelante! ¡Matad o prended a esos villanos!

En aquel instante apareció Dick Turpin en compañía de King y Moscarda, jinetes en sus caballos y con las pistolas preparadas.

Dick, al ver a los gendarmes, sin cuidarse del peligro, se arrojó sobre ellos con tan mala fortuna que apenas levantó su pistola recibió un balazo en el hombro izquierdo que le hizo perder el equilibrio y caer del caballo antes de que tuviera tiempo de ayudar a sus compañeros.

Midger y varios gendarmes se lanzaron sobre él, rmaniatándolo y llevándoselo a la casa del contrabandista.

El resto de los gendarmes continuó haciendo fuego contra el bote y contra los recién llegados.

King y Moscarda comprendieron que Estaban en desventaja y que era inútil arriesgarse tontamente si querían salvar a su capitán, de manera que prefirieron esperar.

-Hay que emplear la astucia esta vez -dijo King-. Escondámonos.

Lo cual hicieron a tiempo, pues las detonaciones y los gritos de los combatientes habían llevado a la playa gran cantidad de curiosos.

II

Dick Turpin en la cárcel

Dick, una vez transportado a la cárcel de Yarmouth, estaba más enojado consigo mismo que con sus enemigos, por haber cometido la torpeza de no estudiar bien la situación antes de meterse en aquel avispero. Pero como ya aquello no tenía solución, tomaba las cosas por el lado menos triste, ya que, por fortuna, la herida que había recibido era superficial y de ella se iba reponiendo rápidamente.

Mientras esto pensaba Dick Turpin, oyóse en la calle un gran clamor, y la campana de la cárcel dejóse oír con fuerza.

El motivo de todo aquello era que había llegado el Honorable Dámaso Bolter, Gran justicia del Condado. - Deseáis ver a ese pillo execrable de Dick Turpin? -preguntó el alcaide haciendo una reverencia exagerada.

-¿ Pensáis por ventura que he venido a veros a vos? -preguntó el Honorable Bolter, agregando: -Llevadme a donde está ese pillo, pero que me acompañe un gendarme con la

pistola amartillada.

La comitiva se puso en marcha y pronto llegó a la celda donde se encontraba Dick Turpin. Este, que estaba acostado, se incorporó.

-¿Qué significa esto? -preguntó.

-El Honorable señor Dámaso Bolter, Gran Justicia del Condado está aquí -dijo el alcaide.

-Pues, que se vaya por donde ha venido fué la respuesta de Dick.

-¿Qué dice ese villano? -preguntó el Honorable. ¡Granuja! ¡Vil!

-¡Idos, mentecato! -le gritó Dick Turpin.

El Gran Justicia se puso de todos los colores.

-¡Este miserable olvida que soy yo quien le ha de juzgar! -dijo-.

¡No tardará mucho en estar en el otro mundo!

-¡Mejor! --replicó Dick Turpin-. Así, no veré ni oiré a tanto imbécil como hay en éste.

El Honorable Bolter giró sobre sus talones y marchóse indignado, mientras Dick Turpin reía a carcajadas en su celda.

Al cabo de dos días de encierro, Dick empezaba a desesperar, más que por su situación por la de sus compañeros, a quienes creía prisioneros quizá en aquella misma cárcel. Mas, aquel día tuvo una visita inesperada que lo llenó de sorpresa.

Un gendarme había entrado en el despacho del alcaide y había anunciado a un señor vastamente conocido.

-El señor Vulcano Wiggem, jefe de la comandancia de Bow Street, de Londres, desea veros.

El alcaide saltó sobre su asiento. Había leído mucho en los periódicos acerca de aquel personaje y su nombre era respetado en las dependencias policiales.

-Decidle que pase -díjole al gendarme.

Al entrar Vulcano Wiggem, sintió el alcaide anudada su garganta por la emoción.

-Señor Pincher -empezó diciendo el visitante- vengo cansadísimo de Londres y os ruego me permitáis descansar unas horas en vuestro despacho. ¿Accedéis?

-Caballero -respondió el alcaide- con mucho gusto. Y me sentiría honrado en que aceptarais un vaso de vino.

-Sois muy amable.

-No tanto como vos al visitarme.

-¿Así que por fin habéis echado el guante a ese canalla de Dick Turpin?...

-Sí. Nos ha estado reservado ese honor a los provincianos -respondió con orgullo el alcaide.

-Yo declaro sinceramente -dijo Wiggem- que me hubiera gustado apresarle, no por la gloria, sino por el provecho. Aunque, a pesar de todo, pienso ganar más que nadie en esta oportunidad,-¿Cómo? ¿Por qué?

-¡Ah! Es un secreto...

-¡Hola! Perdonad entonces...

-Vaya... no tengo inconveniente en decíroslo. Además, es muy posible que entre los dos saquemos mucho más partido de esta captura.

-Este...

-Os lo diré en pocas palabras -dijo Vulcano Wiggem con misterio-.

¿Podrá oírnos alguien?

-Nadie. Hablad, porque estoy intrigado.

-¿Sabéis -repuso Wiggem, después de una pausa- a lo que asciende lo robado por Dick Turpin?

-No.

-Pues a medio millón de libras.

-¡Imposible!

-En la jefatura Superior está eso anotado, según las reclamaciones que han hecho los damnificados... ¡Calculad las que han dejado de hacerse!

-Sí sí. ¿Y qué?

-Que Dick Turpin ha escondido ese tesoro en alguna parte... y a averiguarlo he venido...

-¿Creéis que él será tan tonto de decíroslo?

-Es muy posible que sí. Escuchad mi plan. Supongamos que ahora vamos a la celda de Dick Turpin y yo le diga:

“Puedo ponerlos en libertad con una condición, y es ésta, que me digáis dónde tenéis escondida vuestra fortuna. Si os negáis, quedaréis sin vida y sin dinero. Si aceptáis, quedaréis sin dinero pero con vida...

En cuanto al dinero, pronto os será fácil reunir una cantidad igual"...

Y bien, ¿qué os parece el plan?

-Muy bueno, pero... ¿le dejaríais escapar si os dice donde tiene el tesoro?

-No, hombre, no. En cuanto lo sepamos, dejamos que Dick se las haya con el verdugo.

-En esa forma, el plan es perfecto. Con razón se dicen de vos tantas cosas. Sois un hombre de imaginación - dijo el alcaide entusiasmado.

-Vamos allá, entonces -dijo Wiggem-. Pero vos y yo solamente.

Nada de oídos indiscretos.

-Entendido.

-Y dejadme hablar a mí. Yo sé cómo entendérmelas con ese bandido.

El alcaide y Wiggem se encaminaron hacia la celda de Dick Turpin, quien al ver entrar a dos personas púsose inmediatamente de pie.

-¡Moscarda! -se dijo el prisionero cuando vió ante él la simpática figura de su compañero.

-No creo necesario presentaros -dijo el alcaide, haciendo un guiño expresivo.

-No es preciso -replicó Moscarda riendo-. Dick conoce de sobra a su perseguidor implacable Vulcano Wiggem.

-¡Siempre el mismo malvado y cobarde! -exclamó Dick asumiendo aire de ofendido-. Venís a burlaros de un hombre indefenso.

-Vengo a veros antes de que entreguéis vuestra alma al diablo.

-¡Acercaos y os ahogo entre mis manos! -bramó Dick.

-No le hagáis caso -dijo Moscarda al alcaide-. Ya veréis cómo le apaciguo.

-Venís a proponerme alguna infamia, -¿verdad?

-No; vengo a proponeros un negocio ventajoso.

Al decir esto, Moscarda sacó de su bolsillo una elegante cajita de rapé, la abrió y ofreció el contenido al alcaide. Este tomó entre sus dedos una pequeña parte del polvillo y lo aspiró fuertemente. Apenas hizo esta operación cuando sus ojos se velaron, y hubiera caído al suelo si Moscarda no le hubiera contenido.

-Por un par de horas no hay alcaide -dijo Moscarda-. Ahora hay que desnudarle y tú te pondrás su traje.

-Pero este hombre tiene perilla -dijo Dick.

-Ya he pensado en eso -explicó Moscarda-. He traído conmigo todo lo necesario: pelo, goma, pasta, polvos... Toma.

Dick y Moscarda desnudaron al alcaide con cuyo traje se vistió Dick, y, merced a la ayuda de su compañero el rostro del capitán llegóse a parecer, aunque no mucho, al del alcaide.

-Salgamos -dijo Moscarda-. No hables y déjalo todo por mi cuenta.

Cruzaron un pasillo y poco después llegaban a la Conserjería, en cuya puerta había un guardián sentado en un taburete.

-Abrid -dijo Moscarda-. Dick Turpin se ha descompuesto y vamos en busca de un médico.

El guardián abrió la puerta, pero al pasar Dick Turpin junto a él, a pesar del traje y la perilla que llevaba, conoció de inmediato la superchería.

-¡Alto! -gritó-. Ese no es... ¡Alto!

En aquel momento se colocó frente a Dick Turpin un hombre.

-¡Deteneos! -gritó éste.

-¡Oscar Lefa!-exclamó el bandido.

El aludido no tuvo tiempo de replicar. Dick Turpin habíale dado una tremenda puñada en pleno rostro.

-¡Rápido, Dick! -gritó Moscarda-. ¡Corramos!

Y cogiendo por un brazo a su jefe se internó con él por un portalón que daba entrada a un largo pasaje, al final del cual partían otros tres pasillos largos y estrechos también.

-¡Por aquí, Dick! -dijo Moscarda abriendo una verja de hierro.

En aquel momento oyóse el ruido de las pisadas de los perseguidores.

-Crean que vamos hacia el río -murmuró Moscarda-. ¡Estamos salvados!

III

El implacable perseguidor

Cuando Dick Turpin encontróse de nuevo con sus compañeros de aventuras, díjoles emocionado:

-¡Nobles amigos míos! ¡Bien sabía yo que no habíais de abandonarme!

Batanero y Peters se presentaron cogidos del brazo.

-Capitán-dijo el negro- para celebrar esta fecha memorable, Peters y yo hemos jurado amarnos como dos hermanos. Dejad que este humilde esclavo os bese la mano.

-Bueno, bueno -terció King-. Basta de cháchara, que el capitán tiene que descansar.

Dick se acostó y apenas apoyó su cabeza en la almohada se quedó profundamente dormido.

El lugar donde se alojaban los bandidos era la morada de un hombre de confianza llamado Tarline, quien juró obediencia a Turpin desde el mismo instante en que éste prestó un gran servicio a su anciana madre sin conocerla, enviándole dinero en momentos bien angustiosos por cierto. Y ahora demostraba su agradecimiento ofreciéndose incondicionalmente a ocultar a Dick Turpin y sus camaradas.

Tarline había dispuesto un bote para que en él se trasladaran los fugitivos a Reedham, lo cual hicieron entrada la noche.

Antes de llegar al puente de madera que cruza el río por la parte de Reedham, atracó Tarline el bote en la orilla derecha y díjole a Dick:

-Ahí cerca está el "Molino, Negro", y al otro lado del río encontraréis la "Fonda de la Codorniz", en la cual se halla vuestro compañero Pat con los caballos. El posadero es amigo y hombre de confianza.

Dick y sus hombres se internaron en el molino, y poco, después cruzaba Pat el río para saludar a su jefe.

Cuando amaneció, Dick y los suyos volvieron a atravesar el río, alojándose en la "Posada de la Codorniz", mientras Tomás King se dirigía a un pueblecillo llamado Somerleyton en busca de un sastre, a quien le entregó cuarenta libras para que confeccionara una casaca roja para su jefe.

-¡Cuarenta libras es una cantidad exagerada! exclamó el sastre.

-Lo sé; pero veinte libras son por vuestro trabajo y las otras veinte por vuestro silencio. Y si no lo guardáis... ya sabéis lo que os espera.

El sastre obedeció sin chistar, pues aquella casaca roja con bordados de oro no podía ser para nadie más que para Dick Turpin. Y así era efectivamente, pues el bandido seguía, aunque contra su voluntad, usando el traje del alcaide.

Tres días llevaban los bandidos en aquel lugar, abandonando la posada por las noches para alojarse en el molino. Pero en la noche del tercer día apareció Oscar Lefa en la "Posada de la Codorniz".

-Patrón -díjole al posadero- necesito un bote para cruzar el río.

-En el otro lado del río no encontraréis ningún camino - respondió aquél.

-No he hablado de caminos; os he pedido una barca -insistió Lefa.

-No sé quien sois y vuestro tono no es muy cordial que digamos.

-Dadme el bote o...

-¡Un momento! -dijo el posadero-. No soy hombre que se asusta ante la vista de un par de pistolas y una espada, con que ya sabéis...

-Soy un oficial de la jefatura Superior de Policía.

-Y yo lo soy todo en mi casa -respondió el posadero-Si queréis un bote, pídeselo a otro.

En aquel momento se abrió la puerta y asomó Peters la cabeza, la cual retiró en seguida.

-¿Quién era? -preguntó Oscar Lefa volviéndose rápidamente.

-No tengo por qué ¿aros cuenta. Y espero que os marchéis al punto.

Oscar Lefa desapareció cual si fuese una sombra, e inmediatamente Peters volvió a aparecer.

-¿Se ha marchado ya?

-Sí; ¿le conocéis?

-Es un hombre que tiene más vidas que un gato... Pero tengo que dar aviso a Dick inmediatamente.

Peters se dirigió hacia el sitio en que solía hallarse la barca, pero ésta había desaparecido. El dueño de la posada poseía dos botes, uno de los cuales estaba al otro lado del río, cerca del molino; pero ¿y el otro? ¿Dónde estaba? Peters no dudó un momento en que Oscar Lefa se había apoderado de él.

En efecto, Oscar Lefa se había apoderado del bote y con él cruzado el río en dirección al molino donde suponía, y bien, que se hallaba Dick Turpin.

Oscar llegó a la orilla, atracó el bote y se acercó sigilosamente al molino. Mas cuando echó mano a la espada para estar preparado, sintió que se la arrebataban de la mano, a tiempo que le sujetaban por el cuello y lo arrojaban a tierra violentamente.

-¿Qué clase de pescado es éste? -dijo una voz.

-¡Es el negro maldito! -murmuró Oscar Lefa, tratando de coger una pistola.

Pero ya era tarde. Batanero le había desarmado.

-¡Es maese Oscar Lefa! exclamó el negro-. ¡Vaya el gusto que le daréis a mi capitán! Entretanto yo me cuidaré de que estéis bien seguro.

-¡Ya, vamos! -dijo Lefa-. ¿Dejáis a Dick Turpin el placer de asesinarme?

-No juzguéis a los demás por vuestros sentimientos -replicó el negro-. El capitán acostumbra jugar limpio.

-Batanero -dijo Lefa después de una pausa- en mi bolsillo hay veinticinco libras.

-líe alegre mucho.

-Dejadme escapar y son vuestras.

-¡Yo... yo traicionar a mi capitán! -bramó el negro-

¡No os rompo la cabeza por no manchar mi negra piel con vuestra asquerosa sangre! Sois un estúpido, Oscar Lefa. ¡Hola! Aquí viene mi capitán.

En efecto, Dick habíase levantado de su lecho al oír las Voces.

¿Qué pasa, Batanero? -preguntó Dick Turpin.

-Capitán; aquí tengo amarrado a ese pájaro de Oscar Lefa.

Dick Turpin contempló durante breves momentos a su tenaz perseguidor.

-Parece ser que no escarmentáis, ¿eh? -díjole Dick con severidad-

Y veo que me molestáis más de lo conveniente.

-No os temo, ni nunca os he temido -replicó Lefa.

-Admiro a los hombres valiente; pero no a los mentecatos que se empeñan en sacrificarse inútilmente -dijo Dick-. Mas, ya que insistís...

Desatadle... Que descanse cuanto guste, y luego liquidaremos esa cuenta que tenemos pendiente.

-Supongo que no pretenderéis asesinarme -dijo Lefa sonriendo irónicamente.

-Nadie tiene derecho a decir eso de mí -respondió tranquilamente Dick-. Y vos menos que nadie. Pero nuestra cuenta quedará saldada inmediatamente.

-Así lo espero.

-Dadle una espada -ordenó Dick.

Moscarda, que había aparecido junto con King, le entregó su espada al policía.

-¡En guardia! -exclamó Dick.

Cruzáronse las espadas y empezó la lucha.

De pronto vieron caer algunas gotas de sangre de los labios de Dick Turpin.

Tomás King avanzó hacia él, pero el capitán lo detuvo con un gesto.

-No es nada. Os ruego no intervenir. Y si caigo, dejadle en libertad.

Así lo ordeno. ¡Adelante, señor Lefa!

Dick redobló el ataque con tal furia que Lefa dió el primer paso atrás.

-¡Estáis perdido! exclamó Dick.

-Lo veremos -respondió Lefa.

El brazo de Dick Turpin parecía moverse como por medio de un mecanismo. Pero Lefa se defendía bravamente, mas eran tantas y tan seguidas las estocadas que se veía obligado a parar, que su muñeca empezó a cansarse. Ciego de rabia al notar que la espada se le iba de las manos, retrocedió algunos pasos y bajó su acero.

-¿Huís? -preguntó Dick asombrado.

-¡No huyo! -replicó Oscar Lefa-. Es que...

-Es que ya no podéis resistir -dijo severamente Dick Turpin.

-¡Os engañáis!

-Sois vos quien pretende engañarme. Por última vez os digo...

quiero perdonaros la vida si prometéis no intervenir más en mis asuntos.

-¡No necesito vuestro perdón! -bramó Lefa-. ¡En guardia!

-¡Estáis loco! -dijo Dick-. ¡Queréis suicidaros!

El combate se reanudó, pero esta vez la lucha fué breve. A los pocos momentos caía Oscar Lefa con el corazón atravesado por la espada de su digno rival.

En el camino de Dick Turpin había desaparecido su más tenaz e implacable adversario, el único que demostró desde el primer momento poseer valor y astucia.

Dick Turpin y sus compañeros, saludaron con sus aceros al cadáver en una postrer despedida. Había caído un valiente.

IVAN DIAVALO EN ACCION

I

Un nuevo jefe y van...

El asombro fué general en Londres. Vulcano Wiggem, el jefe de policía de Bow Street, había sido encontrado muerto en su casa. Pero lo más raro del caso era que los médicos habían certificado que aquella muerte obedecía a causas naturales.

Raro era el caso, ciertamente; pero aun lo era más el que, a poco de conocerse y extenderse la noticia, hubiera desaparecido el cadáver del famoso funcionario policial. Y dicho cadáver, por más que se buscó durante varias semanas, no pudo ser hallado en toda Inglaterra.

jamás se supo nada sobre esta misteriosa desaparición. Fué uno de los tantos hechos incomprensibles del Londres de aquel entonces.

Durante ese tiempo, Bow Street estuvo bajo la ineficaz dirección de un policía de Lincoln, llamado Samuel Boltway, aunque más conocido por el seudónimo de Tragalumbre.

Un día en que Tragalumbre paseábase cabizbajo dentro de su despacho, entró un oficial de la Jefatura Superior, quien, presentando un escrito al jefe accidental, le dijo:

-Leed este documento.

Tragalumbre leyó el escrito en el que, con palabras atentas y corteses, decíasele que quedaba destituido aunque se le daban las más expresivas gracias del Gobierno de Su Graciosa Majestad.

Tragalumbre se retorció el mostacho y, sin decir palabra, recogió sus papeles, guardóse el escrito en el bolsillo y salió de su despacho con aire de gran señor.

Breves instantes después entraba en la Comandancia un hombre de imponente aspecto. Su estatura era bastante mayor que la mediana, y delgado como era, resaltaban más aún los músculos de su rostro.

Este nuevo personaje se llamaba Iván Diávalo, y venía a hacerse cargo de la jefatura de Bow Street.

Iván Diávalo era astuto, desaprensivo y ruin; dispuesto a hacer cualquier bajeza que pudiera rendirle algún beneficio, y había obtenido su cargo merced a la mediación del embajador francés en Londres, el conde de Champdon.

Después de cambiar algunas palabras con el oficial de la jefatura, despidióse de éste, y Diávalo empezó a pasar revista a su gente, entre los que se encontraban los ya conocidos Moisés Espouts y Octavio Mostacilla, reincorporados por Vulcano Wiggem.

-Conque os llamáis Espouts, ¿verdad? -díjole Diávalo al policía.

-Sí, señor.

-Ya os conozco. Hasta el momento sólo habéis hecho el ridículo en esta dependencia. ¿Y vos?

-Octavio Mostacilla -respondió el interpelado.

-¡Ya! ¡Ya! Un apellido villano llevado por un hombre que hasta ahora no ha demostrado poseer condiciones de pesquisante. ¡Valiente gente la que tengo bajo mis órdenes! -dijo con desprecio Diávalo.

-Pero es que...

-No habléis sin recibir órdenes para ello -interrumpió el jefe-.

Vos, Mostacilla; salid a la calle y en una esquina, a la izquierda, veréis un hombre parado. Es un mozo pálido, picado de viruelas. Tal vez os conteste en una lengua que vos, seguramente, desconocéis. Decidle que venga al instante.

Salió Mostacilla y pronto dió con el hombre indicado. No había más que verle una vez para comprender que era español. Su nombre, López Garleo, confirmaba esa suposición.

El policía, viendo que se las había con un extranjero, creyó que el mejor modo de hacerse entender era hablar a gritos y en mal inglés.

Y así se expresó poco más o menos:

-¡Eh mister! El otro mister... ¿úste conocer? el quefe de policía, decir vaya úste con mi.

El español, en un inglés perfecto, respondió:

-Decidle a ese caballero que iré al instante.

La respuesta dejó a Mostacilla con la boca abierta.

-Yo creí que...

-No seáis tonto -interrumpió López Garleo-. ¡Id a llevar la respuesta!

-Me ordena como si yo fuese su esclavo -pensó Mostacilla-. ¿Para qué necesitará Diávalo a este hombre?

No tuvo que esperar mucho para saberlo.

-El señor López Garleo es mi secretario -dijo el jefe de policía-.

Es un hombre inteligente y decidido. Así que no le molestéis, pues, como buen español, tiene poca paciencia y en seguida echa mano al cuchillo. Además, caballeros, el señor López será mi segundo. Cuando yo no esté será él quien haga mis veces, y debéis obedecerle como a mí mismo. ¿Entendido?

Mostacilla y Espouts movieron afirmativamente la cabeza.

Una hora después, el nuevo jefe de policía abandonaba su despacho, dejando a su frente a López Garleo. Pero la dirección que el nuevo funcionario tomaba, no era

precisamente la más indicada para él, pues el hombre se había encaminado nada menos que hacia "La Mano Roja", albergue y especie de guarida de cuanto ser bajo, rastrero e infame había en Londres.

Iván Diávalo se internó en aquel establecimiento con la seguridad de una persona que lo conocía a fondo.

-¿Cómo? exclamo el dueño al verle-. ¿Vos por aquí?

-Así es; y vengo en busca de Boko CIye. ¿Está?

-Lo encontraréis en la primera habitación del primer piso -contestó Rudge, que así se llamaba el dueño de aquel albergue de tahures.

Iba a subir las escaleras Diávalo, cuando CIye empezó a bajar por ellas, cantando a voz en grito.

-¡Oíd, Rudge! Cómo os atrevéis a llamar cognac a esta porquería que... ¡Hombre! ¡Diávalo! ¿Eres tú?...

-El mismo que viste y calza -replicó el aludido tendiendo su diestra a Boko CIye, que era un hombre de burdas facciones y lleno de cicatrices.

Ambos hombres encerráronse en una habitación interior de la casa.

-Necesito que, me ayudes -dijo Diávalo-. ¿De cuántos hombres puedes disponer? Pero hombres de entera confianza ¿eh?

-Eso depende de lo que pretendas pagar -respondió CIye.

-Tengo las llaves de las arcas del Tesoro Público -repuso Diávalo-.

Ya sabes lo que quiero decir con eso. Lo que yo necesito es que tú y tus amigos me indiquéis las huellas que sigue Dick Turpin.

-¡Vaya! ¡No pides nada!

-Pero no es imposible.

-No; es muy fácil; pero es asunto peligroso -arguyó CIye. De cualquier manera, dime los planes que tienes.

-Te lo diré. Pienso arrendar una casa en las afueras de la ciudad, y vivir con el esplendor que mi rango requiere. Para ello necesito un número apreciable de sirvientes, cargos que ocuparán tú y tus amigos.

Esa casa será una trampa para atrapar a Dick Turpin.

-Se hará como tú lo deseas. Pero en cuanto a eso de atrapar a Dick Turpin, no te será nada fácil... De su paradero ya te comunicaré dentro de poco, pues eso es fácil... pero lo otro...

-¡Bah! -dijo Diávalo-. Déjalo por mi cuenta.

II

La preocupación de Dick

En Fetter Lane existía una posada conocida con el nombre de "Posada de la Urraca". Y en los sótanos de la misma estaban sentados una tarde, Dick Turpin, Tomás King y Moscarda. En el suelo, roncando, estaba Batanero, y Peters junto a Pat, oficiaban de centinelas, con las pistolas preparadas y el oído atento a los ruidos extraños.

-La llegada de Iván Diávalo -decía Dick- es más seria de lo que parece, Pues se trata de un sujeto astuto y valiente como el que más.

-Supongo que no será más inteligente que Oscar Lefa -dijo King.

-Más no diré, pero tanto sí. Sin embargo, Oscar Lefa era hombre de sentimientos caballerescos. Su corazón era noble, y por consiguiente jamás empleaba medios viles en mi persecución. Una vez me tuvo en sus manos y me perdonó la vida, recordando que yo había hecho lo propio otras veces. En cambio Diávalo es todo lo contrario; no habrá medio de que no se valga, con tal de conseguir su objeto, hasta de los más viles.

-Ya daremos cuenta de él -dijo King amenazador.

-Sin embargo habéis escuchado lo que dijo Peters. El oyó a Diávalo decir... pero mejor será que el mismo Peters lo repita. ¡Eh, Peters, ven!

Peters abandonó su observatorio y se acercó a sus compañeros.

-Cuenta nuevamente lo que escuchaste decir a Diávalo cuando salió del albergue "La Mano Roja".

-Pues, conversaba con dos hombres a los cuales dijo- -"Tomad.

Esto será hasta que me digáis donde está Dick Turpin. El resto corre por mi cuenta. Ya veréis como juego con él como un gato con un ratón.

Haré que no le veo, y cuando menos se piense le echaré el zarpazo...

" -Ya lo veis -dijo Dick-. Nos dejará andar libremente y nunca sabremos cuándo nos está por caer encima.

-¡Tengo una idea! -exclamó de pronto Moscarda.

-Espera un momento... -interrumpió Dick-. Tú, Peters, acuéstate junto a Batanero. Mereces un descanso. Pat seguirá vigilando. Continúa, Moscarda.

-Diávalo ha arrendado una casa cerca de Lamb's Conduit, y de un modo o de otro he de introducirme en ella mañana... pues anda buscando sirvientes.

-¡Hermosa idea! -dijo Tomás-. Si logras ganar la confianza de Diávalo, lo tendremos en nuestras manos.

Continuaron los bandidos refiriéndose al plan que acababan de idear hasta que llegó el momento de relevar a Pat, por lo cual despertaron a Peters.

Tan pronto como éste abrió los ojos, vió a Pat y a Batanero hablando con un joven aldeano.

-¿Qué es esto? -gruñó-. ¿Cómo han dejado entrar aquí a ese hombre? ¿No sabéis, acaso, que el capitán no quiere que ningún desconocido...

?

-¿Es posible que no conozcas a este hombre? -le dijo Batanero.

-No lo conozco... y si no me dicen quién es soy capaz de...

-Vaya, Peters -dijo el supuesto aldeano-. ¿No me reconoces? Soy Moscarda.

-¡Mos... carda! -exclamó Peters-. Sí, que estás bien disfrazado.

La satisfacción de los bandidos no tuvo límites. Hasta Peters había sido engañado por el disfraz, lo cual era un buen síntoma.

Cuando Moscarda llegó a casa del nuevo jefe de Bow Street, estaba éste desayunándose, y quien abrió la puerta fué Boko CIye.

-¿Qué deseáis? -le preguntó.

-Vengo porque se me ha dicho que aquí hay un caballero que necesita sirvientes de confianza.

-Esperad un momento.

CIye entró en el despacho de Diávalo y volvió a salir poco después.

-Entrad -dijo a Moscarda.

Diávalo y López Garleo estaban sentados a la misma mesa.

-¿Cómo os llamáis? -preguntó el primero a Moscarda.

-José Pink, señor.

-¿Quién os ha dicho que vinierais aquí?

-El dueño de la posada en que me he hospedado.

-Pues bien; lo que yo necesito, son hombres valientes que no tiemblen a la vista de un acero o de una pistola. Hombres y no muñecos, ¿oís?

-Sí; os he entendido.

-Para estar a mi servicio debéis ser obediente y no abandonar jamás ostia casa sin una orden mía escrita. ¿Os conviene?

-Si, señor.

-Sois fuerte.

-Puedo aseguraros que sí.

-Entonces os pondré a prueba dentro de poco... No lo olvidéis -dijo Diávalo tirando del cordón de una campanilla.

Abrióse la puerta y apareció Boko CIye.

-Llevaos a este joven y cuando necesite verle otra vez os lo haré saber. Se llama José Pink. Además, mandad buscar una silla de mano, pues pienso salir al punto.

Apenas hubo salido Moscarda con CIye, soltó Diávalo una carcajada y dijo a López Garleo:

-¡Esto marcha! Ya tenemos en la trampa a uno de los de la cuadrilla!

No me extrañaría que también se disfrazase Dick Turpin y se me presentara. ¡Esto marcha a las mil maravillas!

III

La situación de Moscarda

Cuando Moscarda se retiró acompañado por Boko CIye, éste le ordenó que bajase al sótano a buscar leña, y una vez que Moscarda hubo obedecido, la puerta se cerró tras él.

-López -dijo Diávalo una vez que se hubo enterado de la noticia arregla tú lo que resta de este asunto. No te digo más.

López Garleo se dirigió hacia el sótano, mas tropezó en su camino con CIye, quien le preguntó:

-¿Dónde vais con ese puñal?

-A ensayarlo.

-¿Con quién?

-Y... con ese tal Pink.

-Entonces iré al jardín a abrir una fosa. Será un buen cementerio.

Partió CIye a cumplir con la macabra misión, y López Garleo a vérselas con Moscarda y tratar de eliminarlo.

La puerta del sótano se abrió lentamente, pero Moscarda estaba alerta. La oscuridad era intensa, pero Moscarda ya estaba acostumbrado a ella por el largo rato de encierro. En cambio López iba a tientas, sin hacer ruido y buscando el bulto de su víctima. Mas de pronto notó que le retorcián la muñeca de la mano armada, e iba a gritar cuando recibió un tremendo puñetazo que le hizo rodar por tierra aturdido.

Moscarda se arrojó sobre el caído y le puso una rodilla en el pecho.

En aquel instante se abrió la puerta superior, iluminándose el lóbrego recinto, y se oyó la voz de Diávalo.

-¡Eh, López! ¿Cómo tardas tanto?

-¡Socorro! -balbuceó el español-. Me está matando.

Iván Diávalo soltó una carcajada.

-Veo que te has excedido -dijo al tiempo que bajaba al sótano- José ha creído que ibas a asesinarlo de veras, y se ha defendido... Ha hecho bien... Os felicito, José. Ahora compruebo que sois un hombre valiente. Esta era la prueba a que iba a someteros.

-Esto más que prueba, se llama asesinato -replicó Moscarda.

-Llamadla como gustéis -dijo Diávalo-. Ahora venid conmigo y dejad a López tranquilo. Si le habéis roto alguna costilla ya se la repondremos.

Debo marcharme y la silla de posta está a la puerta.

Subieron las escaleras y de pronto aparecieron dos de los rufianes al servicio de Diávalo.

-Eh, vosotros -les dijo Diávalo- coged al señor López y llevadlo a la cama. Vos, José, acompañadme hasta la puerta.

Frente a la puerta había una silla de manos color verde, y los dos corpulentos mozos que la conducían daban muestras de impaciencia.

Al verlos, Moscarda sintió que la sangre le ardía en las venas, pues acaba de reconocer en los mozos a Dick Turpin y Tomás King.

Diávalo echó una rápida ojeada a a s a e manos y hombres que habían de conducirla.

-¡Lamento haberos hecho esperar tanto! -les dijo- En la próxima comisión os haré la justicia que merecéis... por vuestra dedicación.

Después de estas significativas palabras, se sentó y Dick y Tomás echaron a andar.

Moscarda, una vez que desapareció Diávalo, se dirigió al jardín donde vio a Boko CIye abriendo la fosa que le estaba destinada al amigo de Dick Turpin.

Cuando CIye vio a Moscarda dejó caer el pico de las manos.

-¿Sois Vos? -gritó.

-Parece que sí -respondió Moscarda-. Pero, ¿qué os pasa? Os habéis puesto pálido.

-Debe de ser este maldito trabajo -dijo CIye.

-¿Estabais cavando una fosa?

-No... no... estoy haciendo un hoyo para enterrar un perro.

-Un perro de dos patas, ¿verdad? -dijo con ironía Moscarda.

-Veo que no sois tan tonto como suponía -respondió CIye secándose el sudor con la mano.

Moscarda soltó una carcajada y se alejó. Mas a poco andar se oyó una voz que le decía:

-Si queréis comer, venid.

-¿Por dónde subo?

-Por la escalera que hay a la izquierda.

Moscarda siguió las instrucciones y fué a dar con un sotano situado en lo alto de la casa. Allí descubrió indicios de una trapa de escape, a pesar de haber sido empapelado el techo recientemente.

Moscarda se alegró, pues con una silla podría alcanzar fácilmente franquear aquella salida.

En el sotabanco había varios rufianes contratados por Diávalo que oficiaban de sirvientes, comiendo y bebiendo a más y mejor. Moscarda se unió a ellos, pero cuando le sirvieron la comida, guardóse el cuchillo disimuladamente.

Poco después se retiraron todos a dormir, dejando a Moscarda en aquel lugar solo y sin luz.

-Esta noche dormiréis aquí -le había dicho uno de los granujas-.

Espero que no tendréis miedo de las ratas.

Tal lo que Moscarda deseaba, pues tenía el propósito de fugarse.

Y así lo intentó cuando supuso que todos dormían. Probó primeramente la estabilidad de la mesa, y vió con satisfacción que era firme.

Encaramóse sobre ella, y tentando con una mano en el techo, pronto dió con la trampa, en cuyas rendijas introdujo la punta del cuchillo.

Poco después la trampa cedía. Colocó entonces un banco sobre la mesa y un minuto después estaba Moscarda en el tejado.

El joven bandido se dirigió hacia un grupo de chimeneas y se apoyó sobre una de ellas para estudiar el sitio, por donde debía descender.

Y en ese instante vió asomar por entre el grupo de las chimeneas,

el caño de una pistola que le apuntaba.

-¡Hola, señor Pink! ¿Tomando fresco? -díjole Diávalo, pues era él quien le apuntaba.

-Efectivamente.

-Por lo pronto tirad ese cuchillo. Bien. Ahora volved por la trampa nuevamente.

Gracias...

Moscarda no -tuvo más remedio que obedecer, y cuando volvió al sotabanco se encontró con CIye y otro de los granujas, que le esperaban armados de puñales.

Poco después entró Diávalo.

-Dejadnos solos -díjoles a sus secuaces-. Tengo que hablar con este caballero.

Cuando los individuos se retiraron, dijo Diávalo a Moscarda.

_Señor Moscarda...

-Vaya, ¿sabéis quién soy?

-Efectivamente... Y habéis sido un incauto en venir a, las propias garras del león.

-No importa. No os temo en absoluto.

-Me place que mantengáis en alto la fama de la pandilla de Dick Turpin. ¿No querríais poner os a mi servicio?

-¡Antes serviría al demonio! -respondió Moscarda.

-Escuchadme. Sé que Dick Turpin tiene algunos millones escondidos.

Decidme dónde es y os dejo en libertad y con dinero.

-Estáis perdiendo el tiempo.

-Bien... ya que no accedéis, aquí os dejo hasta que cambiéis de parecer. ¡Ah! Quizás no os traigan ningún alimento, ni agua, ni nada...

-¿Pensáis hacerme morir de hambre y de sed? -vos lo habéis dicho.

-Y bueno... de algo hay que morir -dijo serenamente Moscarda-.

Y ésta será una muerte como otra cualquiera.

IV

El ratón juega con el gato

Moscarda no se dió cuenta del tiempo que permaneció en aquella prisión, y aunque el hambre le atormentaba un poco, la sed empezaba a causarle molestias. De repente oyó que se abría una puerta, y a poco oyó una voz.

Moscarda reconoció por ella a Samuel, uno de los granujas al servicio de Diávalo.

-¿Qué tal se halla canario en su jaula?-preguntó el sujeto.

-Mal. Y si me dierais un poco de agua lo pasaría mejor.

-¿Agua? -dijo con sorna Samuel-. Mejor que el agua es el vino.

-Dadme lo que os pido -insistió Moscarda.

-No puede ser.

-¡Miserable! Sólo un canalla sin corazón puede prestarse a hacer un papel tan bajo como el que estáis representando.

-¡No insultéis!

-¡Sois un rufián de la peor calaña!

-¡Voy a haceros callar, sinvergüenza!

Samuel abrió la puerta armado de un vergajo.

-¡Ahora lo veréis vos! -replicó Moscarda, descargando sobre Samuel un terrible golpe.

Samuel cayó pesadamente al suelo.

Moscarda se apoderó del puñal y la pistola del caído, y salió precipitadamente de su celda, dirigiéndose directamente hacia la puerta de calle.

Observó Moscarda que la llave estaba puesta en la puerta, mas apenas había colocado su mano sobre ella, sintió que alguien le sujetaba el cuello. Pero Moscarda, rápido como la luz, levantó la mano en la que llevaba el puñal y la dejó caer pesadamente sobre el vientre del que le sujetaba. Siguió un rugido terrible que hizo temblar la casa, e inmediatamente se iluminó la escena, apareciendo ocho o diez rufianes armados.

Moscarda abrió la puerta y se lanzó corriendo a la calle, a tiempo que sonaba una detonación. Los asalariados de Diávalo habían salido en su persecución, y uno se aventuró a gritar:

-¡Es Dick Turpin! ¡Detenedle!

Moscarda siguió corriendo con una velocidad pasmosa, llevando la pistola preparada y amenazando a todos cuantos se interponían a su paso. Por fin, gracias a la bruma reinante, pudo perderse de vista y echarse en un portal a recuperar fuerzas.

Al día siguiente Iván Diávalo y López Garleo cuchicheaban en voz baja en el despacho de la Comandancia.

-El hombre que ha podido escaparse de ese modo, es capaz de darme un serio disgusto -decía el jefe.

-Y si él es capaz, ¿qué diremos de Dick Turpin? -añadió Garleo.

-Pues, ya caerá en mis manos. Ayer estuvieron cerca de mí Dick Turpin y uno de sus compañeros...

-¿Cómo? -exclamó asombrado el español.

-Lo que habéis oído. Ven, acércate a la ventana. ¿Qué ves en aquella esquina? -díjole Diávalo.

-Una silla de manos y los dos mozos que la conducen.

-Pues bien, esos dos mozos son nada menos que Dick Turpin y Tomás King.

-Asombroso. ¿Y no son los mismos de ayer?

-Los mismos, pero no los hice detener para tener el placer de apresarlos a todos, pero ahora tengo que cambiar de táctica, pues el que se ha escapado les avisará que estoy preparado... Pero si ellos están aquí, simulando ser los mozos de la silla de manos, es porque no saben que su compañero ha escapado.

-¿Qué pensáis hacer? -preguntó López Garleo.

-Pues, alquilarles la silla y decirles que me lleven a mi casa. Pero en cuanto yo monte en ella, tú te pondrás en mi seguí-miento junto con doce gendarmes disfrazados. Una vez que lleguemos a casa, daremos cuenta de ellos.

Poco después salía Diávalo de la Comandancia y, sin mirar a los mozos de la silla de posta, les dijo:

-A mi casa. ¿Ya sabéis dónde es, verdad?

-sí, señor -respondió uno, agregando: -Vamos Cosme, andando.

Los mozos cogieron las varas de la silla y se pusieron en marcha.

Detrás de ellos iban Garleo y los gendarmes, a prudente distancia.

-Mientras estemos en la, ciudad -iba pensando Diávalo- nada intentarán. Pero en cuanto salgamos de ella y atravesemos parajes desiertos, de seguro querrán asesinarme.

Pero el viaje se hizo sin novedades, llegando la silla frente a la nueva casa del flamante jefe de policía.

Diávalo se apeó y, sin decir palabra, entró en su casa.

-Decid a esos hombres que vengan -dijo a uno de sus sirvientes.

Al momento se hacían presentes los mozos.

-¡Registradlos! -ordenó Diávalo.

-No llevan nada -dijo CIye después de una prolija revisión.

-¿Es así como intentáis pagarnos? -preguntó uno de los mozos.

-Es inútil que finjáis -dijo Diávalo-. Os conozco. Boko... quítale esas-barbas postizas y veamos lo que dicen después.

-¿Postizas? -dijo el llamado Cosme- ¿Estáis loco?

Boko CIye se acercó a Cosme y vio que, en efecto, aquellas barbas pertenecían muy mucho al pellejo de quien las llevaba-No hay nada postizo aquí -dijo CIye.

-¿Y las de éste? -preguntó Diávalo, empezando a empalidecer.

-Igualmente -respondió CIye después de examinarlo.

-Pero... ¿no sois vosotros los que me llevasteis los otro días desde aquí a Bow Street?

-No.

-¿Y cómo sabíais dónde vivía, ya que no os lo dije? -Pues, ¿quién no conoce dónde vive el jefe de Policía?

-¡Pero si tenían estas mismas barbas, estos mismos trajes... y la silla de manos era verde como la vuestra! -ugió Diávalo-. Y eran ellos, estoy seguro, porque les reconocí a través de su disfraz... ¡Eran ellos!

Diávalo dió una patada que hizo temblar las paredes de la casa.

-Dejadlos marchar -dijo tras breve pausa-. Mas no. Esperad. Deben de ser cómplices. Encerradlos en la Comandancia y ya veremos qué hacemos con ellos.

Los mozos salieron de la casa seguidos de los gendarmes. Mas en la calle les esperaba otra sorpresa.

Cuando entraron habían dejado a la puerta la silla verde en que los mozos trajeron a Iván Diávalo, y ahora, al salir, en vez de una silla había dos, exactamente iguales. Y quien las vio fué López Garleo, que corrió a comunicar la noticia a Diávalo.

Salió éste y al ver las dos sillas mordióse los labios.

-¿Qué significa esto? -preguntó-. Será posible que sea obra de...

-¡Mirad! -le interrumpió el español-. Aquí hay un papel escrito.

-Dámelo -gritó Diávalo tomando el papel.

El jefe leyó lo siguiente:

"He sabido que pensabais jugar conmigo como juega el gato con el ratón. Sois dueño de consideraros gato y nadie lo va a negar. Pero yo, como ratón he pensado también jugar con el gato y desbaratarle los planes. Ayer hubiera podido mataros, pues no os seguía ningún piquete de gendarmes. Pero he querido dejarlo para mejor oportunidad.

Los mozos que os han llevado -ahora son inocentes. King y yo hemos hecho pintar una silla de posta igual a la de ellos, y es la que os hemos dejado a la puerta para que os convenzáis. Vuestro amigo sincero que os partirá el corazón a la mayor brevedad. Dick Turpin." Diávalo estrujó el papel entre sus manos y con lívida faz y sordo acento exclamó:

-¡Juro que te ha de costar caro esta broma!

FRENTE AL PELIGRO

III

Un nuevo colaborador

Moscarda fué recibido por sus compañeros con grandes muestras de afecto, viéndose obligado a narrar, con lujo de detalles, la aventura que había vivido como prisionero de Diávalo.

Había terminado su narración, cuando apareció Batanero, que hacía de centinela en el sótano de la "Posada de la Urraca", diciendo:

-Por ahí anda rondando un hombre desconocido.

-¿Te parece sospechoso? -preguntó Dick.

-Sí, porque mira mucho hacia aquí.

-Estad preparados entonces.. Aunque es preferible dejar que se acerque.

Los bandidos se pusieron a observar los movimientos del desconocido, y vieron que se acercaba a la puerta con ánimo de golpear.

En ese instante la puerta se abrió y dos brazos fornidos, los de King, arrastraron al hombre hacia el interior del sótano.

-¿Quién sois? -le preguntó Dick apuntándole con la pistola.

-Un amigo. No es preciso que me maltratéis -repuso el hombre con serenidad.

-¿A quién buscáis? -volvió a preguntar Dick.

-A Dick Turpin... y creo que sois vos.

-Sí,- ¿para qué me buscabais?

-Porque soy enemigo de uno que lo es de vos, Iván Diávalo. Si me permitís os diré cuál es mi propósito.

-Hablad.

-Me llamo Carlos Levine, y soy corso de nacimiento -empezó diciendo el hombre-. Diávalo también lo es, y entre mi familia y la de él ha existido siempre un odio a muerte. Iván mató a sangre fría a un hermano mío, y yo he jurado sobre la cruz de mi puñal, partirle el corazón al asesino. Por eso he venido a ponerme a vuestro servicio hasta tanto pueda cumplir con mi venganza.. Desde este instante os juro fidelidad. ¿Me aceptáis?

Eran tan sinceras las palabras de aquel hombre, que Dick repuso:

-Os acepto.

Luego, Dick Turpin, dirigiéndose a sus compañeros, dijo con autoridad:

-Ya habéis oído. ¿Estáis de acuerdo?

Todos respondieron a un tiempo:

-¡Si!

Desde ese instante Levine entró a formar parte de la partida.

-Y ahora, Pat, será menester que salgas con Peters a observar los caminos y ver cuál podemos tomar para salir de Londres.

Poco después salían ambos compañeros a cumplir su delicada misión, retornando a la caída de la noche con noticias casi desconsoladoras.

-Todos los caminos que parten de Londres, excepto uno, están ocupados por tropas regulares y pelotones de gendarmes -dijo Pat-. El único camino que podemos tomar es el de Bath.

-¿Cómo? -preguntó extrañado Dick Turpin-. ¿Aparte de gendarmes, hay también tropas del ejército?

-Así es, capitán -respondió Pat.

-¿Acaso no sabíais -intercedió Levine que el rey ha puesto a disposición de Diávalo todo el ejército? Y no sólo eso; le ha dado amplias facultades para que os haga ejecutar en cuanto logre apresaros..

-Si antes no cae él en mis' manos -respondió con tono amenazador Dick, agregando-: Saldremos inmediatamente de Londres por el camino de Bath.

Así lo hicieron los bandidos, a quienes seguía el nuevo compañero de aventuras, Carlos Levine.

Mas no era casualidad que el único camino expedito fuera el que conducía a Bath, pues se trataba de una hábil estratagema de Iván Diávalo para obligar a Dick Turpin a tomar por esa carretera y saber con exactitud dónde podría concentrar sus fuerzas para capturar al bandido y sus compañeros.

En efecto, Dick Turpin salió de Londres sin ser molestado y llegó a Bath en las primeras horas de la madrugada, alojándose, en la posada del viejo Roque, antiguo amigo de los bandidos.

Poco después llegaba al destacamento policial de la ciudad, un caballero elegantemente vestido que pidió hablar con el jefe. Pasado que hubo a su despacho díjole a éste:

-Señor Weed; soy Iván Diávalo, jefe de policía de Bow Street líe aquí mis credenciales.

-Encantado de conocerle, señor Diávalo -repuso el señor Weed-.

Os ruego toméis asiento y me digáis en qué puedo serviros.

-Os lo diré en pocas palabras. Dick Turpin y su cuadrilla de miserables bandidos se hallan en la ciudad.

-¿Qué? ¿Cómo? ¿En Bath Dick Turpin? -exclamó azorado el jefe de policía de la

localidad.

-Sí, señor Weed. Y he venido a apresarlo. Para ello es menester que pongáis a mi disposición toda vuestra gente y...

-De muy poca dispongo, señor Diávalo, pero...

-No importa; dentro de unas horas llegarán refuerzos de Londres.

Por lo tanto sería conveniente se guardara el mayor secreto sobre el particular.

-Contad conmigo; seré una tumba. Pero, ahora que recuerdo, se presenta un inconveniente muy serio si está Dick en Bath.

-¿Por qué? -preguntó Diávalo.

-Porque tenemos la visita de un personaje muy distinguido, y si Dick Turpin se entera que ese caballero está aquí, no descansará hasta hacerlo objeto de un atraco -explicó con pesadumbre el señor Weed.

-¿Y quién es el tan mentado personaje? ¿El rey, acaso? -Preguntó despectivamente Diávalo.

-El rey precisamente no, pero sí un caballero muy vinculado a él.

Se trata nada menos que del conde de Champdon, el embajador de Francia.

-¿Qué? ¿Que el conde está aquí?

-Sí, señor Diávalo. El señor embajador ha venido para asistir a una recepción que en su honor le tributará el Gran justicia, sir Beltrán Chapper.

-¿Cuándo se llevará a cabo la recepción? -preguntó Diávalo con un extraño brillo en los ojos.

-Mañana por la noche.

-¿Y dónde se aloja el conde?

-Pues en el "Hotel del Reino", el más lujoso de Bath.

-Muchas gracias por vuestra información, señor Weed -dijo Diávalo-.

Me habéis hecho un inmenso servicio. Y ahora os dejo, mas volveré dentro de unas horas.

Iba a retirarse Diávalo del despacho del jefe de la Delegación policial de Bath, cuando entró un gendarme diciendo:

-Con permiso. Un hombre acaba de dejar este sobre para el señor Iván Diávalo.

-¿Para mí? -preguntó extrañado el aludido-. Pero... si nadie sabe que estoy aquí.

-Sin embargo, la persona que me entregó este sobre pronunció ese nombre -respondió el gendarme.

-Bien... bien; podéis retiraros.

Una vez retirado el gendarme, Diávalo rasgó el sobre y, a medida que iba leyendo la misiva, su rostro se tornaba pálido.

-¿Qué os pasa? -preguntó extrañado el señor Weed.

-Nada... nada... Informaciones que he recibido, eso... sí... informaciones -mintió Diávalo, sin querer comunicar al policía el texto de la carta, cuyo contenido rezaba:

"Infame asesino: Vuestros días están contados. Sé que habéis llegado hace un momento y nada ni nadie podrá libraros de mi terrible venganza.- Recordad a mi hermano, a quien asesinasteis. Clama venganza desde su tumba. Levine."

II

Una entrevista y un plan frustrado

Diávalo se dirigió resueltamente al "Hotel del Reino" y pidió hablar con el conde de Champdon, quien, al saber el nombre del visitante, le hizo pasar inmediatamente a sus habitaciones.

-¡Querido amigo Diávalo! exclamó el conde al verle-. ¡Cuánto celebro veros!

-Dejémonos de palabras protocolares, señor conde -respondió fríamente Diávalo-. Bien sé que mi presencia os disgusta.

-Vaya; parece ser que estáis de pésimo humor.

-Señor conde; he venido a hablar con vos y muy seriamente.

-Os escucho -repuso el embajador tratando de disimular sus intenciones.

-Bien; a vos os debo mi nombramiento de jefe de policía de Bow Street. Me presentasteis a Su Majestad y juré ante él prender a - Dick Turpin.

-Pero Dick Turpin anda gozando de la más completa libertad todavía -interrumpióle el conde.

-Y ahora está en Bath.

-¿Aquí? ¿Y no le habéis prendido? -dijo con extrañeza el embajador francés.

-Esta vez no se escapará, señor conde. Pero no he venido a hablaras de eso. Os decía que a vos debo mi nombramiento, pero también sé que procuráis, en estos momentos, que se me destituya.

-¿Qué decís? ¿Quién os ha dicho semejante cosa?

-De fuente insospechable lo sé. Como sé también que ya os habéis referido en términos poco gratos de mí ante Su Majestad. ¿Qué es lo que os proponéis? Decidlo.

-¿Queréis saberlo? Pues bien, me he enterado de que andáis mezclado con gentes de mal vivir, con truhanes de la peor especie...

-Me valgo de ellos para saber el paradero de Dick Turpin -respondió con viveza Diávalo.

-Pero los tenéis alojados en vuestra residencia particular gozando de todas las inmunidades, cuando en realidad debieran estar en presidio...

-Os ruego leáis esta carta, antes de continuar -dijole Diávalo extendiéndole la misiva que había recibido firmada por Levine.

El conde leyó sin inmutarse y devolvió con gesto digno la carta.

-¿Qué puede interesarme el hecho de que un hombre os persiga?

-Con ello quiero manifestaros que mi vida corre peligro y que tengo que valerme de todos los medios para salir con bien. Estoy acorralado, y no descansaré hasta verme libre de los dos principales enemigos:

Levine y Dick Turpin.

-Lo cual me parece muy lógico -dijo con displicencia el conde.

-Para ello necesito seguir manteniendo mi puesto de jefe de policía.

Si me destituyeran, no podría contar con los gendarmes ni con el ejército. De allí que os ruegue dejéis sin efecto vuestros propósitos de destitución. ¿Me habéis comprendido?

-Perfectamente.

-¿Lo haréis?

-Nada os prometo.

-Queréis decir, entonces, que -No he querido decir más que lo que he dicho... Y os ruego me dejéis solo... Desearía descansar. Hasta cada momento, señor Diávalo.

Aquella entrevista tuvo la virtud de exasperar a Iván Diávalo, quien murmuraba mientras se dirigía a la Delegación de policía:

-No tendréis tiempo de volver a Londres y hablar con el rey. Os quitaré del medio. Y habrá de ser esta misma noche. Tres, pájaros caerán de un tiro: Dick Turpin, Levine y vos... ¡Ah! ¡Esta, ciudad de Bath será inolvidable para mí... inolvidable!

Poco después, llegaban a Bath una veintena de gendarmes. Eran los refuerzos de que había hablado Diávalo y con los cuales contaba para capturar al bandido que había empezado a jugar con él como "el gato con el ratón", frase que el policía recordaba con amargura, y que él había pronunciado -ahora lo reconocía-, con demasiada precipitación.

Levine, que demostraba poseer una sagacidad extraordinaria y merced a quien Dick Turpin habíase enterado de la presencia de Diávalo, en Bath, decíale esa noche al bandido:

-Lo único que os pido es que respetéis la vida de Diávalo. Ese miserable me pertenece.

-Haré todo lo posible, Levine; aunque no comprometo mi palabra.

Tal vez me vea forzado a acabar con él.

-¿Y si yo me adelantara? -sugirió Levine.

-Cometeríais un error muy grande, al par que haríais fracasar el plan que hemos pensado poner en práctica esta misma noche -dijo Dick Turpin, agregando-: Aguardad el momento oportuno y no seáis impaciente. Regresaré antes de lo que sospecháis.

Dicho esto, Dick Turpin salió de la posada y se internó por las oscuras calles de Bath.

Poco antes de medianoche, el conde de Champdon se metía en el lecho y corría las cortinillas que le rodeaban.

Estaba a punto de dormirse, cuando le pareció percibir un ruido extraño dentro de la habitación. Abrió los ojos y prestó atención. El ruido volvió a repetirse, y el conde, petrificado de espanto, vió que una mano blanca recorría las cortinas. Y en seguida vió también el rostro del intruso cubierto por un negro antifaz.

-No pronunciéis una sola palabra -dijo el hombre, que no era otro que Dick Turpin-. Vengo a salvaros.

-¿A salvarme?

-Bajad la voz, pues Diávalo, vendrá de un momento a otro a visitaros...

y con criminales intenciones -murmuró Dick al oído del azorado conde. Quedaos en el lecho mientras yo me escondo detrás de las cortinas.

Inmediatamente después abrióse la ventana y apareció Diávalo, aproximándose de puntillas a la cama del conde. En su mano derecha llevaba un puñal. Una vez cerca del lecho, levantó el brazo exclamando:

-¡Así quedarán saldadas todas nuestras cuentas!

-¡Un momento! -gritó Dick Turpin agarrando a Diávalo por el brazo-. ¡Primero arreglaremos nuestras cuentas!

-¡Dick Turpin! -exclamó Diávalo.

-¡Vil asesino! -gritóle Dick-. ¡Bonita escena, a fe mía! ¡El jefe de policía cogido en flagrante delito!

Diávalo, anonadado por la sorpresa, quedó momentáneamente sin saber qué hacer. Vió que el conde saltaba de la cama y, haciendo un esfuerzo desesperado, se desprendió de la mano que lo tenía aprisionado y, corriendo hacia la ventana, saltó hacia la calle. Todo esto fué hecho con tal rapidez que el propio Dick se quedó sorprendido.

-¡Ha escapado! ¡Maldita víbora! -exclamó Dick Turpin.

-¡Es increíble! -agregó el conde no repuesto aún del suceso.

-Señor conde, os he salvado la vida, pero el villano ha logrado escapar. No importa. Lo principal era evitaros un disgusto... y lo he logrado.

-Turpin... os doy mil gracias por el favor que me habéis prestado.

No sé cómo recompensaros.

-Con haber frustrado los planes de Diávalo estoy más que satisfecho -repuso Dick Turpin-. Por lo menos ya sabéis qué clase de individuo es.

-Gracias a vos, Dick Turpin. Desde este momento obraré con mayor prudencia y viviré prevenido.

-Ahora os dejo y...

-Una palabra antes que os vayáis. ¿Conocéis a un tal Levine?

-Sí.

-Sé que persigue a Diávalo con ánimo de vengarse de él. ¿Podría conocerle?

-Quizá -respondió Dick Turpin.

-A lo mejor puedo yo proporcionarle una buena ocasión para que lleve a cabo su venganza.

-No hará falta, señor conde. Levine, tarde o temprano dará con su hombre. Y ahora sí que os dejo. Hasta siempre.

III

Levine es apresado

Cuando Dick Turpin llegó a la posada del viejo Roque, llamó a sus compañeros, diciéndoles:

-Los gendarmes requeridos por Diávalo están en Bath y dentro de una hora se presentarán a la posada. Preparad los caballos y salgamos uno a uno, para no despertar sospechas.

-Perfectamente -respondió Pat-. Pero Levine no ha llegado todavía.

-Yo lo esperaré -dijo Dick.

Los bandidos fueron saliendo uno a uno con intervalos de cinco minutos, tomando el camino de Blackheath. Y cuando le llegó el turno a King, díjole Dick Turpin:

-Levine no ha llegado todavía, y me temo que ande en busca de Diávalo. Lo esperaré media hora; si al término de ella no ha llegado, le dejaré un mensaje a Roque para que se lo trasmita, diciéndole que lo esperamos en Blackheath.

-De acuerdo. Me marchó entonces -dijo King montando en su caballo y desapareciendo inmediatamente.

Dick Turpin esperó a Levine el tiempo convenido. Y cuando lo creyó prudente llamó al viejo Roque, para darle las instrucciones del caso. Poco después salía el capitán de la cuadrilla de los osados aventureros, no sin antes dejar en manos del posadero una bolsa de monedas de oro.

Al rato hacía su aparición Levine. Venía serio y apesadumbrado.

-Señor Levine -le dijo el posadero-. Dick Turpin y sus compañeros se han marchado. Os estuvieron esperando y me han dicho que vayáis directamente a Blackheath. Allí os aguardan.

-Gracias -respondió Levine-. Aunque hubiera preferido quedarme aquí hasta dar con ese malvado y ruín de Diávalo.

No bien hubo terminado de decir estas palabras, cuando la puerta se abrió violentamente, haciendo irrupción en la posada una veintena de gendarmes, a cuyo frente marchaba Iván Diávalo.

Levine y Roque, tomados de sorpresa, fueron rodeados de inmediato por los policías y sujetos y amarrados sólidamente.

-¡Canalla! -gritó fuera de sí Levine al ver la sonrisa de satisfacción de su odiado enemigo.

-¿No me esperabais, eh? -respondió Diávalo-. Vosotros, revisad la casa. Id prevenidos, porque los bandidos deben estar preparados.

-¡Aquí no hay más bandido que vos! -rugió Levine.

-¡Callad u os hago saltar la lengua de un pistoletazo! -respondió Diávalo-. Y vos, posadero, ¿dónde está Dick Turpin?

-¿Dick Turpin? -preguntó con inocente gesto el viejo Roque.

-Sí. Y no os hagáis el inocente. ¿Dónde está? Bien sé que ha estado alojado aquí. Habla o tendrás que arrepentirte.

-Aquí no está ni ha estado nunca Dick Turpin -respondió el posadero-.

Este señor puede dar fe de lo que digo.

-¡Valiente testigo! -rugió Diávalo.

En ese momento bajaban las escaleras los gendarmes, y uno de ellos, dirigiéndose a Diávalo, le dijo:

-Las habitaciones están vacías.

-¡Maldito! ¡Se ha vuelto a escapar! -tronó con rabia el jefe de policía.

-¿No os decía, caballero, que estabais equivocado? -terció el posadero.

Levine miraba con desprecio a su enemigo, y con satisfacción a la par.

-'Veis la sombra de Dick Turpin por todos lados. ¿Tanto le teméis?

-dijo Levine con ironía.

-No le temo a él ni a nadie. Estaba aquí. ¡Me consta!

-Debe de haberse evaporado, entonces -continuó Levine.

-¿Os mofáis de mí?

-Al contrario, os felicito por vuestra superior inteligencia. Como jefe de policía habéis demostrado poseer grandes cualidades. Lástima que nunca deis con Dick Turpin.

-Llevad a este hombre a la Delegación -ordenó Diávalo a los gendarmes-. En cuanto a vos, posadero, ya daréis cuenta de vuestra amistad con Dick Turpin.

-No soy amigo de él, ni le conozco, ni nunca se ha alojado en mi posada. Estoy tranquilo por ese lado - espondió Roque con dignidad.

-¡Soltadle!

Levine fué encerrado en uno de los calabozos que ofrecían mayor seguridad. Diávalo habló con el magistrado de Bath, y, bajo su promesa por escrito de que el prisionero debía hacer importantes revelaciones que interesaban al rey, recibió permiso para trasladar al preso a la capital del reino.

-Lo llevaré a la prisión de Newgate -se dijo Diávalo con satisfacción-, y allí encerrado en una de las celdas más oscuras, le haré sufrir tales torturas que deseará mil veces la muerte.

Diávalo escogió la escolta que debía acompañarle, entre los que figuraban los hombres más decididos. Y cuando cerró bien la noche dió orden de partir.

Rodeando el coche iban seis soldados de caballería y otros tantos gendarmes con orden de hacer fuego contra toda persona sospechosa.

En el interior del carruaje, Diávalo se había ubicado al lado de Levine, quien iba tan bien asegurado, que apenas podía moverse.

Después de algunas horas de marcha, Diávalo desempaquetó algunas provisiones, entre las que se encontraban algunas botellas de buen vino, y se dispuso a darse un banquete frente a su enemigo, el cual soportaba aquel martirio con espartano valor, pues estaba sediento y hambriento.

-¿Qué? ¿Tenéis sed? Pues os haré dar un poco de agua con sal...

y si no os gusta la sal, le pondré pimienta -díjole Diávalo riendo con perversidad.

Levine, por toda respuesta, entornó los ojos para no ver comer a Diávalo.

-¡No! ¡No! -gritó éste golpeándole brutalmente en el rostro-. ¡No consentiré que durmáis en mi presencia! ¡Abrid esos ojos! ¡Si no los abris os clavo este tenedor en el rostro!

Levine abrió los ojos con ira. Pero los soldados que escuchaban los gritos de Diávalo, empezaron a murmurar entre ellos.

-Es cruel e inhumano tratar así a un hombre por más malhechor que sea -dijo uno de ellos mientras los demás asentían con significativos movimientos de cabeza.

El coche se detuvo en una de las paradas para dar descanso a los hombres y a las

bestias, pero Diávalo no descendió ni consintió que hiciera lo propio Levine.

El carruaje prosiguió su camino, llegando poco después a una localidad situada a diez millas de Londres, pero por orden de Diávalo no se detuvieron, pese al cansancio de los gendarmes y los evidentes síntomas de agotamiento de los caballos. Mas, cuando habían dejado atrás el pueblo, se oyó una voz imperiosa que decía:

-¡Alto!

Des detonaciones siguieron a esa voz y el cochero, dando un grito horrible, cayó hacia adelante.

Los soldados de la escolta iban a arrojar sobre el que había disparado -que no era otro que Moscarda- a tiempo que aparecían Dick Turpin, Tomás King y Batanero, disparando cada cual sus pistolas.

Cuatro gendarmes cayeron y otros dos fueron dejados fuera de combate al ser heridos los caballos que montaban.

Aturdido y desconcertado, Iván Diávalo, por lo repentino del ataque, quedóse inmóvil. La sangre se le heló en las venas. Pero, dándose cuenta del peligro que corría, echó mano a una de las pistolas mientras exclamaba, dirigiéndose a Levine:

-Son vuestros amigos... pues no me cabe duda de que estáis en tratos con Dick Turpin... Pero cuando abran esta portezuela, sólo encontrarán vuestro cadáver.

Y sacando la pistola, iba a levantar el gatillo, cuando Batanero entró violentamente en el coche. Diávalo empujó a Levine contra el negro y escapó por la puerta opuesta. Dick Turpin le vió y salió en su persecución, pero Diávalo, aprovechando la oscuridad de la noche, se internó entre los matorrales, perdiéndose de vista.

Dick Turpin tuvo que abandonar la persecución para hacer frente a los pocos soldados de la escolta que aun quedaban, y contra los cuales se defendían bravamente King y Moscarda.

Dick llegó a tiempo, y tras varios disparos, logró poner en fuga a los soldados.

-¡Huyen! -gritó King.

-Sí; y también logró escapar el canalla de Diávalo -dijo Dick-.

Ya le llegará su hora.

En ese momento aparecía Batanero con Levine, a quien había librado de sus ligaduras.

-Dick Turpin -exclamó Levine al ver al capitán-. Esta vida que os debo, la dedicaré desde hoy a exponerla por vos cuantas veces sea preciso.

-Era nuestro deber-respondió Dick Turpin-. Por suerte el viejo Roque nos hizo avisar por un mensajero que vos habíais sido apresado.

En fin, lo único que lamento es que Diávalo se nos haya escapado de las manos. ¡Pero pronto daremos con él!

ROBO EN ALTA MAR

I

Un secreto que deja de serlo

Lejanas aquellas guerras fratricidas en las que los ingleses lucharon bravamente por

su libertad, descontado por imposible el restablecimiento de los Estuardos en el poder y aceptando el pueblo la casa de los Hannover, a la cual pertenecía el actual monarca, el país dedicóse a trabajar por su reconstrucción interior. Para ese propósito, eran considerables los frecuentes auxilios que la Corona recibía de sus colonias, y en forma muy especial de la isla Barbada, una de las más ricas de la pequeña Antilla. De este territorio recibía Inglaterra verdaderos cargamentos de barras de oro.

Conocida es la rivalidad que por entonces existía entre Francia e Inglaterra, de manera que no debe asombrar el hecho de que una red de espionaje estuviera perfectamente establecida y de que uno de los espías al servicio de Francia comunicara al conde de Champdon que un barco cargado de oro saldría próximamente de Bridgetown, capital de la Barbada, con destino a Londres.

Esto era un secreto de Estado y para evitar que se conociera, habíanse tomado toda clase de precauciones. Mas, la actividad de los espías había logrado vencer todos los obstáculos y descubrir el hecho.

Al enterarse el conde de Champdon de tan grata nueva para él, tomó una bolsa repleta de libras esterlinas y se encaminó hacia una de las tabernas de Wapping, en cuyo puerto solían atracar los buques mercantes. Llamó al tabernero y le dijo:

-¿Conocéis a todos los capitanes?

-¿A qué viene esa pregunta? -dijo a su vez el tabernero.

-A que quiero que me presentéis al capitán mercante más valeroso y menos escrupuloso.

-La gente escrupulosa no viene a anclar a esta parte -respondió el tabernero.

-Lo sé. Pero aquí tenéis diez libras para que me presentéis un hombre que sea capaz de acometer una arriesgada empresa.

El tabernero al ver las diez libras abrió tamaños ojos y dijo resueltamente:

-Conozco al capitán Olison. Ese es capaz, por ganar dinero, de vender a su propio hermano.

-Ese es mi hombre -respondió el conde.

-Por lo que veo, no es muy limpio vuestro negocio.

-Bueno -dijo el conde, os replicaré como vos, diciendo que a esta parte del puerto no se viene a hacer limpios negocios.

-Tenéis razón. Os presentaré al capitán. Seguidme.

El embajador siguió al tabernero hasta el bergantín Gaviota que estaba atracado al muelle. Subieron a él y poco después marchábase el tabernero dejando solos al capitán Olison y al conde.

-¿En qué puedo servirlos? -dijo Olison algo receloso.

-¿Queréis ganaros diez mil libras?

-¡Hola! Por diez mil libras habrá que hacer algo extraordinario, ¿verdad?

-Muy poco. Se trata de hacerse a la mar y salir al encuentro de un buque que viene de la isla Barbada.

-Vaya... piratería.

-Algo semejante. Es menester conseguir solamente dos pesados cajones que conduce dicho buque.

-¿Cajones de qué? -preguntó Olison.

-De... mercaderías.

-Bueno... poco me importa qué es lo que contienen esos cajones, aunque supongo ha de ser una valiosa mercadería para que por conseguirlas me deis diez mil libras ¿Cómo se llama el buque?

-El Morrison.

-¡Malo!-¿Por qué?

-Porque ese buque tiene cuatro cañones. Y un capitán, llamado Ferry, que es bravo como el que más.

-Pero no será necesario emplear la fuerza -explicó el conde.

-¿Astucia, entonces?

-Exactamente. Escuchad mi plan: En cuanto diviséis al Morrison, haréis la señal de auxilio. Luego pediréis que os admitan a bordo con toda vuestra tripulación, y que os traigan a remolque, mediante el pago de rigor para estos casos.

-Para ello debemos estar cerca de la costa -objetó Olison.

-Comprendo; pero vos calcularéis la distancia para que tengamos por lo menos veinticuatro horas de tiempo. ¿Es mucho?

-No. Proseguid.

-Una vez dentro del Morrison y *para* festejar el servicio que os han prestado, ordenáis que se sirva un vino extraordinario a toda la tripulación del Morrison, vino que adulterará uno de los vuestros, poniendo un ingrediente que haga dormir tres o cuatro horas a todo el que lo bebe. Está de más deciros que vos y los vuestros beberán de otras botellas no contaminadas. Y una vez que todos están durmiendo, transportaréis los cajones a vuestro buque y emprenderéis la vuelta con rapidez. ¿Qué os parece la idea?

-No es mala; pero os haré algunas objeciones si queremos tener éxito -replicó el capitán.

-Veamos cuáles son.

-Mi bergantín es conocido, y si hacemos lo que habéis propuesto, iremos todos a parar a la cárcel. Por lo tanto no será utilizando mi bergantín que saldremos a la mar, sino empleando una barcaza de vela dentro de la cual llevaremos tres botes de salvamento.

-Proseguid, que me interesa.

-Ya en alta mar, pegaremos fuego a la barcaza y nos quedaremos en los botes como si hubiéramos naufragado.

-¡Magnífico! exclamó el conde. Así los del Morrison no sabrán quién sois..

-Y para que sepan menos, no irá mi tripulación habitual sino cierta gente que yo conozco, contrabandistas en su mayoría. Y por último...

-¿Por último qué? Continuad hablando -dijo el conde al observar que el capitán Olison se detenía.

-Es menested que vos vengáis con nosotros y paséis por ser el capitán del buque

naufragado. Tenéis acento francés y el buque bien pudo ser francés, ¿me explico?

-Bien -dijo con decisión el conde-. Iré.

El conde de Champdon abandonó el bergantín Gaviota, a tiempo que cruzaba un caballero con el cuello del capote levantado hasta los ojos.

El sujeto en cuestión se detuvo y murmuró:

-¿Qué andaré haciendo el embajador francés por estos lugares?

Tendré que averiguarlo.

Quien así acababa de hablar era Dick Turpin, que iba a saludar a su amigo, el capitán Warden.

II

El plan de Dick Turpin

Cuando Dick Turpin encontróse con el capitán Warden del Audaz, avezado marino que lo distinguía con su amistad, díjole:

-Hasta hace unos instantes sólo me traía el deseo de veros y saludaros con el afecto de siempre; pero ahora tengo otro motivo más.

-No tenéis más que hablar, amigo Turpin -respondió sonriendo Warden.

-Iré directamente al asunto. Acabo de ver salir a un sujeto conocido del bergantín Gaviota. ¿Quién es su capitán?

-Un tal Olison, buen marino pero sujeto de avería y capaz de cualquier cosa por el brillo del oro.

-Entendido. Pues bien, el sujeto de que os hablé es nada menos que el conde de Champdon, embajador de Francia en Inglaterra.

-¡Hola! -exclamó el capitán del Audaz-. ¿Cómo es posible que un personaje semejante ande en relaciones con Olison?

-Eso es lo que tengo que averiguar. Decidme, ¿no tenéis alguna persona de confianza, un marinero de vuestra tripulación que a la vez que sea inteligente merezca toda vuestra seguridad?

-Sí, lo tengo.

-Pues, convendría que fuera a verlo a Olison y le pidiera formar parte de su tripulación. Así nos tendría al tanto de lo que se trama.

¿Qué os parece?

-Buena idea, Dick -respondió el capitán Warden-. Y el hombre para eso es Colás, un marinero con cara de tonto... pero con la cara nada más. Y da la casualidad que forma parte de mi tripulación desde hace pocos días. Le haré llamar inmediatamente.

En efecto, poco después aparecía Colás y se enteraba de todo lo que debía hacer y a lo cual se puso inmediatamente en acción.

Esperó Colás, pacientemente, que el capitán Olison abandonara su buque, lo que hizo ya entrada la noche. Al verle, el marinero cruzó deliberadamente frente al capitán del Gaviota con aire apesadumbrado.

-¡Hola, Colás! ¿Qué andas haciendo? -le dijo Olison.

-Ni lo sé siquiera -contestó Colás-. Estoy sin trabajo y andaba pensando en mi mala estrella.

-Vaya, si es por trabajo, yo tengo...

-Me haríais un verdadero favor, capitán Olison.

-Pero no es en mi buque, Colás. Tendría trabajo para ti pero...

vamos..., se trata de un asunto... ¿cómo decirte? un asunto donde puedes ganar unas quinientas libras.

-¿Quinientas libras? Sea cual fuere, capitán, contad conmigo.

-Pero hay que guardar absoluto secreto, Colás.

-Por quinientas libras seré una tumba. Si hay que convertirse en contrabandista, me convertiría, y si hay que matar... bueno... hasta eso, capitán... La necesidad tiene cara de hereje, ya lo sabéis.

-Pues bien. ¿Juras guardar el secreto?

-¡Lo juro! -respondió solemnemente Colás, sabiendo que por engañar a un ladrón se consigue cien años de perdón.

El capitán Olison le explicó a Colás el plan que un comerciante que no había querido dar el nombre, le había propuesto llevar a cabo, y que él había aceptado porque, casualmente, andaba necesitado de dinero.

-¿Qué respondes? -le dijo al final Olison.

-Que acepto sin vacilar.

-Pues bien, tú serás el encargado de conseguirme quince hombres entre los más decididos. Ya sabes a quienes me refiero. A esos que no tienen escrúpulos y que necesitan dinero a toda costa. ¿Me has entendido?

-A las mil maravillas, capitán. Esta noche os presentaré a los quince hombres.

Olison se volvió inmediatamente a su bergantín, y Colás hizo como que se dirigía a cumplir el encargo, aunque en realidad entró de nuevo en el *Audaz*, donde le esperaba Dick Turpin y el capitán Warden.

Cuando oyó Dick Turpin el relato que hizo Colás, no pudo menos que admirar la sagacidad del conde de Champdon al engañar al capitán Olison, hombre avezado y pícaro.

-Por lo visto Olison ignora que tiene que vérselas con el embajador francés y sí con un comerciante. Lo cual quiere decir que Champdon oculta algo. ¿Qué tendrán esos cajones? ¿Un tesoro? ¿Un secreto?

-Un tesoro, casi seguro -expresó el capitán Warden.

-Por lo menos un tesoro valioso para el conde o para el gobierno francés -agregó Dick-. Y por lo tanto no estaría de más que nosotros tratemos de averiguarlo. ¿Qué os parece?

-Que podéis contar conmigo, Dick -respondió el capitán Warden-.

Y si tenéis un plan, decidlo.

-Primeramente, es necesario que Colás salga inmediatamente a conseguir esos hombres.

-Lo haré en seguida -respondió Colás.

-Pero que sean solamente trece -dijo Dick Turpin.

-Es que Olison quiere quince... salvo que vos y el capitán Warden quieran ser de la partida.

Dick Turpin no pudo menos que reír.

-Eres listo, Colás. Has adivinado mi pensamiento. No me engañó Warden al decirme que tenías inteligencia.

-Y cara de tonto... pero la cara nada más, ¿eh? -respondió Colás riendo también, al par que abandonaba el *Audaz* para ir a cumplir su misión.

Una vez que Dick y Warden estuvieron a solas, aquél continuó explicando su plan:

-Iré a buscar a mis compañeros Moscarda, King y Pat, quienes quedarán en el *Audaz* para levar anclas e ir avisarnos si sale algún barco con fuerzas para esperar la llegada del *Morrison*, que es el que trae el tesoro que tanto interesa al conde. En cuanto a vos y a mi, junto con Colás, formaremos parte de la tripulación del capitán Olison.

Mas, no temáis, iremos convenientemente disfrazados. ¿Estáis de acuerdo?

-Sí. Podéis contar conmigo -respondió el capitán Warden.

III

Un salvamento

Justamente en la misma boca del Támesis esperaba un cúter, en el cual iban entrando, aquella noche de la partida, varios hombres, uno a uno, hasta reunirse diez y siete. Es decir, los quince que había contratado Colás, él incluido, y además, el capitán Olison y el conde de Champdon, quien iba hábilmente disfrazado.

Lo que el conde no sospechaba, era que entre los tripulantes del cúter estaba Dick Turpin, y que era precisamente aquel de camisa arremangada y sucio rostro que estaba cerca suyo.

Fué desamarrado el cúter y poco después navegaba mar adentro.

Mas, el capitán Olison, hombre precavido, había hecho construir en el cúter unas compuertas disimuladas, abriendo las cuales podría irse a pique la embarcación en pocos minutos. Pero Dick Turpin también era hombre previsor, por lo cual había ordenado a Colás que construyese otra compuerta que anulase los efectos de las que Olison había hecho, a fin de que la embarcación quedase siempre a flote. Y había hecho esto porque en el cúter pensaba volver a Londres Dick Turpin con los codiciados cajones.

Tres días llevaban ya de navegación, cuando empezó a encapotarse el cielo.

-Me parece que vamos a tener mal tiempo -dijo Warden al oído de Dick Turpin-. A ver si el naufragio simulado se convierte en verdadero.

En eso empezó a llover y en el horizonte se divisaron los primeros reflejos de la tempestad que se avecinaba. El mar empezó a encrespase y poco tiempo después a oírse la ronca voz del trueno.

Warden iba a acercarse a Colás para sugerirle qué debía hacerse en tales momentos, cuando vió que salía Olison y ordenaba:

-¡Poned la proa a levante y arriad la vela!

-Eso mismo había pensado yo -murmuró Warden al oído de Dick-. Veo que Olison, a pesar de ser un granuja, sigue siendo tan buen marino como siempre.

El mar rugía espantosamente y la débil embarcación se defendía con bravura de aquel oleaje que amenazaba sepultarla en el fondo.

De pronto se oyó una exclamación jubilosa:

-¡El Morrison!

En efecto, Olison, merced al catalejo, había divisado a la esperada embarcación.

El conde exhaló un "¡Gracias a Dios!" que hizo murmurar a Dick Turpin:

-Me parece que Dios te habrá respondido: "No las mereces".

En un momento echáronse los botes al agua y, una vez que Olison vió a todos acondicionados en ellos, abrió las compuertas secretas del cúter y embarcó en el bote que estaba Colás.

Unos marineros bogaban con brío hacia la fragata, mientras otros gritaban con todas sus fuerzas:

-¡Ohé! ¡Ohé! ¡Náufragos!

Este grito, repetido en forma intermitente, llegó hasta la cubierta del Morrison, e inmediatamente se ordenó el salvamento.

El conde de Champdon, de acuerdo con el plan establecido fué el encargado de explicar lo ocurrido al capitán del Morrison, quien no tuvo inconveniente en creer a pie juntillas el relato que tenía visos de verdad.

Ya en el comedor de la nave, dijo el conde:

-Permitidme, señor capitán, que me atreva a convidaros a todos para celebrar vuestra oportuna llegada en trance tan difícil. Sacad el mejor vino de a bordo, y que beba todo el mundo, sin exceptuar el último grumete.

Uniendo la acción a la palabra, sacó un puñado de monedas de oro, que colocó ostensiblemente sobre la mesa.

-En cuanto amaine el temporal, tendremos sumo placer en brindar por vuestra prosperidad -dijo el comandante de la fragata-. Todavía tenemos que maniobrar.

-Eso no es obstáculo -replicó el conde-. Mandad que traigan el licor y mientras vos os ocupáis con vuestra gente en disponer lo que juzguéis conveniente, los míos abrirán las botellas y tendrán todo dispuesto para cuando vos lleguéis.

-Bien -respondió el comandante-. ¡Eh, Bully! Sacad el vino necesario y entregádselo a estos señores.

Bully hizo lo que le había ordenado el superior y se fué en compañía de los suyos. Entretanto, el capitán Warden y Colas, se ocuparon en destapar las botellas y poner dentro de ellas la substancia que había de aletargar a quienes la bebieran.

-Guárdate una para que la bebamos Dick, tú y yo -ordenó Warden a Colás-. Será la única que no tendrá mezcla -añadió con picardía.

La fiesta fué tan breve como sencilla. El conde tomó una copa llena de vino y brindó tras un discurso de circunstancias. El comandante de la fragata hizo otro tanto, limitándose a manifestar que había cumplido con su deber.

Dióse en seguida de beber a toda la tripulación de la fragata, y a los demás náufragos, todos los cuales empezaron a sentir, casi de inmediato, las consecuencias del brebaje. Al poco rato la fragata presentaba un curioso aspecto. Por todas partes se veían hombres dormidos. Los únicos que se mantenían en pie eran Dick Turpin, el capitán Warden y Colás.

-Ahora vamos a buscar los apetecidos cajones -dijo Dick.

-Si, como suponemos, tienen tanta importancia, habrá que buscarlos en el camarote del comandante -expresó Warden Hacia allá fueron y, en efecto, dieron con dos cajones bien asegurados, que llevaban la siguiente leyenda:

"PRIVADO. TESORERIA" Dick Turpin subió al comedor y quitóle al dormido comandante un manojito de llaves, y con ellas bajó al camarote nuevamente.

-Alguna de éstas debe ser exclamó.

Una a una fueron probadas las llaves hasta que se dió, con la que correspondía. Al abrir el primer cajón exclamó Dick con incontenible emoción:

-¡Es oro... oro puro!

-Una fortuna de príncipes -añadió Warden-. ¡Algo maravilloso!

-¡Mirad! Barras y más barras de oro... doscientas... Más aún, casi trescientas barras de oro! -dijo Dick Turpin.

-¡Aproximadamente un millón de libras esterlinas en cada cajón!

-aclaró Warden, agregando: -Hay que embarcarlas en el cúter inmediatamente...

y luego a Londres.

El cúter se encontraba casi en el mismo sitio que había sido abandonado, y la compuerta que Olison había mandado construir, estaba abierta; pero el agua no había podido penetrar en la embarcación, gracias a la otra plancha que Dick hizo colocar sin que lo supiera Olison.

Al poco rato se traspordaron los cajones, siendo trasportados también al cúter los cuerpos aletargados de Olison y el conde de Champdon. Por su parte, el capitán Warden hizo arriar todo el velamen de la fragata, y dejó a ésta bien sujeta, pues soltó el ancla de proa y de popa. Inmediatamente' izó la vela del cúter, haciendo rumbo hacia Londres, a donde llegaron al cabo de veinticuatro horas, pues se juzgó oportuno entrar favorecidos por las sombras de la noche.

IV

Fin de la aventura

Cuando el cúter llegó a la costa, acercáronse a él tres botes, en cada uno de los cuales iban King, Moscarda y Pat respectivamente, quienes ayudaron a acondicionar las barras de oro en los botes que conducían, y a los que traspordaron Dick Turpin, Colás y el capitán Warden, juntamente con los cuerpos de Olison y el conde de Champdon.

Luego de llegar a tierra y ocultar convenientemente el preciado tesoro, King y Moscarda colocaron a Olison y al conde en un bote y lo acercaron al bergantín Gaviota.

A la mañana siguiente, los marineros que estaban de guardia en el Gaviota vieron el bote en cuestión y comunicaron la novedad al segundo de Olison, quien ordenó transportasen a los dos tripulantes inmóviles. Y cuál no sería la sorpresa de todos, al

advertir que uno de aquellos era su propio capitán.

Cuando Olison despertó, no supo qué contestar a guntas que le hacían sus subordinados; y en cuanto al conde de Champdon, cayó en la más horrible de las desesperaciones.

Tanto Olison como el conde no sabían explicarse el misterio y se entregaron a toda suerte de suposiciones.

¿Quién les había hecho traición? ¿Cómo es que ellos también se habían quedado aletargados? ¿Los habían engañado los tripulantes del Morrison? ¿Se sabría ya en Londres la noticia?

Estas y semejantes preguntas se hacían ambos sin atreverse a contestarlas satisfactoriamente.

Pero a los dos días tuvieron una explicación más o menos clara, aunque no del todo, pues los periódicos anunciaban un caso inaudito:

Unos piratas, simulando haber naufragado, lograron entrar en la fragata *Morrison*, y después de aletargar a toda su tripulación, habían robado un tesoro que venía consignado al Gobierno inglés. Un buque de guerra había salido a buscar a la fragata en previsión de que pudiera ocurrirle algo, pero ya era tarde.

El conde de Champdon, estuvo a punto de pegarse un pistoletazo.

No solamente había fracasado su plan, sino que había gastado varios miles de libras sin resultado, amén de las seri observaciones que recibiría de su gobierno.

Pero, se preguntaba: ¿Quiénes eran los autores del robo hubiese ocurrido en tierra, la culpa hubiera recaído sobre Dick Turpin; pero en la forma que había ocurrido, en el mar, nadie aventuró cargárselo en cuenta.

Sin embargo, Dick Turpin era quien poseía aquel tesoro, el cual había repartido proporcionalmente entre el capitán Warden, Colás y sus compañeros de aventuras.

La parte que había correspondido a Dick y sus camaradas, había sido enterrada en un lugar secreto, no sin antes separar una respetable cantidad para distribuir entre gente necesitada, misión que le cupo a Moscarda, King y Pat.

Cuando Dick entregó la parte que le correspondía al capitán Warden, díjole:

-Ahora sí que podréis retiraros a gozar de la vida.

-Y vos deberíais hacer lo propio -replicó seriamente Warden.

-Os aseguro que ése sería mi deseo; pero no es posible. Va donde vaya me perseguirá la justicia. Pero no os preocupéis por mí. Ya me retirarán ellos un día u otro.

El semblante de Dick se ensombreció al decir estas palabras.

Bien sabía que su destino era incierto, que su vida era la lucha, el peregrinaje, enfrentarse con el peligro diariamente.

UNA MANSION SOSPECHOSA

I

Un aristócrata desconocido

Dick Turpin había alquilado, cerca de Londres, el palacio Tottenham, suntuosa mansión de una dama aristocrática que habla ido a pasar una temporada al Continente.

Una vez instalados en la lujosa mansión, Dick había llamado a sus compañeros y dícholes:

-He alquilado este palacio con el nombre supuesto de sir Pablo Hump; y la anciana propietaria se ha servido proporcionarme algunas cartas de presentación. De manera que muy pronto recibiremos a lo más granado de la capital. Por consiguiente se me ocurre advertiros lo siguiente: Moderad vuestras maneras,.. Esto va por vosotros dos, Peters y Batanero. ¿Me habéis escuchado?

-Sí, capitán -respondieron ambos.

-Vosotros dos y Pat, quedaréis convertidos en los sirvientes del palacio. Moscarda y Tomás serán mis primos... los primos de sir Pablo Hump, nuevo propietario de Tottenham. ¿Entendido?

Pocos días después, la aristocracia inglesa se hacía lenguas de la riqueza y refinado gusto con que había sido restaurada la mansión y las madres que tenían hijas casaderas, empezaron a alimentar esperanzas por aquellos tres apuestos y adinerados jóvenes.

Cuando la mansión estuvo totalmente reformada, Dick, o mejor dicho sir Pablo Hump dió su primera gran fiesta, a la que acudieron los personajes más encumbrados de Londres, entre ellos el duque de Whithshire, quien se admiraba de no haber conocido antes a sir Hump.

-Debe de haber estado alejado de Inglaterra debido, tal vez, a complicaciones políticas. Sea como sea, no deja de parecer una bellísima persona y sobre todo muy rica.

Muy lejos estaba el duque de sospechar qué había de sucederle cuando abandonara la casa del supuesto sir Hump. Y lo que le sucedió fué lo siguiente:

Iba arrellanado en su carruaje, recordando el esplendor de la fiesta, cuando Dick Turpin en persona, con su casaca roja y su negro antifaz, detuvo el vehículo, hizo descender al duque y le obligó a que le entregara todo el dinero y las joyas que llevaba consigo. A todo lo cual hubo de acceder -aunque de mal grado- el orgulloso aristócrata, sin sospechar que el mismo que le había asaltado era quien le había despedido pocos minutos antes, con la mejor de sus sonrisas.

Pero al día siguiente de este atraco, presentóse en la mansión de la avenida Tottenham, el señor Braddem, jefe de policía de Middlesex, acompañado de su ayudante, el señor Grooley.

-Dignaos tomar asiento y explicad el motivo de esta agradable visita -díjoles Dick Turpin.

-Pues... pasaba por aquí en dirección a Bow Street, y me ha parecido prudente venir a molestaros para aconsejaros que os guardéis de...

-¿De quién, señor Braddem?

-Pues, de Dick Turpin.

-¡Qué! -exclamó Dick simulando asombro-. ¿Pensáis que me ha echado el ojo ese pillo?

-¿Por qué no? Precisamente cerca de aquí ha atacado y robado al señor duque de Whithshire.

-Voy a mandar a mi servidumbre que vigile la casa -respondió Dick.

-Y haríais muy bien, sir Pablo. Mas ahora debo dejaros para ir a visitar al señor

Diávalo. Adiós, señor.

-Adiós, y gracias por vuestra advertencia.

Poco después llegaba Braddem a Bow Street y se entrevistaba con Iván Diávalo.

-Ya estaréis enterado -díjole Braddem- que Dick Turpin está en Londres y que ha asaltado a un noble.

-¡Maldito mil veces ese canalla! -exclamó fuera de sí Diávalo.

-Además, señor Diávalo, habiendo sabido que la señora Anstruther ha alquilado su palacio a sir Pablo Hump, creí un deber hacerle una visita.

-¿Y qué?

-Que el nombre de ese caballero me es completamente desconocido.

¿Le conocéis, por ventura?

-No. ¿Por qué lo preguntáis?

-Pues, porque es sugestivo que el duque haya sido asaltado a una milla escasa del palacio de Tottenham.

-Vaya. ¿Y creéis que sir Pablo ha tenido alguna intervención en este asunto? -preguntó Diávalo.

-No podría asegurarlo; pero vivimos en un mundo tan extraño, que no estaría de más hicierais vigilar la mansión de ese caballero.

-Lo haré.

-Siendo así, no os molesto más. Estoy a vuestras órdenes.

Cuando el señor Braddem se retiró, entró Espouts con una carta para su jefe.

-¿Quién la ha traído? -preguntó Diávalo.

-No sé. Me la he encontrado en el suelo de la sala de guardia.

Diávalos tomó el escrito y leyó:

“Os sigo de cerca, canalla. Tarde o temprano moriréis en mis manos. Levine”.

El jefe de policía empalideció. Volvía a surgir el nombre de su perseguidor implacable.

II

Dos duelos

Dick Turpin había sido invitado a una fiesta que sir Guillermo Blacce daba en honor de sus relaciones.

Sabía Dick que las fiestas de este aristócrata solían degenerar en repugnantes bacanales, y que cada orgía que él organizaba suponía la perdición de alguna desventurada que sus sirvientes, dignos de tal patrón, sabían poner a su alcance.

Dick fué con el propósito de desenmascarar al canalla, pero entre los invitados había visto al conde de Champdon, y temió ser reconocido por él. Su temor aumentó cuando sir Guillermo le dijo que el señor embajador francés quería tener el honor de conocerle.

-No os extrañe -le dijo sir Guillermo-. Vuestra figura, vuestra elegancia y la suntuosidad de las fiestas que habéis organizado, son cosas que no pueden pasar

inadvertidas.

Pero Dick tuvo buen cuidado de que la presentación se hiciera en sitio poco alumbrado, por lo cual no se apartó de los jardines. Y allí tuvo lugar la presentación, sin que el conde sospechase lo más mínimo.

Cuando la fiesta llegó a su término, retiráronse los invitados, quedando solamente media docena de amigos íntimos de sir Guillermo, entre los que se contaba Dick y el conde de Champdon.

Poco después, y previa abundantes libaciones, dijo el dueño de casa a uno de los sirvientes:

-Traedme esa angelical criatura.

Al momento dos sirvientes entraron llevando cogida del brazo a una preciosa niña de diez y seis años, pobremente vestida.

-¡Dejadme marchar! -gimió la niña-. ¡Los criados me han engañado!

-¿Por qué?

-Me dijeron que cantara y que me darían una limosna. Lo hice...

pero me han traído aquí, Yo imploro la caridad para mantener a mi hermanita ciega y a mi anciana madre.

-Dadle una moneda y dejadla partir -dijo gravemente Dick, quien notaba que la sangre le ardía en las venas.

-Perdonad, sir Pablo -objetó sir Blacce- pero estoy en mi casa y no necesito que nadie me indique lo que tengo que hacer. Además, no acostumbro a variar el programa de mis fiestas, y esta joven estaba ya incluida en él.

-Y por cierto que es la parte más atractiva -añadió el conde de Champdon.

En ese instante sonaron las doce de la noche y oyóse el crujido, al mismo tiempo, de las puertas del jardín que se cerraban.

-Esto quiere decir, señores -explicó sir Blacce- que nadie puede abandonar el recinto hasta el amanecer. Y ahora, dejad libre a esa joven. Yo le daré la hospitalidad que su hermosura merece.

Mas, en ese momento se irguió Dick Turpin, diciendo:

-Caballero; necesito marcharme.

-¿Cómo? Si hace un instante dijisteis que os quedabais.

-Pues, he cambiado de parecer.

-Eso es poco digno de vos.

-Las circunstancias han variado fundamentalmente -replicó Dick Turpin-. Ahora debo marcharme para acompañar a esta señorita.

-¿A quién? -dijo sir Guillermo sorprendido.

-A esta pobre niña que habéis traído engañada.

-Sí, sí -gritó la pequeña-. ¡Me, han engañado vilmente, señor!

-Esto es un insulto -rugió sir Guillermo.

-Tomadlo como os plazca -repuso con energía Dick-. Señorita, dadme vuestro brazo.

-¡Deteneos u os mato! -gritó sir Guillermo.

-Vamos a verlo -dijo Dick, sacando la espada.

La lucha fué breve. Dick Turpin, con penetrante vista, aprovechó un momento en que su contendiente descompuso la guardia, y tirándo- se a fondo, le atravesó el pecho. Sir Guillermo cayó sin exhalar siquiera una queja. Y los que presenciaron la escena, quedáronse inmóviles cual si fuesen de piedra.

Dick levantó a la niña, que había caído de rodillas, y se dirigió con ella hacia la puerta del jardín. El portero se apresuró a abrir sin hacer la menor observación.

-¡Y ahora, escapa! -dijole Dick a la niña-. Corre aprisa, que el drama no ha terminado todavía.

-¡Gracias, gracias, señor! ¡Dios se lo pague!

No habla dado Dick media docena de pasos, cuando se le aproximó el conde de Champdon.

-Estimo, sir Pablo -díjole el embajador- que hacéis muy mal en rehuir las consecuencias de vuestra acción.

-¿No ha sido noble la lucha?

-sí; pero la justicia habrá de llegar de un momento a otro y...

-Por eso es que me voy -dijo Dick.

-Tenéis acaso cuentas pendientes con ella?

-Bastantes, y casi todas las he saldado. El único deudor sois vos.

-¿Yo?

-Sí, conde de Champdon -dijo Dick hablando con su voz natural-.

¿Acaso no sabéis quién soy? Pues, Dick Turpin.

De Champdon dió un salto.

-Y todas vuestras intrigas van a tener aquí su fin.

El conde vió que se acercaban dos personas y se puso a gritar desaforadamente:

-¡A mí, caballeros! ¡Este hombre es Dick Turpin! ¡Quiere asesinarme!

-Cobarde -gritó Dick-. ¡Cobarde y estúpido! Esos hombres son amigos míos! Preparaos a morir.

El conde levantó tímidamente su espada, que apenas cruzó un segundo con la de Dick. A la primera acometida de éste, cayó muerto.

Tomás King y Moscarda se aproximaron.

-¡Huye, Dick! -dijo el primero-. Me consta que la policía iba a venir a hacer una visita a sir Guillermo. ¡Huye! Pat te espera con tu caballo.

Dick fuese hasta una posada donde encontró a Pat.

-Vigilad atentamente el palacio durante mi ausencia, que será de dos o tres días. Esconde a Batanero.

-¿Y Peters? -preguntó Pat.

-Ese puede pasar. No te olvides que se ha teñido las patillas.

Ahora no son rojas, sino negras. Pero por las dudas, desfigúrale el rostro.

Al día siguiente, Pat cumplió su misión al pie de la letra, y una vez que obligó a esconderse a Batanero, sonó la campanilla. Pat fué a abrir y se vió frente a Espouts.

-¿Sabéis quién soy? -preguntó éste.

-No -respondió Pat-. Espero me lo digáis para tener ese honor.

-Me llamo Moisés Espouts.

-Muy bien. Y ya que os conozco, ¿qué deseáis?

-Ver a sir Pablo Hump.

-No podrá ser, pues ha salido de viaje... Pero, ¿qué miráis?

-Para ver si están mis hombres, Tres me acompañan y están allí fuera.

-¡Ah!

-En fin... ¿puedo ver al mayordomo?

-¡Cómo no! Acompañadme.

-¿Cómo se llama?

-Se llama Pe... Clump -dijo Pat, a punto decir Peters.

-¿Peclump?

-No... Clump, solamente. Habéis oído mal.

-Me pareció haber...

-Señor Clump -gritó Pat al ver a Peters- el señor Moisés... Espa...

Espe... Espi...

-¡Moisés Espouts! -aclaró de mal talante *el* policía, molesto por aquella tartamudez del criado.

-Espero vuestras órdenes, señor Espe... Espi... Espouts, -dijo Peters aparentando la mayor solemnidad que le era posible.

-Pues, anoche ese desalmado de Dick Turpin fué a casa de sir Guillermo Blacce haciéndose pasar por sir Pablo Hump, y después de insultar al dueño de casa lo mató. Lo propio ha hecho con el conde de Champdon.

-¡Horror! exclamó el falso Clump.

-¿Cuándo vendrá vuestro amo?

-Posiblemente dentro de dos o tres días.

-¿Me avisaréis cuando llegue?

-Así lo haré y con mucho gusto.

En ese instante entró Pat, diciendo:

-Señor Clump; el caballero os quiero ver.

-Voy al punto. Perdonad, señor Espe... Espi... Espa... -¡Espouts!

-rugió el aludido.

Cuando Peters se hubo retirado, Pat se dirigió a Espouts, diciéndole:

-Caballero, espero que os retiréis.

-¿Qué?

-Que espero os retiréis. Ninguna persona puede permanecer en esta casa. Tal es la orden de mi amo.

-Pero yo soy...

-Sí, señor; ya lo sé. Vos sois el señor... Espa... Espe... Espi...

-¡Espouts! ¡Condenado! -rugió el policía.

-Bien, señor Espouts Condenado, podéis retiraros. Que os vaya bien.

Y Pat, empujando suavemente al asombrado policía, le cerró la puerta no bien la hubo traspuesto.

III

La sorpresa de Diávalo

A las ocho de la noche del siguiente día, presentáronse Diávalo y Espouts en el palacio, luciendo sus más flamantes uniformes.

El falso Clump, es decir Peters, había avisado a Espouts que su amo, sir Pablo, había retornado de su breve viaje.

-¿Os espera. sir Pablo? -preguntó Pat a los visitantes.

-Supongo que sí -respondió Diávalo.

-Sentaos, pues -añadió Pat-. Mas, ante todo, tened la bondad de limpiaros los pies en la alfombrilla, pues los traéis llenos de polvo.

-¿Os pagan, acaso -dijo Diávalo- para que insultéis a los que vienen a visitar a vuestro amo?

-No. Pero, ¿a quién debo anunciar?

-Al señor Diávalo.

-¿Y este otro caballero? -dijo Pat como si no recordara el rostro de Espouts.

-¡Moisés Espouts! ¿Acaso no me conocéis? -dijo el aludido.

-No; no os recuerdo. Espi... Espe... Espu... ¿Cómo habéis dicho?

-¡Espouts!

-Entendido. Seguidme.

Los visitantes marcharon tras de Pat, quien los condujo ante Peters, el falso Clump, y éste los llevó hasta el despacho de Dick, quien se encontraba en compañía de Moscarda y King.

De más está decir que los tres amigos estaban completamente desconocidos merced a los afeites, pelucas y lunares postizos.

-Bienvenidos, caballeros. Nos dais a mis primos y a mí, un verdadero placer.

-Lo celebramos sinceramente -respondió Diávalo, escudriñando disimuladamente a los tres personajes que estaban frente a él, y llegando a la conclusión de que estaba equivocado, pues aquellos no eran, ni por asomo, las personas que llegó a imaginarse que

eran, pues, desde el primer momento, Diávalo llegó a sospechar que Dick y sir Pablo eran una misma persona. Ahora reconocía su error.

Tan seguro había estado Diávalo de que la banda de Dick Turpin era la que alquilaba la lujosa mansión, que le había dicho a Espouts que cuando estuvieran en ella simulara un ataque. Este plan tenía por objeto obligar a los dueños a que dieran asistencia a Espouts durante un día o dos, permitiéndole permanecer en la casa y poder así observar más detenidamente a sus ocupantes.

-De manera que ese Dick Turpin ha vuelto a las andadas, -preguntó Dick, mientras hacía servir sendos vasos de licor a los policías.

-Así es -repuso Diávalo-. Pero ya daré con él. Día más, día menos, pero lo lograré.

-Iré personalmente a felicitaros cuando eso suceda -dijo Dick.

-Será el suceso más sonado de Inglaterra -añadió King.

-Os haréis famoso... más de lo que sois -dijo Moscarda por su parte, tratando de que su vozarrón característico tuviera un tono más bajo.

Durante esta conversación, Espouts bebía sin descanso. Y cuando estuvo satisfecho dió principio a la comedia planeada con su jefe, dejándose caer de costado, simulando estar mareado primero y perdido el sentido después.

-¿Qué le pasa al señor Espouts? -preguntó King.

-Es que... había olvidado que... ¡Qué contratiempo! -murmuró Diávalo-. A este hombre le suelen dar estos raros ataques.

-¡Vaya! ¡Pobre hombre! -dijo Dick, simulando que creía lo dicho por Diávalo.

-Sir Pablo -dijo el jefe de policía- no sé si será abusar de vuestra benevolencia, pero me atrevo a suplicaros que permitáis acostar a este hombre y...

-Sí, sí... -interrumpió Dick vivamente. Mis sirvientes le conducirán a un dormitorio. El señor Espouts estará aquí cuidadosamente atendido. Y ahora mismo mandaré por un médico.

En efecto, poco después, Espouts era conducido a uno de los dormitorios, acostándosele en una amplia y blanda cama.

La interrumpida entrevista de Diávalo y Dick Turpin continuó poco después, como si nada hubiera ocurrido - Vamos a la sala de juego? -invitó Dick Turpin al cabo de un rato.

-Con mucho gusto -replicó Diávalo.

Mas, apenas se habían sentado a una mesita y empezado Tomás a barajar las cartas, entró Peters gritando:

-¡Señor, señor, venid! ¡La vida de este caballero está en peligro!

¡Escondedlo!

-¿Mi vida? -balbuceó Diávalo.

-¡Escondedlo pronto! -dijo Dick.

Antes de que el policía tuviera tiempo de reaccionar, King y Moscarda lo tomaron de un brazo y lo condujeron a otra habitación, cerrando la puerta inmediatamente.

Casi al mismo instante, Diávalo oía el ruido de aceros que chocaban, y acto seguido dos disparos de armas de fuego.

-¿Habrán entrado asaltantes? -se preguntaba Diávalo en su escondrijo.

En ese momento abrióse la puerta de la habitación donde estaba escondido el jefe de policía y éste retrocedió espantado al verse frente a Dick Turpin, vestido con su traje de montar, su casaca roja y su antifaz.

-¡Diávalo aquí! -exclamó Dick Turpin-. ¡Vaya con la suerte que tengo!

-¡Yo... yo... en vuestro poder! -dijo Diávalo, pálido como un cadáver.

-Sin ninguna duda -replicó Dick-. Y de esta casa no saldréis con vida.

-¡Ah, torpe de mí! -exclamó Diávalo-. Todo esto ha sido una comedia.

-Mejor que la vuestra. Porque ese ataque de Espouts sido...

-¡Torpe de mí! ¡Me he dejado engañar!

Diávalo comprendía demasiado tarde que su plan había sido descubierto y que se hallaba a merced de Dick Turpin.

Tomás King aferró a Diávalo y lo condujo a los sótanos del palacio, donde le dejó encerrado. Poco después, Moisés Espouts le iba a hacer compañía.

Cuando ambos, jefe y subalterno, estuvieron a solas en el sótano, empezaron a insultarse mutuamente.

-Hubiera preferido que me encerrasen con un gato rabioso y no con vos -díjole Espouts.

-¡Cuidado con lo que decís! -le advirtió Diávalo.

-Vos tenéis la culpa de que nos hayan apresado. Sois un imbécil para planear celadas.

-¡Y vos sois un cobarde! -rugió fuera de sí el jefe de policía.

-¡Soy capaz de mataros aquí mismo!

-¡Callaos!

Espouts tenía el rostro descompuesto. No era el mismo de siempre.

Diríase que había empezado a enloquecer. Se adelantó y levantando el brazo lo descargó sobre Diávalo, pero al hacerlo, su mano tropezó con la linterna que pendía del bajo techo, y la derribó. La luz fué a caer sobre un montón de paja y en un instante inflamóse el frágil combustible, y la celda vióse envuelta en llamas y humo.

Gritando desafortadamente, ambos prisioneros pedían socorro y golpeaban la puerta con desesperación.

Una lengua de fuego se extendió sobre ellos, y prendió en las ropas de Diávalo, el cual se vió en un instante envuelto en llamas.

En ese instante se abrió la puerta, apareciendo Levine, a quien Dick Turpin había notificado que tenía prisionero a Diávalo. Levine llegaba al sótano a cumplir con su venganza. Mas al abrir la puerta, Diávalo se precipitó por ella dando terribles gritos de angustia, y ardiendo por todas partes.

Levine, al verle, le apuntó con sus pistolas. Oyéronse dos detonaciones y el cuerpo de Diávalo cayó al suelo.

-Le quité la vida... aunque le evité mayores sufrimientos -dijo solemnemente Levine-. Mas mi venganza se ha cumplido. Hermano mío, ahora puedes descansar en paz.

Te he vengado.

Espouts, que también había salido corriendo de la celda, se detuvo a poco andar y se sentó. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos y balbuceaba palabras ininteligibles.

Dick, Moscarda y King que habían llegado, le observaron detenidamente,- ¡Este hombre ha enloquecido! exclamó Dick.

En efecto, Espouts había perdido la razón. Dos enemigos de Dick Turpin desaparecían del escenario. Mas, otros se sumarían, tanto o más peligrosos. La carrera de Dick Turpin no había terminado allí.

EL POZO MISTERIOSO

I

En busca de un malvado

Dick Turpin y sus compañeros se habían alojado en una posada del pueblo de Mulverton, después de los acontecimientos que hemos narrado. Y allí enteráronse del nombramiento del nuevo jefe de policía de Bow Street, cargo que recayó en la persona de Atanasio Gibbs, hombre valeroso y decidido aunque de poco seso. Pero ya nos ocuparemos detenidamente de este nuevo personaje, como así también de su lugarteniente, el señor Corton, quienes tendrán oportunidad de enfrentarse con la cuadrilla de Dick Turpin en muchas y variadas oportunidades.

Por el momento, la atención de Dick Turpin se ha fijado en un joven de simpático aspecto, que ha llegado a la posada y cuyo rostro delata un sufrimiento interior imposible de disimular.

-¿Quién es ese caballero? -preguntó Dick al posadero.

-Sé que se llama Mauricio Arcuit; eso es todo.

-¿No sabéis por qué está tan apenado?

-No me he atrevido a preguntárselo -respondió el posadero.

Dick Turpin esperó que el joven se retirara a su habitación. Una vez que lo hubo hecho golpeó Dick suavemente la puerta del cuarto.

-Adelante -dijo Mauricio Arcuit, creyendo que se trataba del sirviente.

Extrañado quedó al verse frente a un caballero desconocido.

-¿Puedo conversar con vos unos instantes? -preguntó Dick.

-No tengo ningún inconveniente, caballero. Sentaos, os lo ruego.

-Gracias.

-¿A qué debo el honor de vuestra visita, señor?...

-Antes de deciros mi nombre, os ruego prestéis atención a lo que voy a deciros. No sé por qué sospecho que estáis apesadumbrado. Y más aún, creo que habéis venido a este pueblo en busca de alguien que... que no está. ¿Es así?

-Efectivamente. He venido en busca de un miserable -replicó el joven.

-Es decir, que venís a vengarnos de una afrenta.

-Sí, caballero. Pero el miserable ha huido, aunque por fortuna sé dónde se encuentra.

-Sería mucho pedir me contarais por qué buscáis a ese hombre?

-dijo Dick- Os aseguro que guardaré el mayor secreto.

-Perdonad, pero aun no sé vuestro nombre, y aunque me resultáis simpático debéis reconocer que sería aventurado abrir mi corazón a un desconocido -objetó con sinceridad Mauricio.

-Tenéis razón. Me llamo Dick Turpin.

-¡Dick Turpin! -exclamó extrañado el joven- ¡Cuánto celebro conoceros!

Conozco vuestras hazañas y sé cómo os portáis con los pobres y cómo tratáis a los poderosos.

-¿Creéis que puedo ayudaros en vuestra empresa? -dijo sonriendo Dick.

-Sí, a fe mía. Podéis ayudarme porque ando en busca de un miserable que mató alevosamente a mi mejor amigo. Y os lo explicaré en pocas palabras. Guido Daram era un amigo de infancia cuyo generoso corazón le perdió. Conoció a un tal Salvador Rexley, a quien facilitó dinero muchas veces en la creencia de que se trataba de un hombre de bien. Pero Rexley era jugador, vicio que mi amigo Guido le desconocía.

Y una noche, sabiendo Rexley que mi amigo había recibido una importante cantidad de dinero, entró en su casa y le mató sin darle tiempo a defenderse. Dió la casualidad que yo llegara poco después y sorprendiera al criminal en momentos que huía.

Le he perseguido por todas partes sin resultado. Y ahora me entero que se halla en la posada del Comercio, en Exeter.

-¿Pensáis dirigiros hacia allá? -preguntó Dick.

-Sí, pero tengo que aguardar a que llegue la silla de posta.

-La silla llega recién mañana -replicó Dick-. Sería perder horas preciosas. ¿Sabéis montar?

-Sí.

-Pues bien, os haré dar un caballo y partiremos esta misma noche.

-¿Partiremos habéis dicho? -Preguntó intrigado el joven.

-Sí, porque no sólo os acompañaré sino que irán con nosotros mis compañeros. Todos estamos a vuestra disposición hasta que podáis vengaros de ese sujeto.

-Pero... ¿cómo os podré agradecer tamaño favor?

-Haciendo justicia a vuestro amigo muerto.

Poco después se ponían en camino hacia Exeter, pese a la nieve que había caído durante todo el día.

Carlos Levine no formaba parte de la cuadrilla. Cumplida su venganza, habíase marchado a Córcega, su patria.

En las primeras horas de la madrugada llegaron a la puerta de la posada del Comercio y los cuatro caballeros entraron al vestíbulo del mismo, mientras los tres sirvientes- Pat, Batanero y Peters- se quedaron esperando en un callejón vecino.

Al aparecer el dueño de la hostería, díjole Dick:

-Necesitamos cuatro habitaciones.

-Perfectamente. ¿Traen los señores algún criado? -preguntó el posadero.

-Sí; pero dormirán en nuestros aposentos.

-Está bien. Queréis cenar o venís ya...

-Venimos con el estómago vacío explicó Dick.

-Venid al comedor, entonces.

Un mozo se hizo cargo de los caballos y luego Moscarda avisó a los que esperaban afuera, y una vez reunidos todos, dió principio la cena.

Un mozo francés, muy atento, sospechosamente atento, los servía sin despegar los labios.

Dick, una vez que terminaron de comer, llamó al mozo francés y, dándole una moneda de oro, le dijo-Tomad. Esta es vuestra propina.

-Gracias, señor; sois muy generoso.

-Y hay otra igual si respondéis a lo que os pregunte.

-¿Qué desea saber el señor? -preguntó el mozo obsequiosamente.

-Quiero saber en qué cuarto se aloja el señor Salvador Rexley -dijo Dick Turpin.

-En el número 4.

-¿No baja a comer aquí, a este aposento?

-No, señor. No sale de su cuarto por nada del mundo. Se' hace servir en su habitación.

-Bien. Es todo lo que quería saber. Gracias.

Cuando Dick y sus amigos se retiraron a sus habitaciones, Alfonso, que así se llamaba el camarero francés, se puso a reflexionar.

-Esto es muy extraño -se dijo-. La conducta de Rexley, que no quiere salir de su cuarto... y estos señores tan interesados en saber de él, especialmente ese caballero alto... Pero ¿dónde he visto yo esa cara?

Me parece conocerla. En fin...¿y ese negro? Es extraño todo esto...

Pero... ¿y ese de las patillas color zanahoria?... ¡Ya sé! ¡Ya sé! El hombre alto es Dick Turpin, y los otros sus compañeros. ¡Dick Turpin en esta casa! ¡Soy rico!

Y salió casi corriendo a da era de la recompensa que se ofrecía por Dick Turpin y su cuadrilla.

Precisamente en ese instante Dick Turpin, acompañado por sus amigos y por el joven Mauricio Arcuit, se acercaban a la puerta de la habitación de Rexley. Moscarda, de un empujón, la abrió sin dificultad.

Rexley, al ver entrar en su aposento a siete hombres de imponente aspecto esgrimiendo sendas pistolas, quedóse como petrificado.

-¿Sabéis a lo que hemos venido? -preguntó Dick Turpin, mirando fijamente al villano.

-Pero... ¿quién sois? -preguntó aterrado Rexley.

-¿Me conocéis, canalla? -dijo con grave acento Mauricio -Sí... sí... pero... estos señores... yo...

-¡Venimos a ser testigos de vuestra muerte! -repuso Dick Turpin -¿Mi muerte? ¡Tened compasión de mí! -se lamentó el villano.

-¿Tuviste compasión de mi amigo Guido Daram? -Preguntó Mauricio- Lo asesinaste cobardemente, pagando con un crimen el favor que os había hecho.

-¡Perdonadme! ¡Estoy arrepentido! ¡Os lo juro!

-Mauricio -dijo solemnemente Dick Turpin- Aquí tenéis mi espada.

Tomás, entrégale la tuya a ese malvado.

-¿Un duelo? ¡No! ¡No! -rogaba Rexley.

-Os batiréis... salvo que prefierais morir de un pistoletazo -le amenazó Dick Turpin.

Rexley miró hacia la mesa en que estaba el candelabro, e inmediatamente ideó derribarlo y, una vez a oscuras, tratar de escapar.

Rexley tomó nerviosamente la espada, mientras Mauricio hacía lo propio. Ya estaban frente a frente, cuando de improviso penetraron en la estancia una docena de gendarmes.

Rexley lanzó un grito de júbilo, pero Batanero dió un manotazo al candelabro y la habitación quedó completamente a oscuras.

En semejantes ocasiones, tenían acordado dirigirse inmediatamente hacia el sitio en que se hallare su jefe, y formar así todos un compacto grupo. Así lo hicieron, y mientras los bandidos se dirigían hacia la puerta, arrimados a la pared, los gendarmes se aporreaban de lo lindo entre ellos, sin atreverse a hacer uso de las pistolas por temor a matarse entre ellos.

Pero uno de los gendarmes, que por miedo quizás se había quedado junto a la puerta, al ver que alguien pretendía salir, trató de impedirlo con su cuerpo. Pero Peters le tomó por el cuello y, levantándolo con fuerza, lo arrojó al centro de la habitación.

El cuerpo del gendarme hizo un ruido espantoso.

-¡Se hunde la casa! -gritó uno.

-¡Socorro! -vociferó Dick Turpin, tratando de sacar partido del pánico y la confusión-. ¡Se ha hundido la pared! ¡La escalera cruje!

Aquello fué el acabóse. Todos los gendarmes se precipitaron hacia la ventana que daba a la calle, saltando por ella y yendo a dar con sus humanidad en el duro pavimento.

Excusado es decir que Dick Turpin y los suyos, aprovechando la confusión, corrieron hacia el patio y sacando los caballos emprendieron la fuga.

II

La ayuda oportuna

Alfonso, el camarero, al ver que Dick se escapaba empezó dar gritos:

-¡Es Dick Turpin! ¡Detenedlo! ¡Son ladrones!

Pero los bandidos estaban ya a algunos centenares de metros de la hostería.

-¿Abandonamos el pueblo? -preguntó Tomás King a Dick Turpin.

-¡No! ¡Debemos refugiarnos en algún lugar! No me iré de aquí hasta que nos vengamos de ese miserable - espondió Dick.

En ese instante llegaban frente a una casa de humildísimo aspecto, a cuya puerta

hallábase una anciana.

-¿Os persigue la policía? -preguntó ella al grupo.

-Sí -respondió Dick.

-Entrad aquí en seguida... con los caballos también -dijo la vieja.

-¡Adentro, muchachos! -dijo resueltamente Dick Turpin- De las palabras de esta mujer brota la sinceridad.

En cuanto estuvieron dentro los seis bandidos y Mauricio, cerró la mujer la puerta, y cruzando una habitación que da al patio, salió a éste y llamó a otra puerta de la casa vecina.

Apareció un simpático vejete.

-Es preciso que ocultéis siete caballos en vuestra cuadra. A no perder tiempo. Son amigos perseguidos por la policía -dijo la anciana precipitadamente.

-¡Adelante! -contestó el hombre.

El viejo llevó los caballos a un sitio a propósito que él mismo había hecho construir en el sótano, y que tenía por objeto la ocultación de toda clase de animales que él mismo compraba, procedente de robos.

Entretanto la anciana llevó a los bandidos hasta el borde de un pozo que había en el patio.

-Aquí está vuestro escondite -dijo.

-¡Diablo! -exclamó Dick- ¡Es un pozo!

-No temáis; es un pozo con trampa. Yo iré adelante. Seguidme -ordenó la mujer.

En efecto; de la misma obra del muro, sobresalían unos pedacitos de ladrillos, tan hábilmente colocados que mirando desde arriba era imposible darse cuenta de ellos.

Uno a uno siguieron a la mujer, la cual se introdujo por un hueco practicado en la pared del pozo y que daba entrada a una amplia habitación.

Cuando todos estuvieron allí dentro, les dijo la mujer:

-Esta casa la habitaba anteriormente un hombre muy avaro que murió hace ya tiempo. Entre los vecinos se corría la voz de que dicho avaro tenía bastante dinero, pero a su muerte, -pese a que se registró toda la casa, no se encontró nada. Mi vecino, el que os ha guardado los caballos, descubrió este escondrijo... y tanto él como yo, sospechamos que aquí está el tesoro de ese miserable. Pero no lo hemos hallado. Y ahora os dejo, porque los guardias han de llegar de un momento a otro. Saben que odio a la policía... y que acostumbro ayudar a quienes ella persigue.

Con la misma agilidad que empleó en descender, trepó la anciana por los escalones y saltó a la superficie. Y no pudo hacerlo más a tiempo. En aquel instante llegaban los gendarmes.

-¡Eh! -gritó la mujer-. ¿Cuándo vais a cesar de molestarme?

-¿Quién hay dentro de la casa? -dijo el jefe de los gendarmes.

-Yo.

-¿Y quién más?

-Nadie más.

-Vuestra mentira os costará la cabeza.

-Para lo que va a durar mi cabeza, tanto da que me la corten mañana mismo.

-Dejadnos entrar. Y vosotros, amartillad las...

-Ya están amartilladas hace rato -contestó uno de los gendarmes.

-Sacad también las espadas -ordenó el jefe.

-Entonces nos guardamos una de las pistolas -replicó el mismo guardia.

-¡No, señor!

-¿Cómo vamos a sostener la espada, entonces? ¿Con las narices?

-Bueno... guardaos las espadas.

-No las hemos sacado todavía -darme con sorna.

-Este... ¿tenéis municiones? -volvió a preguntar el jefe -Sí, señor. Pero si continuamos hablando, cuando entremos a buscar a Dick Turpin, éste estará camino a Londres.

-¡Callad, deslenguado! -gruñó el jefe Tomo estas precauciones porque tengo...

-¡Un miedo espantoso! -objetó la anciana.

-¡Abrid la puerta! -rugió el jefe.

-Ya está abierta hace un buen rato -dijo la mujer.

-¡Sacad las linternas, muchachos!

-¿Con la boca, o con las narices? -preguntó el incorregible gendarme-.

Porque tenemos las manos ocupadas con las pistolas.

-Bueno... uno de vosotros que saque una linterna.

-Dejaos de pamplinas -dijo la mujer-. Aquí tenéis suficiente luz.

Yo misma os alumbraré. ¡Adelante!

Registraron minuciosamente toda la casa sin hallar el menor rastro de los bandidos. Y cuando salieron al patio dijo el jefe:

-Y por aquí, ¿no hay ningún lugar oculto?

-El único es el pozo -respondió la anciana.

-No hagáis bromas o... ¿Está seco el pozo?

-No, señor.

-Eso lo veremos. Sacad un cubo.

La mujer hizo lo que se le ordenaba.

-¿Estáis conforme ahora?

-Sí, sí...

-Esta agua, ¿la vais a beber? -dijo la mujer con sorna.

-No, mujer del demonio. Tiradla.

La anciana se acercó a uno de los guardias y le preguntó:

-¿A qué viene todo esto? ¿Qué ha sucedido?

-Pues, que Dick Turpin ha querido matar a un hombre.

-¡Válgame Dios! ¿Y el pobre hombre qué hace ahora?

-Está en la hostería reponiéndose del susto. Está tan nervioso que los médicos no lo dejan salir. Parece que temen que se enloquezca.

-No es para menos. ¡Pobre hombre! -se lamentó la vieja.

Poco después salían los gendarmes de la casa y la anciana corrió a dar aviso a los bandidos de cuanto había sucedido.

-Celebro que se haya quedado en la hostería ese canalla -dijo Dick Turpin.

-Y parece ser que ha exigido que se quede una pareja de gendarmes dentro de la fonda para custodiarlo.

-Mejor así. En esa forma podemos llevar a cabo el plan que se me ha ocurrido -manifestó Dick Turpin.

Aquella noche la pasaron en la casa de la anciana, pero al día siguiente y una vez sacados de las mochilas de los caballos, los afeites que necesitaban para desfigurarse el rostro, Dick y Moscarda se disfrazaron de labriegos adinerados. Así vestidos se dirigieron a la posada del Comercio, solicitando una habitación para aquel día.

III

Un Plan que tiene éxito

-¿Cómo es que hay gendarmes en la casa? -preguntó Dick al camarero francés, el cual no reconoció en aquel labriego al famoso bandido.

-Es que anoche estuvo Dick Turpin.

-¡Válgame Dios!

-Y el granuja se ha escapado. O mejor dicho se me escapó a mí...

porque fui yo quien le denunció... En fin; para otra vez será.

Alfonso les llevó a la misma habitación que habían ocupado los bandidos la noche anterior, y que era precisamente la que estaba contigua a la ocupada por Rexley.

-liemos tenido suerte -dijo Dick a Moscarda.

Lo único que se proponía Dick, era que Rexley oyera todo lo que él conversaría con Moscarda, haciéndose pasar por los gendarmes que reemplazarían a los que en ese momento custodiaban a Rexley.

Y, una vez cerrada la puerta de la habitación, Dick y Moscarda dieron comienzo a la comedia.

-De esta hecha nos haremos rico, compañero. Quién iba a decirnos que persiguiendo a Dick Turpin íbamos a encontrar un tesoro -empezó diciendo Dick.

-¿Te refieres al tesoro escondido en el pozo de la casa de esa vieja? -preguntó Moscarda.

-Por supuesto. Cuando el jefe nos ordenó bajar al pozo, yo escuché todo lo que la vieja le decía a Dick Turpin del famoso tesoro, pero no le dije una sola palabra al jefe... El secreto lo sabemos tú y yo.

-¿Y qué piensas hacer?

-Te explicaré mi plan. Según oí decir a Dick Turpin, esta noche saldrán de la cueva llevándose en sus bolsillos todo el dinero que puedan.

Pero dentro de siete u ocho días, volverán disfrazados de carreteros y pondrán las barras de oro...

-¿Barras de oro? -preguntó haciéndose el asombrado, Mosca r d a.

-Sí, y parece que se necesitan por lo menos dos carros para llevarlas.

-Entonces, ¿cómo haremos?

-Pues, si los bandidos se van a las nueve, por ejemplo, nosotros nos llegamos a la casa de la vieja a las doce; la amordazamos, bajamos a la cueva, cargamos todas las barras que podemos y huimos.

-Pero, hay un inconveniente.

-¿Cuál?

-Que tenemos que vigilar a este hombre... a ese Rexley. ¿Qué te parece?

-Que no las tiene todas consigo, porque Dick Turpin dijo anoche a sus hombres que rondaran todo el día por la ciudad, disfrazados, para observar si el tal Rexley se escapaba. Y ordenó que no bien lo vieran lo mataran sin compasión.

-Por lo tanto lo que nos conviene es decir al jefe que este hombre ha tenido ataques nerviosos y no es prudente que salga de la fonda. De ese modo le salvamos la vida por un lado y por el otro nos aseguramos que Dick Turpin se va esta noche.

-Buena idea.

-Y como nosotros somos los encargados de vigilar a este Rexley, no lo dejaremos salir de la pieza en todo el día. Y ahora vamos a tomar unas copas.

Así lo hicieron los bandidos, saliendo de la habitación, y cuando estuvieron frente al posadero, Dick le dijo:

-Nos vamos. En la pieza de al lado hay un sujeto que no hace más que decir que matará a todo el que se le acerque. Así no, podremos dormir.

Lo siento, y os ruego que...

-Os disculpamos... pero apreciamos el pellejo y la tranquilidad.

Será para otra oportunidad mejor. Adiós.

El plan de Dick dió resultado. Rexley había escuchado toda la conversación, con el interés que es fácil suponer. Y se hizo las siguientes consideraciones:

Si salía aquel día de la fonda, peligraba su vida, y si pretendía hablar con el jefe de los gendarmes para decirle lo que había oído, le sería imposible conseguirlo, ya que los dos guardias encargados de la vigilancia en la fonda, habían jurado impedirlo.

Eso por una parte. Por otra pensó de la siguiente manera:

-Dick se va a las nueve y los gendarmes irán a la casa de la vieja a las doce; pues, yo me ocultaré por allí cerca, y cuando vea que éstos se marchan, entraré yo también provisto de una bolsa. En varios viajes puedo apoderarme de muchas barras de oro. No saben esos tontos la idea que me han dado.

Tal como lo había supuesto Dick, lo hizo Rexley. A las once de la noche, creyendo que Dick y los suyos se habían marchado de la ciudad, estaba Rexley escondido en un lugar oscuro, próximo a la casa de la anciana. Una hora después llegaron dos hombres a caballo y se acercaron a la citada casa, detuvieron y se apearon. Uno de ellos saltó la tapia y desapareció.

-Son los gendarmes -se dijo Rexley, sin sospechar que en realidad eran Moscarda y Pat.

Pasaron unos minutos y apareció Moscarda. Rexley vió que metían algo en un saco. Luego, que volvía a desaparecer el mismo hombre para volver con otro envoltorio. Así varias veces hasta que, por último, cargando los sacos en los caballos, desaparecían.

Rexley se decidió entonces. Saltó la tapia y llegó al patio. Vió el pozo y, alumbrándose con una linterna, empezó a descender cautelosamente.

Al llegar al hueco de la cueva, saltó al suelo de ésta y, temblando de emoción, dirigió la luz de la linterna hacia el fondo de la cueva. Se quedó helado de espanto.

Cinco hombres le apuntaban con otras tantas pistolas, y entre ellos, sonriendo irónicamente, estaba Dick Turpin.

IV

Trágico final

-Buenas noches, señor Rexley -saludóle Dick Turpin Esperábamos vuestra visita.

Rexley no contestó.

-Ahora no podréis eludir el duelo.

-Como veis, estoy desarmado -objetó Rexley.

-No os preocupéis. Mis hombres os darán un arma. Mauricio ya tiene la suya.

-Con la que mataré a este canalla -dijo el joven.

-Batanero, entrega una pistola al señor Rexley.

-¿Descargada? -dijo el negro bromeando.

-No, hombre... ¡qué ocurrencias tienes! Ahora es de pensar que...

tratamos de engañarle. Vamos, descarga la pistola y vuélvela a cargar en presencia del señor Rexley.

El negro lo hizo con suma rapidez, mientras Rexley permanecía silencioso.

-Aquí esta. Tomad -le dijo el negro entregándole la pistola. En un extremo estaba Mauricio, preparado.

-Quítaos la casaca, señor Rexley. Gracias. Y ahora preparaos. Os dare las tres palmadas de reglamento. A la tercera, debéis disparar.

En guardia, caballeros.

En ese instante se oyó un disparo. Era Rexley que había disparado antes de tiempo; pero no contra su adversario sino contra el sitio que alumbraba la cueva.

Tan pronto como el villano observó que había roto el faro y dejado a oscuras a todos retrocedió hacia el borde de la concavidad del pozo y buscando con sumo cuidado el primer escalón, empezó a trepar rápidamente.

Dick salió en persecución de Rexley, pero no había hecho dos pasos cuando oyó la voz de Moscarda en el patio, que decía:

-¡Abajo otra vez canalla! ¡Abajo u os parto el cráneo!

Un tenue resplandor ilumino de pronto el interior del pozo. Era Pat que dirigía hacia ese lugar la luz de su linterna.

Y en ese preciso instante se oyó un grito penetrante y desesperador y luego un golpe, un chasquido mas bien y un nuevo grito que murió apenas fué proferido.

¿Qué habría pasado? Pues, que Rexley, al verse frente a Moscarda con cuya presencia no contaba, echo la cabeza hacia atrás, atemorizado, perdiendo entonces el equilibrio y cayendo al fondo del abismo, sin que nadie pudiera evitar la catástrofe -Nuestra misión ha terminado -dijo Dick Turpin después haber verificado la muerte de Rexley -.Ahora será menester que abandonemos Exeter antes de que la policía advierta la desaparición de Rexley -Eso mismo opino -añadió Tomás -Dormiremos aquí -repuso Dick- y cuando amanezca partiremos hacia Londres.

En ese instante Moscarda tropezó con un bulto que había en el suelo -¿Qué es esto?-pregunto -La casaca de Rexley -contesto Dick-. Se la hice quitar antes de entregarle la espada para que aceptara el reto. Arrójala al pozo.

-¿Y si la revisamos para ver si tiene dinero dentro?

-Registra, pues.

Moscarda se puso a examinar el contenido de los bolsillos de la casaca del difunto Rexley, exclamando al cabo de un momento:

-¡Hola! ¡Aquí hay cien libras en billetes de Banco!

-Nos vendrán muy bien -añadió Pat-. Empieza a repartirlos.

-¡Un momento! -dijo Moscarda-. Aquí también hay otros papeles...

¡Hola! Dick, mira lo que dice este pliego. Léelo.

Dick, alumbrándose con la linterna de Pat, leyó lo siguiente:

"Oxford Building.

Señor Rexley:

Caballero:

"Conforme con lo que en la vuestra decís. En cuanto venga a ésta el señor Corley, vuestro amigo, te entregaré las mil libras que pedís para empezar a obrar. En cuanto se me entreguen los documentos, os daré las cuatro mil restantes.

Los planos de la fortaleza de que os hablé están en poder del señor Faquerson. Es preciso obrar con rapidez. Y, sobretudo, ni una palabra sobre la potencia interesada en este asunto. Vuestro amigo, MORLON." -¿Qué os parece? -preguntó Dick una vez que hubo leído la carta.

-Que nos hallamos ante un delito de lesa patria -respondió King.

-¿Qué fecha lleva el escrito? -preguntó Moscarda.

-Fecha de ayer -respondió Dick.

-Estamos a tiempo.

-Lo primero que debemos hacer es buscar a ese señor Morlon. Y lo haremos inmediatamente después que descansemos unas horas.

Mauricio, Arcuit, que había sido espectador silencioso de todo cuanto acaba de escuchar, dijo:

-Yo lamento tener que dejaros, pues tengo que volver a mis posesiones.

Pero tened confianza en mí, que no diré una sola palabra de todo esto.

-Lo sabemos -replicó Dick-. Ya conocemos vuestros sentimientos y hombría de bien.

-Y yo he tenido oportunidad de conocer al hombre más extraordinario de Inglaterra, y a un núcleo de caballeros valientes que jamás podré olvidar.

-Sois muy generoso -respondió Dick Turpin.

-Hago justicia -dijo Mauricio-. Mas, ¿dónde podré dirigirme en la seguridad de conocer vuestro paradero?

-A las posadas de *La Zorra y la de la Urraca*, ambas en Londres.

Mauricio Arcuit estrechó emocionado la mano de Dick y sus compañeros.

TRAICION A LA PATRIA

I

Un policía nervioso

Atanasio Gibbs, el nuevo jefe de policía de Bow Street, se paseaba nervioso por su despacho, ante la mirada atónita de su segundo, Jorge Corton.

-¡Esto es intolerable! -rugía Gibbs- ¡Dick Turpin es el mismo demonio! Un día está en Londres y al siguiente en Stoney Barrow...

-Y cuando lo vamos a buscar a Stoney Barrow, resulta que ha hecho de las suyas en Exeter -replicó Corten.

-Y eso sucede por la impericia de las autoridades policiales locales.

Parece que le tuvieran miedo a ese bandido. Aparece Dick Turpin y los gendarmes emprenden la retirada.

-¿Y ahora, qué camino ha tomado? -preguntó Corton.

-¡No soy adivino! -rugió Gibbs-. La última noticia que tengo es de Exeter, donde Dick Turpin ha matado a un tal Rexley.

-No habrá más remedio que esperar a que cometa un nuevo salto o un nuevo crimen para saber dónde está.

-Pero nuestra misión es perseguirlo y atraparlo. Y eso es lo que vamos a hacer -dijo Gibbs.

-¿Cómo?

-Por lo pronto, haciendo vigilar todas las hosterías de Londres.

-No os olvidéis que todos los posaderos de Londres son amigos de Dick Turpin... y si no lo son, le temen.

-No importa. Pondremos gendarmes disfrazados a la puerta de cada una de ellas.

-No disponemos de tantos, señor Gibbs -objetó Corten.

-Pues, nos valdremos de espías. El dinero es el mejor medio para convencer a la gente. De manera que vos, Corten, os pondréis en campaña ahora mismo para conseguirme esa gente. Y no os fijéis en gastos. En cada hostería, en cada posada, debe haber espías, ¿comprendido?

-Sí, jefe.

-Andando, pues. No hay minuto que perder.

Salió Corten a cumplir la delicada misión que le encomendara su jefe, mientras éste continuó paseándose a lo largo de su despacho, durante una hora, sumido en hondas cavilaciones. Al hacerse cargo de la jefatura, había prometido dar caza a Dick Turpin antes de un mes, y el plazo estaba próximo a cumplirse... mas, Dick Turpin gozaba de entera libertad.

En efecto, era tal la libertad que gozaba Dick Turpin, que en ese preciso instante se encontraba en compañía de sus amigos, en una de las habitaciones de la posada de *La Zorra*, sita en uno de los apartados barrios de Londres.

El rostro de Dick demostraba contrariedad.

-¡Hemos llegado tarde! -díjole a Moscarda.

-¿Por qué, Dick?

-Lee lo que dice este periódico; en voz alta, para que todos se enteren.

Moscarda obedeció y leyó con su característico vozarrón lo siguiente:

UN GRAVE SUCESO. HA SIDO ASALTADALA CASA DEL CAPITÁN FAQUERSON *"En la casa del capitán Faquerson ha ocurrido anoche un grave suceso. Parece ser que cuando se retiraron a descansar el capitán y su bella hija Carlota, penetraron en la casa unos malhechores, los cuales, después de narcotizar a los sirvientes, se dirigieron a su escritorio y le robaron los croquis y diseños que había confeccionado para los planos definitivos de todas nuestras fortalezas.*

"El capitán Faquerson, al oír ruidos en la planta baja, levantóse armado de pistolas, pero los malhechores habían huido con los mencionados dibujos.

"Avisado el ministro de Guerra, como primera providencia ordenó éste que se detuviera al citado oficial, como asimismo a los sirvientes, todos los cuales están incomunicados y alojados en celdas separadas en Newgate." -¿Qué decís a todo esto? -preguntó Dick a sus compañeros.

-Que el amigo del malvado Rexley, ese tal Corley, se nos ha adelantado -expresó Tomás King.

-Opino que debemos salir a buscar a ese Corley -dijo Moscarda.

-¿Cómo? No tenemos la menor sospecha de dónde puede estar alojado -replicó Dick.

-¿Y Morlon, el firmante de la carta? -sugirió Pat -Por ese lado creo que iremos mejor encaminados. A ver, ¿dónde estaba fechada la carta que Morlon escribió a Rexley? -dijo Dick, sacando de su bolsillo el papel comprometedor -Aquí dice Oxford Building.

-Es ese edificio donde se alojan escribanos, corredores de comercio...

-¡Ya! -exclamó Dick-. Allí tiene su oficina nuestro amigo Chitock.

Tú, Moscarda, vete con Pat y habla con Chitock. Expónle el caso con entera Confianza, bien sabes que es hombre capaz de hacer favores.

Yo, mientras tanto, idearé un plan para atrapar a Corley.

Moscarda y Pat se hicieron presentes en Oxford Building, un vasto edificio construido ex profeso para dar cabida a numerosas personas de distinta profesión y que constaba de ciento cincuenta habitaciones independientes unas de otras.

Cuando Chitock vió a los dos amigos, se echó en sus brazos exclamando lleno de gozo:

-¡Cuánto celebro veros! ¿Qué hacéis por aquí? No teméis que...

-Hay tanta gente aquí, que pasamos inadvertidos -aclaró Moscarda.

-Muy cierto; muy cierto... ¿Y Dick? ¿Qué es de su vida? Ya me he enterado por los diarios que continúa dándoles dolores de cabeza a la policía...

-Y ojalá sea por mucho tiempo -dijo sonriendo Pat.

-Ya salió este irlandés de Pat -bromeó Chitock-. ¿En qué puedo servirlos?

-Queremos saber qué oficina ocupa Roberto Morlon.

-Pues, hombre... justamente la que está ahí enfrente.

-¿Frente a la vuestra? -preguntó Moscarda asombrado.

-Sí, aunque tiene- otro despacho. Pero desde hace un tiempo se le ha dado por venir a éste, pese a que aquí no recibe la visita de nadie.

Me parece que es un hombre misterioso.

-Lo estamos vigilando por orden de Dick -repuso Pat.

-Entonces contad conmigo. Podéis alojaros aquí todo el tiempo que lo consideréis prudente. Pondremos un biombo aquí, en medio de mi oficina, para evitar que os vean mis clientes. ¿Estáis conformes?

-Ya sabíamos que podríamos contar con vos -dijo Moscarda.

-No me olvidaré jamás de los favores que he recibido de Dick.

Me ayudó hace tiempo, vosotros lo sabéis muy bien... Y si ahora puedo retribuir en parte esos favores, me sentiría dichoso.

Pat quedó en la oficina de Chitock haciendo la primera guardia, mientras Moscarda corría a dar la buena nueva a Dick Turpin.

II

El asunto se complica

Dick Turpin, desde ese momento empezó a recibir noticias acerca de los movimientos de Morlon, quien no había abandonado su despacho en todo el día, haciéndose llevar la comida a él y asomándose constantemente a la puerta, como esperando a alguien.

-Lo que no me explico -dijo Moscarda- es por qué no aparece Corley a entregarle los planos a Morlon. Porque no ha tenido materialmente tiempo de hacerlo. Los planos fueron robados anoche; Morlon espera impaciente, al parecer... pero el ladrón no viene. ¿Qué misterio es éste?

-Ya lo he desentrañado -repuso Dick Turpin- Este Corley no es ningún tonto.

-Expílicate, por favor.

-Verás. Resulta que por las señas dadas por los sirvientes al jefe de policía Gibbs, éste ha creído reconocer en el ladrón a un sujeto llamado Corley, y así se apresuró a manifestarlo a un periódico, el cual publicó la noticia, dando una seña particular de Corley: una cicatriz que ostenta en la oreja derecha, a la cual le falta un pedacito en el pulpejo. ¿Comprendéis ahora?

-Ciertamente -dijo Moscarda- Corley ha leído la noticia y se ha escondido.

-Por eso no ha podido entregar los planos robados. Y por eso Morlon está impaciente.

En ese instante entró King con un periódico en la mano.

-Malas noticias, Dick -dijo el recién llegado.

-¿Qué sucede? -preguntó Dick.

-Oye lo que dice este periódico:

ASUNTO FAQUERSON *"Comunicamos a -nuestros lectores que se ha producido una novedad en el sensacional asunto del capitán Faquerson. En su chaqueta se ha encontrado una carta comprometedora en la cual se le dice lo siguiente:*

"Amigo Faquerson:

Entrego a vuestro enviado la cantidad pedida por vos para llevar a cabo el negocio. Haremos como vos ordenáis. Entraremos sigilosamente y narcotizaremos a vuestros sirvientes una vez que os hayáis acostado. Rogamos rompáis esta carta una vez leída. Vuestro -¡Infames! -exclamó Dick-. ¡Han calculado todo!

-¡Hay que apresar a Morlon cuanto antes y entregarlo a la justicia!

-dijo Moscarda fuera de sí.

-No es necesario. Voy a mandar un recado a Chitock diciéndole que, con cualquier pretexto, mande llamar mañana temprano a Morlon a su despacho y que lo entretenga allí más de una hora.

-¿Con qué objeto?

-Con el de poder entrar yo al despacho de Morlon durante esa ausencia, y revisar su correspondencia. Ya sabes que el correo se distribuye todas las mañanas aquí en Londres.

-¿Crees que Corley le escribirá a Morlon? -preguntó King.

-Sin duda. Corley no se atreve a salir a la calle por temor de ser descubierto por su cicatriz, y para poder comunicarse con Morlon es casi seguro que le escribirá. Pero como en el momento en que se distribuya la correspondencia, Morlon estará en el- despacho de Chitock, podré abrir todas las cartas que reciba -¿Y si Morlon no quiere aceptar la invitación de nuestro amigo Chitock?

-La aceptará porque Chitock le escribirá lo siguiente... puedes anotar para informar a Chitock...: "Un amigo mío que tiene cierto asunto pendiente con vos, me dice que ya tiene en su poder lo que vos le pediste, pero que no puede ir a veros personalmente, por cuyo motivo os ruega que vengáis a mi despacho". ¿Qué os parece?

-Una magnífica idea, como todas las tuyas -repuso King.

Morlon, por su parte, había desarrollado su plan con inteligencia, pues, calculando que el capitán Faquerson, una vez detenido, habría de ser conducido a la cárcel de Newgate -como sucedió efectivamente- interesó a uno de los carceleros, llamado Carter, un pillo

redomado, para que obedeciera sus directivas.

En efecto, Carter, ante la vista de los billetes de Banco que le ofreció Morlon, accedió a ser instrumento de sus canallescadas órdenes, las cuales consistían en hacer declarar a los sirvientes de Faquerson en contra del pundonoroso oficial caído en desgracia.

Faquerson, convencido de su inocencia, permanecía sereno, seguro de que su honestidad y los servicios prestados a la Corona terminarían por triunfar, pero sentía una pena enorme, más que por la injusticia de que era objeto, por los sufrimientos que estaría soportando su inocente hija Carlota, a la cual dejara sola en su hogar, anegada en amargo llanto.

El carcelero Carter se dedicó a estudiar el carácter de los prisioneros y comprendió que Ramón era el más crédulo, y a él se dirigió primeramente.

-¿Qué se dice? -le preguntó el aludido Ramón sin poder disimular el miedo.

-Pues, siempre lo mismo -le respondió el carcelero- que es el capitán Faquerson el que ha urdido toda la trama.

-No es posible, pues el capitán no nos dió el brebaje, un sujeto con una cicatriz que...

-¡Bah! ¡Hay tantas maneras de disfrazarse!

-¿Eh?

-Sí, hombre, si... No hay duda que vuestro amo se disfrazó esa noche y os ha narcotizado. Además, la carta que se le ha encontrado es muy comprometedor. En ella se habla de cosas muy interesantes...

El único que duda sois vos.

-¿Cómo? ¿Lucas también cree que... ?

-Sin ninguna duda. Así me lo ha dicho -mintió el carcelero, agregando: -Os estáis jugando la cabeza tontamente.

-¿La cabeza?

-Claro... El juez militar cree que vosotros dos sois cómplices del capitán.

-¡Qué hacer, Dios mío!

-Decir la verdad... que fué el capitán quien os dió beber el vino narcotizado...

-Está bien... Decid al juez instructor que necesito hablarle ahora mismo.

-Cumpliré vuestro deseo.

En la misma forma actuó Carter con el otro sirviente, Lucas, el cual también pidió habla acusar al capitán, creyendo que en esa forma se salvaría de la horca. Los planes de Morlon se iban desarrollando con toda felicidad para él.

III

Dick encuentra lo que buscaba

Chitock cumplió al pie de la letra las instrucciones recibidas de Dick Turpin y citó a Morlon, quien, aquella mañana, temprano, se hallaba en el despacho de aquél.

Mientras tanto, Dick, que había calculado exactamente la hora en que llegaba la correspondencia para Morlon, la cual era colocada en el buzón del despacho de éste, revisaba una a una todas las cartas, hasta que dió con la que estaba seguro enviaría Corley.

Dick la leyó rápidamente:

"Señor Morlon:

"No habrán escapado a vuestra inteligencia las poderosas razones que me impiden mostrarme en público, pues habréis leído los diarios. Como supongo que estaréis impaciente Por recibir el paquete, tanto como yo lo estoy por recibir lo que me corresponde por el riesgoso trabajo hecho, os ruego sigáis las siguientes instrucciones para poder encontrarnos.

"Estoy escondido en una casa situada en el camino que va de Londres a Windsor. Tomad, por lo tanto, esta noche sin falta, el dinero que me habéis prometido y estad a las doce en punto en el camino de Windsor, cerca del primer árbol grueso que hay después de haber pasado el segundo ventorro, según se sale de la ciudad.

C.”.

Una vez leída la carta, volvió Dick Turpin a pegarle el correspondiente sello, dejándola entre la demás correspondencia. Y poco después salía del despacho de Morlon, para encontrarse con Moscarda y King, quienes lo esperaban impacientes.

-¿Has encontrado lo que esperabas? -le preguntó o carda.

-Sí.

-Tienes buen olfato –dijo King -Regular. Pero ahora necesito que tú, Moscarda, cumplas la misión que voy a encomendarte.

-Tú dirás.

-Te cambiarás de traje inmediatamente y te presentarás en la casa de Faquerson.

-¿Con qué objeto, Dick?

-¿No has leído los periódicos? Los sirvientes del capitán lo han acusado abiertamente, instigados vaya a saber por quién. Por lo tanto hay que serenar a la hija del capitán, diciéndole que su padre es inocente y que los culpables serán hallados muy pronto. Puedes decirle, también, los planes que tenemos y a quienes pensamos sorprender esta noche.

-Perfectamente.

-¡Ah! Dile también que visite a su padre y. le trasmita esas noticias.

Pero no debes decirle nuestros nombres... por ahora al menos.

-Entendido.

Moscarda cumplió al pie de la letra las instrucciones recibidas, y esa misma mañana, Carlota se hacía presente en Newgate para entrevistar a su padre.

La sorpresa de los carceleros, al verla, fué grande, especialmente la de Carter, pues viósele entrar animada, sonriente y decidida.

-Esto me huele mal -se dijo Carter-. Tengo que evitar que esta muchacha hable a solas con su padre.

Como estaba ordenado que ninguno de los prisioneros podía hablar con persona alguna sin la presencia de un carcelero, Carter quiso hacer cumplir la disposición.

-¿A dónde vais? -le preguntó Carlota con dignidad.

-Voy a acompañaros, pues tenemos orden de estar presentes en todas las entrevistas...

-No lo dudo; pero el alcaide os ordena lo contrario. Leed este papel.

Carlota entregó un escrito al carcelero y éste, una vez que lo hubo leído frunció el ceño con enojo. El alcaide, pensando que aquella entrevista entre padre e hija bien podría ser la última, ya que no dudaba que el capitán sería condenado, ordenaba se les dejase solos durante diez minutos.

Cuando la joven entró en la celda donde estaba alojado su padre, al ver a éste, se arrojó en sus brazos.

-¡Hija de mi alma! -exclamó el desdichado.

-¡Padre mío! -dijo Carlota besándolo cariñosamente.

-¡Cuánto has de sufrir, hija mía... pero soy inocente... inocente!

-Lo sé, padre,... y tengo pruebas... Déjame que te hable al oído.

No repitas ninguna de mis palabras. Escucha.

El capitán Faquerson miró a su hija con ojos inquisidores, como queriendo adivinar sus pensamientos. Pero Carlota se acercó más aún a su padre y empezó a decirle con voz queda:

-Hoy ha estado un hombre en nuestra casa, y no me ha dicho su nombre, aunque me ha hecho revelaciones importantes.

-¿Qué te dijo? ¡Habla, por el amor de Dios!

-Que los causantes de tu desgracia son un tal Corley y otro llamado Morlon, quienes serán apresados esta misma noche junto con los planos que te robaron. ¿Qué dices a eso, papá?

-Dios bendiga a esos hombres, quienesquiera que ellos sean.

Cuando Carlota se separó de su padre, dejándolo más serenado y esperanzado, hizo el camino hacia su casa sin poder apartar de su pensamiento el rostro del caballero que la había visitado horas antes y cuyo nombre no sabía. Por un momento ruborizóse y sonrió luego, como disculpándose el pensamiento atrevido que la había visitado.

En ese instante, Moscarda tenía también puesto el pensamiento en la hermosa Carlota, cuya belleza le había deslumbrado.

Un secreto amor había empezado a nacer.

IV

Dos pájaros en la jaula

Morlon, que había leído la carta enviada por Corley, sin sospechar que antes había hecho lo propio Dick Turpin, preparóse a las once de la noche a emprender camino.

-¡Cuatro mil libras! En fin, ¿qué son comparadas con las que yo he de cobrar? Dejémosnos de escrúpulos y vayamos a visitar a ese individuo.

Al salir a la calle vió que ésta estaba desierta y le corrió por el cuerpo una sensación extraña, pero echó a andar en dirección a la carretera de Windsor. Una vez entrado en ésta, disminuyó la velocidad de su marcha, tratando de no perder detalle del paraje.

Faltaba aún un largo trecho para llegar al lugar indicado por Corley, y Morlon consultó su reloj. Faltaban diez minutos para la hora señalada en la carta.

En el otro extremo del camino, Corley esperaba con cierta impaciencia la llegada de

Morlon. El también consultaba su reloj y observaba constantemente el camino.

Los minutos se le hacían interminables a Corley, quien se volvía temeroso al menor ruido que percibían sus oídos. Observaba, conteniendo la respiración, y volvía a serenarse al comprobar que nadie estaba a su alrededor.

De pronto vió venir hacia él una sombra. Se ocultó detrás del árbol y esperó. La sombra se acercaba cautelosamente, y cuando estuvo casi frente al árbol, Corley salió de su escondrijo, murmurando:

-¿Morlon, sois vos?

-Sí, Corley. ¡Por fin! -exclamo el recién llegado.

-¿Traéis el dinero?

-Sí. ¿Y vos, traéis los planos?

-También.

Y en el preciso instante en que ambos hombres iban a cambiar los planos por el dinero, aparecieron de entre las sombras seis figuras silenciosas que les apuntaban con sendas pistolas.

-¡Traición! -exclamó Corley.

-¡Nos han sorprendido! -rugió Morlon tratando de escapar.

Era imposible. Aquellos seis hombres les habían rodeado, formando un círculo impresionante de amenazadoras armas.

-¡Canallas! exclamó Dick Turpin- ¡Inglaterra os pedirá cuentas de vuestra traición!

-¡Perdón! -dijo Morlon, cayendo de rodillas ante Dick Turpin-.

No nos entreguéis a la justicia.

-¡Cobarde! ¡Daréis cuenta de vuestra canallada! ¿Sabéis quien soy?

-No... no... De... de la policía, ¿acaso?

-¡Soy Dick Turpin!

-¡Oh!

Corley, que había permanecido silencioso hasta ese momento, al oír el nombre de Dick Turpin, alimentó una secreta esperanza.

-Ya que no sois de la policía -dijo Corley- podemos entendernos.

Aquí hay cuatro mil libras que os daremos si...

-¡Si volvéis a hablar de esa suerte, daos por muerto! -le gritó Dick, agregando: -Moscarda, si este hombre vuelve a pronunciar una solª palabra en ese sentido, os autorizo a que le disparéis un pistoletazo.

Corley no volvió a abrir la boca. En cambio Morlon no hacía más que lamentarse, rogando por su vida.

En ese instante se oyó detrás de ellos una potente voz que decía:

-¡Daos presos todos! Soy Atanasio Gibbs, de la policía.

Dick lanzó un silbido, señal conocida por sus compañeros, y todos, como por arte de encantamiento, desaparecieron entre las sombras de la noche, excepto Corley y Morlon.

-¡A ellos! -gritaba Gibbs-. ¡Es Dick Turpin! ¡Son los bandidos!

Pero los gendarmes que le acompañaban, por más que miraron el camino, y examinaron todos los árboles, no pudieron dar con los bandidos.

Parecía que la tierra se los había tragado.

-No están. ¡Han desaparecido! -dijo a Gibbs uno de los gendarmes.

-¡No importa! ¡Aquí tenemos a dos personajes extraordinarios!

Corley y Morlon. ¡Y pensar que Dick Turpin me los ha entregado!

-rió Gibbs-. ¡Dick Turpin ha hecho mi fortuna! Adelante con ellos.

Al día siguiente, todos los periódicos daban la sensacional noticia:

Atanasio Gibbs, el jefe de la policía, había capturado a Morlon y Corley, quienes se habían confesado instigador y autor, respectivamente, del robo de los planos, los cuales estaban ahora en poder de la justicia.

Pero lo más sensacional era la parte de la declaración de Morlon, quien aseguraba que Dick Turpin y cinco de sus compañeros habían sido los verdaderos autores de la captura, quienes se habían negado: a aceptar el dinero ofrecido por ellos por su libertad.

Uno de los periódicos llegaba, incluso, a decir: "No hay que negar que Dick Turpin ha hecho un gran favor a Inglaterra al capturar a los delincuentes y rescatar los planos, los cuales evitó que salieran del país. Se impone el indulto de Dick Turpin y sus compañeros"

EL INDULTO

I

Faquerson empieza a actuar

Atanasio Gibbs, el jefe de policía, no contaba con la confesión de Morlon, la cual lo dejaba al descubierto y hacía justicia a Dick Turpin, verdadero héroe de aquella jornada memorable.

-Faquerson ha sido puesto en libertad -decíale Gibbs a su segundo Corton-. De manera que no es arriesgado suponer que Dick Turpin se pondrá en contacto con él muy pronto.

-Entonces, jefe, lo mejor será vigilar la casa del capitán y cuando Dick Turpin aparezca, lo apresamos y entregamos a la justicia.

-Eso es lo que pienso hacer -replicó Gibbs-. Tenemos que darnos prisa, antes que cobre cuerpo la peregrina idea de los periódicos, que piden el indulto del bandido.

-Es que también por las calles se oye decir: "¡Hay que indultar a Dick Turpin! ¡El Rey debe tomar cartas en el asunto!" -dijo Corton.

-Por eso es que debemos darnos prisa. Ahora mismo ordenaré que se vigile con prudencia la casa del capitán Faquerson. Apresado Dick Turpin y entregado al tribunal para que lo juzgue, se terminarán todos esos clamores.

Atanasio Gibbs no estaba desacertado. Pocos días después de haber sido puesto en libertad el capitán Faquerson y mientras el tribunal fijaba la fecha para juzgar a Corley y Morlon, Dick Turpin y Moscarda visitaban al digno militar en su domicilio.

Faquerson los recibió en compañía de su bella hija Carlota, ante la cual Moscarda temblaba como una hoja movida por la brisa.

-Vuestra visita me causa el más vivo placer -dijo Faquerson-.

Vosotros habéis callado vuestros nombres por un sentimiento de delicadeza que yo admiro... pero los periódicos no han podido callar y os han hecho justicia. Hoy, toda Inglaterra sabe que Dick Turpin y sus amigos son hombres de elevados sentimientos y noble corazón, patriotas sinceros como el que más.

Dick, emocionado, agradeció las palabras del militar, mientras Moscarda reposaba su mirada en el rostro angelical de Carlota, quien sonrió afectuosamente al curioso, llenándole de felicidad.

-Lo que hemos hecho por vos, capitán -dijo Dick Turpin- lo venimos haciendo desde hace mucho tiempo con otras personas víctimas de la injusticia.

-¿Entonces, por qué os persiguen tan cruelmente? -preguntó Faquerson.

-Porque soy un evadido de la cárcel. Sí, no os asombréis. Era yo un honesto ciudadano; tenía mujer e hijos... los tengo aún... y de la noche a la mañana me veo acusado de conspirador sin ser verdad. Así lo dije, así lo juré, pero fué en vano. Se me condenó a muerte. ¿Iba a dejarme matar? No. Necesitaba huir de aquella prisión para demostrar luego mi inocencia. Así lo hice... Mas, desde ese momento, se puso a precio mi cabeza. Hube de defenderme contra la persecución constante de la policía, valirme de todos los medios para no caer en sus manos.

Encontré nobles compañeros, perseguidos también; nos unimos. Y desde entonces luchamos contra los poderosos, los canallas, en pro de los pobres, de los perseguidos.

-¡Es preciso poner término a esta anomalía! -exclamó Faquerson-.

Sois dignos de que se os haga justicia. Y yo me ocuparé de ello.

-¿Cómo? -preguntó Dick.

-Conversaré con el primer ministro de la Corona, quien estuvo a felicitarme por haber salido con bien en este ingrato asunto. le convenceré, os lo aseguro.

Poco después salían Dick y Moscarda de la casa del capitán, mas, apenas habían dado unos pasos, cuando una docena de gendarmes los rodearon, gritando:

-¡Entregaos! Es inútil que hagáis resistencia.

Dick intentó echar mano a sus pistolas, pero se vió sujetado por cuatro hombres que le apuntaban amenazantes. Lo mismo a Moscarda.

-¡Ya os tengo! -dijo la voz de Gibbs-. Ahora sí que no os escaparéis.

Dick y Moscarda no pronunciaron una sola palabra. A su alrededor se había hecho un. corro de gente curiosa, la cual comenzó a hacer comentarios en voz alta.

-¡Es Dick Turpin!

-¡Los gendarmes han capturado a Dick Turpin!

El barrio se había revolucionado con la noticia, la cual corrió como un reguero de pólvora. Y como el hecho se había producido a las puertas de la casa del capitán Faquerson, éste también oyó los gritos de la muchedumbre, saliendo apresuradamente a la calle. Cuando vió a Dick Turpin y a su compañero, en poder de los gendarmes y fuertemente maniatados se encaró con el jefe de policía diciéndole:

-¿Vos sois Atanasio Gibbs?

-Sí, ¿Y vos?

-El capitán Faquerson. ¿Así tratáis a quien tan grande favor a hecho a la Corona?

-Dick Turpin es un delincuente vulgar. Su cabeza tiene un precio elevado. Y mi misión es capturarlo vivo o muerto -exclamó Gibbs.

-¿Lo cual no os impidió que os vistierais con galas ajenas, eh?

-dijo el capitán.

-¿Qué queréis decir?

-Que pretendisteis engañar a capturado a Corley y Morlon, cuando en realidad quien los capturó y salvó los planos fué Dick Turpin.

-Pero es que...

-¡Y pensar que aun no habéis recibido el condigno castigo!

Vuestra burla debe ser juzgada por el más alto tribunal del reino. Así lo haré saber a la superioridad.

Y sin decir más, encaminóse con grave paso hacia su casa.

II

Los compañeros de Dick

Tomás King, Pat, Batanero y Peters no salían de su asombro. Se acababan de enterar de la captura de su jefe y de Moscarda, y hacían planes para liberarlos. El que los dirigía era King.

-En estos momentos deben de estar en Bow Street- decía King- pues no han tenido tiempo de llevarlos a Newgate. Lo mejor que podemos hacer es asaltar la comandancia y tratar de salvar a nuestros compañeros.

-Así debe ser -dijo Pat-. Corremos hacia una muerte segura, pero es preferible morir a saber que nuestro capitán será juzgado.

-Yo cargaré las armas -terció Batanero-. Ardo en deseos de entrar en acción.

Pero en ese instante se hizo presente en la habitación de los bandidos, en la posada de *La Zorra*, una hermosa mujer acompañada por el posadero.

-Esta señorita desea veros -dijo este último.

Todos hicieron una reverencia.

-¿Sois vosotros los compañeros de Dick Turpin? -preguntó la dama.

-Sí, señorita; para serviros -respondió King.

-Soy la hija del capitán Faquerson -dijo la recién llegada.

-Sois más bella de lo que... -empezó a decir King, deteniéndose de inmediato.

-¿Por qué no proseguís? -dijo Carlota sonriendo-. ¿Alguien os ha hablado de mí?

-Perdonadme, pero alguien me ha hablado de vos con tal entusiasmo que creí estuviese alterado en sus facultades -continuó King.

-Y ese alguien es... Decidlo, os lo ruego.

-Moscarda.

-Lo suponía -dijo Carlota-. Es un caballero a quien tengo en mucho aprecio, más aún... pero... pero he venido a traeros un mensaje y no a hablaros de cosas del corazón.

-Os escuchamos, señorita.

-Mi padre, el capitán Faquerson, ha entrevistado a vuestro jefe, merced a una orden especial del primer ministro de la Corona. Y Dick Turpin os ordena que no os mováis de vuestro Sitio, que esperéis pacientemente.

-¿Es posible? -preguntó extrañado King, mirando a sus compañeros.

-¿Creéis que os engaño?

-No, pero...

-Leed este papel -dijo Carlota, tendiéndole a King una pequeña carta.

King leyó en voz alta:

"Mis amigos:

" Tened confianza. -El capitán Faquerson devuelve bien por bien. Está tramitando mi libertad... quizá nuestro indulto. No hagáis ninguna tentativa para libertarnos a Moscarda y a mí. Especialmente tened vigilados a Batanero y Peters. Que no hagan alguna de las suyas.

Confiad en la portadora de esta carta. Vuestro Dick." -¿Qué decís ahora? -preguntó Carlota con afectuosa sonrisa.

-Que rogamos a Dios por la intervención de vuestro padre -respondió King.

Esa tarde, los periódicos daban la sensacional noticia de la captura de Dick Turpin, manifestándose todos ellos favorables al indulto.

Uno de los periódicos decía en su primer página:

EN VEZ DE INDULTARLO APRESAN A DICK TURPIN *"Ha sido detenido Dick Turpin y uno de sus compañeros. El autor de la captura ha sido Atanasio Gibbs, el mismo que se mofó de las autoridades al pretender engañarlas diciendo que él había apresado a los traidores Morlon y Corley. ¿Y todavía sigue al frente de la comandancia un hombre de esta categoría? Es necesario que Dick Turpin sea indultado, pues el favor que ha hecho a Inglaterra es de los que el pueblo inglés no puede olvidar"* Los compañeros de Dick leían estas líneas con los ojos anegados de lágrimas.

Otro periódico, al par que daba la noticia de la detención de Dick Turpin, manifestaba lo siguiente:

"El tribunal debe reunirse mañana para juzgar a Dick Turpin.

Pero no es aventurado decir que el pueblo inglés no desea que Turpin sea condenado sino indultado. En la calle se oye un solo grito: "Que indulten a Dick Turpin"; y la justicia debe tener en cuenta el clamor de la calle." Y era verdad. Frente a Bow Street se había reunido una impresionante muchedumbre que gritaba sin cesar:

-¡Indulto!

-¡Viva Dick Turpin!

-¡Que se firme el indulto! ¡Viva Dick Turpin!

A todas estas manifestaciones no era ajeno el capitán Faquerson, quien se había dirigido personalmente a los periódicos y expuesto con sinceridad y elocuencia por qué Dick Turpin era perseguido por la justicia y cómo había hecho para evitar que los famosos planos salieran del país.

Mas, no conforme con eso, se había personado a sir Walpole, el primer ministro, diciéndole:

-Excelencia, no es éste el primer favor que Dick Turpin presta a la Corona. Ya en otra oportunidad evitó que Su Majestad fuera objeto de un sangriento complot. Vos lo sabéis muy bien.

-¡Pero es un salteador de caminos! -objetó Walpole.

-Pero salvó una vez la vida del rey, y ahora ha evitado que los planos de nuestras fortalezas cayeran en poder de un país extranjero.

¿Qué más se le puede pedir a un patriota inglés? ¿No creéis que pesan más estos servicios hechos al país, que todos sus errores pasados?

-Pero la policía ha cumplido con su deber, e indultarlo sería desconocer la autoridad policial -replicó el primer ministro.

-¿Y vos, Excelencia, llamáis policía a la de Bow Street, cuyo -jefe pretendió burlarse del pueblo inglés, haciéndose pasar por héroe de un hecho que no había realizado?

-Tenéis razón.

-Se impone el indulto de Dick Turpin y sus compañeros, Excelencia.

Con ello os haríais simpático aun a vuestros adversarios políticos.

Walpole quedóse meditando. En aquellos momentos, precisamente, sus adversarios políticos formaban legión.

El capitán Faquerson observaba al primer ministro sin perder detalle alguno de su rostro, estudiando las transformaciones que se operaban en Walpole.

-El pueblo está en favor de Dick Turpin, Excelencia; y si sabe que el indulto se ha obtenido por vuestro intermedio, os aplaudirá sin reticencia. Ya habréis leído los periódicos. No hay uno solo que no defienda a Dick Turpin. Mañana, si se le indulta, no tendrán más remedio que hablar bien de vos, aun aquellos que os critican. Hablo como militar, con sentido de la estrategia. Vos sois político... y sabéis muy bien lo que vale la estrategia en estos casos.

-Tenéis razón, capitán Faquerson -respondió al fin Walpole-.

Ahora mismo hablaré al rey sobre este asunto.

III

Se reúne el Tribunal

Tal como se había anunciado, al día siguiente se reunió el tribunal para juzgar a Dick Turpin y a Moscarda.

Entre los numerosos espectadores hallábase el capitán Faquerson y su hija Carlota, la cual miraba con arrobados ojos a Moscarda, sereno e imperturbable en el banquillo de los acusados, a la derecha de Dick Turpin.

El defensor de Dick Turpin y Moscarda era un abogado nombrado por Faquerson, hombre hábil y elocuente.

Cuando el presidente del tribunal empezó a hablar, detallando los cargos contra los acusados, se hizo un silencio impresionante en la sala.

Los cargos llevaron más de diez minutos al presidente, el cual, al terminar el detalle

de los mismos, dirigiéndose a Dick, preguntó:

-¿Qué respondéis a eso?

-Se me acusó de conspirador sin serlo. Se me privó de la libertad injustamente. Me evadí para poder defenderme. Se me persiguió con saña y se puso a precio mi cabeza como si fuera un animal salvaje...

-empezó diciendo Dick Turpin.

-Exijo al acusado sobriedad en las palabras -dijo el presidente.

-Pido a Su Señoría -terció el abogado defensor- me permita hablar.

-Hablad.

-Estarnos juzgando a un patriota que en ningún momento se olvidó de la tierra en que había nacido. Estamos juzgando a un patriota que se jugó la vida por salvar la de su rey, amenazada por unos complotados que habían venido de Francia con ese solo propósito. Estamos juzgando a un patriota que desenmascaró y apresó a dos traidores, y que rescató los planos secretos de nuestras fortalezas.

Donde la policía fué impotente, allí fué eficaz Dick Turpin y sus compañeros....

-Es menester que el acusado levante los otros cargos, previamente -dijo con sequedad el presidente.

-¡Si para Vuestra Señoría es más importante el asalto a una diligencia que la seguridad y felicidad de nuestro rey, no tengo más nada que decir! -repuso el abogado defensor.

En la sala se oyó un murmullo de aprobación.

-Este hombre es muy hábil -dijo Dick por lo bajo a Moscarda.

Este no contestó, pues tenía los ojos puestos en Carlota. Y ella en los de él. Dick se sonrió y cambió una mirada de inteligencia con el capitán Faquerson -Dais a mis palabras un sentido equívoco -replicó el presidente.

-Pretendo iniciar la defensa sobre la base de lo más importante y capital -dijo el abogado-. Empecemos por la faz positiva. Y lo positivo son los servicios que el acusado ha presentado al país. Lo negativo son los medios de que ha tenido que valerse un hombre perseguido para defender su vida.

-Los crímenes que se le imputan son numerosos -arguyó el presidente.

-Uno a uno serán explicados, porque la espada de Dick Turpin, Su Señoría, no atravesó jamás el pecho de un hombre de bien. Siempre se levantó para oponerse a una injusticia, para...

-Para eso está la justicia. Ella sabe cómo actuar.

-Me permitirá Usía recordar que en el caso reciente del capitán Faquerson, la justicia iba a condenar a un inocente.

¿De haberlo condenado, seguiría pensando Usía que la justicia sabe cómo actuar en esos casos?

Un nuevo murmullo en la sala, esta vez más fuerte. Y una voz potente se oyó:

-¡Que se indulte a Dick Turpin!

Varias voces le hicieron coro.

-¡Silencio! ¡Silencio o hago desalojar la sala! -exclamó repetidas veces el presidente.

Mas, en ese instante, un caballero entró en la sala y, atravesando la doble hilera de espectadores, se acercó hasta el sillón del presidente, al cual entregó un rollo. El presidente hizo saltar el sello y lo leyó no sin cierta nerviosidad. Luego, poniéndose de pie, acción que imitó la sala en pleno, dijo en voz alta:

-Dick Turpin: Su Majestad el Rey, os indulta a vos y a todos vuestros compañeros, por haber servido con lealtad los sagrados intereses del país y de la Corona. Estáis en libertad.

Una atronadora salva de aplausos saludaron las palabras del presidente.

El capitán Faquerson y su hija se abalanzaron sobre Dick Turpin y Moscarda para estrecharles las manos, llenos de felicidad. El público hablaba y gritaba de entusiasmo. Se oían vivas a Dick Turpin y al rey.

Y luego, la voz del capitán Faquerson que decía:

-¡Viva sir Walpole!

Muchos vocearon el nombre del primer ministro de la Corona, mezclándolo con el de Dick Turpin y el del rey. Aquello era imponente y desusado, pero la alegría había hecho saltar los diques de la cordura.

IV

La paz del hogar

El nombre de Dick Turpin había sido famoso en toda Inglaterra, mas desde que el héroe de tantas aventuras había sido indultado, la que adquirió renombre fué la colonia que estableció con el lema de "Paz y Justicia".

Después de devolver a la Hacienda inglesa el tesoro de la fragata *Morrison*, cuyas barras de oro sirvieron a Inglaterra para aumentar su escuadra, compró Dick Turpin una inmensa hacienda y allí se trasladaron todos sus compañeros, los cuales no quisieron abandonar a su antiguo jefe. Con él habían estado en las horas inciertas, de aventuras y persecuciones, y con él querían estar en los momentos supremos de felicidad, unidos por el trabajo honrado.

Allí estaban también, la esposa de Dick Turpin, la bella Leonor con sus hijos, quienes hallaron, por fin, el anhelado premio a tantas angustias y sufrimientos pasados.

Allí estaba Moscarda, el de la voz impresionante, que se hacía suave ahora cuando había de dirigirse a su joven esposa, la hermosa Carlota, la hija del capitán Faquerson, quienes se habían unido en matrimonio a poco de ser firmado el indulto, y ajusticiados Corley y Morlon.

Y allí estaban también el irlandés Pat, Peters, el de las rojizas Patillas, y el negro Batanero, contentos porque Gibbs había sido destituido.

Además, el inolvidable Tomas King, el lugarteniente de Dick Turpin, quien estaba en vías de perder su soltería, atrapado por los encantos de una hermosa y distinguida joven, la hermana de Mauricio Arcuit, el caballero que con tanto ahínco persiguió a Salvador Rexley, y merced a quien, indirectamente, pudieron salvar los famosos planos.

La felicidad reinaba en la colonia "Paz y Justicia", y creció esta felicidad cuando Peters y Batanero contrajeron matrimonio con dos jóvenes. Peters, con la criada de la posada *La Zorra*, y Batanero con una de su raza que estaba de niñera en casa de Arcuit.

Pero, como siempre, persistió la rivalidad entre Peters y Batanero.

El negro no podía contener su genio juguetón y dicharachero, el cual lo dirigía constantemente contra el famoso "Patillas" Peters.

Cierta vez, casados ya los dos, sus respectivas esposas dieron a luz y el negro Batanero, para festejar tan grato acontecimiento tuvo una ocurrencia muy suya. Fue y cambió de cuna su hijo con el de su amigo y corrió a decir, con simulado susto:

_¡Peters! ¡Ha ocurrido una desgracia!

-¿Qué pasa? ¡Habla!

-¡A tu hijo le ha picado un bicho venenoso!

-¡Dios mío! -exclamó asustado el bueno de Peters.

-¡Está todo amoratado el pobrecito! Vamos corriendo.

Peters corrió a la cuna de su hijo con la desesperación que es fácil imaginar, y al ver aquel bulto negro, lo levantó en alto y exclamó:

-¡Hijo de mi alma! ¡Pobrecito mío!

Pero cuando se dió cuenta de la broma, fué menester que entre todos lo sujetaran, pues-quería darle a Batanero su merecido.

Pero estas travesuras del negro no hacían otra cosa que aumentar la alegría de la colonia, en la cual reinaba la fraternidad y el trabajo.

Las pasadas angustias eran sólo un recuerdo.

FIN

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>